GILLIAN BRADSHAW

«Una sólida evocación de un periodo histórico tan convulso como fascinante. Bradshaw describe la antigua Roma magistralmente.»
Publishers Weekly

CIUDADANO DEL IMPERIO



Hermógenes, un comerciante romano originario de Alejandría decide partir a la capital del Imperio con la intención de cobrar una deuda familiar. El deudor es Tario Rufo, un rico e influyente cónsul romano que no sólo se negará a devolver el dinero al joven, sino que intentará acabar con éste en una emboscada. Hermógenes logrará salvar la vida gracias a la intervención desinteresada de una exgladiadora de origen cántabro. A pesar de las amenazas de Rufo y el círculo de amistades de éste, el griego no cejará en su empeño de ver saldada la deuda, ya que ésta provocó la ruina de su familia. Su objetivo le llevará a recorrer las calles de la ciudad, conocer gente de estratos sociales muy dispares y tener que sortear todo tipo de problemas en una Roma en que las luchas por el poder estaban a la orden del día.

Tomando a Hermógenes como referente, Gillian Bradshaw describe las dificultades con que se encontraba todo aquel que en teoría disfrutaba del estatus de ciudadano romano en un imperio en el que sólo se consideraba así al nacido en Roma.



Gillian Bradshaw

Ciudadano del Imperio

ePub r1.0
Titivillus 15.06.15

Título original: *Render Unto Caesar*
Gillian Bradshaw, 2003

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Hermógenes estaba casi dormido cuando el carruaje se detuvo.

Había alquilado el vehículo aquella mañana en Ostia; era una carreta de cuatro ruedas con un toldo de lona, tirada por una recua de cuatro mulas y conducida por un arriero con aspecto villanesco y una cicatriz de cuchillo en la mejilla. El vehículo tenía un banco a cada costado: Hermógenes iba sentado en uno, los esclavos en el otro, y en medio llevaban el equipaje. El viaje, de casi cuatro horas, había comenzado con un lento traqueteo a través de la ciudad de Ostia y había proseguido por una importante calzada. Al principio Hermógenes lo contemplaba todo con inquieta curiosidad: las calles y casas de Ostia, las huertas y los viñedos de la llanura del Tíber, los cipreses, las colinas azules a lo lejos… Pero hacía un día caluroso, y las mulas avanzaban a un ritmo cansino por una vía bien pavimentada. El ruido sordo y el balanceo del carruaje resultaban soporíferos y hacía meses que Hermógenes no dormía bien. Poco a poco lo venció el aturdimiento.

No obstante, cuando el movimiento cesó, se incorporó de golpe y miró alrededor. Se habían detenido en el amplio patio de unas caballerizas y el conductor estaba atando las riendas a un poste. Al parecer se hallaban nuevamente rodeados de edificios, aunque Hermógenes estaba bastante seguro de no haber cruzado la puerta de una ciudad y totalmente seguro de que aquél no era el lugar al que el arriero debía llevarlos a cambio de lo que le había pagado.

Se inclinó hacia delante.

—¿Por qué paramos? —inquirió con brusquedad, y acto seguido se preguntó si había hablado en buen latín. ¿Acaso «¿por qué nos hemos parado?» habría sonado mejor?

El conductor sonrió mostrando los renegridos trozos de dientes que le quedaban y se apeó de la carreta de un salto. Con un amplio ademán señaló un par de torres de piedra que se erguían más adelante.

—Ésa es la puerta de Ostia —dijo levantando la voz. Al parecer le costaba creer que un griego realmente comprendiera el latín a no ser que le gritaran—. Hemos

llegado. Roma. Fin de trayecto.

Hermógenes echó un vistazo a las torres. Desde luego presentaban el aspecto de una puerta de ciudad, pero si alguna vez habían formado parte de una muralla, la ciudad se la había tragado. Unas viviendas miserables de adobe y unas casas aún más miserables se arracimaban a cada lado de la calzada, sumiéndola en sombras. La caballeriza donde se habían detenido era el edificio más importante del lugar. Hermógenes se volvió de nuevo hacia el arriero con el ceño fruncido.

—¿Esto es la vía Tusculana? —preguntó, aunque dudaba mucho que lo fuese.

El arriero negó con la cabeza.

—No. Esto es lo más lejos que te puedo llevar, ¿entiendes? No está permitido que circulen carros por la ciudad durante el día. —Dijo esto último muy despacio, como hablándole a un niño—. Nada de carretas —dio una palmada a su vehículo— en la ciudad —apuntó a las torres con el dedo— durante el día. —Y señaló el sol de junio que resplandecía justo pasado el mediodía.

Hermógenes lo contemplaba impasible.

—Hemos acordado que nos llevarías a mí, a mis esclavos y mi equipaje hasta la vía Tusculana.

—¡No, no! —protestó el arriero con otra sonrisa desdentada—. Acordamos que te llevaría a Roma, y he cumplido con lo pactado. El tráfico rodado está prohibido en la ciudad durante el día, ¿entiendes?

—¿Queda muy lejos la vía Tusculana?

El hombre se encogió de hombros.

Debía de faltar un buen trecho, pues. Hermógenes dirigió la vista a la calzada que se adentraba en Roma. Estrecha y recubierta de barro y estiércol en los que la gente se hundía hasta los tobillos. No había carretas o carruajes a la vista, así que probablemente el hombre no mentía respecto al tráfico rodado; en las grandes ciudades solía haber restricciones de tráfico. Aun así se sentía molesto. El conductor no se había dignado mencionar este detalle en Ostia: en cambio había asegurado que sí, que conocía la vía Tusculana y que sí, que lo llevaría hasta allí. Ésa fue la razón por la que Hermógenes lo había contratado a él en vez de a uno de sus colegas.

Suspiró. Menéstor y Formión, los esclavos, lo observaban con inquietud: ninguno de los dos hablaba una palabra de latín.

—Dice que no puede llevarnos más lejos —les informó Hermógenes en griego, la lengua materna de los tres—, que las carretas están prohibidas en Roma durante el día. Lo más probable es que tenga un acuerdo con esta caballeriza para ofrecer servicios de porteadores. —Se volvió hacia el conductor esforzándose por pensar que, pese a todo, quizá se tratase de un malentendido—. ¿Cómo vamos a llegar hasta la vía Tusculana?

—preguntó con educación.

—Puedes contratar porteadores y una silla de manos aquí mismo. —El arriero señaló con un gesto descuidado la caballeriza—. Te llevarán hasta el portal de la casa de vuestro amigo. Yo me encargo de todo, si quieres.

—Ya. ¿Y tu tarifa está incluida en el precio que acordamos?

El arriero fingió sorprenderse ante semejante idea. De repente la cicatriz de cuchillo se tornó más prominente.

—No, no, a ellos les pagas aparte, después de pagarme a mí.

Hermógenes decidió que no convenía forzar las cosas. El mulero tendría amigos por allí, como los empleados de la caballeriza o cualquier colega arriero que anduviera por los alrededores. Sería una locura arriesgar la vida y el equipaje en una reyerta por los honorarios de un porteador. Por otra parte, Hermógenes, que no estaba dispuesto a dejarse estafar más de lo absolutamente imprescindible, se había guardado mucho de ceder a las exigencias del arriero de que pagara por adelantado el precio total del transporte.

—Muy bien —dijo al arriero gentilmente—. ¿Tendrías la amabilidad de conseguirme dos porteadores?

El arriero sonrió y echó a andar con aire arrogante hacia la cuadra. Hermógenes chasqueó los dedos. Menéstor y Formión se aprestaron a levantar el arcón y bajarlo del carruaje. Hermógenes se apeó de un salto detrás de ellos y se volvió para sacar los dos canastos. Ahora al menos no había peligro de que el mulero se marchase llevándose consigo el equipaje.

Formión se restregó la mano que se había golpeado al bajar el arcón de la carreta.

—No queremos llevar esto muy lejos —protestó, fijando con aversión la vista en el pesado arcón de madera y piel.

Hermógenes asintió con la cabeza. Formión y Menéstor serían capaces de acarrear el arcón en caso necesario, pero aquel barrio no parecía muy seguro y más valía tener las manos libres para disuadir a cualquier posible ladrón. El arcón contenía documentos mercantiles de vital importancia además de casi todos sus fondos para el viaje: no podía permitirse perderlo.

—Llevadlo a la caballeriza —ordenó—. Contrataré unos porteadores.

Un par de hombres que holgazaneaban delante de la cuadra los miraron esperanzados cuando se aproximaron. El arriero, no obstante, había entrado en el edificio y estaba hablando con alguien justo al otro lado del umbral. No se trataba de un porteador, a juzgar por la calidad de su túnica roja; posiblemente fuera el jefe de los mozos de cuadra. Como cabía esperar, la caballeriza había cerrado un trato con varios arrieros para que transportasen pasajeros fuera de la ciudad y con otros tantos

porteadores para que los llevasen a ésta. Hermógenes intentó formarse un juicio sobre los esperanzados porteadores eventuales que aguardaban en el exterior: le parecieron fuertes y razonablemente presentables.

—Necesito porteadores —anunció.

El arriero se volvió sorprendido y salió a toda prisa de la caballeriza seguido por el otro hombre. Hermógenes les dirigió una sonrisa cortés. El presunto jefe de mozos le correspondió con una sonrisa empalagosa.

—Señor —dijo, haciendo caso omiso de los trabajadores eventuales—, Galio me informa de que necesitas porteadores y una silla de manos…

Hermógenes enarcó las cejas.

—No. Yo no he pedido una silla de manos. Sólo porteadores para acarrear estas cosas de aquí hasta la casa de Fiducio Crispo, en la vía Tusculana.

El mozo de cuadra sonrió con suficiencia otra vez.

—Hay una larga caminata hasta allí, un par de millas, como mínimo, y un caballero como tú…

—… Ya lleva demasiado tiempo sentado por hoy —le cortó Hermógenes con otra falsa sonrisa—. ¿Cuánto me costarán dos porteadores hasta la vía Tusculana?

—Dos sestercios —respondió el mozo de cuadra con una mueca de reproche.

Sin duda esperaba que le regatearan una suma tan exorbitante.

—Es demasiado —dijo Hermógenes con toda calma—. Mis esclavos llevarán el equipaje. Galio, aquí tienes el resto de tus honorarios.

Abrió el monedero, extrajo dos pequeñas monedas de bronce, se las entregó al arriero y luego se volvió, indicándoles a Menéstor y Formión con un chasquido de dedos que recogiesen el arcón.

—Señor… —Comenzó a quejarse el mozo de cuadra, pero Galio lo interrumpió gritando indignado:

—¡Esto sólo son dos sestercios!

Hermógenes clavó los ojos en él.

—Tu tarifa era de dos denarios. Te he pagado uno en Ostia y prometí que te pagaría el segundo cuando llegáramos a nuestro destino. El coste de acarrear el equipaje hasta ese destino es de otros dos sestercios, al parecer, de modo que he restado esa suma de tus honorarios.

El rostro del arriero se ensombreció, y la cicatriz volvió a destacarse.

—¡No me estafes, griegote! —espetó levantando la voz.

Hermógenes reparó en que Formión y Menéstor depositaban el arcón de nuevo en el suelo y el mozo de cuadra los miraba con inquietud. Menéstor, un ayuda de cámara y secretario de sólo diecisiete años, no le preocupaba mucho, pero Formión era harina de

otro costal. Alto y moreno, con la nariz rota y la oreja deformada, su apariencia delataba su condición de esbirro. Aquello no iba a acabar a golpes, sin embargo; Hermógenes estaba decidido a evitarlo.

—¿Estafarte? —repitió, fingiendo sorpresa—. ¡No! En mi tierra, si un mulero acordara llevarme desde Canope hasta mi casa cerca del puerto, no se le ocurriría cobrarme el trayecto completo si me dejara en la puerta Canópica. En tal caso yo tendría derecho a restarle no sólo la tarifa de los porteadores sino también una cantidad por las molestias. ¿Acaso en Roma hacéis las cosas de modo muy distinto?

Los dos trabajadores eventuales habían estado observando con suma atención; al oír este comentario rompieron a reír. El rostro del mulero se ensombreció aún más.

El jefe de mozos intervino.

—Sin duda has malinterpretado algo, señor. Si conveniste un precio con Galio, debes pagárselo. En Roma siempre pagamos el precio acordado.

—¿Aun cuando no prestéis el servicio pactado? —le preguntó Hermógenes—. En fin. ¿Sabes?, también soy ciudadano romano, y tomo nota de lo que me dices. —Aguardó un momento para que asimilaran la información que acababa de darles y luego sacó otra moneda del monedero—. Voy a repartir la diferencia contigo —propuso—. Aquí tienes otro sestercio.

La jugada salió bien: estafar a un ciudadano romano, sobre todo a uno acompañado por un esbirro de aspecto peligroso, implicaba un riesgo que no valía la pena correr por un sestercio. El arriero cogió su moneda, escupió enérgicamente y se marchó echando pestes a atender a sus mulas. Hermógenes asintió cortésmente al mozo de cuadra e hizo un ademán a Menéstor y Formión para que levantasen el arcón.

Uno de los trabajadores eventuales dio un paso al frente.

—Señor —dijo con entusiasmo—, Quinto y yo llevaremos tus cosas a la Tusculana por un sestercio.

Al menos eso fue lo que a Hermógenes le pareció que decía.

Hablaba con un acento tan marcado que costaba entenderlo.

—¡No debes contratar hombres de la calle! —exclamó el mozo de cuadra fulminándolos con la mirada.

—Tiene razón, así es como contraté a Galio —contestó Hermógenes esbozando una sonrisa—. Y prometió llevarme hasta mi destino para luego dejarme tirado dos millas antes de llegar. Sin embargo, confío en que estos hombres serán más honrados.

—¡Señor, señor, señor! ¡Galio no te estaba estafando! Siendo tú extranjero…

—Sí. Un «griegote», según él.

—… Probablemente no sepas cómo funcionan las cosas en Roma. Galio no podía llevarte a la vía Tusculana porque los carruajes tienen prohibido entrar en la ciudad

durante el día.

—Es cierto, yo no sabía eso. Razón de más para que Galio me lo hubiese explicado cuando lo contraté.

—Debe de tratarse de un malentendido…

—Te aseguro que no ha habido malentendido alguno. Llevo haciendo negocios con romanos desde que acabé mis estudios y no puedo permitirme malentendidos. Dile a Galio que ha perdido un cliente por obrar así. Si hubiera sido honesto, quizá le hubiese contratado en otra ocasión. Salud. —Se volvió hacia los porteadores—. Acepto vuestro ofrecimiento. Os pagaré cuando lleguemos a nuestro destino.

Los porteadores sonrieron contentos. El jefe de mozos renegó, se encogió de hombros y regresó a su trabajo. Menéstor y Formión se apartaron del pesado arcón con expresión de alivio.

Resultó que los porteadores trabajaban con una silla de manos. La habían dejado apoyada contra la pared de la cuadra. Consistía en un asiento sencillo de madera que descansaba sobre dos recias pértigas. Era de suponer que habían llevado a un pasajero hasta la caballeriza y luego esperado que alguien les pagara por realizar el viaje de regreso. Volvieron la silla patas arriba, colocaron el baúl de viaje encima y lo aseguraron con un trozo de cuerda. Una vez que levantaron la carga y la afianzaron bien equilibrada sobre sus hombros, recogieron los dos canastos adicionales. El porteador que iba delante miró expectante a Hermógenes.

—A la vía Tusculana —ordenó Hermógenes, y emprendieron la marcha.

A pesar del cansancio y del mal sabor de boca que le había dejarlo el enfrentamiento con el arriero, Hermógenes notó que el pulso se le aceleraba al seguirlos. ¡Estaba pisando las calles de Roma! Había oído hablar de aquella ciudad desde que era niño.

Durante todos sus años de formación, su Alejandría natal había estado llena de soldados romanos, «aliados» romanos, en aquella época, partidarios de la reina. Por descontado, eso no significaba que se mostrasen respetuosos con los ciudadanos: por la ciudad corrían sin cesar rumores sobre lo que un soldado u otro había hecho, pero la reina estaba bastante contenta. Luego vino aquel extraño y caluroso verano en el que Hermógenes cumplió dieciocho. Unos «enemigos» romanos completaron la conquista de su patria derrotando a los «aliados» romanos. Las últimas batallas se libraron entre famosos monumentos de Alejandría. Hermógenes, que había subido a la muralla de la ciudad con su padre, escuchó a un viejo veterano que les señaló los estandartes de las distintas legiones acampadas alrededor del hipódromo, citando las campañas en que cada una había participado con anterioridad: Iberia, Galia, África, Armenia… Era como si todo el mundo perteneciera a Roma con excepción, aunque ya no por mucho

tiempo, de las piedras que tenían bajo los pies.

Alejandría se incorporó al resto del mundo pocos días después. Durante un breve período nadie supo si la ciudad sería sometida al saqueo. Hermógenes recordaba un espantoso día de espera en el sofocante comedor donde se habían reunido los habitantes de la casa, oyendo el zumbido de las moscas y el llanto del bebé de la cocinera. Los esclavos más veteranos de la casa habían guardado silencio, muertos de miedo. Si la ciudad se entregaba a las legiones victoriosas, todo el mundo sufriría, en especial los esclavos, cuyos amos no tendrían potestad para protegerlos. Nunca se había sentido tan impotente ni tan lleno de rabia.

César había perdonado a Alejandría, gracias a los dioses.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —preguntó el padre de Hermógenes, aliviado—. Acaba de adquirir el derecho de gravar nuestro comercio: si permitiera que sus soldados lo arruinaran, perdería dinero.

Pese a los impuestos, el comercio alejandrino había florecido durante la nueva paz romana, y la casa con él. Cinco años después de la conquista, el padre de Hermógenes estuvo en condiciones de efectuar la inversión que tanto a él como a su hijo les valió la ciudadanía romana. Aquello había sido satisfactorio, aunque también curiosamente inquietante. Hermógenes nunca olvidaría la extraña sensación que lo había invadido al leer por primera vez sus nombres romanos escritos en un diploma: Marco Elio Hermógenes. Fue como si de repente tuviese un fantasmagórico hermano gemelo romano. Se preguntó cómo podía uno ser ciudadano de una ciudad que no conocía, un lugar remoto que había considerado un aliado intimidatorio, un enemigo conquistador y una poderosa metrópoli, pero nunca un amigo. Con todo, su nueva ciudadanía fue motivo de satisfacción para él, pues le confería los mismos derechos y privilegios de que gozaban los invasores, convirtiéndolo en su igual.

Se había preguntado, no obstante, si alguna vez iría a Roma. Y ahora, diez años después, allí estaba. Caminando por fin por una calle de la ciudad que gobernaba el mundo, el lugar del que el fantasmagórico «Marco Elio» era ciudadano.

Tampoco había mucho que ver, al menos en aquella zona. Las calles permanecían tranquilas, algo normal en la mayor parte de las ciudades a primera hora de la tarde, y las pocas personas que se veían descansaban a la sombra. Los edificios eran altos pero de construcción precaria, y la calzada estaba cubierta de estiércol, desperdicios putrefactos y moscas. Por suerte no había que pisar aquella inmundicia: una estrecha acera discurría a cada lado de la vía pública, y en las esquinas unas piedras permitían que los peatones cruzaran sin ensuciarse los pies. Hermógenes reparó en que había excrementos de caballo y buey entre las demás porquerías y se preguntó si Galio y el mozo de cuadra le habían mentido. No: ambos habían insistido en que estaba prohibido

que los carruajes circulasen por la ciudad durante el día, lo que implicaba que aquella regla se relajaba tras la puesta del sol. Cabía suponer que las carretas recorrían las calles durante toda la noche para entregar mercancías a los mercados. Hermógenes echó un vistazo en torno a sí fijándose en los endebles bloques de apartamentos y se preguntó si dormirían bien sus moradores.

—Son altos, ¿eh? —comentó con orgullo el porteador que iba delante—. La mayoría de los extranjeros no da crédito a sus ojos al ver lo altas que son en Roma las *insulae*. ¡Cerca del foro hay una de siete pisos de altura!

Hermógenes negó con la cabeza. ¿Siete pisos de altura sobre qué anchura de base? Aquellos edificios daban la impresión de que se desmoronarían si una carreta demasiado pesada pasaba cerca: ¡los dioses asistieran a quienes se encontraran dentro si sobrevenía un terremoto!

El porteador interpretó el gesto de Hermógenes como una expresión de asombro y se animó a proseguir:

—Los extranjeros tampoco se creen lo grande que es la ciudad —declaró—. Con todo respeto, señor, ¿cuánto mide tu ciudad natal de una punta a la otra?

Hermógenes se encogió de hombros.

—Tres o cuatro millas.

El hombre pestañeó sorprendido.

—Vaya. Eso… es casi igual de grande. —Miró de reojo a Hermógenes—. ¿No será Alejandría?

Hermógenes asintió con la cabeza.

—Dicen que también es una gran ciudad —admitió el porteador.

Resultaba grato que hasta aquel hombre ignorante estuviese al corriente de la grandeza de Alejandría, que supiera que rivalizaba con Roma. Hermógenes sonrió.

—Me alegra contemplar la ciudad que la gobierna. —«Aunque no sea tan hermosa», agregó para sus adentros—. ¿Cómo te llamas, buen hombre?

—Gayo Rubrio Libo, señor —respondió el porteador con presteza—. Él es mi hermano Quinto.

El aludido sonrió.

Desconcertado, Hermógenes repitió los nombres mentalmente: tres nombres, todos netamente romanos. ¿Acaso significaba que…?

—¿Sois ciudadanos? —preguntó asombrado. Gayo Rubrio hizo una mueca.

—Sí, señor. Hijos de romanos, nacidos y criados en Roma.

Hermógenes comprendió que no debería haberse sorprendido tanto. Obviamente, en la propia Roma habría ciudadanos romanos corrientes, ni ricos ni importantes. Le impresionó, pese a todo, descubrir que acababa de contratar a dos ciudadanos romanos

para que transportasen su equipaje. En Alejandría la ciudadanía romana era algo a lo que sólo podían aspirar los ricos y poderosos. Se avergonzó vagamente del modo en que había alardeado de su propia ciudadanía.

—No hay muchos como nosotros, hoy en día —reconoció Gayo Rubrio—. Actualmente, casi todos los demás hombres que acarrean cosas son libertos o hijos de libertos, cuando no esclavos, hijos de galos o, los dioses los aborrezcan, sirios como ese cabrón de Helops. —Escupió, reparó en la expresión de perplejidad de Hermógenes y se explicó—: El tipo de la túnica roja, el jefe de cuadra en esa caballeriza. Exige a todos los cocheros que le entreguen los pasajes recaudados y cobra a los porteadores antes de asignarles un cliente. No permite que nadie aguarde en su patio a que aparezca alguien que necesite que lo lleven. Lo dicho: es un auténtico cabrón.

—Lo pusiste en evidencia, señor —terció Quinto Rubrio, riendo con picardía.

Hermógenes se encogió de hombros, un tanto incómodo. No le parecía particularmente reprensible que un caballerizo proporcionara porteadores y sillas de mano a sus clientes aunque se llevase una comisión. Al menos así los clientes tendrían a quién recurrir si los porteadores se largaban con sus pertenencias. Él mismo habría estado más que dispuesto a pagar un poco más por esa tranquilidad de no haber quedado tan poco satisfecho con el servicio que le había prestado el arriero. Volvió la vista atrás y se tranquilizó al comprobar que Formión y Menéstor le seguían de cerca con los ojos bien abiertos, sin cargas que los entorpecieran y listos para hacer frente a cualquier problema que se presentara. En realidad no había motivos para temer que surgiera alguno: simplemente valía más estar preparados.

—Mi desacuerdo ha sido con el arriero —señaló, devolviendo su atención a los porteadores.

—Galio también es un sinvergüenza —le aseguró Gayo Rubrio.

Caminaron unos minutos en silencio. Ya habían cruzado la puerta de Ostia, y las casas de vecinos se alzaban en las colinas que flanqueaban la calzada, unas encima de otras, adormecidas bajo el sol de la tarde. Bajo su espesa sombra la calle parecía más estrecha y oscura. Algunas de las plantas bajas se habían acondicionado como tiendas o figones pero a aquella hora del día estaban cerrados produciendo la sensación de que la calle discurría entre tapias. En los callejones pavimentados con tierra que desembocaban en la vía principal las mujeres conversaban en voz baja mientras los niños jugaban entre la basura. Los perros ladraban y los bebés lloraban. El aire olía a alcantarilla.

Una pandilla de muchachos los observó pasar, con ojos oscuros y huraños, desde la entrada de una vivienda de varios pisos. Uno de ellos gritó algo, ininteligible, pero en

un tono de burla inequívoco. Un hombre asomado a la ventana de otro edificio escupió; el esputo cayó en la sucia acera a los pies de Hermógenes, que recordó con inquietud ciertas zonas del barrio alejandrino de Rhakotis. Deseó no haberse puesto su mejor toga aquella mañana ni haberse sujetado la túnica con un alfiler de cobre. Había querido impresionar a los romanos ostentando su riqueza, pero jamás habría atravesado a pie el barrio de Rhakotis ataviado con lino de Escitópolis teñido con un carísimo tinte de color azafrán y una túnica sujeta con un alfiler de oro. Aquello era como proclamar a los cuatro vientos: «¡Soy un hombre rico! ¡Robadme!», y allí el corte de la toga no sólo proclamaba «¡Hombre rico!» sino, peor aún, «¡Extranjero rico!». Inquieto, miró de nuevo a Menéstor y Formión. Hasta sus sencillas túnicas —limpias, de lino de buena calidad y, en el caso de Menéstor, con los bordes festoneados— habrían resultado poco aconsejables para deambular por el barrio de Rhakotis. Y desde luego saltaba a la vista su condición de extranjero, eso no se podía ocultar. Formión era demasiado moreno, y la gracia juvenil y el color miel de Menéstor, demasiado exóticos.

—¿Estamos en una zona peligrosa de la ciudad? —preguntó por fin.

—Muy peligrosa, no —contestó Gayo Rubrio en tono diplomático—. Ninguna zona de Roma es totalmente segura, claro está, pero las hay peores que ésta. La Transtiberina, para empezar: nunca vayas por ahí después del ocaso. La Subura también es mala, al igual que la vía Apia más allá de la puerta de Capena. La vía Apia en sí no es demasiado peligrosa dentro de la ciudad. Las calles principales, por lo general, son mejores que los callejones.

—Lo mismo que en Alejandría.

Hermógenes experimentó cierto alivio al constatar que transitaban por una calle principal.

—Casi toda la vía Tusculana es una buena zona. La parte más alta llega hasta la vía Sacra, muy cerca del Palatino. La parte más baja, hacia la puerta Celimontana, no es tan recomendable pero tampoco muy mala. Más o menos como ésta. ¿A qué extremo nos dirigimos, señor?

Hermógenes titubeó.

—Probablemente al mejor, pero no estoy seguro —admitió—. Es la primera vez que vengo a Roma. Tendré que preguntar por la casa.

—¿Se trata de una casa? ¿No es una *insula*?

«¿Una isla?», pensó Hermógenes, y luego recordó que los bloques de apartamentos se llamaban *insulae*; Rubrio había empleado aquel término poco antes.

—Creo que es una casa —dijo con cautela—. Crispo es un hombre de negocios como yo.

Usó el vocablo que Crispo siempre había utilizado para referirse a sí mismo:

negotiator.

—Pues vamos al extremo de la vía Sacra, entonces —señaló el porteador sin vacilar—. De todos modos habría comenzado por allí, dado que eres un caballero.

Bueno, al menos la toga había impresionado a alguien. Confiaba en que los porteadores lo hubiesen calado como un hombre que sabría recompensar generosamente la amabilidad y se esforzaban por complacerlo, con la esperanza de que les ofreciera más trabajo en el futuro.

—¿Te está esperando tu amigo? —preguntó Rubrio.

—Sí —respondió Hermógenes enseguida, aunque no estaba seguro de que fuese verdad. Había enviado una carta a Crispo antes de salir de Alejandría pero no había modo de saber si éste la había recibido y, por supuesto, aunque Crispo estuviese al tanto de su venida, los caprichos de los barcos y los vientos le impedirían saber con exactitud cuándo llegaría su huésped. Un forastero desorientado en una ciudad desconocida era un auténtico reclamo para los ladrones, y Hermógenes no quería mostrarse más vulnerable de lo necesario, menos aún con aquellos objetos de valor dentro de su arcón.

—Seguro que la casa está cerca de la vía Sacra —repitió Rubrio.

Salieron de entre las colinas y, para alivio de Hermógenes, el aspecto del barrio mejoró notablemente. Las tribunas descubiertas de madera y ladrillo de lo que, según le informó Rubrio, era el Circo Máximo —la principal arena de Roma— se encumbraban a su izquierda. A mano derecha, las casas de vecinos cedían el paso a bloques de apartamentos más sólidos con fachadas de revoque pintado para que parecieran de mármol, entre los que había alguna que otra casa particular. La calzada trazaba una curva hacia el final del Circo Máximo y desembocaba en una pequeña plaza pública. Ante ellos se erguía otra colina, esta vez cubierta de casas grandes en medio de hermosos jardines. El blanco del mármol brillaba contra el verde del follaje.

—Ése es el Palatino —dijo Gayo Rubrio, señalándolo con el mentón—. Ahí es donde viven el emperador y sus amigos cuando están en la ciudad. La vía Sacra lo atraviesa por el otro lado. Aquí termina la vía Ostiensis, pero nosotros atajaremos por las calles secundarias. Ya no falta mucho.

—Tanto mejor —murmuró su hermano Quinto—. Esto pesa lo suyo.

—¿El emperador no está en la ciudad actualmente? —preguntó Hermógenes con interés levantando la vista hacia el Palatino.

—No —contestó Gayo con resignación—. Está en Occidente, y su amigo Agripa en Oriente. Este verano hay muy poca actividad. No se han celebrado juegos desde principios de mes, y el circo lleva vacío aún más tiempo. Este aburrimiento me va a matar; me encantan los juegos. Pensaba que Tauro organizaría algunos juegos; me

refiero al general Estatilio Tauro, que ahora es prefecto de la ciudad. A él también le encantan los juegos; por eso construyó el gran anfiteatro del Campo de Marte. Pero todo está muerto.

Cruzaron la plaza, pasaron por delante de la entrada de aquel circo abandonado y doblaron a la derecha por una calle y luego a la izquierda, a los pies del Palatino. Allí los edificios se tornaban aún más opulentos. Ahora los bloques de pisos tenían fachadas de mármol auténtico, no de imitación, las porterías estaban decoradas con mosaicos y las contraventanas de las tiendas cerradas estaban pintadas de colores vivos. Enfilaron otra calle que Rubrio dijo que era el principio de la vía Apia: allí ya no había apartamentos, sólo casas particulares, grandes y con fachadas de piedra pulimentada, puertas de roble tallado y antorchas dispuestas en soportes ornamentales de hierro a lo largo de la calle. De vez en cuando las columnas del pórtico de una tienda o de un pequeño templo interrumpían el continuo de yeso y mármol. Las aceras estaban barridas y hasta la calzada se veía más limpia. El olor a alcantarilla había sido sustituido por el de los fuegos de las cocinas, las hierbas aromáticas y los adoquines calentados por el sol.

Al otro lado del Palatino, tal como había prometido Rubrio, llegaron a un cruce con otra vía principal.

—Ésta es la vía Sacra —les informó Gayo Rubrio, indicando a su izquierda la amplia avenida pavimentada de mármol—. Conduce hasta el foro. Y ésa es la vía Tusculana —agregó moviendo hacia la derecha el brazo con el que sostenía el canasto —. Puedes comenzar a preguntar por la casa de tu amigo, señor.

El primer hombre a quien Hermógenes abordó, un aguador apostado en una esquina, nunca había oído hablar de Fiducio Crispo. Tuvieron que recorrer otras seis manzanas por la vía Tusculana hasta un punto donde las casas, mucho menos espléndidas, volvían a alternarse con *insulae* antes de encontrar a alguien que supiera dónde quedaba su casa.

—Crispo el prestamista —dijo la anciana con una mueca—. A mano derecha, tres manzanas más al norte. Una casa grande con la puerta adornada con tachones de hierro y soportes para antorchas en forma de delfín. Pero si estás pensando en pedir un préstamo, piénsatelo dos veces. Siempre es mejor vender que tomar prestado.

Hermógenes le dio las gracias y se puso en marcha. Gayo Rubrio lo siguió más despacio, frunciendo el ceño.

—¿Un prestamista, señor? —Aquella palabra, *faenerator*, era mucho menos respetable que el *negotiator* que había empleado Hermógenes.

Éste se encogió de hombros y aminoró el paso para caminar junto al porteador.

—Presta dinero con intereses. Igual que yo. Grandes cantidades, por lo general, a

bajo interés y sólo a quienes pueden pagarme. No presto sumas pequeñas a hombres pobres a un interés abusivo ni las recupero por medio de la violencia.

—Ah —dijo Rubrio. Su expresión, sin embargo, denotaba cierto escepticismo. Los prestamistas eran hombres crueles y de dudosa reputación.

Hermógenes suspiró preguntándose si debía insistir en el tema o dejarlo correr. Optó por lo primero. Gayo y Quinto Rubrio parecían razonablemente honestos y serviciales y con toda seguridad conocían bien la ciudad: quizá los contratara de nuevo, de modo que le interesaba granjearse su buena voluntad.

—No siempre es mejor vender que pedir un préstamo —aseveró sin levantar la voz —. ¿Qué harías si se te rompiera la silla de enanos y no tuvieras ahorrado lo suficiente para comprar otra?

—¡Los dioses conjuren el mal agüero! —exclamó Rubrio.

—¿Te limitarías a acarrear bultos a hombros hasta que reunieses lo suficiente para costearte una nueva silla? —prosiguió Hermógenes.

—Me deslomaría intentando comprar una silla de esa manera —contestó Quinto Rubrio con desdén—. Trajinando costales no gana uno ni la mitad de lo que saca con una silla.

—Entonces ¿venderías las joyas de tu esposa o tus togas de invierno para pagarla?

Rubrio negó con la cabeza.

—No merecería la pena darle ese disgusto a mi esposa, y si vendiera la toga tendría que comprar otra o pasar frío todo el invierno. Las togas nuevas cuestan mucho más de lo que me darían por la vieja. Llevas razón, señor, al pensar que Quinto y yo pediríamos el préstamo.

—Y el hombre que os prestara el dinero os estaría prestando un servicio del que os beneficiaríais. Si fuese un hombre deshonesto que concediese préstamos a quienes no pudieran pagarle para luego enviar a los alguaciles a arrebatarle sus bienes o sus hijos cuando estuvieran abrumados por las deudas, harías bien en despreciarlo, pero si fuese un hombre honrado, ajeno a estas prácticas, ¿por qué ibas a pensar mal de él? Transportar equipajes también es un servicio útil. Algunos porteadores roban a sus clientes o estropean o pierden sus pertenencias. ¿Debería yo despreciarte por culpa de ellos?

Quinto Rubrio guardó silencio por unos instantes y luego soltó una carcajada.

—¡Los griegos sois capaces de demostrar que el negro es blanco!

—Sólo intento explicarte que prestar dinero es un negocio honrado aunque algunos prestamistas sean unos bribones. Gayo Rubrio lo miró de reojo.

—Pero tú no concedes créditos para sillas de manos, ¿verdad señor?

Hermógenes sonrió.

—Por lo general, no. Casi todo mi dinero, como el de mi amigo Tito Fiducio Crispo, está invertido en barcos. Construir y equipar barcos mercantes resulta costoso, y las naves corren grandes riesgos al surcar los mares. Lo habitual es repartir los gastos entre un grupo de inversores que pueden obtener pingües ganancias si el viaje se lleva a buen término o perder dinero si fracasa: en ambos casos el comercio sale beneficiado. Tanto Tito Fiducio como yo hemos invertido también en la construcción y en algunos créditos a individuos particulares. Pero ni él ni yo somos propiamente prestamistas. Cuando un hombre presta grandes sumas, se le considera un hombre de negocios. Estoy de acuerdo, no obstante, en que el principio es el mismo. Cobramos por el uso de nuestro dinero tal como vosotros cobráis por el uso de vuestra silla.

Gayo Rubrio bajó la vista. Cambió de posición las pértigas que sostenía sobre los hombros, y una sonrisa se dibujó en sus labios. Hermógenes, tras observar aquel gesto, concluyó que el porteador no estaba convencido de que prestar dinero fuese un negocio honrado pero lo halagaba que un griego rico se esforzase por congraciarse con él. Hermógenes suspiró: más le habría valido mantener la boca cerrada. No se le daba bien preservar su dignidad.

Por otra parte, a juzgar por cuanto había visto, los romanos tampoco atribuían mucha dignidad a los griegos, ni siquiera en las mejores circunstancias. Para ellos, la dignidad, según le habían dado a entender, era un atributo estrictamente romano; la cualidad propia de los griegos era la astucia. Llamaba la atención el modo en que siempre se maravillaban de la inteligencia griega al tiempo que hablaban de ella como si fuese algo inherentemente deshonesto: «*¡Los griegos sois capaces de demostrar que el negro es blanco!*». En realidad, si les preguntabas acerca de sus comerciantes, mercaderes y políticos no dudaban en tacharlos de ladrones y mentirosos; asimismo, se mostraban dispuestos a reconocer que tal o cual banquero o capitán de navío griego era un hombre cabal, pero de un modo u otro esto nunca hacía mella en su convencimiento de que los romanos eran honrados y los griegos no.

Se había topado con muchos mercaderes romanos que sostenían esta opinión. Supuso que no debía sorprenderlo que dichos prejuicios se extendiesen hasta las capas más bajas de la sociedad romana.

—¿Es ésta la casa de tu amigo? —preguntó Quinto Rubrio.

Lo era, sin duda; se trataba de la única casa en una manzana de *insulae*. Era una vivienda grande y hermosa con sendos antorcheros de hierro en forma de delfín a los lados de la doble puerta tachonada. Gayo y Quinto Rubrio dejaron la silla de manos con el equipaje delante de la puerta y Gayo llamó a ésta. Menéstor salió corriendo de su puesto a la cola de la comitiva y apartó al porteador. Tratar con los esclavos de los socios de su amo era tarea suya, y siempre se mostraba muy celoso de su deber. Golpeó

con fuerza el roble claveteado.

Tras un largo silencio se abrió una ventana de la portería por la que asomó un rostro horroroso, una máscara blanca y brillante de tejido cicatricial en la que unos ojos rojos miraban con suspicacia. Carecía de pelo y tenía las orejas reducidas a muñones. Un incendio, pensó Hermógenes intentando sobreponerse al horror: el pobre hombre se había quemado en un incendio.

—¿Qué queréis? —gruñó con recelo el portero.

Menéstor titubeó por un instante antes de preguntar esperanzado:

—¿Hablas griego?

El portero se limitó a pestañear. Hermógenes suspiró y dio un paso al frente; resultaba indecoroso negociar con los esclavos de Crispo en persona, pero al parecer no le quedaba otro remedio.

—¿Es ésta la casa de Tito Fiducio Crispo? —preguntó en tono cortés.

El portero parpadeó de nuevo.

—Sí —asintió—, pero el amo no está. Vuelve mañana por la mañana.

—Me ha invitado a alojarme aquí durante un tiempo. Debe de estar aguardando mi llegada. Soy Marco Elio Hermógenes, de Alejandría.

—A mí no me ha dicho que esperase a nadie —objetó el portero.

Hermógenes pugnó por reprimir el enojo y el bochorno que se estaban apoderando de él. Las cartas se extraviaban con facilidad, y a menudo las instrucciones de un amo no llegaban a la persona responsable de cumplirlas y ni lo uno ni lo otro era culpa de un simple portero.

—Tu amo me ha invitado —repitió con serenidad— y creo que me está esperando. Si ha salido, ¿puedes comprobar si ha dejado instrucciones con respecto a mí?

El portero clavó en él la vista, pestañeando.

—¿Marco Elio Hermócrates de Alejandría, has dicho?

—¡Hermógenes!

El portero gruñó y desapareció cerrando la ventana tras sí. Todos permanecieron callados hasta que se oyó una risita de Quinto Rubrio.

El joven Menéstor se puso muy rojo y fulminó al porteador con la mirada antes de volverse hacia su amo, irritado pero con expresión de disculpa.

—Lo siento, señor —murmuró—. No he debido permitir que trataras con un monstruo como ése. Ha sido grosero, ¿verdad?

—No —repuso Hermógenes para tranquilizar al muchacho—, sólo brusco a su manera. Ha dicho que su amo está fuera y que nadie le ha avisado de nuestra llegada. Tendría que haber enviado una carta desde Ostia ayer.

Ya había caído la tarde cuando desembarcaron el día anterior; no había querido

vagar por las calles y tabernas en busca de alguien dispuesto a llevar la misiva durante la noche, pues probablemente no habría encontrado a nadie, pero aun así habría sido conveniente que intentase informar de su llegada.

—Yo tendría que haber aprendido latín —se lamentó Menéstor.

—Hemos estado muy ocupados —dijo Hermógenes para consolarlo. Advirtió que Gayo Rubrio los observaba con aire divertido—. Como ves, hay cierta confusión —le comentó al hombre en latín—. En caso de que mi amigo haya olvidado dejar instrucciones para mi recibimiento, ¿sabrías de alguna posada cercana donde pudiéramos…?

—¡Mi querido Hermógenes!

Hermógenes se volvió hacia la puerta y ante sí vio el rostro sudoroso y sonrosado de Fiducio Crispo, que le sonreía desde la ventana de la portería.

—¡Tito Fiducio —dijo Hermógenes con formalidad—, te saludo!

—¡Y yo a ti, querido colega! —respondió Crispo. Se apartó de la ventana y espetó —: ¡Perro! ¿Qué haces ahí plantado? ¡Hazlo pasar!

Un cerrojo chirrió al otro lado de la puerta y acto seguido se abrió uno de los batientes de roble tachonado. El portero del rostro surcado de cicatrices empujó el otro y se hizo a un lado. Crispo apareció en el umbral: un hombre gordo que frisaba los cincuenta años, con una túnica arrugada sin cinturón, descalzo y sin toga, tomo si acabara de despertarse. Tendió ambas manos hacia la que Hermógenes le ofrecía y la estrechó entre sus palmas rollizas y húmedas.

—¡Qué alegría verte aquí, en Roma! —exclamó sin dejar de sonreír—. Pasa, pasa; ¡bienvenido a mi casa!

—Gracias —contestó Hermógenes sonriendo a su vez. Logró liberar su mano y agregó—: Antes debo pagar a los porteadores…

—¡Permite que lo haga yo! —lo cortó Crispo.

Hermógenes negó con la cabeza y se volvió hacia los hermanos Rubrio, que acababan de descargar el arcón de la silla de manos. Extrajo dos sestercios de su monedero y entregó uno a cada hombre. La cara de asombro de los porteadores dio paso a una de agradecimiento.

—Gracias por vuestra ayuda —les dijo Hermógenes—. Parece que conocéis bien la ciudad. Si deseara contrataros de nuevo, ¿dónde debo buscaros?

—Gracias a ti, señor —se aprestó a responder Gayo Rubrio con una sonrisa de oreja a oreja—. Puedes mandarnos aviso al mercado de ganado, a los pies del puente Emilio. Vendremos a recogerte aquí cuando tú dispongas, salvo si estamos realizando otro encargo. Cobramos un denario y medio al día, señor, si necesitas la silla por más tiempo. Medio denario a partir del mediodía.

—Pues tal vez os mande llamar cuando sepa mejor cómo voy a organizar mis asuntos aquí, en Roma. Salud para ambos.

—¡Salud para ti, señor! —Respondieron los Rubrio a coro y echaron a andar calle abajo sosteniendo entre ambos la silla colgada de una sola pértiga.

Crispo chascó la lengua en señal de desaprobación.

—No deberías ser tan cortés con chusma como ésa —aleccionó a su huésped—. Así despiertas su codicia. Por cierto, les has pagado más de la cuenta.

—Lo sé —contestó Hermógenes—. En una ciudad desconocida, procuro ganarme la lealtad de quienes pueden prestarme una ayuda valiosa. —«Además», dijo para sus adentros, «ha merecido la pena pagar un poco más para que un par de ciudadanos romanos cargaran con mi equipaje».

Crispo soltó una risotada.

—¿Ayuda valiosa? ¿Un par de miserables porteadores? Si necesitas una litera, amigo mío, pongo la mía a tu disposición. Pero ¡pasa, pasa! ¿Son tuyos estos hombres?

—Son mis esclavos —corroboró Hermógenes—. El joven Menéstor es mi ayuda de cámara y secretario.

Hizo chasquear los dedos para que recogieran el equipaje.

—¡Perro! —gritó Crispo al portero de las cicatrices—. ¿Tengo que indicártelo todo? ¡Échales una mano!

El portero se acercó en silencio al baúl de viaje y lo asió por un extremo. Hermógenes cayó en la cuenta de que Crispo lo había llamado «perro» en griego pese a que el resto de la conversación se había desarrollado en latín.

—¿Habla griego tu portero? —preguntó confundido. El pobre hombre no había dado muestras de entender a Menéstor.

Crispo rió tontamente y negó con la cabeza.

—Ni una palabra. Pero pongo nombres griegos a todos mis esclavos; es la moda. El suyo es Kyon. —Se le escapó otra risita—. Buen nombre para un portero, ¿no te parece?

Hermógenes procuró que su rostro no revelara sus sentimientos. La moda de aplicar sobrenombres a los esclavos le resultaba repulsiva, y ver a uno obligado a responder al mote de Perro le revolvió las entrañas. Tampoco le gustó demasiado pensar que estuviera en boga poner apodos en griego a los esclavos.

Su intento de ocultar sus emociones obviamente no surtió efecto, puesto que Crispo exclamó:

—¡Ay, qué cosa! Estás ofendido. Te aseguro que esta moda de los nombres griegos sólo se debe a que admiramos mucho la cultura griega, no a que… ¡Evidentemente, no pensamos que los griegos sean serviles por naturaleza!

Hermógenes se obligó a sonreír en actitud comprensiva. Comenzó a dudar si alojarse en casa de Crispo sería conveniente. Le había parecido la opción más lógica: Crispo era un antiguo socio de su padre, al fin y al cabo, y había sido su huésped en Alejandría en varias ocasiones. Siempre se había manifestado deseoso de devolver el favor. Estaba bien visto alojarse en casa de amigos si tenías alguno; se consideraba mucho más digno que hospedarse en una pesada… Sin embargo, ahora que estaba allí, comenzaba a recordar que en realidad nunca le había caído muy bien Fiducio Crispo.

Era demasiado tarde para hacer algo al respecto. Además, necesitaba consejo, y Crispo podría dárselo. Siguió a su anfitrión al interior de la casa.

La puerta de la calle se abría a un amplio zaguán decorado con un mural de mosaico que representaba a un perro ladrando; la portería era una pequeña celda situada a la derecha. Pasada la entrada se llegaba a un atrio abovedado con un estanque en el medio que recogía el agua de lluvia procedente del impluvio circular. El pasadizo abovedado del otro lado conducía a un pequeño patio con un huerto.

Un hombre de aspecto preocupado que debía de tener la edad de Hermógenes, aproximadamente, llegó a toda prisa por el corredor abovedado. Llevaba una túnica de lino basto blanqueado y un grueso cinturón de piel al que había sujeto un azote corto de cuero. Saludó a Crispo con una reverencia, y sus ojos de color azul claro lanzaron una mirada inquieta a Hermógenes.

—Están preparando las Habitaciones del Nilo, amo —informó a Crispo con un susurro ronco. Su voz sonaba tan forzada que Hermógenes se preguntó si le ocurriría algo malo—. Y he dispuesto que lleven vino al comedor.

Crispo asintió con la cabeza.

—Algo es algo. —Sonrió a Hermógenes—. Les ordené a mis esclavos que acondicionaran una habitación para ti en cuanto recibí tu carta pero, como era de esperar, los muy perezosos no hicieron nada en su debido momento y ahora no está lista. Ven, vayamos a beber algo mientras hacen lo que tendrían que haber hecho hace días. Esténtor, lleva a los esclavos de mi amigo y su equipaje a sus aposentos.

«Esténtor —pensó Hermógenes contemplando incrédulo al hombre de la voz cascada—. Lleva el nombre que Homero puso al heraldo ronco de su Ilíada».

Esténtor indicó a Menéstor y Formión con un gesto que levantasen de nuevo el arcón; ambos fijaron la vista sobresaltados en Hermógenes. El semblante de Menéstor presentaba un matiz de pánico. Hermógenes no se extrañó: la perspectiva de ser conducido al interior de una casa desconocida por un hombre con un azote bastaría para asustar a cualquier esclavo y, para colmo, el joven Menéstor no entendía una sola palabra de lo que aquella voz cascada le decía. Hermógenes le tocó el brazo.

—Están preparando mis habitaciones —explicó en griego—. Este hombre os

enseñará dónde debéis dejar el equipaje. Voy a preguntar si…

—¡Ay, claro! —exclamó Crispo—. Debería habéroslo dicho, ¿verdad? Esténtor es mi mayordomo. Si necesitáis cualquier cosa durante vuestra estancia, pedídsela a él.

El mayordomo pestañeó con cara de preocupación. Hermógenes le sonrió de un modo que esperó resultara tranquilizador.

—Esténtor —dijo—, éstos son mis apreciados asistentes, Menéstor y Formión. Están cansados y sedientos después del viaje, y te agradeceré que te asegures de que sean bien atendidos. Por desgracia, ninguno de ellos habla latín.

—Yo sé un poco de griego, señor —aseguró el mayordomo. No cabía la menor duda: había algo raro en su voz—, al igual que algunos otros miembros del servicio. Nuestro amo es un hombre muy culto, aunque seguro que eso lo sabes mejor que yo. —Acto seguido, se dirigió a Menéstor en un griego rudimentario y con acento marcado, pero más que aceptable—: Llevad las cosas a la habitación de vuestro amo y luego os daré de beber.

—Moderación —recordó Hermógenes a Formión. El corpulento guardaespaldas, gran aficionado a la bebida, puso los ojos en blanco y asintió con la cabeza.

Los esclavos siguieron a Esténtor por el pasadizo abovedado y torcieron a la izquierda. Hermógenes se dejó guiar por Crispo a través del mismo pasillo y hacia la derecha hasta una gran estancia que comunicaba con el patio. Estaba decorada con paneles de un rojo estridente sobre los que resaltaban unos medallones con imágenes de animales exóticos: elefantes, tigres y jirafas. Una niña y un muchacho se afanaban colocando copas y tazones en el aparador y ambos se volvieron e hicieron una reverencia cuando entraron los dos hombres. Crispo se dejó caer en el más cercano de los tres triclinios y apoyó los pies sobre la tapicería roja de piel. Hermógenes se sentó con cautela en el siguiente. Echó un vistazo a sus sandalias: estaban sucias. La niña acudió con presteza, se las desabrochó y le limpió los pies con una toalla húmeda. El muchacho se aproximó con una jarra y dos copas rojas de cerámica arretina, pero Crispo lo detuvo con un gesto antes de que sirviera la bebida.

—¿Qué vino es? —inquirió.

—De la Sabina, amo —contestó el muchacho con voz temblorosa—. Mezclado a partes iguales con agua, tal como ha dicho Esténtor.

—¡Ajá! —Crispo asintió con la cabeza en señal de aprobación—. ¡Muy bien! Una de nuestras cosechas italianas, Hermógenes; espero que te guste. ¡Vamos, jacinto, sírvele!

—Por favor, no lo deseo tan fuerte —dijo Hermógenes apresuradamente—. He venido a pie desde la puerta de Ostia y lo preferiría con más agua.

El muchacho llenó la copa del huésped hasta la mitad antes de atender a su amo. La

niña corrió al aparador, soltó la toalla y regresó con una segunda jarra que contenía agua fría, que escanció en el cáliz del huésped hasta el borde.

—¡A tu salud! —Brindó Hermógenes y entrechocó su copa con la de Crispo.

El vino era tinto, áspero y más bien ácido, aunque resultaba deliciosamente refrescante después del caluroso trayecto en carro y la caminata a través de la ciudad. Hermógenes apuró su copa y el muchacho se la rellenó de inmediato. Hermógenes se preguntó si al chico le gustaba que le llamaran jacinto. El mito del hermoso muchacho amado por el dios Apolo era invocado a menudo por poetas pederastas por lo que con toda seguridad los demás muchachos reaccionarían ante aquel sobrenombre con risas burlonas de complicidad. Entonces recordó que a Crispo le gustaban los muchachos: durante una de sus visitas había surgido un problema a raíz de que se encaprichara de uno en el mercado. Jacinto sin duda conocería de sobra las implicaciones de su apodo.

—¿Has venido a pie desde la puerta de Ostia? —preguntó Crispo en tono jovial—. ¿Ni siquiera has usado esa silla de manos que tan generosamente has pagado?

—La he alquilado para el equipaje. La verdad es que no tenía intención de venir andando, Crispo. Había previsto recorrer todo el camino en carruaje pero… —Se encogió de hombros con una sonrisa reprobatoria— no sabía que los carruajes tenían prohibida la entrada en Roma.

—Llámame Tito —ofreció Crispo—. Es cierto, es tu primera visita, ¿verdad? Me complace que por fin me brindes la oportunidad de corresponder con mi hospitalidad a las atenciones que tú y tu padre me habéis dispensado. —Hizo una pausa y agregó con gravedad—: Me apenó mucho enterarme de la muerte de tu padre. Rezo para que la tierra te sea leve.

Hermógenes agachó la cabeza. La primera vez que alguien había rezado para que la tierra fuese leve sobre la tumba de su padre había gritado furioso: «¿Cómo así? ¡Se ahogó en el mar!». Entonces lo embargaba un dolor muy reciente, desgarrador e implacable. Se le antojaba imposible que el padre que lo había educado hubiese desaparecido de su vida de un modo tan súbito y radical. En ocasiones se había despertado convencido de que se trataba de una equivocación, de que el barco de su padre no había naufragado sino que sencillamente había perdido el rumbo y no tardaría en retornar a casa. Sin embargo, ya había transcurrido más de medio año, y Hermógenes sabía que Filemón nunca regresaría de las profundas aguas. Había aprendido a disimular su dolor, a ponerse una máscara de cortesía para ocultar la rabia que lo consumía. Incluso había aprendido a aceptar con dignidad las expresiones de condolencia.

—Y dime, ¿eres su único heredero? —prosiguió Crispo—. Sin duda supuso un consuelo para él saber que dejaba sus asuntos en buenas manos.

Hermógenes tomó otro sorbo de vino y murmuró que las amables palabras de Crispo lo halagaban.

—¡Bah, no lo digo por amabilidad! —protestó el romano—. Para mí sería reconfortante, te lo aseguro, si tuviese un hijo competente que heredara el fruto de mi duro trabajo en vez de un sobrino que no vale nada. —Bebió un poco de vino y continuó—: Además, hoy en día es fácil que un hombre soltero se sienta como un traidor al Estado. A todos nos han enseñado que nuestro deber es casarnos y engendrar romanos. ¿Has oído hablar de las leyes julianas?

En efecto, Hermógenes estaba al corriente de las nuevas leyes que fomentaban el matrimonio y penalizaban el adulterio.

—¿Estás pensando en casarte a causa de ellas? —inquirió divertido. Recordó vívidamente que Crispo le había dicho una vez que el matrimonio era una trampa para esclavizar a los hombres y que cualquier varón de espíritu templado debía dar gracias a los dioses si escapaba a él. Le había largado este discurso con el propósito de consolar a Hermógenes después de que su esposa muriera de parto, y a éste no le había hecho demasiada gracia.

Crispo soltó un profundo suspiro y bajó la vista hacia el vino.

—Pienso en ello. Y luego lo repienso. ¿Cómo podría vivir sin muchachos o soportar las recriminaciones de una esposa por tenerlos? ¿Y qué hay de ti? ¿Has vuelto a casarte?

Hermógenes reprimió una mueca de indignación. Ya estaba harto de que todos los socios de su padre insistieran en el tema de un segundo matrimonio. Al menos Crispo, por fortuna, no tenía una hija.

—Todavía no —contestó con suavidad.

—Pues deberías. Engendrar un heredero. Tu primera esposa no te dio hijos, ¿verdad?

—Me dio una hija.

Crispo restó importancia a la descendencia de género femenino con un ademán desdeñoso y de súbito se irguió con una expresión de alarma fingida. ¡Dioses y diosas, lo había olvidado! No debería haber mencionado que estaba contemplando la posibilidad de casarme. Todo hombre con una hija anda a la caza de un buen partido.

Hermógenes pensó en su hija, quien le había comunicado su intención de ser acróbata de mayor («¡Con un traje de cuero rojo y adornos de oro!»), que siempre se metía en líos en la escuela por mancharse la ropa y cuya luminosa sonrisa era capaz de persuadir a su respetable padre a acometer hazañas como trepar la tapia del jardín y colarse en el cobertizo del vecino para ver una camada de gatitos. Miró a aquel hombre obeso que sudaba tendido en su triclinio tapizado de rojo y pensó: «Antes te mato».

—Sólo tiene diez años, Cris… Tito —repuso, sonriente—. Aún no he comenzado a buscarle marido. Además, seguro que encontrarás una buena esposa aquí en Roma si es que decides que quieres una. ¿Cómo van los negocios?

Crispo le refirió de forma pormenorizada la marcha de sus actividades relacionadas con un nuevo sindicato naviero y con la construcción de edificios en Roma. Hermógenes escuchó con atención, tomando nota mentalmente de detalles que quizá le resultaran de utilidad más adelante. Finalmente el anfitrión agotó el tema y, al reparar en que su copa de vino estaba vacía, dio un chasquido con los dedos para llamar la atención del escanciador.

—¿Y tú qué cuentas? —preguntó mientras jacinto se la volvía a llenar—. En tu carta decías que tenías negocios importantes que atender en Roma, pero no aclarabas de qué se trataba.

Hermógenes rehusó que le sirviesen más vino. «Negocios importantes». Lo invadió cierta incomodidad, pues era consciente de que el poderoso impulso que lo había empujado a abandonar su hogar y a su familia para viajar a Roma tenía muy poco que ver con los negocios. Bien, desde luego había dinero en juego, pero no era eso lo que le importaba. No deseaba reconocer ante Tito Fiducio que lo que en realidad esperaba encontrar en Roma era una cosa tan escurridiza como poco práctica: justicia. A cualquier hombre de negocios esta pretensión le parecería sospechosa y perturbadora. La justicia solía acabar por salir más cara que la transacción comercial más desventajosa.

—He venido como administrador a cobrar una deuda que venció hace tiempo —declaró con una sonrisa, como si el asunto no revistiera la menor importancia—. Te agradeceré cualquier consejo sobre cómo manejar el asunto.

Crispo rió.

—¿A quién quieres embargarle los muebles?

—No quiero embargar nada. El deudor es un hombre acaudalado y poderoso. Quiero que me asesores sobre cómo planteárselo con diplomacia.

—¿Quién es?

—Lucio Tario Rufo.

En Alejandría había escrito una vez ese nombre en una tablilla de cera, y luego lo había tachado apretando tanto con el estilo que había arrancado toda la cera y rayado la madera que había debajo. Le complació ser capaz de pronunciarlo ahora con tan desenvuelta calma.

Crispo se irguió y lo miró asombrado.

—¿El general? ¡Por Júpiter! ¡Pero si es cónsul!

—¿De veras? —preguntó Hermógenes sorprendido—. Tenía entendido que los

cónsules de este año eran… —Rememoró la fecha de su contrato romano más reciente. «Acordado durante el consulado de…»—… Domicio Ahenobarbo y Cornelio Escipión.

—Tario Rufo sustituyó a Escipión a principios de mes —explicó Crispo—. Ocurre con frecuencia hoy en día. A los nobles les corresponde el consulado por nacimiento; los hombres nuevos, en cambio, piensan que lo han ganado por méritos propios y terminan teniendo que compartirlo. La sangre azul de Escipión sin duda hirvió al verse obligado a ceder su puesto a un agricultor de Picenum, pero aun así lo hizo. Rufo es amigo del emperador, y Augusto le confió el mando del ejército del Danubio. Nadie discute con un hombre como él. —Se levantó, se dirigió con su copa hacia el aparador y se volvió, sin haberla llenado—. No me extraña que quieras proceder con tacto. ¿Te debe dinero? Ignoraba que tuviera intereses en Egipto.

Hermógenes removió el vino en su copa medio vacía.

—Porque no los tiene, al menos hasta donde yo sé. Sin embargo, hace doce años era procónsul de Chipre, una isla que, como bien sabes, siempre ha mantenido estrechos vínculos con Egipto puesto que antaño pertenecía a los reyes. La hermana de mi padre se casó con un destacado negociante de allí, un hombre llamado Nicómaco, ¡sí, el del sindicato naviero! Rufo le pidió un crédito de medio millón de sestercios al cinco por ciento anual.

—¿Firmó un contrato?

Hermógenes asintió con la cabeza.

—Lo firmaron y lo sellaron ante testigos. De hecho, durante los primeros cinco años siguientes a la concesión del préstamo, Rufo efectuó pagos con regularidad, todos los intereses anuales y cien mil del capital. Luego, de repente, los pagos cesaron. Por aquel entonces él estaba en Iliria con el ejército del Danubio y al principio Nicómaco supuso que simplemente había olvidado autorizar a su agente en Roma para que realizara el envío de dinero. Ahora bien, cuando reclamó sólo obtuvo otros cuarenta mil de los intereses. El impago comenzó a afectar a sus propios negocios, por lo que exigió con más urgencia su dinero, pero sólo recibió amenazas del secretario de Rufo y ninguna respuesta de él en persona, ni siquiera después de que regresase a Roma del Danubio. El otoño pasado Nicómaco murió, dejando su patrimonio y sus cuantiosas deudas a su heredero: mi padre. —Hermógenes bebió un sorbo de vino y se enjuagó la boca con él—. Los acreedores de Nicómaco amenazaban con embargar su casa y dejar en la calle a su esposa, la hermana de mi padre, de modo que mi padre decidió viajar a Chipre para resolver en persona el asunto pese a que ya faltaba poco para que acabara el año. —Se obligó a beber otro trago de vino y consiguió proseguir con una voz más o menos normal—: Nunca llegó a su destino. Se desató una tormenta y su barco naufragó. En primavera fui yo mismo a Chipre, liquidé el patrimonio, pagué a los acreedores más

insistentes y convencí a mi tía de que regresara a Alejandría conmigo. Ahora soy, como has mencionado, el único beneficiario de la herencia de mi padre, que incluye la deuda que le legó Nicómaco. Lucio Tario Rufo me debe quinientos veinte mil sestercios. —«Y las vidas de mi padre y mi tío», pensó. Miró a Crispo a los ojos—. Supongo que dispone de esa suma.

Crispo se encogió de hombros.

—Seguro que sí, amigo mío, seguro que sí. Tal como has dicho, es un hombre muy rico y poderoso aunque quizás ande un poco escaso de líquido. El consulado es una dignidad muy cara. Tu visita no será bien recibida. —Tomó prestado el dinero ——dijo Hermógenes. Hizo una pausa, meditabundo, y agregó—: Quizá me beneficie el hecho de que ahora él sea cónsul. No querrá pasar el bochorno de que le envíen una citación por moroso mientras ejerce la suprema magistratura de Roma.

Crispo lo miró horrorizado.

—¡Por Júpiter! —Se echó a reír—. No irás a advertirle que piensas hacer eso, ¿verdad?

—Espero resolver el asunto con toda discreción. Sin embargo, estoy en posesión de un contrato válido y vinculante y, a diferencia de Nicómaco, yo soy ciudadano y tengo derecho a recurrir a los tribunales romanos.

Crispo soltó otra carcajada.

—¡Por todos los dioses! ¡Imagínatelo! ¡Un cónsul romano llamado a declarar, acusado de impago por un prestamista egipcio! ¡Sería el hazmerreír de la ciudad hasta el fin de sus días! —Agitó una mano, adelantándose a la réplica de Hermógenes—. Ya lo sé, ya lo sé, pero en Roma a nadie le importa si eres un griego alejandrino o un griego egipcio o un egipcio egipcio normal y corriente.

—Soy ciudadano romano.

—Hermógenes, ¡eres alejandrino hasta la médula! Tu padre prestó dinero a Elio Gallo, que entonces era gobernador de Egipto y accedió a concederle a cambio la ciudadanía. Eso no te convierte en un verdadero romano.

—Soy lo bastante romano para llevar a Rufo a juicio.

Crispo dejó de reír.

—¿Hablas en serio? No, amigo mío, no lo hagas. Ni siquiera lo amenaces con hacerlo. Un hombre como ése, sentado en su escaño curial… ¿Sabes qué significa el consulado?

—Probablemente no —reconoció Hermógenes—. Pensaba que en la actualidad los cónsules ejercían muy poco poder real.

Crispo parecía incómodo. Por supuesto: el emperador alardeaba de haber restaurado la república, lo que en teoría significaba que los cónsules habían recuperado

su condición de gobernadores supremos del Estado romano. Admitir que eran meras figuras decorativas equivalía a estar en desacuerdo con el emperador, y eso no era prudente.

—No estamos hablando de una mera cuestión de poder —declaró Crispo eludiendo el tema—, sino de honor. Yo pertenezco a la clase ecuestre, como bien sabes. No soy un noble, no persigo magistraturas. ¡En realidad las considero una pérdida de tiempo y dinero! Pero hasta yo me intimido ante la grandeza del consulado. Puedes ir al foro y leer los nombres de todos los hombres que han ocupado el cargo, dos cada año, y remontarte hasta la fundación de la ciudad: son los nombres más famosos de la historia. Una vez que un hombre ha ocupado un escaño curial pasa a formar parte de la nobleza, con independencia de su origen y, lo que es más, todos sus hijos serán nobles. El consulado constituye la cúspide de los logros de cualquier hombre. Tario Rufo… es un don nadie por nacimiento, ha trepado sirviéndose del ejército para llegar a donde está, pero lo ha conseguido: está ahí. Si ahora aparecieras tú, en su momento de triunfo, y amenazaras con ponerlo en ridículo… ¡te mataría! ¿Y quién lo detendría? Es general y amigo del emperador.

Hermógenes escrutó su rostro y vio en sus ojos los límites de su hospitalidad. Crispo no cobijaría en su casa a un hombre que amenazara a un cónsul romano con el oprobio, no porque apoyara al cónsul sino por temor a las consecuencias que ello pudiera tener para él.

Hermógenes se preguntó, por primera vez, cuán malas serían dichas consecuencias. Crispo le había dado a entender que entre otras posibilidades estaba la muerte. Sería terrible morir lejos de su patria por nada, privando a su casa de un cabeza de familia y dejando una hija huérfana. No había ganancia por la que valiese la pena pagar ese precio.

Ahora bien, ¿acaso era probable que Tario Rufo llegase a ese extremo? Se trataba de un hombre poderoso, de acuerdo, pero no del emperador: seguía estando sujeto a las leyes ordinarias de Roma. Seguramente hasta un cónsul romano tendría dificultades para asesinar a un ciudadano romano sólo por ser su acreedor. Rufo sin duda estaba en condiciones de pagar la deuda si así lo deseaba. Enfrentado a un reclamante que poseyese la ciudadanía, capaz de llevarlo ante un tribunal romano, ¿no estimaría más fácil darse por vencido y pagar?

Rufo ya había decidido no saldar su deuda una vez y el padre y el tío de Hermógenes habían muerto por culpa de esa decisión. Abandonar la lucha sin haberla comenzado siquiera supondría traicionar su memoria. No: Crispo simplemente se mostraba intimidado ante la autoridad consular. Hermógenes insistiría en su reivindicación pero procuraría implicar a su anfitrión lo menos posible. Inclinó la

cabeza.

—Tito, ya te he dicho que me interesaría que me aconsejaras sobre cómo abordarlo con diplomacia. Lo último que quiero es ofenderlo. Mi intención es zanjar este asunto con toda la calma y la discreción máximas. —Era la verdad, si bien no toda—. Gracias por tu advertencia.

—Bien —contestó Crispo relajándose. Se percató de que había vaciado de nuevo su copa, de modo que se la alargó al muchacho para que se la rellenara. A continuación se sentó de nuevo en el triclinio y bebió un sorbo—. No veo por qué no va a avenirse a pagarte —añadió al cabo de un rato tras enjuagarse la boca—. Tal vez no te dé todo el dinero de golpe, aunque dudo mucho que no pueda permitírselo. Es muy posible que nunca llegara a leer las cartas de tu tío y que se olvidase de la deuda. Quizás incluso crea que la liquidó hace tiempo. No me extrañaría que su secretario se hubiese estado embolsando los pagos que ha ido descontando del caudal de su amo. —Frunció el ceño —. Tal vez lo mejor sea que no menciones el nombre de tu tío cuando solicites audiencia con el cónsul. De este modo el secretario, si ha estado robando, no intentará impedir que te entrevistes con él. Y desde luego sería una buena idea que depositaras tu contrato, junto con cualquier otro documento relacionado con la deuda, en el registro público, de modo que nadie los toque.

—Como tú digas —respondió Hermógenes mansamente—. ¿Cómo le pide uno audiencia a un cónsul?

Hacía meses que Hermógenes no dormía bien. Desde que se enteró de la muerte de su tío, se despertaba dos o tres veces cada noche y permanecía despierto, contemplando la oscuridad o, incapaz de soportar sus pensamientos nocturnos, se levantaba y revisaba las cuentas a la luz de una lámpara. La primera noche en casa de Crispo, sin embargo, se sumió en un sueño profundo y al despertar advirtió que la brillante luz diurna se colaba por las rendijas de las contraventanas.

Se volvió boca arriba y miró el techo. Estaba enlucido de blanco, y unos bajorrelieves decoraban los rincones con un motivo de coronas y guirnaldas. Se oían voces no muy lejanas y en la calle, frente a su ventana, un vendedor voceaba «¡fresco, fresco, fresco!». Se preguntó qué sería lo fresco. ¿Pan? ¿Pescado? ¿Marisco?

No había tiempo para yacer en la cama pensando en los gritos de la calle: tenía cosas que hacer. Suspiró, se levantó y salió sin prisa, descalzo y vestido sólo con su túnica, a la sala adyacente a la alcoba.

Crispo llamaba Habitaciones del Nilo a aquellos aposentos, y desde luego el río predominaba en la decoración. Había un gran fresco del dios río en un muro, coronado con papiros y rodeado de cocodrilos e hipopótamos en actitud de retozar. Una estatuilla del mismo tema se alzaba en un rincón junto a otras dos pinturas colgadas de la pared, que representaban el puerto de Alejandría y una escena del Nilo. Las patas del escritorio estaban talladas para que semejaran dioses egipcios: Anubis, Isis, Tot-Hermes y Serapis. La silla tenía remates en forma de flor de papiro, y de un soporte que era una réplica del faro de Alejandría, colgaban unas lámparas que figuraban pequeños cocodrilos de bronce. Adornaba el conjunto un llamativo áspid. Hermógenes recordaba haber visto a Crispo comprar casi todas aquellas cosas, o al menos regresar a la casa de Alejandría con ellas y desenvolver cada absurda adquisición para mostrarla orgulloso a sus atónitos y avergonzados anfitriones. De modo que allí era donde habían ido a parar muchos de aquellos recuerdos. Hermógenes se preguntó si a los demás huéspedes de Crispo les parecerían tan ridículos como a él.

Tal vez no. Crispo siempre había asegurado a sus anfitriones que los motivos

decorativos egipcios eran muy populares en Roma, donde estaban muy de moda, como poner a los esclavos sobrenombres griegos. Hizo una mueca y fue en busca de Menéstor, a quien, por su calidad de ayuda de cámara, le habían facilitado una colchoneta para que durmiera en la sala de su amo, mientras que Formión se alojaba en las dependencias de los esclavos. La colchoneta estaba enrollada en un rincón y el muchacho no se encontraba por allí. Era tarde, pues. Hermógenes bostezó y se frotó la cara.

Tenía el mentón hirsuto. Debía buscar un barbero. ¿Habría tiempo para eso? Crispo le había dicho que todas las oficinas públicas estarían cerradas por la tarde, y necesitaba registrar sus documentos. ¿Qué hora era, por cierto?

Abrió la puerta que daba al patio. Un par de esclavas que barrían el atrio, una mujer treintañera de aspecto avejentado y una niña de unos seis años, interrumpieron su faena. La mujer se irguió con aire cansado y la niña se escondió detrás de ella, clavando una mirada escrutadora en el visitante.

Los grandes ojos negros de la niña le recordaron a Hermógenes los de su propia hija, y éste sonrió a la pareja.

—¡Hola! Me temo que he dormido más de la cuenta. ¿Sabes la hora que es?

Algo en aquella frase no estaba del todo bien, pero al fin y al cabo acababa de levantarse.

—Es la hora tercera, señor —contestó la mujer nerviosamente—. Al menos lo era cuando he comenzado a barrer. Espero no haberte despertado, señor.

—No lo has hecho —repuso él—, pero de haber sido así te daría las gracias. No suelo dormir hasta tan tarde. —¡La hora tercera, cuando él solía estar fuera de casa antes de que terminara la segunda! En fin, lo cierto es que se sentía mucho mejor después de haber descansado y aún quedaban tres largas horas de verano hasta el mediodía. Sonrió a la chiquilla—. Has estado trabajado duro mientras yo holgazaneaba en la cama, ¿verdad, pequeña?

La niña ocultó el rostro entre las faldas de su madre. La mujer sonrió con timidez al visitante. Le faltaban los dientes delanteros.

—¿Es tu hija? —preguntó Hermógenes con cordialidad.

La mujer asintió con la cabeza y su sonrisa se ensanchó.

—Sí, señor. El amo la llama Erotion. Dice que significa «amorcito».

—Parece un nombre apropiado para ella.

La mujer se sonrojó.

—A mí me gusta, señor.

—Soy el amorcito de mamá —balbuceó la niña con la voz apagada por tener la boca apretada contra la tela.

—Seguro que sí —le dijo Hermógenes con grave cortesía y, dirigiéndose a la mujer, agregó—: Supongo que tú también tendrás un nombre griego.

—¿Yo? ¡Qué va, señor! —La mujer rió—. Sólo da nombres nuevos a los esclavos importantes, señor, y a los favoritos. Me llamo Tercia, señor.

—Tercia. Yo soy Hermógenes. Espero no causarte demasiadas molestias como huésped de tu amo. ¿Sabrías indicarme dónde encontrar a mi ayuda de cámara?

—Creo que está con Esténtor, señor. Erotion puede ir en su busca si quieres.

Erotion asomó la cara por detrás de las faldas de su madre y asintió con la cabeza.

—¡Chica lista! Escucha, pues. Menéstor no habla latín. Tendrás que pedirle a Esténtor que le explique por qué lo necesito.

—¿Y qué habla? —inquirió la niña con interés.

—Griego.

—Entonces debe de ser muy listo. Según mi hermano, hay que serlo para aprender griego.

—Ah, pero no tienes que aprenderlo cuando naces griego, ya que creces hablándolo. Mi hija pensaría que eres muy lista, pues hablas un excelente latín.

Erotion abrió los ojos como platos ante aquella extraordinaria revelación.

—¡No hagas esperar al caballero, cariño! —la regañó cariñosamente su madre—. Ve a buscar a su esclavo.

—Sí, mamá —contestó Erotion, y se alejó corriendo.

—Es una buena niña, señor —le aseguró Tercia—, pero se distrae fácilmente.

—Mi hija es igual.

Ambos asintieron con la cabeza manifestando su afinidad como padres y luego Hermógenes entró en sus aposentos. El sonido de la escoba se reanudó a su espalda, y por un instante le asaltó una sensación de culpabilidad por haber iniciado aquel intercambio de palabras tan amistoso. Un ciudadano nacido libre no debía comentar las tribulaciones de la paternidad con una esclava doméstica como si ésta fuera su igual. «Te estás rebajando a su nivel —le habría reprochado su padre—. Muéstrate amable por supuesto, pero nunca olvides que eres su superior». Había atentado contra su propia dignidad una vez más y, lo que era peor, no estaba seguro del motivo. La primera vez que trató a los esclavos de otro hombre con deferencia, lo había movido un genuino interés, pero desde entonces había descubierto que tal actitud resultaba muy útil en ocasiones, por lo que ahora nunca sabía cuándo su simpatía era sincera y cuándo calculada.

No, esta vez había sido sincera. La chiquilla le había hecho pensar en su hija. Le vino a la mente la imagen de ella, aferrada a él cuando se disponía a salir de la casa en Alejandría, sollozando y rogándole que se la llevara consigo. Después se había

quedado en el umbral con la niñera, despidiéndose de él con la mano hasta perderlo de vista. La aterraba la idea de que el barco de su padre corriera la misma suerte que el de su abuelo.

Hermógenes rebuscó en uno de los canastos de equipaje su recado de escribir. Al ver que se había equivocado de canasto, abrió el otro. Allí estaba, debajo de las copias de los documentos relativos a la deuda: el estuche de plumas, las cajas de sellos, los fajos de papiros y un tarro de tinta seca. Lo sacó todo, afiló una pluma y se sentó a la mesa ornamentada para escribir una carta.

MARCO ELIO HERMÓGENES SALUDA A SU HIJA,
ELIA MIRINA: ESPERO QUE GOCES DE SALUD

Vida mía, he llegado a Roma sano y salvo tras un viaje sin percances. Sé que esto es lo que más deseabas oír. Estoy alojado en casa de mi amigo Tito Fiducio Crispo, quien posee una hermosa mansión y muchos esclavos que se la cuidan. Uno de ellos es una chiquilla que se llama Erotion: es más pequeña que tú y piensa que tienes que ser muy lista si hablas griego. Le he dicho que tú pensarías que ella es muy lista por hablar latín.

Roma es una ciudad tan grande como Alejandría y tiene muchos edificios muy altos, pero no es tan bonita, al menos en sus alrededores. ¡Ni siquiera tiene una verdadera muralla con puertas! Y, por descontado, tampoco tiene puerto ni faro. Nuestro barco arribó al puerto más cercano, que se llama Ostia, donde tomamos un carruaje hasta las afueras de Roma. Una vez allí, hubimos de caminar, porque las leyes no permiten que circulen carruajes durante el día, así que todo el mundo va a pie o se desplaza en una silla de manos. Contraté a unos porteadores para que llevaran el equipaje y descubrí que eran ciudadanos romanos. Díselo a tu tía Eukleia: le gustará oírlo.

Hoy quizá visite partes más bonitas de la ciudad puesto que voy a ir al foro para resolver mis asuntos. Si veo algo interesante, ya te lo contaré.

La puerta se abrió de repente y Menéstor entró con la pequeña Erotion.

—Lo he traído —dijo la chiquilla con orgullo.

—¿Me llamabas, señor? —preguntó el muchacho.

Hermógenes movió con descuido la pluma y se manchó la mano de tinta. Suspiró y buscó un papel secante para limpiarse.

—Sí, tenemos que comenzar nuestras gestiones. ¿Sabes si es preciso que salude a nuestro anfitrión antes de salir?

—Me parece que ha salido, señor —dijo Menéstor—, en su litera, mientras tú aún

dormías. Pero sé que esta noche se celebrará una cena en tu honor. Esténtor estaba interrogándome sobre tus gustos.

Hermógenes hizo un gesto de asentimiento: lo habían invitado a la cena.

—Regresaremos con tiempo de sobra para eso. Muy bien, pues, avísale a Esténtor que salimos y que volveremos esta tarde, y ve a buscar a Formión. Ah, y si puedes pregunta a Esténtor cómo tengo que hacer para enviar una carta a casa.

—Sí, señor. —Menéstor dio media vuelta y se alejó.

Erotion se entretenía curioseando. Hermógenes le sonrió.

—Estoy escribiendo una carta a mi hija —le informó—. Le he comentado lo bien que hablas latín.

A la niña se le iluminó el rostro.

—¿Cómo se llama tu niña?

—Mirina.

—Mirina. Es bonito. ¿Le has dicho mi nombre?

—Pues sí.

—¡Oh! —Erotion quedó sorprendida y encantada ante la idea de que una niña de una ciudad lejana supiese su nombre—. ¡Dile que le deseo salud! —ordenó con entusiasmo.

Hermógenes asintió con la cabeza y escribió:

> La pequeña Erotion me pide que te diga que te desea buena salud, igual que yo. Saluda a la tía Eukleia de mi parte, y también a la niñera y a los demás de la casa. Recuerda que debes portarte bien con la tía Eukleia, aunque no te deje practicar tus acrobacias, porque está muy triste después de haber perdido a su marido y su casa. Te echo mucho de menos y espero despachar rápidamente mis negocios y regresar pronto a casa con mi querida hija.

Sopló la tinta para secarla.

—¿Tu hija sabrá leer esto? —le preguntó Erotion.

Que una niña dominase la lectura sin duda se le antojaba un logro maravilloso. Nadie se molestaba en educar a las niñas esclavas.

—Sí, sabe leer.

La niña asintió, como si esto confirmara sus suposiciones.

—Me lo figuraba. Sabía que sería una dama.

Hermógenes visualizó a Mirina practicando volteretas rueda en el jardín, con las flacas piernas en alto y la túnica caída hasta la cintura.

—Algún día será una dama —precisó—. Ahora sólo es una niña.

—¿Sabes si contestará?

—Es posible, aunque no creo que me dé tiempo de recibir su respuesta. Alejandría está muy lejos de aquí. Para cuando esto le llegue a ella, lo más probable es que yo ya vaya camino de regreso a mi casa.

—Ah. —Erotion se rascó la nariz—. Ahora he de ir a ayudar a mi madre.

—Eres una buena niña. Te deseo salud.

Enrolló la carta, inscribió la dirección en el reverso, la ató y la selló. Luego tomó una segunda hoja y escribió con cuidado:

MARCO ELIO HERMÓGENES DE ALEJANDRÍA A LUCIO TARIO RUFO, CÓNSUL DE LOS ROMANOS, SALUDOS CORDIALES

Mi señor, tú no me conoces pero tuviste trato con un tío mío. Éste falleció hace poco, y yo soy su heredero. Al morir dejó en mis manos cierto asunto que es de tu incumbencia, y puesto que estoy ansioso por resolver todos sus compromisos y poner su patrimonio en orden, he venido a Roma para verte. Espero tengas a bien concederme una audiencia para comentar esta cuestión cuando te resulte conveniente. Me alojo en casa de Tito Fiducio Crispo en la vía Tusculana.

Rezo a los dioses para que te concedan salud.

Releyó la carta y quedó satisfecho. La había escrito en griego, ya que en latín su ortografía era un tanto irregular, pero eso no debía acarrear dificultad alguna al destinatario. Rufo sin duda hablaba griego y con toda seguridad contaba con un secretario encargado de leer y redactar su correspondencia en griego. Por otra parte, el tono era correcto. Rufo probablemente pensaría que el «asunto» guardaba relación con alguna clase de herencia y no tardaría en concederle audiencia. Hermógenes enrolló y selló la misiva y luego regresó a la alcoba para ponerse el cinturón, la toga y las sandalias.

Cuando salió de nuevo a la sala, Menéstor y Formión ya habían llegado. Con ellos estaba jacinto, el escanciador de Crispo.

—Esténtor dice que necesitas un guía —explicó el chico en mal griego—. Para que no te pierdas. Hablo griego.

Hermógenes contempló al muchacho por un momento. Tendría unos trece años, era alto y delgado, de cabellera larga y negra y ojos oscuros. Lucía una túnica naranja de primera calidad lo basante corta como para mostrar los muslos más de lo que

aconsejaba la decencia. Se revolvió inquieto ante su mirada escrutadora.

—Espero que no sea una molestia para ti —le dijo Hermógenes.

—No —contestó el chico relajándose un poco—. Me gusta ir al foro.

—Es cierto que necesitamos un guía —terció Menéstor con aprobación—. Señor, Esténtor dice que si quieres dejar la carta en la mesa, mandará a alguien a recogerla después. Tito Fiducio comparte un servicio de mensajeros con otros hombres de negocios y envía correspondencia todos los días.

Hermógenes asintió y depositó las cartas encima de la mesa. Se volvió hacia el baúl que habían colocado contra la pared, cerca de la lámpara, tomó la llave que llevaba colgada al cuello de una cadena, abrió el arcón y extrajo la caja de documentos concernientes a la deuda; los originales cuyas copias guardaba en el canasto. Se la pasó a Menéstor; tras un momento de reflexión metió en ella los papeles que demostraban su ciudadanía y finalmente se marcharon.

El centro de Roma era, en efecto, mucho más imponente que las afueras y claramente más imponente de lo que había sido una generación atrás, aunque menos de lo que sería al cabo de otra generación: en todas partes se veían edificios en obras. Estaban remozando los viejos templos de ladrillo de la vía Sacra con mármol; nuevos pórticos, nuevas basílicas y nuevos monumentos proliferaban como hongos. Jacinto se los indicaba en su griego rudimentario: «Ése arriba, en el Palatino, ése es el templo de Apolo», «Ése el Arco Parto. Tiene dos años», «Ése el templo de César Deificado».

Las calles estaban atestadas por la mañana, y reinaba un ambiente muy distinto de la ensombrecida desolación de la tarde anterior. Esclavos con túnicas sencillas, cargados con cestas de compra, se mezclaban con ciudadanas ataviadas con largas estolas festoneadas. De vez en cuando pasaba un ciudadano envuelto en una toga blanca como la nieve apurado con alguna diligencia. Los aguadores y los vendedores de pastelitos competían pregonando sus productos a pleno pulmón. Las sillas de manos se balanceaban a hombros de sudorosos porteadores. Alguna que otra litera cubierta se deslizaba majestuosa como un buque mercante entre embarcaciones menores, acarreada con suavidad por cuadrillas de ocho porteadores, con su ocupante oculto tras elegantes cortinas.

Abundaban los extranjeros. Hermógenes reparó en una pareja de bárbaros del norte incluso antes de llegar a la vía Sacra: germanos o quizá celtas, hombres rubios con barba y con pantalones bombachos. Probablemente había muchos norteños vestidos al esmetilo romano, ya que entre la multitud había muchas más cabezas rubias y pelirrojas de las que jamás había visto en Alejandría. Dos mujeres de una de las ciudades de Oriente por donde pasaban las caravanas discutían con un mercader de tejidos, cubiertas con largos mantos oscuros de la cabeza a los pies y luciendo adornos de oro

en el cuello y el velo; un sacerdote eunuco frigio pedía limosna sentado en una plaza pública, cantando alabanzas a la Gran Madre con voz atiplada acompañándose con esporádicos toques de pandereta; un hombre robusto con la camisa y los pantalones de punto típicos de los partos y la barba teñida de azul se abría paso con expresión hosca entre el gentío. Los extranjeros más numerosos, no obstante, eran sin duda los griegos. El himatión, el manto rectilíneo del este de Grecia, era casi tan común en la calle como la sinuosa toga romana, y cada dos por tres se oían los acentos de Atenas o Antioquía, de Éfeso o de su Alejandría natal.

Caminaron vía Tusculana abajo y siguieron descendiendo por la vía Sacra, pasando por el templo de Julio Deificado hasta llegar al foro romano. Allí la multitud era aún más nutrida y se apreciaban muchas más togas. Hermógenes hizo un comentario al respecto y Jacinto titubeó.

—Puedes hablar en latín —lo animó Hermógenes amablemente.

—Ah —dijo el chico sonrojándose—. Sí. Bueno, se supone que los romanos deben llevar toga si tienen que hacer gestiones en el foro. De lo contrario, rara vez se la ponen.

—¿Debería llevar una toga, entonces? —preguntó Hermógenes, sorprendido.

No tenía la menor idea de cómo se ponía uno aquella prenda: el drapeado no parecía nada sencillo.

—Tú no eres un verdadero romano —repuso jacinto de inmediato—. No creo que a nadie le importe. En realidad no me extrañaría que…

—¿Qué?

En vista de que el chico permanecía callado, Hermógenes le preguntó con aire divertido:

—¿Acaso los funcionarios con quienes debo entrevistarme se burlarían de un griego con toga mal drapeada?

Jacinto se sorprendió visiblemente de su perspicacia.

—¡Sí, señor, así es! —Miró a Hermógenes con admiración y agregó—: Llevas un himatión precioso. Los impresionará mucho más esto que una toga. Hay que ser rico para poseer una toga como ésa. En cambio, cualquier ciudadano tiene una toga.

—Entonces prosigamos nuestro camino hacia el archivo, aunque antes me gustaría visitar a un barbero, si es posible.

En el foro no había barberías. Lo recorrieron y dejaron atrás los templos, los tribunales, las estatuas y las elevadas columnatas de los edificios públicos hasta la otra punta, donde una construcción particularmente alta y sobria dominaba el mercado. Jacinto los guió por una escalinata hasta una galería comercial.

—Esto es el Tabularium —explicó—. El archivo que buscas. Aunque la fachada da

al otro lado, al Campo de Marte. Tenemos que atravesarlo pero tal vez haya una barbería ahí dentro.

La había. Hermógenes envió a Menéstor y al chico a comprar algo para desayunar mientras él se afeitaba. Regresaron justo cuando el barbero estaba terminando, Menéstor con dos puñados de pastelitos de sésamo envueltos en hojas de parra, y Jacinto con las manos y la boca llenas.

—Menéstor ha dicho que no te importaría si yo también comía, señor —se excusó, tapándose la boca.

—Y no me importa —convino Hermógenes—, ¡pero deja un poco para mí!

Entraron en el Tabularium comiendo pastelitos de sésamo. Era algo indecoroso, pensó Hermógenes con resignación, pero los pasteles estaban deliciosos y él se moría de hambre.

Registrar los documentos resultó más rápido y fácil de lo que había previsto. Si bien el archivo se había construido para albergar papeles oficiales, los funcionarios que lo llevaban habían instituido una provechosa actividad suplementaria consistente en proporcionar almacenaje seguro para documentos privados por un precio establecido. El joven administrativo que los recibió en el vestíbulo adoptó una expresión de vivo interés en cuanto reparó en la toga de Hermógenes y sonrió con satisfacción al oír lo que éste deseaba. Tomó la caja de documentos, sacó una moneda de bronce, la colocó sobre un pequeño disco de hierro y la golpeó con un mazo. La ficha se rompió en dos trozos irregulares y el muchacho entregó una mitad a Hermógenes.

—¿Sabes cómo funciona esto? —preguntó.

Hermógenes asintió con la cabeza y guardó la media moneda en su monedero. Cuando volviera a reclamar los documentos, tendría que mostrar su mitad, y antes de devolverle la caja el empleado comprobaría que encajara con la otra.

—¿Guardarás tu mitad de la ficha junto con los documentos? —inquirió.

El administrativo negó con la cabeza.

—No. Etiquetaré tus documentos y los llevaré al archivo de arriba. Las fichas las guardamos aquí. Mira, voy a enseñártelo.

Extrajo cordel, cera de abeja y dos pequeñas etiquetas de papiro de una caja que descansaba sobre el mostrador; ató la caja y sujetó una etiqueta al cordel. Luego pegó la otra a la moneda sirviéndose de la cera. En cada etiqueta escribió una serie de letras —FIIIXLII— y luego levantó la vista.

—Esta clave significa que tus documentos están arriba, en el pasillo del tercer piso, en la parte del edificio que da al foro —explicó—, y que constituyen el lote número cuarenta y dos de los almacenados allí.

Abrió otra caja muy grande que tenía a un lado del mostrador; estaba dividida en

tres compartimentos que a su vez contenían números de otras medias fichas etiquetadas. Puso la que correspondía a los documentos de Hermógenes en el compartimento marcado romo FIII.

—Cuando vuelvas le dices a quien te atienda que está en el foro tres —indicó—. Ahora llevaré los documentos allí: estarán perfectamente a salvo hasta que regreses a buscarlos. Si pierdes la ficha, probablemente podremos darte los documentos si nos dices que son el lote cuarenta y dos del foro tres y los describes con exactitud. Pero procura no perderla; así nos facilitas las cosas a todos.

—Gracias —dijo Hermógenes y le pagó. Al cerrar el monedero decidió que debía encontrar otro sitio donde guardar su ficha. Si la dejaba en el monedero correría el riesgo de perderla cada vez que gastara dinero.

Regresaron al foro y Hermógenes se desperezó con la satisfacción del deber cumplido. Había enviado una carta a Rufo pidiéndole audiencia y había hecho cuanto estaba en su mano para garantizar la seguridad de sus documentos. Ahora no le restaba más que aguardar la respuesta del cónsul.

—Jacinto —dijo al chico sonriendo—. ¿Qué debería hacer un visitante en Roma?

Resultó una jornada de lo más agradable. Jacinto los condujo de nuevo a través del foro aunque esta vez le señaló todos los monumentos y curiosidades de interés (Hermógenes tomó nota mental, para contárselo a su hija, que había un mojón bañado en oro donde figuraba la distancia hasta Alejandría, entre otras ciudades). Visitaron un par de templos en cuyo interior, como era común, había numerosas y destacadas obras de arte. Hermógenes descubrió, con asombro y reverencia, que el templo de César Deificado contenía la *Afrodita saliendo del mar* de Apeles, una obra cumbre de la pintura griega que hacía honor a su reputación. También había otras obras maestras griegas famosas: esculturas de Praxíteles y de Fidias, pinturas de Polígnoto y otras de Apeles. De hecho, pensó Hermógenes con amargura, los templos de Roma no contenían, al parecer, objetos creados por italianos.

Cuando las glorias del arte y la arquitectura comenzaron a perder interés para ellos, decidieron ir de compras. Torcieron a la derecha para internarse en el barrio etrusco, donde abundaban las tiendas. Hermógenes adquirió una bolsita de piel para guardar su ficha y un ánfora de buen vino para regalársela a su anfitrión. Formión quedó maravillado ante una lámpara decorada con cuadrigas moldeadas pero no se animó a desprenderse de una parte de sus ahorros para comprarla.

Eran ya las primeras horas de la tarde, y las tiendas comenzaban a cerrar. Por recomendación de jacinto se dirigieron a unas termas. Se trataba de un gran edificio próximo a la orilla del Tíber con una piscina y un patio de ejercicios además de los consabidos baños de agua caliente y fría. Los tres esclavos se turnaron para vigilar la

ropa del grupo y las compras de modo que todos tuvieran ocasión de lavarse y nadar. Después compraron pasteles de queso en el puesto que un vendedor había instalado en el pórtico que rodeaba el patio de ejercicios y se sentaron a comer a la sombra. Hermógenes se hizo con dos pastelitos adicionales y los guardó aparte.

Jacinto, que en la piscina había recobrado el ánimo bullanguero propio de sus trece años, retó a Menéstor a un juego de pelota. En el patio alquilaban pelotas, de modo que Hermógenes pagó la ínfima tarifa correspondiente y observó a ambos esclavos correr con energía de un lado a otro del patio intentando meter la pelota en los rincones designados como porterías. El chico de trece años no era rival para un muchacho de diecisiete y, tras el tercer tanto de Menéstor, Formión se levantó y fue a echarle una mano a jacinto. Menéstor, riendo, protestó que ahora eran dos contra uno, de modo que Hermógenes se levantó a su vez y se unió a él.

Jugaron hasta que el rostro se les congestionó por el esfuerzo y quedaron empapados en sudor. Jacinto y Formión se declararon vencedores tal como Hermógenes sabía que iba a suceder, puesto que Formión era con mucho el más rápido, fuerte y bravucón del grupo. Todos bebieron agua y se zambulleron de nuevo en la piscina. Se vistieron con una agradable y relajante sensación de cansancio y emprendieron el camino de regreso a casa de Fiducio Crispo.

Jacinto puso el ojo en los dos pastelitos sobrantes que llevaba el propio Hermógenes.

—Podría comerme uno de ésos, señor, si no tienes hambre, claro —dijo esperanzado.

Los chicos de su edad siempre tenían hambre, pensó Hermógenes divertido.

—Son para dos compañeras tuyas —repuso gentilmente.

El esclavo se sorprendió.

—¿Para unas compañeras mías?

Hermógenes agitó la mano como para restar importancia al asunto.

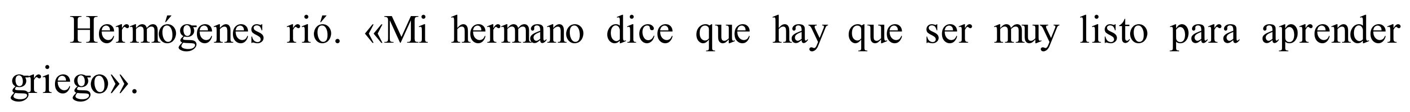
—Para una niña que se llama Erotion y para Tercia, su madre. He estado hablando con ellas esta mañana.

Jacinto frunció el ceño.

—Pero si son esclavas de mi amo. ¿Por qué les compras pasteles?

—A la niña porque es encantadora y me recuerda a mi propia hija. A la mujer porque parece buena persona y creo que sabrá apreciar el pastel incluso más que su hija. Sospecho que la pequeña Erotion es la niña mimada de la casa. ¿Me equivoco? El chico resopló con indignación.

—Sí que lo es. Todo el mundo la encuentra tan mona que siempre se sale con la suya. Pero…



Hermógenes rió. «Mi hermano dice que hay que ser muy listo para aprender griego».

—Es tu hermana, ¿verdad?

—Sí —repuso el chico, sobresaltado—. Pero… —Se interrumpió, con cara de preocupación.

Tras reflexionar por un instante Hermógenes comprendió el motivo de su inquietud.

—No abrigo intenciones amorosas para con tu madre —aseguró con delicadeza—. Le he comprado el pastel sólo porque tiene que limpiar lo que yo ensucio y he pensado que merecía una muestra de gratitud.

El chico se puso muy rojo y se mordió el labio.

—Perdona, señor —murmuró sin apartar la vista de la calle—. No quería… ya sé que no… quiero decir que aunque así fuera no tendrías que darle pasteles… Lo que ocurre es que es mi madre.

—¿Qué sucede? —preguntó Menéstor en griego. Jacinto había estado hablando en latín.

—La mujer de la limpieza para quien he comprado uno de los pasteles es la madre del chico —le explicó Hermógenes con toda naturalidad—, y se temía que el hecho de que quisiera regalarle un pastel significara que pretendía llevármela a la cama.

—¡Qué va! —exclamó Menéstor entre risas—. Siempre está comprando pasteles.

—¡No siempre! —protestó Hermógenes.

—Cada vez que vas al mercado —insistió Menéstor—. Uno para Mirina y otro para la niñera de ésta. Y cada vez que hacen limpieza general, uno para cada limpiador «porque han trabajado muy duro y la casa luce magnífica». Y a veces los compras porque uno de tus barcos ha arribado y quieres que todo el mundo lo celebre. Y otras veces sin ningún motivo, sólo porque ves alguna golosina que te parece buena y piensas que al servicio le encantará.

—¡Muy bien, muy bien! —interrumpió su amo un tanto avergonzado—. Compro pasteles a todas horas.

—No nos estamos quejando, señor —gruñó Formión.

—Mi amo nunca compra pasteles para sus esclavos —declaró en griego jacinto con un acusado tono de amargura.

—Apuesto a que a ti sí que te da pasteles —señaló Menéstor a la ligera.

Jacinto volvió a sonrojarse y se detuvo en medio de la calle.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, eres su querido, ¿no?

Jacinto lo miró como si se dispusiese a pegarle.

—¡Nunca he querido! —gritó—. ¿Qué hago, eh, qué? Es mi amo. ¿Le digo que no?

—No tenía intención de… —titubeó Menéstor desconcertado.

—¡Odio hacerlo! —chilló jacinto.

—¡Cálmate! —le ordenó Hermógenes en latín—. Cálmate. Menéstor no te estaba culpando de nada, chico. Cálmate.

—¡Odio hacerlo! —repitió el muchacho, en latín esta vez. Se le saltaron las lágrimas y lanzó una mirada hostil a Hermógenes—. Salir hoy de la casa ha sido estupendo, ir al foro y luego nadar y jugar a pelota. Lo he pasado muy bien y ahora tengo que volver allí y dejar que me folle, y lo detesto.

Hermógenes no sabía qué decir. Menéstor agarró al chico por el brazo y lo arrastró a un lado de la calle.

—Está claro que tienes que obedecer a tu amo —aseveró en griego—. Nunca he dicho lo contrario. Cálmate.

Jacinto inspiró profundamente varias veces y se enjugó las lágrimas.

—Odio hacer eso —repitió.

—¿Te pega? —preguntó Menéstor con seriedad—. ¿Te hace daño?

El chico se estremeció.

—No —musitó—. Yo… Lo que pasa es que nunca quiero. —Se secó los ojos de nuevo—. Es un buen amo, todo el mundo lo dice. —No supo seguir en griego, de modo que agregó en latín—: Mantiene a sus esclavos aunque estén lisiados. Por ejemplo, después del incendio, mucha gente opinaba que debía vender a mi padre a las minas o al menos enviarlo al campo, fuera de la vista de la gente, y eso lo habría matado. El fuego le destrozó los pulmones y lo dejó sin fuerzas. Pero el amo pagó las cuentas de todos los médicos y luego lo colocó de portero para que no tuviera que hacer tareas pesadas. Fue muy amable de su parte. Él es afectuoso aunque nunca compre pasteles para nadie. Y conserva a Esténtor, que apenas puede hablar, y casi nunca manda azotar a nadie y si lo hace es porque se lo merecen. Todos saben que es un buen amo. Yo también, aun cuando… Es sólo que no me gusta que me toque. Me da asco.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Menéstor con inquietud.

Hermógenes negó con la cabeza.

—Que su amo es bueno pero que aun así detesta acostarse con él.

—Perdona, señor —se disculpó Jacinto. Se restregó los ojos y exhaló un profundo suspiro—. No debería haber dicho nada delante de ti. —Levantó la vista hacia Hermógenes, asustado—. ¡No debería haberlo hecho! Señor, no le hablarás de lo que te he contado, ¿verdad?

—Si no quieres, no.

—¡No! —exclamó el chico con vehemencia—. ¡No quiero! —Se estremeció—. Mi madre dice que me acostumbraré, que hasta es probable que me entristezca cuando se

canse de mí y encuentre a otro. Según ella, es algo que ocurre cuando eres joven y guapo, y de nada sirve odiarlo. Cree que debería pensar en las ventajas que obtengo de ello. —Un escalofrío le recorrió el cuerpo, y echó a caminar de nuevo por la calle—. Pero lo odio —masculló en voz muy baja—. ¡Lo odio!

—¿Qué está diciendo? —preguntó Menéstor otra vez.

—Que lo detesta pero que su madre le aconseja que aguante hasta que su amo se canse de él. Y que no quiere que nadie comenté con éste lo que ha dicho.

—Desde luego —convino Menéstor con seriedad—. Eso sería una estupidez.

Corrió tras el chico y le dio unas palmaditas en el hombro. Jacinto se apartó bruscamente y el grupo continuó andando en un incómodo silencio.

Cuando llegaron a la casa de la vía Tusculana los demás entraron sin más dilación, pero Hermógenes hizo una pausa en el zaguán para observar al portero. Ahora que sabía qué veía ante sí, advirtió que el rostro oculto bajo las cicatrices antaño había sido hermoso y que los ojos enrojecidos seguían siendo grandes y oscuros.

—¿Ocurre algo, señor? —preguntó el portero, nervioso.

—Oh, nada —contestó Hermógenes—. Tu hijo hoy ha sido nuestro guía en Roma. Ha realizado bien su tarea.

El portero pestañeó complacido.

—Es un buen chico.

—¿Tiene otro nombre aparte de Jacinto? ¿Y debo llamarte Perro?

—Ésos son los nombres que nos puso nuestro amo —respondió Kyon con severidad —. No sería correcto que usáramos otros, sobre todo después de lo amable que ha sido con nosotros.

—Tu lealtad te honra. Buena salud, pues.

—Buena salud, señor.

Hermógenes advirtió que el portero lo seguía con la mirada mientras entraba en la casa.

Era media tarde, el final de la hora octava, y la cena de Crispo estaba prevista para la novena. Hermógenes se dirigió a sus aposentos para lavarse la cara y peinarse. Menéstor se encontraba allí, deshaciendo el equipaje. Jacinto estaba con él, probablemente porque quería posponer el momento de ver a su amo. Las cartas habían desaparecido de la mesa.

Hermógenes le tendió los pasteles envueltos en hojas de parra.

—Jacinto, ¿puedes llevar esto a tu madre y a tu hermana? ¿O la tentación de comértelo será demasiado grande?

El chico esbozó una sonrisa.

—Se lo llevo ahora mismo, señor. Y… gracias por comprar un pastel para mi

madre. Es verdad que nadie le compra nunca pasteles, y se pondrá muy contenta.

Se marchó para cumplir con el mandado. Hermógenes agarró la ánfora de vino que había comprado para su anfitrión y acto seguido la dejó, preocupado por la infelicidad del chico. Se preguntó si a sus propios esclavos llegaba a resultarles tan ingrata su servidumbre.

Menéstor sonreía mientras ordenaba las cosas en el escritorio, relajado y contento después de una jornada tan placentera. ¿O acaso era una ilusión? ¿Cabía sospechar que el muchacho pasaba noches en vela ansiando una libertad que no conocía?

Hermógenes pensó en los padres de Menéstor y el resto de criados de su casa en Alejandría, y al cabo se sorprendió pestañeando por un inesperado arrebato de añoranza. Imaginó a su hija recibiendo la carta que había escrito esa mañana, pasando un dedo manchado de tinta por las palabras que había redactado para ella, sentada con el semblante alegre, intentando componer una respuesta con su mala ortografía. Deseó poder levantarla en brazos y estrecharla, sentirla aferrándose al cuello con toda la fuerza de sus delgados brazos y oler la dulce fragancia de sus cabellos.

Los cabellos de su esposa también despedían siempre un aroma muy dulce.

Suspiró: Mirina y Alejandría estaban a más de mil millas, y su esposa más allá, mucho más lejos aún. Él tenía asuntos que resolver en Roma. Asió de nuevo el ánfora de vino y salió dispuesto a gozar de la velada.

Fue una cena opípara. Crispo había invitado a siete amigos suyos para que conocieran a su huésped alejandrino y había encargado un banquete de tres platos. Sirvieron huevos al hinojo, olivas rellenas de queso, marisco en salsa de eneldo, salchichas, pollo a la parta, jamón cocido con higos, dátiles rellenos de pimiento y así sucesivamente a lo largo de varias horas. Se consumieron grandes cantidades de vino, superiores incluso a las de comida. Jacinto y su pequeña ayudante trabajaron sin tregua llenando las copas. El muchacho también estuvo atareado en otros menesteres: hacia el final de la velada Crispo lo acariciaba abiertamente aunque reprendió a un invitado que había alargado la mano en la misma dirección. A la muchacha la toqueteaban sin objeción alguna por parte del amo de la casa. Ella consentía con una deslumbrante y falsa sonrisa, mientras que los labios de jacinto se tensaban en un rictus de amargura bajo unos ojos vidriosos.

Todos los demás invitados también eran hombres de negocios o armadores, de modo que la conversación giró en torno a los tipos de interés y los acuerdos de los sindicatos navieros y derivó hacia las previsiones de la cosecha en Egipto y el precio de la tierra en Italia para acabar recayendo otra vez sobre los tipos de interés. Hacia la mitad de la velada Hermógenes descubrió que estaba mirando con desdén los rostros enrojecidos por la bebida que lo rodeaban y se reprendió duramente a sí mismo. No

tenía motivo alguno para jactarse de su superioridad moral. Aquellos hombres se dedicaban al mismo negocio que él aunque, a juzgar por lo que veía, en su mayoría con menos fortuna.

Los invitados estaban al corriente del motivo de su visita a Roma, y la charla sobre el precio de la tierra le proporcionó información acerca del cónsul Tario Rufo.

—Rufo ha comprado casi medio Picenum, según me han dicho —declaró un banquero de cara zorruna—. En cualquier caso, ha invertido allí cien millones de sestercios.

El presidente de un sindicato naviero soltó una risotada.

—¡Yo habría pensado que por cien millones podías comprar todo Picenum!

—Buena tierra de labranza —replicó diplomáticamente un inversor—. No es barata. ¿De dónde ha sacado los cien millones?

El banquero puso los ojos en blanco y bosquejó una corona alrededor de su propia cabeza con un elocuente dedo índice.

Un financiero sacudió la cabeza con ademán pesimista.

—No sacará un buen rendimiento a su dinero. Todo el mundo dice siempre que invertir en tierras es seguro, pero una mala cosecha y estás acabado. Y si te tomas la agricultura en serio tienes que gastar en lagares para la uva y la oliva, bueyes, arados, pozos, irrigación… Una granja puede arruinarte tan rápidamente como un barco si no manejas tus inversiones como es debido. Debería haber colocado parte de esos millones en edificios. Es lo más prudente que puede hacerse con el dinero hoy en día.

—Pero Rufo se crió en algún agujero de Picenum, ¿no? —intervino de nuevo el banquero—. No compró tierra allí porque quisiera sacarle un buen rendimiento; la compró porque deseaba regresar allí como el hombre más grande de Picenum.

—El hijo de puta más grande de Picenum —murmuró el presidente del sindicato naviero con una risita.

—¿Cuánto has dicho que te debe? —preguntó el banquero.

Todos miraron a Hermógenes, que sonrió, se encogió de hombros quitando importancia al asunto y contestó:

—Medio millón, contando los intereses.

El banquero silbó.

—¡Vaya, tendrás suerte si logras cobrárselos! —exclamó el presidente del sindicato naviero—. Espero que te interese una finca en Picenum.

Cosa de media hora después del tardío ocaso de junio la fiesta llegó a su fin, y los esclavos de los demás invitados vinieron a recogerlos y los escoltaron mientras salían a trompicones para regresar a sus casas. Crispo le dio las buenas noches y se encaminó hacia su dormitorio llevándose a Jacinto consigo.

Hermógenes se retiró a sus aposentos cansado, descontento y más bebido de la cuenta. Menéstor ya estaba tendido en su camastro pero se despertó al abrirse la puerta.

—¿Señor? —balbució adormilado.

—No pasa nada —dijo Hermógenes—. La fiesta ha terminado, eso es todo. Sigue durmiendo.

Entró en la alcoba y se quitó la toga, el cinturón y las sandalias. De repente le vinieron a la cabeza la imagen de Jacinto gritando: «¡Odio hacerlo!» y su expresión vidriosa cuando su amo se lo llevaba consigo.

Se sentó en la cama rememorando su primer amor. Ella había sido una esclava, también; casi todos los hombres parecían estrenarse de aquel modo. Aunque Tais no pertenecía a su padre sino a un vecino. Se fijó en ella, que iba a buscar agua a la fuente pública, y la siguió hasta su casa. Ella se detuvo en el umbral, posó la vista en él y sonrió. Aquello había bastado: Hermógenes rondó aquella casa durante días, de modo intermitente, con la esperanza de volver a verla y cuando por fin apareció corrió a hablar con ella. La muchacha se rió de él, lo llamó «señorito» y le preguntó qué quería con una mirada pícara que denotaba que lo sabía muy bien. A la sazón tenía dieciséis; ella, un año más. Hubo encuentros breves y besos robados; Hermógenes descuidaba tareas que su padre le había encomendado, salía de casa a horas inusuales y cierta vez hizo novillos todo el día para pasar diez minutos con ella. Su padre finalmente decidió exigirle cuentas por sus negligencias y él lo confesó todo. Su padre suspiró exasperado, salió a hablar con el amo de Tais y regresó con ella, un nuevo y costoso regalo.

—¡Si no te concentras en tu trabajo, la vendo! —le advirtió su padre.

Tais permaneció en la casa durante cuatro años. Luego su padre llegó a la conclusión de que ya era hora de que su hijo y heredero se casara con una muchacha respetable de su propia clase. Concedió a Tais la libertad, le encontró trabajo en el establecimiento de un perfumista y los dos amantes lloraron abrazados al despedirse. De vez en cuando se cruzaban en el mercado y se sonreían y saludaban con un gesto, pero al parecer ella se había casado (al menos solía llevar un crío en brazos), de modo que no intercambiaban palabra.

Hermógenes aún creía que Tais lo había amado si bien, una vez que su padre hubo pagado la suma que su amo pidió por ella, no le quedó otra alternativa que acostarse con él. «Está claro que tienes que obedecer a tu amo», había dicho Menéstor. Hermógenes siempre había sido de la misma opinión: si un amo deseaba acostarse con una esclava, si no estaba casado y por tanto no ofendía a su esposa al hacerlo, y si no maltrataba a la esclava, entonces no había nada de reprochable en sus actos. Es cierto que la presencia de una favorita ocasionaba problemas entre la servidumbre, pero tenían solución. Hermógenes no se había acostado con ninguna esclava de su casa desde

que renunciara a Tais, pero eso se debía a que amaba a su esposa y, después de la muerte de ésta, a que no había querido disgustar a su hija. Siempre había aceptado el derecho de los demás hombres a permitirse algún capricho, pero ahora no lograba borrar de su mente la expresión de desesperanza de Jacinto.

Se asomó a la puerta de la sala.

—¿Menéstor? —llamó.

—¿Señor? —contestó en la oscuridad la voz del muchacho, pastosa por el sueño.

Hermógenes vaciló. Menéstor nunca había yacido con nadie, que él supiera, y si el chico se las había ingeniado para perder su virginidad sin que su amo se enterara, lo había hecho por decisión propia. Quizá no fuese la persona más indicada a quien consultar. Por otro lado, ahora estaba despierto, así que Hermógenes le preguntó:

—¿Estará bien Jacinto?

Menéstor se quedó callado, como si la pregunta lo hubiese pillado por sorpresa.

—Supongo que sí —respondió al fin—. Su amo lo adora. Gracias a eso recibe una buena educación y toda clase de privilegios. Incluso debería ser capaz de conseguir su libertad. Es afortunado por su belleza y sin duda sabe aprovecharla.

—Pero detesta acostarse con su amo.

—Por el momento —puntualizó Menéstor—. Tampoco es que Tito Fiducio le esté haciendo daño. Se acostumbrará. Por cierto, señor, recuerda lo que te ha pedido y no divulgues lo que te ha contado. Ofenderías a su amo y quizá malograrías todas sus oportunidades de llevar una vida mejor.

—«Sus oportunidades» —repitió Hermógenes cansinamente—. Menéstor, ¿te acostarías con un hombre como Crispo por tu libertad?

Se produjo otro silencio.

—Tito Fiducio no es mi amo, señor —repuso Menéstor en tono incierto—. Mi amo eres tú.

—¡Yo no quiero acostarme contigo! —replicó Hermógenes exasperado. Se debatió en la duda de nuevo, preguntándose qué era lo que quería oír, por qué estaba molestando a un esclavo que sólo quería seguir durmiendo—. ¿Te resulta muy odioso ser un esclavo? —inquirió por fin.

—No —contestó Menéstor despacio—. Pero me gustaría que… que… que tú… que tú me libertaras. Señor. —Su voz vibraba con un vivo deseo—. No es que no me guste trabajar para ti, señor, es sólo que… bueno, cualquiera preferiría ser libre que esclavo.

—Muy cierto —musitó Hermógenes—. Muy cierto.

Reflexionó sobre los esclavos de su casa, entre quienes había crecido, a los que conocía y amaba. ¿Acaso todos anhelaban tanto la libertad? Esperaba que no: no estaba en su mano concedérsela a todos. Había un impuesto sobre la manumisión; había leyes

que limitaban el número de esclavos que estaba permitido libertar por testamento. Además, las personas libres necesitaban salarios para comprar comida y para pagar el alquiler: a no ser que consiguiesen empleos bien remunerados, serían más pobres que los esclavos, quienes recibían alimentos y alojamiento gratuitos. Pensó en la deuda de su tío, aquella úlcera que empezaba a entrometerse en sus propios asuntos por más que intentaba ahuyentarla y apartarla de su mente. Dio un golpecito al marco de la puerta.

—Algún día te libertaré, Menéstor —prometió. No podía prometer nada respecto a los demás.

—Yo… Gracias, señor. Muchas gracias. —Agradécemelo cuando lo haga.

Se fue a la cama. A la mañana siguiente despertó con dolor de cabeza y el estómago revuelto. Menéstor estaba abriendo los postigos. Gruñó.

—Lo siento, señor —dijo el esclavo con voz tranquilizadora—, pero hay carta para ti del cónsul y he imaginado que querrías leerla cuanto antes.

Hermógenes emitió otro gruñido pero se levantó y salió dando traspiés a la sala. La carta descansaba encima de la mesa, un pulcro rollo de papiro con la dirección inscrita en gruesas letras negras: «Hermógenes de Alejandría, en casa de T. Fiducio Crispo». Sintió una punzada de irritación al comprobar que su nombre figuraba al estilo griego mientras que el de Crispo aparecía con toda su nomenclatura. Dedicó una mueca a la misiva y se acercó a la jofaina para beber un poco de agua y refrescarse la cara antes de sentarse para abrirla.

L. TARIO RUFO, CÓNSUL, A HERMÓGENES DE ALEJANDRÍA: SALUDOS

Puedes acudir a mi casa en el Esquilino hoy a la hora quinta.

Aquello era todo, pero Hermógenes notó que el corazón le latía con fuerza. *Hoy*.

Depositó la carta con cuidado sobre la mesa y se volvió hacia Menéstor, que aguardaba junto a la puerta de la alcoba.

—Hoy —informó al muchacho—, a la hora quinta. ¿Qué hora es?

—El principio de la hora tercera, señor.

—¿Otra vez? No importa. Necesito una túnica limpia y un afeitado. ¡Por Zeus! El Esquilino, dice. Habré de averiguar dónde queda eso.

Fiducio Crispo aún estaba acostado. Esténtor le informó de que el Esquilino era una de las siete colinas de Roma y que quedaba a menos de una milla al norte de la casa. Tras meditar por unos instantes, Hermógenes resolvió que, de todos modos, prefería viajar en andas. Dado que el cónsul o su secretario habían pasado por alto su condición de ciudadano romano, le pareció oportuno hacer lo posible para demostrar que era un

hombre acaudalado.

—¿Puedo pedirte que envíes a alguien a buscar una silla de manos? —preguntó a Esténtor—. Enviaría a uno de mis esclavos, pero no hablan latín. Quiero a los porteadores Gayo y Quinto Rubrio, quienes nos indicaron que preguntásemos por ellos en el mercado tic ganado, al pie del puente Emilio, pero si no están disponibles, que vengan otros.

—El amo te ofreció su litera —susurró el mayordomo con voz ronca.

—No quisiera abusar de su hospitalidad. No sé cuánto tiempo estaré fuera y tal vez la necesite más adelante.

Esténtor se mostró complacido ante aquella reflexión.

—Enviaré a alguien enseguida, señor.

—¿Sabrías decirme dónde está el barbero más cercano? El mayordomo sonrió.

—Delante de ti, señor. Ése fue mi empleo en la casa durante muchos años, hasta que el amo me nombró mayordomo. A él aún lo afeito yo mismo.

—¡Vaya! En ese caso, ¿te importaría…? —Será un placer, señor.

Esténtor, en efecto, mandó enseguida a alguien a buscar la silla de manos, pero transcurrió casi una hora antes de que los hermanos Rubrio se presentaran en la casa. Para entonces Hermógenes aguardaba en el atrio, caminando impaciente de un lado a otro y deteniéndose de vez en cuando a contemplar su reflejo en el estanque del impluvio. El agua siempre le mostraba lo mismo: la imagen de un hombre moreno, bajo y musculoso impecablemente vestido con una toga de lino teñido de un costoso rojo dorado intenso, cuidadosamente drapeada, encima de una impoluta túnica blanca sujeta en el hombro derecho con un alfiler de oro: era la viva imagen de la riqueza, salvo por el semblante de preocupación. Menéstor y Formión guardaban silencio sentados en un banco del atrio, ambos con sus mejores galas, y el primero sosteniendo un cartera de piel con las copias de los documentos relativos a la deuda.

Por fin llegó la silla de manos, y Kyon el portero la anunció. Hermógenes reprimió el impulso de salir disparado a la calle: dio las gracias al portero, salió a la vía Tusculana con majestuosidad y sonrió a los porteadores.

Los hermanos Rubrio le devolvieron la sonrisa y bajaron las angarillas para que subiera.

—Deseo ir a la casa del cónsul Tario Rufo en el Esquilino. —Le complació la naturalidad de su tono.

—¡Muy bien, señor! —respondió Gayo Rubrio—. Será fácil de encontrar. Sube.

Hermógenes subió y se agarró con fuerza a las varas para mantener el equilibrio mientras los porteadores alzaban la silla y la cargaban sobre sus hombros. Echó un vistazo atrás para asegurarse de que Menéstor y Formión estuvieran listos y luego

procuró ponerse cómodo mientras el grupo emprendía la marcha.

Gayo Rubrio habló bastante al principio:

—¿Vas a entrevistarse con el cónsul, señor? ¿Por negocios? Organizó unos buenos juegos para celebrar su acceso al consulado. ¿Te gustan los juegos, señor?

Hermógenes contestó de buena gana pero sin comprometerse: sí, era una visita de negocios; no, no le gustaban los juegos de gladiadores, nunca le había atraído el derramamiento de sangre. Luego llegaron a las cuestas del Esquilino y Gayo dejó de hablar para emplear todo su aliento en el ascenso.

Las altas *insulae* ascendían como una marea gris desde la vía Tusculana por la ladera sur del Esquilino, pero cerca de la cima de la colina la silla de manos se internó en una colonia de villas lujosas, aisladas de la calle por infranqueables tapias. La que pertenecía a Rufo fue, efectivamente, fácil de localizar: la primera persona a quien Gayo Rubrio pidió indicaciones, una esclava con una cesta que había salido a comprar, se las dio de inmediato. Nadie que pudiera permitirse una villa en el Esquilino era poco conocido.

Para acceder a la villa de Rufo, cercada como las de sus vecinos, había que cruzar una portería. La verja no estaba custodiada por un simple esclavo sino por cuatro guardias armados. Ofrecían un cuadro chocante: cuatro hombres altos y rubios protegidos con cota de malla y casco de cresta roja, fuera de lugar en una ciudad donde estaba prohibido portar armas. Observaron el palanquín con desconfianza. Hermógenes dio su nombre al jefe y mostró la carta que fijaba la cita. El guardián apenas echó una ojeada al texto en griego pero en cambio estudió el sello detenidamente. Dedicó una prolongada y fría mirada al visitante.

—¿A qué hora estás citado? —inquirió. Su latín presentaba un marcado acento que Hermógenes no reconoció: germano, tal vez, o de alguna otra tribu bárbara del norte.

—A la hora quinta —le informó Hermógenes.

Otra dura mirada.

—Llegas temprano. Aún falta media hora.

—Soy forastero en esta ciudad y no quería ofender al cónsul llegando tarde —alegó Hermógenes.

El guardián resopló y ladeó la cabeza indicando a sus compañeros que abrieran la verja.

—Id a la parte de atrás de la casa —ordenó.

La silla de manos atravesó un jardín de diseño convencional encerrado entre las alas de una casa de dos pisos revestida de azulejos. Avanzaron entre cipreses y pequeños setos de boj y romero recortados en complicadas formas. El sol matinal arrancaba destellos a una fuente y brillaba en los senderos de arena blanca inmaculada.

—Nunca había estado en un lugar como éste —comentó Gayo Rubrio con voz apagada—. Es bonito.

Rodearon la casa tal como les habían indicado. Allí había una caballeriza que cobijaba a varios caballos, otra cosa que Hermógenes no esperaba encontrar en una ciudad salvo en un palacio. Un mozo de cuadra los invitó a aguardar en el patio de la caballeriza mientras iba a la casa a buscar a otro esclavo. Éste, un hombre de mediana edad, escrutó el sello de la carta con aire altanero y luego dio instrucciones a los porteadores de que llevaran la silla a la cuadra y aguardaran allí. Con gesto de desaprobación guió a Hermógenes al interior de la casa.

Menéstor y Formión se disponían a seguirlos cuando el esclavo los detuvo.

—Vosotros esperaréis aquí —vociferó, señalando hacia la cuadra, en el latín llano que se usaba para dirigirse a los extranjeros.

Ambos miraron inquietos a Hermógenes. Entendían lo que el esclavo quería decir pero sabían que un caballero no debía participar en una reunión sin asistentes.

—El muchacho es mi secretario —le explicó Hermógenes al hombre de Rufo con serenidad—. Lleva consigo documentos relacionados con el asunto que he venido a despachar.

El hombre torció el gesto.

—Muy bien. Puede venir contigo. El otro se queda. Al amo no le gusta ver la casa llena de gente ociosa.

—Formión, aguarda con la silla —ordenó Hermógenes. El fornido guardaespaldas titubeó antes de obedecer e ir a reunirse con los hermanos Rubrio. Menéstor y Hermógenes entraron en la casa.

La residencia de Rufo Tario era aún más hermosa que sus jardines. Por todas partes había suelos de mosaico, techos pintados, lujosas colgaduras rojas y verdes, murales al fresco. El esclavo apuntó con el dedo a un banco en un atrio de mármol.

—Llegáis temprano —dijo—. Habréis de esperar. —Y se alejó.

Aguardaron. Hermógenes mató el rato intentando calcular el valor de la finca y de los bienes que había visto en ella. Le constaba que en Roma las casas eran muy caras —el tema también había salido a colación durante la cena de la víspera—, y un lugar como aquél, justo en medio de la ciudad, costó sin duda más de un millón incluso sin muebles.

Pensó en las cartas remitidas por su tío al hombre que estaba a punto de conocer, cuyas copias se encontraban en la cartera que Menéstor llevaba al hombro. Nicómaco, luchando contra una creciente acumulación de deudas, le había suplicado «¡al menos los intereses del dinero prestado!» durante años y a cambio sólo había recibido insultos y amenazas. El hombre que había rehusado pagar aquella suma había estado viviendo

en esta casa y comprando tierras por valor de cien millones de sestercios en Picenum, dondequiera que eso estuviera.

Cambió de postura, súbitamente presa de la ira, cerró los ojos y se obligó a respirar despacio. «*Oh dioses del Olimpo* —rezó en silencio—, *y tú, Isis, Señora de las Aguas, no permitáis que pierda los estribos*».

Tuvo tiempo de sobra para recobrar la calma; de hecho, tuvo tiempo hasta para aburrirse. Al fin, no obstante, el esclavo regresó, anunció «El cónsul te recibirá ahora» y le hizo salir del atrio, atravesar un patio y pasar a un fastuoso salón.

El suelo estaba cubierto con un mosaico rojo, negro y blanco; en las paredes había escenas campestres pintadas al fresco, y un par de magníficos bustos de mármol descansaba sobre peanas de ébano. El cónsul Lucio Tario Rufo estaba sentado en un sillón de ébano y marfil detrás del cual dos hombres permanecían de pie. Rufo era un hombre robusto y de facciones toscas a punto de cumplir los cincuenta. Su cabello negro estaba salpicado de gris, y la boca de labios carnosos presentaba una disposición natural al desdén, si bien sonreía en el momento en que entró su visitante. Lucía la toga púrpura de cónsul, y Hermógenes calculó que sólo sus anillos valían más de cuatro mil sestercios. A su lado, había una jarrita y una única copa sobre una mesa. Hermógenes cayó en la cuenta de que tenía sed y se humedeció los resecos labios con la lengua.

—Bien —comenzó el cónsul mirando de arriba abajo a su visitante con afabilidad —. Así que eres Hermógenes y has venido a verme a propósito de un legado que tu tío dejó para mí —dijo en griego con fluidez y seguridad.

Hermógenes inclinó la cabeza.

—¿Un legado? Lo lamento, excelentísimo cónsul, pero no. Tendría que haberlo dejado más claro en mi carta. He venido a verte, mi señor, a propósito de una deuda que heredé de mi tío.

—¿Tu tío me debía dinero? —preguntó Rufo, sorprendido y desconcertado.

—No, excelentísimo cónsul. Es justo lo contrario, me temo. Tú le debías dinero. Hace doce años…

El rostro del cónsul se crispó:

—¡Fuera de aquí! —bramó—. ¿Cómo osas venir a mi casa a reclamar dinero?

—Mi tío era Nicómaco, hijo de Lisandro, de Chipre —prosiguió Hermógenes—. Yo soy su heredero. Dispongo de copias del contrato que firmaste.

Se produjo un silencio abrumador. Hermógenes comprendió de golpe que Rufo estaba perfectamente al corriente de la deuda pendiente: ningún secretario lo había engañado. Hermógenes ya se temía que tal era el caso: tres secretarios distintos le habían escrito a su tío, y se le antojó poco probable que todos ellos fueran deshonestos, si bien, por otra parte, había esperado que al menos se tratara de una cuestión de

negligencia y olvido.

—Te he dicho que te largues, griegote —insistió Rufo en voz baja.

Uno de los hombres situados detrás del cónsul dio un paso adelante y Hermógenes oyó que el esclavo que lo había acompañado se movía a sus espaldas.

—Excelentísimo cónsul —dijo con una voz muy serena, desapasionada y razonable —, no he venido aquí como enemigo tuyo. Te equivocas de medio a medio si eso es lo que crees. —A esto siguió una pausa lo bastante larga para permitirle agregar—: Si fuera tu enemigo, mi señor, no hubiese venido a verte. Habría llevado mis documentos a tu predecesor en el cargo, Cornelio Escipión, y le habría pedido que me protegiera mientras te demandaba para cobrar la deuda.

El cónsul, sin abrir la boca, fijó en él la vista con las ventanas de la nariz bordeadas de blanco y los ojos de iris pálido muy abiertos, con las pupilas contraídas.

—No albergo la más remota intención de someter a un cónsul romano al escándalo de verse llevado a los tribunales por un prestamista egipcio —añadió Hermógenes pausadamente—. Por eso, mi señor, he preferido entrevistarme contigo y no con tus enemigos.

Rufo se puso en pie de un salto, se acercó a él en tres rápidas zancadas y le asestó un puñetazo.

Fue como recibir la coz de un caballo. El mundo entero se tornó blanco por un instante y acto seguido rojo. Hermógenes se encontró tendido en el suelo, con una mano apretada contra el rostro palpitante, con Menéstor arrodillado a su vera profiriendo pequeños gritos ahogados de espanto y horror. El cónsul se erguía sobre su cabeza fulminándolo con la mirada, con el rostro enrojecido e hinchado de rabia.

—Esto por amenazarme en mi propia casa —barbotó—. Muy bien, egipcio. Recibirás tu dinero.

Hermógenes se incorporó en el suelo sin quitarse la mano de la cara. Tenía la mejilla húmeda, y el ojo le dolía.

—¿Cuándo? —preguntó.

—¡Te he dicho que lo recibirás! —rugió el cónsul—. ¿Dudas de mi palabra?

—Nicómaco aceptó tu palabra —repuso Hermógenes—. Murió en la miseria, sus acreedores le embargaron la casa y echaron a su viuda a la calle.

Creyó que el cónsul le pegaría de nuevo. Permaneció como estaba, medio sentado, medio tendido, observando sin pestañear a los ojos del otro hombre.

Al comprobar que no sucedía nada, Hermógenes continuó:

—Tengo entendido que el consulado conlleva gastos importantes. No insisto en cobrar la suma entera de una sola vez. Aceptaría una entrega inicial y establecer una serie de plazos para saldar el resto.

Rufo le escupió. El salivazo le dio en la frente y resbaló hasta la parte dolorida y ardiente que tapaban sus dedos.

—¡Escoria egipcia! —exclamó el cónsul con desdén—. Estuve al mando del ala izquierda en Actium. Mi buque insignia dio caza a la puta de vuestra reina y la obligó a regresar volando a su mugriento nido en el Nilo. Conquisté toda vuestra degenerada nación y contribuí al ascenso de Roma como soberana del mundo. Y a esto hemos llegado: ¡un ladrón egipcio está dispuesto a «aceptar» una entrega inicial, pero no mi palabra!

Le arrojó otro esputo.

—Soy ciudadano romano, excelentísimo cónsul —aseveró Hermógenes—. Residente en una provincia romana bajo jurisdicción del emperador y del Senado y el pueblo de Roma. El Senado y el pueblo han aprobado leyes con respecto a las deudas y su amortización. Pido al magistrado supremo del Estado romano que se asegure de que dichas leyes se cumplan. ¿Qué razón hay en ello para llamarme ladrón?

Rufo dio media vuelta, furioso, y regresó a su asiento con pisadas sonoras. Se sentó pesadamente y dirigió una mirada hostil a su acreedor. Uno de sus asistentes se aproximó y le susurró algo al oído.

Hermógenes se enderezó pero permaneció sentado durante el resto de la entrevista, intentando restañarse la herida. Le salía sangre de debajo de la palma y se le escurría por un lado del cuello. Uno de aquellos anillos tan caros le había abierto una herida en la mejilla.

—Supongo que puedes demostrar tu titularidad de la deuda —murmuró por fin el cónsul, con mordacidad.

—Obran en poder de mi secretario copias de todos los documentos pertinentes —contestó Hermógenes—. ¡Menéstor!

El muchacho seguía arrodillado a causa de la impresión y el susto. Abrió a tientas la cartera con torpeza y extrajo el fajo de documentos. Se levantó y miró alrededor con aire vacilante. Estaba blanco como la nieve.

El asistente que había estado cuchicheando con el cónsul se dirigió hacia él y tomó los papeles. Les echó una ojeada y levantó la vista hacia su amo.

——No están sellados —señaló.

—En efecto —convino Hermógenes—. He dicho que eran copias.

—¿Dónde se encuentran los originales? —inquirió el asistente mirándolo de hito en hito.

—A buen recaudo. Te aseguro que podría presentarlos ante un tribunal. Ahora bien, tal como le he recalcado al excelentísimo cónsul, no soy su enemigo y no deseo llevarlo a juicio ni deshonrarlo en la cima de su éxito. Seguro que estas copias servirán a tu

propósito.

El cónsul se volvió hacia su otro asistente, un hombre alto y delgado con un rostro inexpresivo de mejillas hundidas. Éste se arrimó a su amo y le bisbiseó algo al oído.

—¿Cuánto quieres? —preguntó el cónsul con acritud, apretando los dientes.

—Lo que se me debe —respondió Hermógenes sin vacilar—. La deuda asciende a cuatrocientos mil sestercios, como probablemente recuerdas, excelentísimo cónsul, más los intereses devengados en seis años, que suman otros ciento veinte mil sestercios. Me conformaría con una entrega inicial del diez por ciento, es decir, cuarenta mil, más la mitad de los intereses pendientes, y con que me pagues el resto en plazos trimestrales durante los próximos dos años. El interés seguiría acumulándose en el saldo pendiente, como es natural, hasta que el importe íntegro hubiese quedado liquidado y de acuerdo con el tipo establecido en el contrato, es decir, el cinco por ciento. Sin embargo, dado que la deuda está en mora, no tengo más remedio que insistir en la redacción de un nuevo contrato que incluya una sanción económica por impago.

Rufo golpeó el brazo de su sillón con tanta fuerza que un pedazo de marfil se desprendió de la madera negra.

—¿No tienes más remedio que insistir, griegote? —berreó.

—Mientras tú arruinabas a mi tío —expuso Hermógenes sin alterarse— invertiste cien millones de sestercios en tierras. Perdóname, excelentísimo cónsul, si estimo que esta vez es poco probable que pagues salvo si existe un importante recargo vinculado a la mora. —Se apoderó de él una extraordinaria sensación de bienestar al decir esto. Incluso merecía la pena que lo hubiesen golpeado.

El cónsul se puso morado otra vez.

—¡Fuera de aquí! —ordenó—. Mi secretario revisará tus documentos y si se convence de que son auténticos llevará a cabo las gestiones pertinentes para que recibas tu primera entrega.

Hermógenes se irguió lentamente; Menéstor corrió a ayudarlo.

—¿Cuánto tiempo necesitará tu secretario para convencerse? —preguntó cortésmente el alejandrino.

Al cónsul le rechinaron los dientes. El hombre de las mejillas hundidas volvió a susurrarle al oído.

—Tres días —dijo por fin, casi atragantándose con las palabras. Hermógenes hizo una breve reverencia y se le agudizó el dolor en la cara.

—Entonces cuento con recibir noticias tuyas en un plazo de tres días, excelentísimo cónsul, o bien por la mañana del cuarto día a más tardar. Tendré un nuevo contrato redactado para que lo estudies. Te deseo salud.

Caminó con paso inseguro desde el salón hasta el patio de la casa. El sol del

mediodía resplandecía en el cielo despejado, y la fragancia del jazmín que sombreaba la pérgola impregnaba el aire. Se detuvo, levantó la vista al cielo e inspiró profundamente.

Menéstor lo alcanzó corriendo.

—Señor —musitó el muchacho—. Señor, ¿estás bien?

Hermógenes quiso reír pero el rostro le dolía demasiado. La emoción del triunfo lo embargaba en oleadas más intensas que el dolor. Había vencido. Se había enfrentado al hombre que había comandado el ala izquierda en Actium y puesto fin al poder de Egipto, y había vencido. Rufo le había pegado, escupido e insultado, pero Rufo tendría que pagar. Negarse a ello equivaldría a entregar a su aristocrático predecesor un arma que lo convertiría en el hazmerreír de Roma hasta el fin de sus días.

—Sí —dijo a Menéstor con regocijo—. Estoy bien.

Hermógenes se alegró de disponer de la silla de manos. Cuando llegó andando a la caballeriza estaba temblando y sentía un acuciante deseo de beber algo fresco y tumbarse. Supuso un alivio dejarse caer en el asiento y apoyar el rostro palpitante sobre las rodillas.

Los hermanos Rubrio se quedaron atónitos al ver el estado en el que regresaba de una entrevista con un cónsul romano; Formión estaba furioso. Hermógenes no les dio explicaciones, sólo les ordenó que se pusieran en marcha enseguida. Cuando los guardianes de la verja permitieron que el grupo saliera a la calle de la ciudad sin más comentarios, suspiró, más tranquilo.

Avanzaron lenta y pesadamente en silencio colina abajo entre manzanas de *insulae* hasta la vía Tusculana. Los Rubrio bajaron la silla ante la verja de la casa de Crispo y Hermógenes, entumecido, se apeó y pagó a Gayo un denario. El hombre lo aceptó sin sonreír. Luego levantó la vista y buscó la mirada de su pasajero con una expresión decidida.

—Señor —dijo—, ¿puedo preguntar de qué va todo esto?

Hermógenes meditó por un momento, y antes de que encontrara la respuesta más oportuna el otro hombre prosiguió:

—Verás, nos has vuelto a pagar de más, esta vez incluso más que la anterior, y… bueno, señor, lo que quiero decir es que… yo no… Quinto y yo somos romanos leales y no queremos vernos envueltos en una pelea entre un extranjero y un cónsul.

Hermógenes soltó un resoplido entre divertido y asqueado.

—Lucio Tario Rufo me debe dinero —explicó cansinamente—. Se ha enojado mucho cuando con toda cortesía le he pedido que pagara, pero al final se ha avenido a hacerlo. De esto es de lo que va. ¿Debo contratar a otros la próxima vez?

—¡Caramba! —exclamó Gayo, asombrado—. ¿Te pidió un préstamo a ti? Pero si es más rico que tú, ¿no?

—Mucho más. Creo que la suma que le presté era meramente para sus gastos mientras estaba en Chipre.

—Vaya. ¿Y ha montado en cólera cuando le has pedido que te pagara? —Gayo Rubrio miró a su hermano, que se encogió de hombros.

—Puedes contratarnos cuando quieras, señor —ofreció Quinto Rubrio—. Sólo nos preocupaba que se tratara de algo, ya sabes, político.

A Hermógenes le faltaron fuerzas para contestar. Se despidió de ellos con un gesto de la cabeza y cruzó la puerta que Kyon había abierto para él. Ahora que la euforia inicial del triunfo había menguado, se sentía débil y mareado. Además, le dolía la cabeza.

Una vez en sus aposentos descubrió que la sangre de la mejilla rajada le había resbalado por el cuello y dejado un manchón en la pechera de su túnica blanca limpia; para su consternación, también había ensuciado el borde de su mejor capa. Se quitó ambas prendas, pidió a Menéstor que las pusiera en remojo cuanto antes y fue a la alcoba para tenderse en la cama mientras sus esclavos iban a buscar agua, ungüentos y vendas.

Cuando la puerta se abrió, sin embargo, quien apareció fue Crispo, que venía alarmado. Se detuvo en el umbral de la alcoba y fijó la vista en su huésped, alterado.

—¡Por Júpiter! No daba crédito cuando Kyon me decía que habías llegado bañado en sangre. Hermógenes, amigo mío, ¿qué ha sucedido? ¿Te han robado?

—No —contestó Hermógenes cansado. Habría deseado posponer aquella conversación por espacio de unas horas, al menos hasta después de lavarse y practicarse una primera cura en la herida. Sin embargo, Crispo era su anfitrión y le debía la cortesía de una explicación—. No, llevabas razón al pronosticar que a Rufo no le resultaría grata mi visita. Considera vergonzoso que un egipcio le reclame el pago de una deuda a un vencedor de Actium. —Lo dijo en griego: la jaqueca lo atormentaba de tal modo que le habría exigido un gran esfuerzo traducir sus pensamientos al latín, y Crispo hablaba griego con fluidez.

—¿Te ha golpeado? —preguntó éste, horrorizado.

—Golpeado, escupido y tildado de «escoria egipcia». Sin embargo, ha accedido a pagar lo que debe. —Parte de la euforia del triunfo se encendió otra vez.

Menéstor y Formión entraron en la sala con jarras y una jofaina; vacilaron al reparar en Crispo. Éste se hizo a un lado, y Menéstor, con sigilo pasó a la alcoba y dejó la jofaina en el suelo junto a la cama. Formión le alargó los aguamaniles y Crispo observó a Menéstor verter agua caliente en la jofaina y acabar de llenarla con agua fría.

—Esténtor ha añadido vinagre a esto, señor —le previno Menéstor a su amo en voz baja—, y un poco de sal. Es posible que escueza. ¿Puedes incorporarte?

Hermógenes quedó sentado y Menéstor comenzó a limpiar el corte con una esponja. En efecto, escocía. De pronto, al alejandrino lo incomodó notar la mirada de su

anfitrión sobre su cuerpo desnudo, por lo que tiró de la sábana para taparse el regazo.

—¿Qué has hecho para ofenderlo? —gimió Crispo.

Hermógenes suspiró.

—Mi mayor ofensa ha sido pedirle que saldara su deuda. Pero teme que si no paga yo recurra a sus enemigos para que me ayuden a ponerlo en una situación embarazosa. Le he dado a entender que esto podría ocurrir. Tito, comprendo que no quieras que te ponga en una situación comprometida. Si quieres, me marcharé de aquí y me alojaré en una posada.

—¿Le estás haciendo chantaje? —chilló Crispo—. ¿Piensas acudir a sus enemigos? ¡Es amigo del emperador!

—He dicho que él teme que lo haga, no que yo vaya a hacerlo —repuso Hermógenes en un tono tranquilizador—. No quiero verme envuelto en el conflicto entre facciones romanas aunque, en cuanto a eso, probablemente te equivocas si piensas que los amigos de Rufo no lo son también del emperador. De todos modos, no quiero involucrarme en la política romana y la evitaré a menos que mi vida dependa de ello. Por descontado, me marcharía de esta casa antes de hacerlo. Pero esto no viene al caso. Ha consentido en pagar.

—¡Dijiste que ibas a planteárselo con diplomacia!

—Dije que se lo plantearía con la máxima diplomacia posible. Ésa era mi intención y así he procurado conducirme. Aunque ahora pienso que Rufo sólo me habría recibido diplomáticamente si me hubiese avenido a cancelar la deuda y, lo siento mucho, Tito, pero eso es algo a lo que no pienso rebajarme.

—Mi amo se ha mostrado muy cortés en todo momento, señor —terció Menéstor tentativamente—. Incluso después de que el romano le pegara.

Escurrió la esponja y continuó limpiando con ternura la sangre del hombro de su amo.

—Hermógenes… —dijo Crispo con inquietud—. Me contaste que habías heredado todas las deudas de tu tío. ¿Te enfrentas a la ruina si no recuperas este dinero?

Hermógenes se rió y acto seguido hizo una mueca por el dolor que le provocaba la risa.

—No —respondió—. No me quedaría arruinado, pese a que Nicómaco fue muy imprudente: cavó un agujero muy hondo en su intento por salvarse y ni siquiera la venta de sus fincas cubrió sus deudas. Para hacer frente a todos sus compromisos me vería obligado a echar mano de mi propio caudal y eso causaría problemas a quienes me han pedido créditos o han aceptado mis inversiones. ¿Por qué voy a poner en apuros a personas cuya conducta ha sido honesta y honorable en todos sus acuerdos conmigo, mientras Lucio Tario Rufo, que arruinó a mi tío y ocasionó la muerte de mi padre, vive

a lo grande en un palacio del Esquilino? Puede pagar y pagará. —Reconoció, en un nuevo arrebato de triunfalismo, que no habría osado admitir aquel ardiente deseo de reclamar sus derechos de no haber sido porque Rufo había aceptado pagar.

Su anfitrión se quedó contemplándolo con una expresión de agudo recelo.

—Me parece que esto necesita puntos, señor —dictaminó Menéstor tras examinar la herida.

Crispo dio un par de pasos al frente y se inclinó para estudiar el corte apoyando una mano en el hombro de Menéstor.

—Llevaba anillos —explicó Hermógenes, volviendo el rostro para que se lo inspeccionara—. Tito, te repito que, si te preocupa que esto pueda perjudicar a tus negocios o a tu casa, me trasladaré a una posada. De todos modos, creo que lo peor ya ha pasado. Ha accedido a pagar. Ha solicitado tres días para que su secretario estudie los documentos; las copias, se entiende, pues obviamente no le he entregado los originales, y hemos convenido en que si su secretario da el visto bueno, pagará. Estoy convencido de que espera encontrar alguna clase de laguna en el contrato o en mi titularidad, pero no la hay. Voy a aceptar un diez por ciento ahora, extenderé un contrato que establezca las condiciones de pago del resto y regresaré a Alejandría.

—Creo que Tario Rufo no estaba tan enfadado como fingía —comentó Menéstor levantando la vista hacia Crispo—. Al menos al principio. Es decir, estaba enfadado, pero también pensaba que si montaba en cólera mi amo se asustaría tanto que se echaría atrás. Al ver que mi amo no se amedrentaba, no ha sabido qué hacer.

Hermógenes lo miró con curiosidad.

—El otro hombre que estaba con él… —prosiguió Menéstor—, no me refiero al secretario que se ha quedado con los papeles sino al otro. El flaco con la túnica roja. Cuando Rufo se ha puesto de pie de un salto para pegarte, ha sonreído y asentido con la cabeza como diciendo, sí, así es como hay que obrar. Pero cuando, ya en el suelo, has seguido preguntando a Rufo cuándo te pagaría, ha puesto cara de… como si algo hubiese salido muy mal. Rufo tampoco estaba muy seguro de qué hacer al respecto. Su enojo ha cambiado a partir de ese momento. Al principio se portaba como un amo, como algunos amos, quiero decir, gritándole a un esclavo para asustarlo, pero después de eso se ha calmado y su actitud resultaba más creíble. Y después de eso, el otro hombre también se ha enojado, mientras que antes no lo estaba.

Hermógenes se percató, con disgusto, de que en realidad no había tomado nota de que hubiese alguien presente en el salón aparte del cónsul.

—Eres un muchacho muy perspicaz —comentó Crispo, dándole a Menéstor un apretón en el hombro en señal de apreciación. Acto seguido se enderezó con un gruñido, contempló a su huésped por un instante y agregó resueltamente—: En modo

alguno voy a echarte de mi casa después de todas las ocasiones en que tú y tu padre me habéis recibido en Alejandría, y esa vez en que yo… bueno, seguro que te acuerdas. Además, llevo años hablándoles a mis amigos acerca de Alejandría y acabo de presentarte a algunos de ellos. ¿Qué pensarían de mí si les confesara que te has marchado de mi casa para alojarte en una posada?

Hermógenes quedó conmovido y sorprendido.

—No quisiera traer problemas a tu casa, Tito.

—Según tú, lo peor ya ha pasado, ¿no es cierto? —insistió Crispo con creciente confianza—. No, no, amigo mío. Te quedas aquí. Creo que tu chico tiene razón y ese corte necesita puntos. Mandaré llamar a mi médico. —Sonrió de oreja a oreja y se marchó.

El médico vino, suturó el corte y le administró al paciente una dosis de eléboro para el dolor de cabeza, que no había remitido. Le aconsejó reposo y una dieta blanda y refrescante. Hermógenes pasó el resto del día en cama.

Se despertó de madrugada. La jaqueca prácticamente había desaparecido, aunque había dejado en su lugar una sombra negra de profunda ansiedad. Revivió en su mente la escena con el cónsul con todo detalle y nitidez, desde la primera sonrisa cordial hasta la furiosa despedida final. También rememoró el modo en que los asistentes del cónsul le musitaban cosas al oído. Lo asaltó la aterradora certeza de que Rufo iba a mandarlo asesinar.

Se incorporó, apoyó la mejilla ardiente contra la pared fría y procuró razonar con serenidad. Si Rufo quisiera verlo muerto, lo habría matado allí y entonces. Habría sido más fácil que enviar a un grupo de hombres a allanar la casa de Crispo para acabar con él mientras dormía. Desde luego, un montón de personas sabía que Hermógenes estaba en casa del cónsul, pero ¿quién osaría presentar cargos contra un cónsul que además era amigo del emperador? Crispo seguro que no. Rufo podía haberlo quitado de en medio pero no lo había hecho, lo que significaba que no estaba dispuesto a llegar a tales extremos por una deuda que era capaz de pagar sin la menor dificultad.

No se dio por satisfecho. Quizá Rufo sólo había pospuesto su asesinato porque antes quería investigar la situación. Tal vez le interesara apoderarse de los documentos que atestiguaban su deuda y su mora antes de tomar medidas tan drásticas.

Hermógenes se levantó y salió a la sala descalzo, en silencio. Buscó a tientas en la lámpara hasta que encontró el yesquero e intentó encenderlo repetidamente. Las chispas centelleaban en la habitación oscura.

Oyó la voz soñolienta de Menéstor a sus espaldas:

—¿Señor?

—Sigue durmiendo —le dijo Hermógenes—. Sólo quiero escribir una carta.

La yesca prendió. Hermógenes encendió una de las lámparas en forma de cocodrilo y la llevó al escritorio. La luz dorada le mostró a Menéstor sentado en su camastro con los ojos negros muy abiertos en la penumbra.

—Sigue durmiendo —repitió Hermógenes.

El muchacho se tendió de nuevo pero permaneció despierto, observando a su amo mientras sacaba el recado de escribir y se sentaba.

MARCO ELIO HERMÓGENES A PUBLIO CORNELIO:
SALUDOS

Mi señor, tú no me conoces, pero, animado por la fama de tu nobleza, me permito la osadía de dirigirme a ti. L. Tario Rufo, que te sucedió en el consulado, tiene pendiente conmigo una deuda de más de cuatrocientos mil sestercios, y temo que prefiera hacerme matar en vez de pagarla. Si esto llega a tus manos, es porque estoy muerto.

Si deseas que caiga sobre Rufo la deshonra que merece, lleva el trozo de moneda que adjunto al Tabularium. Los documentos depositados allí en FIII demostrarán que Rufo tomó dinero prestado de mi tío, que nunca pagó y que yo heredé esa deuda, que me ha salido muy cara.

Si esta información te resulta útil, mi señor, te ruego que te asegures de que mi hija reciba el dinero por el que he muerto.

Releyó la carta y luego extrajo la bolsita de piel con la ficha que ahora llevaba colgada al cuello junto con la llave del arcón. Dobló la hoja de papiro, la enrolló y la metió en la bolsa con la media moneda. Ató con fuerza los cordones, derramó un poco de cera encima y la marcó con su sello.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Menéstor, ya bien despierto.

Hermógenes tomó otra hoja de papiro y escribió: «Entréguese al consular P. Cornelio Escipión el 1 de julio, salvo si antes la reclamo yo mismo, M. Elio Hermógenes».

—Quiero asegurarme de que Rufo no le encuentre ninguna ventaja a matarme —respondió en voz baja—. Si le informo de que esto caerá en poder de sus enemigos salvo si yo lo reclamo, sabrá que no tiene nada que ganar con mi muerte. —Frunció el ceño—. La cuestión es: ¿a quién se lo confiamos?

—¿Lo crees capaz de matarnos?

—Sí. No. No lo sé. Según mi parecer, lo más razonable para él sería pagar. Está en condiciones de hacerlo y, en cambio, asesinar a un ciudadano romano debe de ser una empresa arriesgada hasta para un hombre tan poderoso como él. Aunque nadie lo

acusara, los rumores socavarían su reputación, y tengo la impresión de que eso le importa. Sin embargo, se mostró muy indignado ante la perspectiva de pagar y también me pareció muy arrogante, acostumbrado a pensar que está por encima de la ley. Quizás opte por hacerlo. Esta carta debería bastar para disuadirlo, siempre y cuando encuentre a quién confiársela.

—¿Y por qué…? —comenzó Menéstor, pero se interrumpió y se humedeció los labios.

—¿Y por qué qué?

—¿Por qué estás haciendo esto, entonces? —Soltó Menéstor—. Me asusté mucho cuando te pegó. Pensé que iba a matarte y luego… no sé, que iba a matarnos a Formión y a mí, o a cortarnos la lengua y enviarnos a las minas o algo por el estilo. Dijiste que aun en el peor de los casos esto no iba a arruinarte, y apuesto a que podrías arreglarlo sin perjudicar a nadie más. Así que, ¿por qué quieres enemistarte con un cónsul de Roma?

Hermógenes fijó en él la mirada durante un rato. Luego se volvió y comenzó a atar la hoja de instrucciones al cordón de la bolsita de piel.

—Cuando Rufo estaba al mando del ala izquierda en Actium —dijo lentamente—, yo tenía tu edad. Crecí bajo el reinado de Cleopatra, Menéstor. Sé que mi familia nunca la apoyó; era una tirana cruel e incompetente, pero al menos era griega. Me crié en una nación independiente. —Añadió unas gotas más de cera sobre la etiqueta y la marcó de nuevo con su sello—. Ella fue el último gobernante griego de un reino, el último de los herederos de Alejandro, el conquistador del mundo. Tras la muerte de la reina, la soberanía fue arrebatada a los griegos por completo y pasó a manos de Roma. —Miró a Menéstor de hito en hito—. Rufo me llamó «griegote» y «egipcio» y me escupió. Cree que el hecho de habernos vencido en la guerra le otorga el derecho a robarnos lo que le venga en gana incluso ahora, después de catorce años de paz. A sus ojos, mi ciudadanía es un fraude. Mientras sólo era procónsul se sentía obligado a realizar algunos pagos de su deuda, pero en cuanto su poder creció, consideró indigno seguir haciéndolo. Para él, un griego es poco menos que un esclavo.

»Anoche dijiste que cualquiera preferiría la libertad a la esclavitud. Tú eres esclavo y estarías dispuesto a prostituir tu cuerpo para obtener la libertad. Bien, yo soy un hombre libre y estaría dispuesto a morir antes que someterme a la iniquidad de Tario Rufo. Solicitó un préstamo y lo pagará.

—¿Qué será de Mirina? —preguntó Menéstor.

Era el argumento más sólido que podía haber esgrimido. Hermógenes desvió la vista hacia la bolsa sellada que sostenía entre las manos. Recordó una vez más el modo en que su hija se había aferrado a él antes de que se marchara.

—Espero no morir —contestó por fin—. Estoy haciendo todo lo posible para que eso no ocurra. —Palpó la bolsita—. Ha aceptado pagar. Como precaución, debo encontrar a alguien a quien confiarle esto.

El muchacho guardó silencio por un momento.

—No pensarás que Tito Fiducio…

—No —lo cortó Hermógenes con firmeza—. Si yo muriera y él se viera amenazado, se la entregaría a Rufo de inmediato. Es un hombre bienintencionado pero débil. —Volvió a fruncir el entrecejo—. El archivo tampoco me sirve: dudo mucho que lograra convencerlos de que lo mandaran a su destinatario. Quizás en un templo… Preguntaré por la mañana. —Sin apartar los ojos del muchacho añadió, esta vez irónicamente—: Sigue durmiendo, Menéstor, que yo intentaré hacer lo mismo.

Por la mañana el rostro se le había hinchado y le resultaba imposible abrir el ojo izquierdo. Cuando le llevaron el espejo que pidió, contempló el tajo cosido, que semejaba una oruga roja, sobre una magulladura lívida y negra. Suspiró y decidió pasar la jornada descansando tranquilamente en la casa. Antes, sin embargo, debía encontrar a alguien que se hiciera cargo de la bolsa con la ficha. A la luz del día la posibilidad de ser asesinado se le antojó mucho menos real, pero aun así continuaba pensando que merecía la pena tomar precauciones. Sin embargo, decidió que más valía no pedir consejo a su anfitrión sobre dónde dejar el trozo de moneda. Crispo sin duda se ofrecería a guardarlo en persona, y rehusar su ofrecimiento supondría una ofensa.

Mientras reflexionaba sobre el asunto, Crispo acudió a ver cómo se encontraba.

—¡Por Hércules! —exclamó—. Tienes peor aspecto que ayer. Ordenaré a los esclavos que te preparen una cataplasma. Una de las mujeres tiene muy buena mano para eso.

La mujer que tenía mano para las cataplasmas resultó ser Tercia. Entró en la habitación poco rato después con un paño humeante que olía a hierbas en un plato y sonrió nerviosamente. Erotion le pisaba los talones.

—Estás horrible —afirmó la chiquilla observándolo con algo parecido a la fascinación.

—Ya lo sé —admitió Hermógenes—, pero seguro que la cataplasma de tu madre me pondrá mejor.

Erotion asintió y Tercia sonrió.

—Gracias por el pastel —prosiguió Erotion remilgadamente y miró a su madre en busca de aprobación.

—Y muchas gracias por el mío también —agregó su madre con afecto—. Estaba delicioso.

Hermógenes le quitó importancia con un ademán y una media sonrisa.

—Estoy muy agradecido por la amabilidad con que me ha acogido la servidumbre de mi amigo, pese a que os doy trabajo adicional.

—Eres muy gentil, señor —dijo la mujer—. Bien, permite que te aplique la cataplasma. —Dobló el paño, lo colocó sobre la mejilla y la comisura del ojo y lo aseguró con tiras de lino enrolladas en torno a la cabeza por encima de la nariz.

—Ya está, señor —dijo—. Volveré con una nueva dentro de un par de horas.

—Gracias. Tercia, no te vayas aún. Hay otro asunto sobre el que quería tu consejo.

—¿Mi consejo, señor? —preguntó Tercia, perpleja.

—El tuyo vale tanto como el de cualquiera. Eres una mujer sensata. Tengo un paquete que contiene ciertos objetos de valor que deseo dejar en manos de una persona honrada y digna de confianza que los ponga a buen recaudo hasta que yo vaya a recogerlos o, si yo no voy, que los envíe a la persona indicada. No quiero abusar de la hospitalidad de tu amo y…

—¿Por qué no lo dejas aquí, señor? —inquirió ella con inocencia—. Si te preocupa que alguno de nosotros vaya a robar tus pertenencias, puedes guardarlo bajo llave en tu arcón.

—Es algo relacionado con mis negocios —explicó sinceramente y, menos sinceramente, añadió—: Quiero que esté disponible desde el foro. Estaba pensando que el mejor lugar para dejarlo quizá sería un templo. ¿Sabes si hay algún templo consagrado a Isis cerca del foro?

La esclava abrió los ojos desorbitadamente.

—¿A Isis, señor? No. El culto egipcio está prohibido en Roma. ¿No lo sabías?

Hermógenes no lo sabía y se quedó atónito. Isis era una divinidad a la que hombres y mujeres de toda clase y condición adoraban en muchas naciones; se la veneraba en todo el mundo griego e incluso en muchas ciudades de Occidente. Si bien nunca había sido un hombre religioso, y, por su educación, siempre se había mofado de las supersticiones de las masas, respetaba más a Isis que a cualquiera de las divinidades olímpicas. Era la Señora del Mar, protectora del comercio y de la civilización; la diosa de los mil nombres, de quien todas las demás eran meros reflejos. Además, era buena y justa, esposa y madre y amante, no una tirana celosa y vengativa como tantas otras deidades.

—¿Por qué? —quiso saber Hermógenes, desconcertado.

Tercia se encogió de hombros.

—Lo prohibieron por primera vez hace muchos años, señor, supongo que porque no era romana. Tengo entendido que iban a cambiar de parecer y que incluso planeaban erigir un gran templo oficial, pero entonces estalló la guerra. La reina de Egipto solía proclamarse Isis encarnada, de modo que el emperador proscribió de nuevo el culto a

la diosa en Roma. A partir de entonces la gente ha seguido construyendo templos y abriendo santuarios dedicados a ella, pero de vez en cuando algún mandatario recuerda la orden y envía a los pretorianos a derribarlos. —Hizo una pausa y luego continuó—: Esto sólo sucede en la ciudad propiamente dicha, señor, y en los alrededores, hasta unas dos millas de Roma. Hay un templo en Ostia, pero eso queda muy lejos.

—Vaya —murmuró Hermógenes.

Tercia dio un paso hacia él, observándolo atentamente, y con el dedo corazón de la mano izquierda trazó sobre su pecho el nudo isíaco, la señal de los iniciados en los misterios de Isis.

Hermógenes, que había sido instruido en tales misterios cuando contaba dieciséis años, pues Tais era una entusiasta de la diosa, respondió al gesto. En los labios de Tercia se dibujó una amplia sonrisa.

—Existen capillas privadas, señor —le informó—. A ésas las dejan en paz. Yo suelo ir a una. Podría acompañarte ahora mismo, si obtienes permiso de mi amo para que abandone el trabajo durante la mañana.

Hermógenes se debatió un momento entre aceptar el ofrecimiento u optar por una divinidad que gozara de mayor aprobación. Al cabo resolvió que el secretismo de un culto prohibido y el vínculo creado por su propia participación en el mismo lo convertían en la opción idónea.

—Sí —convino—. Gracias.

El resto fue fácil. Crispo dio muestras de estar sobradamente al corriente de que su esclava era devota de Isis. Se sorprendió un poco cuando Hermógenes manifestó interés por rendir culto a la diosa aquella mañana, pero lo aceptó como una secuela más bien natural de haber recibido un golpe de un cónsul, de modo que autorizó la visita sin vacilar.

La «capilla privada» resultó ser el sótano reconvertido de un templo consagrado a Mercurio, situado a unas seis manzanas de distancia, un lugar de paredes decoradas chabacanamente al estilo egipcio en comparación con las cuales las Habitaciones del Nilo de Crispo parecían de un buen gusto incontestable. Un joven sacerdote de Mercurio había concebido un culto a Zoth, la forma egipcia de su dios, y deseado glorificar a la reina a quien Zoth veneraba y aconsejaba. Dio la bienvenida a Tercia y le complació conocer a un alejandrino devoto de la diosa, sobre todo a uno que llevaba el nombre de su deidad predilecta: Hermes, por supuesto, el dios griego identificado con Zoth y Mercurio.

No obstante, no podían limitarse a dejar la ficha sin una explicación. Hermógenes se vio obligado a fabricar una versión de la verdad, recalcando su creciente convencimiento de que sus temores carecían de fundamento y asegurándole a Tercia que

le avergonzaba siquiera mencionárselos a su anfitrión y que en cambio él se quedaría más tranquilo sabiendo que la ficha se encontraba a salvo. Ante esta declaración, el joven sacerdote aceptó de buen grado la bolsita de piel y la colocó detrás del pedestal de la estatua de Isis, en la hornacina tapada con cortinas al fondo del santuario. Rezaron juntos a la diosa. A Hermógenes le produjo una sensación extraña recitar aquellas conocidas frases en latín. Luego se ungieron con agua bendita del Nilo que el sacerdote guardaba con celo dentro de una urna.

Poco después, mientras caminaban de regreso a la casa, Hermógenes pensaba entre divertido y consternado, en el modo en que el contacto con el agua lo había reconfortado. Sin quererlo su mente comenzó a vagar con nostalgia por el Nilo, las aguas que fluían hasta Alejandría por el canal Canópico, el azul del lago Mareotis que reverberaba bajo el sol incluso a pesar de que, cuando uno se fijaba bien en el agua, descubría que era marrón; las crecidas estacionales de la corriente dadora de vida; el sabor, los ritmos y las fragancias de la patria.

¿Volvería a ver su casa alguna vez? Intentó convencerse de que sí, por supuesto, de que sólo era cuestión de mantenerse firme y no ceder a la intimidación durante unos pocos días más. Ahora que la media moneda estaba escondida, el cónsul no se beneficiaría de su muerte. La sombra de sus temores nocturnos, no obstante, se negó a desvanecerse del todo. Todavía recordaba la rabia brutal que había impulsado al cónsul a saltar de su sillón. Contra aquello no había razonamiento que valiese.

De nuevo imaginó a Mirina aguardando su regreso al hogar, o escribiéndole una carta, pero esta vez su fantasía le presentó la imagen de la niña garabateando felizmente ignorante mientras él yacía cadáver en algún cementerio romano.

Negó con la cabeza. Rufo había aceptado pagar. Tenía sentido que hubiese resuelto hacerlo. No lo tenía, en cambio, que Hermógenes flaqueara ahora que ya casi había vencido. Rendirse constituiría una demostración de cobardía y, peor todavía, una estupidez.

Cuando llegó a la casa de Crispo, éste lo invitó a compartir con él un almuerzo ligero, y ambos se recostaron uno al lado del otro en el comedor, donde les sirvieron pan, aceitunas y queso. Hermógenes manifestó el asombro que le había causado encontrar agua del Nilo en Roma.

—Creo que los barcos procedentes de Egipto venden lo que sobra de sus provisiones de agua cuando arriban a un puerto de Italia —explicó Crispo—. Hay muchos italianos que adoran a la diosa. Incluso aquí, en Roma.

—No sabía que el culto estuviera prohibido. Crispo soltó un bufido reprobatorio.

—¡Es una idiotez que lo esté! Cibeles tiene un gran templo justo en medio del Palatino, el calendario recoge su festividad y sus sacerdotes eunucos están por todas

partes. ¿Por qué tiene que estar prohibida Isis? ¡Es mucho más civilizada que una diosa que exige que sus sacerdotes se corten las pelotas! —Se enderezó—. ¿Sabes a qué creo que se debe, Hermógenes? A que nosotros, los romanos, sabemos que los frigios son bárbaros, de modo que no nos asustan sus dioses, pero vosotros, los griegos, sobre todo los alejandrinos, sois harina de otro costal. Roma puede llamar a Frigia su sierva, mientras que Alejandría era su rival.

—Eres muy amable al decir eso —dijo Hermógenes.

—¡No, en serio! Todo el mundo sabe que si Antonio y la reina hubiesen ganado la guerra habrían trasladado la capital a Alejandría. Por eso la gente detesta tu ciudad. —Crispo se comió otra oliva y agregó—: Claro que, yo soy helenófilo hasta la médula. Todos mis amigos se ríen de mí por lo mucho que amo Alejandría.

Hermógenes no supo qué contestar a esto y optó por tomar un trago de vino aguado.

—Ese ayuda de cámara tuyo… —Comenzó Crispo, cambiando de tema.

—¿Menéstor?

—Sí. Es un muchacho encantador. ¿Hace tiempo que lo tienes? No recuerdo haberlo visto en tu casa.

«Oh, no», pensó Hermógenes alarmado.

—Está con nosotros desde que nació —respondió con firmeza—. Al igual que sus padres antes que él. Probablemente no habías reparado en él hasta ahora porque las dos últimas veces que viniste a Alejandría pasaba mucho tiempo fuera de la casa, educándose. Lo empleé como secretario hace cosa de un año. Sólo oficia de ayuda de cámara durante este viaje. Normalmente es Chairemon, su padre, quien se encarga de estos menesteres, pero no quise embarcarlo porque se marea.

—Da la impresión de ser un muchacho perspicaz y despierto.

—Lo es. Le profeso una gran estima.

Esperó que esto le dejara claro que no pensaba permitir que nadie jugara con Menéstor ni se aprovechara de él a su antojo.

Al parecer lo consiguió. Crispo adoptó un aire taciturno y se comió otra aceituna.

—Creo que al chico que tengo ahora no le gusto —dijo en voz baja.

Hermógenes, incómodo, se quedó sin palabras.

—Te tiene mucho respeto —logró farfullar finalmente—. Me estuvo contando lo gentil que fuiste con su padre.

Seguía sin percibir la menor gentileza en el hecho de llamar «Perro» a un hombre, aunque el propio Kyon aparentemente opinaba de manera distinta.

—¿Te estuvo contando…? Ah, claro, te sirvió de guía cuando fuiste al foro, es verdad. Bueno, quizá tengas razón y me respeta. —Se puso aún más taciturno—. El problema es que yo lo adoro y el parece aborrecer mi contacto… A veces llora.

Hermógenes no sabía qué decir. Desde su punto de vista, cuando alguien adora a una persona no le impone sus deseos ni la hace llorar, pero la cortesía le impedía expresarle lo que pensaba.

—No dejo de repetirme que se acostumbrará y comenzará a disfrutar, pero han pasado meses desde que me lo llevé a la cama por primera vez y no da muestras de que le guste más ahora que entonces. —Crispo suspiró y arrojó el hueso de la aceituna al plato—. El amor no entraña más que sufrimiento. —Miró a su huésped y frunció el ceño —. ¿Te duele la cara?

—Un poco —asintió Hermógenes; alegrándose de que su anfitrión le sirviera una excusa en bandeja—. Perdona pero, si no te importa, iré a pedirle a Tercia que me prepare otra cataplasma.

Una vez en su habitación, encontró a Menéstor sentado al escritorio, leyendo. El muchacho dejó el rollo y se levantó al entrar su amo.

—¿De dónde has sacado ese libro? —preguntó Hermógenes, extrañado.

—Me lo ha prestado Tito Fiducio —contestó Menéstor sin dilación—. Tiene muchos libros en griego. Éste es de poesía.

—Tito Fiducio es un hombre culto. —Hermógenes vaciló por un instante y luego prosiguió resueltamente—: Menéstor, hace un momento me estaba comentando que eres un muchacho encantador. Quiero que sepas que no estás obligado a acostarte con él sólo porque nos acoja en su casa. Si te acosa, avísame.

Menéstor posó en él la vista con una expresión indescifrable.

—Se ha dado cuenta de que jacinto no lo soporta, ¿verdad? —dijo por fin. Negó con la cabeza—. El muy estúpido no disimula en absoluto. ¡Es una estupidez tirar porta borda todas tus oportunidades de esa manera!

Parecía tan exasperado por la estupidez como preocupado por la pérdida que le acarrearía a jacinto.

—Si realmente no lo soporta, ¿cómo quieres que lo disimule? —Hermógenes estaba perplejo.

Menéstor pestañeó, desconcertado.

—No lo sé, señor. —Hizo una mueca y añadió—: Debería tener un amo como tú.

Aquella conversación no había seguido los derroteros que Hermógenes esperaba.

—¿A qué te refieres con eso? —inquirió de mal talante. Menéstor se estremeció ante la brusquedad de su tono.

—A nada, señor. Es sólo que a ti no te interesan los chicos, ni siquiera… ni siquiera los guapos.

Hermógenes estuvo a punto de replicar que incluso si le gustasen los chicos esperaba no ser de los que se acuestan con uno contra su voluntad. Sin embargo, intentó

juzgar a Tito con imparcialidad: ¿hasta qué punto era consciente de que se acostaba con el chico contra su voluntad? Nada indicaba que jacinto alguna vez hubiese ofrecido resistencia, e incluso había suplicado a los huéspedes que no desvelasen a su amo cuánto detestaba lo que él le exigía. La servidumbre de la casa contaba con que se comportase como un esclavo bueno y obediente, y él se esforzaba en ofrecer esa imagen pese a que toda su naturaleza se rebelaba contra ello.

¿Acaso un amo podía estar seguro alguna vez de que un esclavo consentía de buen grado? ¿Podía el propio esclavo estar seguro de ello si el acto no le resultaba absolutamente repugnante? Sin libertad para rehusar, ¿qué diferencia había entre el amor y la mera obediencia?

Hermógenes sacudió la cabeza, confundido por sus propios pensamientos. Menéstor continuaba mirándolo con expectación.

—Al margen de lo que le ocurra a jacinto —subrayó Hermógenes tratando de reconducir la conversación hacia donde se había propuesto—, quiero que tengas claro que no estás obligado a acostarte con Tito Fiducio.

Menéstor se mordió el labio.

—Señor, Tito Fiducio me regaló esto. —Levantó un poco el libro—. ¿Quieres que se lo devuelva?

Hermógenes clavó en él los ojos. Desde luego, Menéstor era lo bastante sagaz como para intuir qué pensaría Crispo si él aceptaba un obsequio suyo, sobre todo un libro de poesía. El muchacho siempre había sido honrado y obediente. ¿Estaría en verdad dispuesto a prostituirse, no ya por su libertad sino por unos cuantos libros o prendas de vestir?

Incrédulo, contempló la posibilidad de que Menéstor deseara yacer con Crispo. Tal vez su inclinación natural era hacia los hombres, y una aventura con un romano rico y culto, por muy gordo que fuera, se le antojaba excitante.

—¡Si quieres acostarte con Tito Fiducio, es asunto tuyo! —espetó indignado—. Únicamente quería aclararte que no estás obligado a hacerlo.

Menéstor se mostró profundamente dolido, hasta tal punto que Hermógenes temió que se echara a llorar, pero permaneció en silencio. Hermógenes se dio por vencido y fue en busca de Tercia y una nueva cataplasma.

El resto de aquel día y el siguiente transcurrieron sin novedad. Si Crispo ofreció regalos a Menéstor, éstos no aparecieron por las Habitaciones del Nilo. La magulladura de Hermógenes pasó del púrpura y el negro al púrpura y luego al rojo con manchas verdes en los bordes, pero la hinchazón disminuyó lo suficiente como para que pensara en dejarse ver en público pronto. Mientras tanto, leyó libros de Crispo, escribió algunas cartas y cultivó el contacto con los esclavos de la casa.

Éstos confirmaron su creciente impresión de que Crispo era un amo afable pero no especialmente apto. El nerviosismo que Hermógenes había detectado en ellos en un principio no era fruto del miedo sino de la incertidumbre. El amo con frecuencia olvidaba indicarles lo que quería que hiciesen y luego gritaba irritado al comprobar que no lo habían hecho o que lo habían hecho mal. Combinaba actos de humanidad, como conservar al portero desfigurado, con demostraciones de una extrema falta de sensibilidad, como llamar Kyon al pobre hombre. Había fijado una generosa asignación para el personal de la casa, a fin de cerciorarse de que todos estuvieran bien alimentados y convenientemente vestidos, pero ni reconocía ni recompensaba los esfuerzos adicionales de sus sirvientes. Por consiguiente, el personal trabajaba más duro para complacer a Esténtor, que era competente y sí se fijaba, que para contentar a su amo. Por suerte para Crispo, Esténtor era leal y le estaba profundamente agradecido por haberlo ascendido a pesar de la fiebre infantil que lo había dejado sin voz. A pesar de todo, Hermógenes sospechaba que Crispo no ignoraba por completo que le profesaban escasa devoción, y lo notaba vagamente dolido por ello. Se preguntó si debía brindarle algún consejo, pero enseguida comprendió que no. Semejante intromisión en el gobierno de la casa de otro hombre resultaría sumamente ofensiva y, mal que bien, el personal cumplía con sus obligaciones.

A la mañana del tercer día después de la visita al cónsul, llegó la ansiada carta.

L. TARIO RUFO A HERMÓGENES DE ALEJANDRÍA

Tus documentos están en orden. Ven a mi casa esta tarde a la hora décima y firmaré tu contrato.

Hermógenes le enseñó la carta a Crispo, y su obeso amigo sonrió encantado.

—¡Excelentes noticias! —exclamó alegremente dándole una palmada en el hombro a su huésped. Acto seguido arrugó el entrecejo y agregó—: Aunque no me gusta nada la idea de que tengas que volver a su casa.

A Hermógenes tampoco le gustaba mucho. Habría preferido enviar el contrato a Rufo por medio de un mensajero y recibir su primera entrega por la misma vía. Sin embargo, dado que el cónsul estaba cediendo, le pareció imprudente ofenderlo negándose a entrar en su casa. Además, la ficha estaba a salvo.

—No pasará nada —le aseguró a Crispo—. Puesto que está de acuerdo, no hay ninguna razón para que pierda los estribos de nuevo, y mi intención es mostrarme sumamente cortés.

—Es lo mismo que dijiste la otra vez.

Hermógenes sonrió y se encogió de hombros con impotencia.

—Y me mostré cortés. Quizás esta vez se limite a ser grosero conmigo.

Crispo le ofreció una vez más su litera. Hermógenes declinó la oferta de nuevo. No quería abusar de la tenaz hospitalidad de su anfitrión llevándose a los porteadores de Crispo a casa del cónsul, implicándolo aún más en el conflicto. Envió un mensajero al puente Emilio en busca de los hermanos Rubrio, y Crispo respiró aliviado.

La hora décima era al final de la tarde, pero aún quedaba un buen rato de luz cuando la silla de manos llegó poco después de finalizada la cena. Crispo en persona salió a despedir a su huésped. Cuando Hermógenes hubo tomado asiento en la silla y arreglado el drapeado de su toga recién lavada, el romano se le aproximó de súbito y le estrechó la mano entre sus húmedas palmas rollizas.

—¡Ten mucho cuidado, amigo mío! —le pidió con vehemencia.

—Lo tendré —prometió Hermógenes sorprendido por una sensación de verdadero afecto hacia aquel hombre obeso.

—¡Buena suerte, pues!

—Gracias.

Se pusieron en marcha siguiendo la misma ruta que en la ocasión anterior. Gayo Rubrio no le dio conversación; de hecho, se lo veía sombrío e intranquilo. Obviamente lo había inquietado la primera visita a casa del cónsul. Hermógenes desvió su mente de las preocupaciones pensando en si debía volver a contratar a aquel par de porteadores. Le parecían fiables y razonablemente honrados aunque con toda probabilidad no los habría buscado si no le hubiese seducido tanto la idea de que lo llevaran a hombros dos ciudadanos romanos y, probablemente, ellos hubiesen preferido un cliente más convencional. Quizá cuando volviese a necesitar una silla aceptaría viajar en la de Crispo.

Las sombras se alargaban en lo alto del Esquilino y los cipreses del jardín de Rufo proyectaban franjas oscuras sobre la tapia. Los guardias de la verja, como el otro día, admitieron al grupo tras un trío escrutinio, y éste rodeó el edificio hasta la cuadra de la parte trasera. Esta vez Formión ni siquiera intentó seguir a su amo hacia la casa sino que se resignó a aguardar con los hermanos Rubrio en la caballeriza.

Aunque Hermógenes había procurado no llegar de nuevo demasiado pronto, él y Menéstor permanecieron sentados en el banco de mármol del atrio por espacio de casi una hora. Esta vez, sin embargo, no apareció un esclavo para anunciar que el cónsul iba a recibirlos, sino uno de los asistentes de Rufo, el hombre de mejillas hundidas que en su visita anterior llevaba una simple túnica roja y que, según había dicho Menéstor, había asentido con aprobación cuando el cónsul se abalanzó sobre él. A la sazón también vestía de rojo, pero ahora la túnica iba acompañada de una toga corta, de tipo

militar, decidió Hermógenes sin sorprenderse. Aquel hombre en ningún momento le había causado la impresión de ser un esclavo, y tenía sentido que un general hubiese conservado una parte de su personal militar.

—Hermógenes de Alejandría —lo llamó el hombre de rojo examinándolo fríamente—. Ven conmigo —ordenó en griego, lengua en la que habían hablado durante la última audiencia.

Hermógenes se puso de pie obedientemente y lo siguió con Menéstor a la zaga.

En lugar de dirigirse al salón donde el cónsul los había recibido en la ocasión anterior, el hombre de rojo los condujo por una galería hasta un estudio o despacho. Estaba vacío salvo por una mesa con una única silla y un pequeño arcón de hierro con un cerrojo enorme.

El militar apartó la silla de la mesa y se sentó.

—Cierra la puerta —ordenó.

Menéstor lanzó una mirada nerviosa a su amo y obedeció. Hermógenes se quedó inmóvil donde estaba, procurando que su rostro trasluciese una leve curiosidad y nada de pánico.

—Se me comunicó que el excelentísimo cónsul firmaría el contrato esta tarde —dijo.

—En su debido momento —respondió el otro hombre—. Antes hay algunos asuntos que aclarar.

—Como gustes. Perdóname, pero no sé quién eres, señor. El hombre resopló.

—Tario Macedo. Un liberto del general. Hablo con su autorización.

Hermógenes pestañeó. ¿Un liberto? Ahora no le cabía la menor duda de que aquel hombre era un militar. Supuso, no obstante, que nada impedía que un romano importante se llevara a sus libertos al ejército consigo. Los romanos importantes siempre confiaban plenamente en sus esclavos manumitidos. Que usaran el apellido de su antiguo amo ponía de manifiesto la estrechez del vínculo.

—Muy bien —dijo en un tono neutro—. ¿Qué deseas preguntarme, señor?

—¿Has hablado con Escipión?

Fue una pregunta directa y rotunda, y Hermógenes contestó de modo igualmente tajante.

—No. Sin embargo, obra en manos de cierta persona una carta escrita por mí, y se la enviará a Escipión el primero de julio salvo si yo voy antes a recogerla. La misiva le dará acceso a los originales de los documentos que dejé aquí la última vez. Mi anfitrión, Tito Fiducio, no sabe nada al respecto.

El semblante de Macedo reveló más irritación que sorpresa. Emitió un gruñido y se reclinó en el respaldo.

—Eres receloso, ¿verdad, griego?

—Señor —dijo Hermógenes con cortesía—, lamento que las precauciones que he tomado te ofendan.

—No me digas —espetó Macedo endureciendo su expresión—. Tu actitud en general resulta extremadamente ofensiva, egipcio.

—Lo único que pido es que se salde una deuda que estoy en mi derecho de reclamar y que tu patrono está en condiciones de satisfacer.

—Bien, nosotros también somos recelosos —repuso Macedo—. Queremos los documentos. Los originales y esa carta que has mencionado. Los queremos antes de firmar.

Hermógenes lo miró fijamente. Pese al soleado atardecer de la calle, la estancia pareció oscurecerse y enfriarse.

—Señor —contestó despacio—, si tu patrono paga la deuda, el hecho de que la contrajera no supondrá ninguna vergüenza y los documentos no entrañarán la menor amenaza para él. Si insistes en apoderarte de los documentos, debo deducir que no alberga la intención de pagar.

—¿Quién te has creído que eres para imponer condiciones a un cónsul romano? —bramó Macedo, de repente tan airado como el cónsul.

Hermógenes retrocedió un paso.

—¡Un ciudadano romano! —exclamó.

—Eres un griego —masculló Macedo—. Peor aún, ¡eres un egipcio! Elio Gallo, ese idiota incompetente, pidió prestados a tu padre cincuenta mil para contribuir a financiar su intento de conquistar Arabia y cuando sus planes se fueron al traste y no pudo pagar, vendió la ciudadanía a un prestamista egipcio a cambio de la condonación de la deuda. Era un proxeneta y convirtió a su país en una puta.

—Al menos hizo algo para pagar —replicó Hermógenes. La gelidez empezaba a apoderarse de su interior. El cónsul sin duda había encargado una investigación sobre su persona si conocía el dato de los cincuenta mil con tanta precisión—. Señor, he venido porque recibí una carta en la que se aseguraba que tu patrono iba a firmar un acuerdo para pagarme lo que me debe. Te lo pregunto con franqueza: ¿era una mentira?

Macedo lo fulminó con la mirada.

—Olvida la deuda, griego. Te lo advierto, olvídala. Cancélala, envíanos esos documentos y podrás regresar a Alejandría sano y salvo. Si insistes en estas exigencias, las cosas no te irán muy bien.

—Señor —dijo Hermógenes con frialdad—, soy un ciudadano romano en posesión de un contrato válido que me otorga el derecho a cobrar una deuda a tu patrono. No abrigo deseos de avergonzar a tu patrono arrastrándolo del escaño curial a los

tribunales pero lo haré si es necesario. Si muero asesinado, no obstante, tu patrono se enfrentará no sólo al ridículo sino también a la infamia y la ejecución, en caso de que sus enemigos decidan juzgarlo. Tú sabrás mejor que yo si a ellos les interesa que los acontecimientos sigan este curso.

Constató que Macedo tenía más que claro que harían lo posible para que así fuera. Los ojos le centellearon aunque su expresión evidenciaba una comedida perplejidad. Al parecer cayó en la cuenta de que se había delatado, pues de repente renegó en latín y escupió.

Hermógenes inspiró bruscamente con indignación y repugnancia.

—¡No considero que pagar una deuda sea tan deshonroso como para que haya que llegar a esto! —gritó—. ¿Acaso no dispone del dinero?

—Te lo advierto una vez más, griegote —murmuró Macedo en voz baja—: condona la deuda.

Hermógenes echó un vistazo a sus espaldas.

—Menéstor —dijo pausadamente—, el contrato.

El muchacho había retrocedido temblando hasta el vano de la puerta, pero obedientemente extrajo el documento que su amo había redactado por la mañana. Hermógenes lo tomó, se aproximó a Macedo y lo depositó delante de él encima de la mesa.

—Si tu patrono está dispuesto a firmar esto —le indicó sin alterarse—, deja que lo haga y házmelo llegar mañana por la mañana. Si rehúsa pagar, que se atenga a las consecuencias. Si me mata, también tendrá que afrontar las repercusiones. Juro por Isis y todos los dioses inmortales que antes moriré que condonar la deuda que ha contraído conmigo.

Temió que el hombre se abalanzara sobre él mientras se dirigía a la puerta, pero Macedo permaneció donde estaba mirándolo con furia contenida. Pensó que alguien lo seguiría mientras atravesaba apresuradamente el atrio de regreso a la cuadra, pero todo estaba en calma; sólo había un jardinero regando unos rosales en el frescor del ocaso y un cocinero recogiendo tomillo. Creyó que lo detendrían en las caballerizas, pero nadie se interpuso cuando se dejó caer en la silla de manos y ordenó a los Rubrio que lo llevaran de vuelta a casa de su amigo. Imaginó, finalmente, que los guardias de la verja le impedirían salir, pero éstos lo dejaron pasar sin ningún comentario.

Se retrepó en el asiento temblando y se palpó el tajo cosido de la mejilla.

—Dulce señora Isis —susurraba de vez en cuando.

Menéstor estaba al borde del llanto.

—¡Oh, señor! —gimió—. ¡Oh, señor, nos matará!

—Cállate —le pidió Hermógenes sin aspereza—. Necesito pensar.

—¡Señor —lo alertó Formión, apremiante—, señor, vamos por otro camino!

Hermógenes levantó la vista y advirtió que era verdad: tras cruzar la verja habían girado a la izquierda en lugar de a la derecha y ahora avanzaban cuesta abajo por una amplia avenida que no había visto hasta entonces.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó bruscamente a Gayo Rubrio en latín.

—Hacia la calle principal, señor —contestó Gayo Rubrio, inquieto—. El camino por donde hemos subido antes, cruzando los barrios pobres, está bien durante el día, pero anochece y no conviene pasar por allí a oscuras. Bajaremos por la vía Collatina hasta el foro juliano y luego cruzaremos a la vía Sacra para subir a casa de tu amigo. Es un recorrido bastante más largo, señor, pero más seguro.

—Bien —convino Hermógenes soltando el aire con un estremecimiento—, buena idea.

Desde luego lo último que necesitaba era caer en manos de los hombres de Rufo en una callejuela a oscuras. Si su cuerpo aparecía mutilado en un callejón detrás de alguna *insula*, ¿quién iba a aceptar que un cónsul era el responsable? Le tradujo a Formión las palabras de Gayo Rubrio.

—No me fío de estos bribones —gruñó Formión, pero se serenó. Hermógenes se encorvó en la silla intentando reflexionar.

«¡No considero que pagar una deuda sea tan deshonroso como para que haya que llegar a esto! —le había dicho a Macedo—. ¿Acaso no dispone del dinero?».

Era verdad: la reacción de Rufo ante su reclamación había sido desproporcionada en todo momento. Por más arrogante que fuera el cónsul, por más que le contrariara que un egipcio lo obligara a pagar, arriesgaba tanto si no pagaba que simplemente no merecía la pena negarse. Estaba claro que más de un enemigo suyo aprovecharía gustoso la ocasión de deshonrarlo, y resultaba lógico que así fuera puesto que, tal como había dicho Crispo, Rufo era «un don nadie por nacimiento» que había alcanzado el honor supremo pasando por encima de una aristocracia orgullosa y celosa. Así pues, no entendía por qué seguía resistiéndose a pagar…, a menos que no tuviese el dinero.

¿Cómo no iba a tener el dinero? Los invitados de Crispo habían coincidido en afirmar que se había embolsado cien millones por los servicios militares prestados al emperador y que los había invertido en bienes raíces, en tierras.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo al recordar lo que el banquero había comentado durante el banquete: «Todo el mundo dice siempre que invertir en tierras es seguro, pero una mala cosecha y estás acabado. Una granja puede arruinarte tan rápidamente como un barco si no manejas tus inversiones como es debido».

«Pongamos —pensó— que Rufo no manejó sus inversiones como era debido. Pongamos que, animado por su nueva riqueza y sus ansias de convertirse en el mayor

terrateniente de Picenum, compró granjas venidas a menos a precios inflados y que se lo gastó todo en la tierra propiamente dicha sin reservar un sestercio para invertir en ella. Pongamos que luego descubrió que era preciso efectuar un montón de mejoras para obtener un rendimiento de sus fincas y aportó la propia tierra como garantía de un préstamo, solicitado no a un hombre como Nicómaco, cuyas reclamaciones podría pasar por alto, sino a un miembro de su círculo social. Los tipos de interés se han mantenido bajos desde que Roma se hiciera con las riquezas de Egipto, pero el habitual para un préstamo mercantil es de un cinco o un seis por ciento. Las ganancias agrícolas suelen ser sólo del dos o el tres por ciento anual del valor de la tierra. Si en las fincas se plantaron olivos y viñedos, que necesitan tiempo para crecer, tardarán años en empezar a rendir algún beneficio.

»Pongamos que Rufo está, en efecto, agobiado por las deudas y que no puede pagar los préstamos sin vender tierra ni correr el riesgo de perder buena parte de la misma si su acreedor decide presionarlo. Pongamos que ha ocultado cuidadosamente esta situación al mundo, precisamente por miedo a que su acreedor decida presionarlo. Pongamos que la mansión del Esquilino está encaramada en lo alto de una montaña de deudas y que la base del precipicio empieza a desmoronarse.

»Pongamos que entonces aparece un hombre de negocios alejandrino reclamando el dinero de su tío…, una cantidad demasiado exorbitante para que Rufo la pagara sin más cargándola en sus gastos ordinarios.

»Rufo se vería obligado a vender una de aquellas propiedades que había hipotecado y eso inevitablemente pondría a su otro acreedor sobre aviso respecto al verdadero estado de sus finanzas. La suma de sus activos aún excede con creces a la de su pasivo, pero si intenta convertir los primeros en dinero, éstos se derrumbarán como un ribazo de barro socavado por un río desbordado. Quizá conseguiría un buen precio por una o dos granjas en Picenum, pero si media localidad saliese al mercado de golpe las mejores fincas se venderían por una bicoca.

»Normalmente, un hombre en tales estrecheces recurriría a sus amigos ricos, pero el emperador está ausente de Roma, al igual que su número dos, Marco Agripa. Rufo no tiene a quién acudir, por lo que no está en condiciones de saldar su deuda conmigo sin ponerse en evidencia, y yo acabo de prevenirle de que las consecuencias de no pagar serían aún peores. Si llevo a Rufo a juicio, él no sólo quedará al descubierto ante sus acreedores sino que además se convertirá en el hazmerreír del momento».

Hermógenes se agarró con fuerza a las varas del palanquín y se mordió el labio. ¿Era acertado su análisis? La única prueba de que disponía era la extraordinaria renuencia de Rufo a pagar. Los colegas de Crispo no habían oído ningún rumor acerca de la insolvencia de las finanzas consulares.

Aquello no significaba nada. Los amigos de Crispo no tenían por qué enterarse de tales cosas. Rufo no habría solicitado el préstamo a banqueros comerciales o financieros de clase media sino a un miembro de su propio círculo, el de los fabulosamente acaudalados amigos íntimos del emperador Augusto. Hombres como Mecenas o Vedio Polión, que habían amasado fortunas dignas de reyes, tenían muy poco que decir a hombres como Fiducio Crispo.

Si su hipótesis resultaba correcta, ¿cuál era el camino que más le convenía seguir a Tario Rufo?

Aquella pregunta se convirtió repentinamente en la más acuciante del mundo, porque Rufo podía muy bien ordenar a sus hombres: «Conseguid los papeles del alejandrino y matadlo antes de que se le presente la ocasión de descubrirme», y si Hermógenes quería sobrevivir, necesitaba proporcionarle una alternativa.

Levantó la cabeza y contempló la ciudad con la intención de distraerse del pánico que se estaba apoderando de él. Habían descendido del Esquilino mientras le daba vueltas al problema y ahora recorrían con brío una calle principal hacia una pequeña plaza pública donde un acueducto desembocaba en una magnífica fuente. El lento ocaso de junio finalmente había comenzado, y tanto la calle como la plaza estaban desiertas y en penumbra. El final del crepúsculo teñía el agua de rojo sangre. La única figura humana a la vista era una mujer sentada al borde de la fuente. Iba vestida con sencillez, con la túnica entre gris y marrón propia de los esclavos, pero la cabellera que llevaba atada en el cogote era del color del fuego. Algo en el modo en que la luz rojiza incidía sobre ella y en la forma en que contemplaba las profundidades del agua ensangrentada le confería un aspecto sobrenatural que infundía miedo, como si fuese una criatura del averno aguardando la hora de una muerte anunciada. Hermógenes se estremeció y apartó la vista de ella. Se dijo que no era más que una esclava que había ido a buscar agua o, tal vez, dada la hora que era y su soledad, una prostituta esperando clientes. No había razón alguna para sentir aquel horror supersticioso ante ella.

La silla de manos avanzaba a través de la plaza. Los porteadores caminaban muy aprisa ahora, como si también ellos hubiesen percibido algo inquietante en aquella mujer solitaria. La calle principal arrancaba de nuevo al otro lado de la plaza, y Hermógenes divisó otro espacio abierto a pocas manzanas de distancia, unas columnas de edificios públicos pálidas en el anochecer; el foro juliano, sin duda, donde torcerían a la izquierda para enfilar la vía Sacra.

La silla de manos giró a la derecha en cuanto salió de la plaza.

Hermógenes se irguió de repente. Ahora los Rubrio corrían hacia un callejón estrecho, negro en la creciente oscuridad e impregnado de hedor a estiércol.

—¿Qué estáis haciendo? —inquirió.

Por toda respuesta, los porteadores apretaron el paso. La silla pegó una sacudida cuando echaron a correr al trote.

Varias cosas se aclararon y encajaron de golpe, como un paisaje en tinieblas iluminado por un relámpago: el silencio de Gayo Rubrio mientras subían la colina, su desconfianza hacia los prestamistas extranjeros y su lealtad para con los cónsules romanos; Formión se había quedado en la cuadra de Rufo en compañía de los porteadores, farfullando «no me fío de estos bribones»…

—¡Formión! —gritó Hermógenes—. ¡Socorro!

Se agarró a la pértiga izquierda de las andas y se dio impulso.

La silla se ladeó y volcó antes de que él saltase: los Rubrio habían notado sus movimientos y la habían soltado. Hermógenes perdió el equilibrio y aterrizó pesadamente, con lo que se torció el tobillo derecho, y quedó despatarrado sobre la inmundicia del callejón. La silla le cayó encima haciéndole daño. Oyó unos golpes detrás de sí pero no estaba en condiciones de prestarles atención; Gayo Rubrio emergió de las sombras y corrió hacia él, dando grandes voces.

Hermógenes agarró la silla con ambas manos y le asestó al porteador un golpe con todas sus fuerzas. Se oyó un crujido, y el impacto le sacudió los brazos hasta los hombros. Se puso de pie con gran dificultad sin dejar de golpear a ciegas. Notó un dolor lacerante en el tobillo derecho al apoyar su peso en él y trastabilló. Era consciente de los gritos que llegaban del fondo del callejón: sin duda se trataba de los hombres a quienes Gayo había llamado, aquéllos a quienes pretendía entregar su pasajero.

Dejó caer la silla y se dirigió tambaleándose hacia la entrada del callejón. Formión lo asió del brazo y lo ayudó, lo que significaba que Quinto Rubrio era el bulto que yacía en el suelo; ignoraba si había derribado a Gayo o si éste simplemente había abandonado el ataque porque los refuerzos estaban a punto de llegar. Menéstor lo tomó del otro brazo y entre los dos se las arreglaron para llevarlo renqueando hasta la plaza.

Ésta continuaba vacía salvo por la mujer solitaria. No quedaban tiendas abiertas: todas tenían los postigos cerrados. Hermógenes pestañeó con lágrimas de dolor en los ojos, buscando frenéticamente una vía de escape. No podía correr, iba desarmado y desde atrás le llegaba el ruido de hombres corriendo: eran varios. De un tirón liberó el brazo que le sujetaba Menéstor.

—¡Corre! —ordenó al muchacho propinándole un empujón—. ¡Pide ayuda!

—¡No pienso abandonarte! —gimió Menéstor e intentó cogerle el brazo de nuevo.

—¡Corre! —bramó Hermógenes, furioso. Ya casi era demasiado tarde: sus perseguidores prácticamente les habían dado alcance. Miró nuevamente alrededor y vio a la mujer observándolos, al parecer sin temor.

—¡Socorro! —clamó—. ¡Asaltantes! ¡Asesinos! —Al no obtener respuesta, se detuvo en seco y volvió a gritar, obligándose a hacerlo en latín esta vez—. ¡Socorro! ¡Te lo ruego, pide ayuda! ¡Diles que pagaré cien denarios a quien venga ahora mismo a ayudarme! Formión lo soltó y se volvió para enfrentarse con sus perseguidores. Hermógenes dio un traspié y giró a su vez, cayendo sobre una rodilla y mirando desesperadamente en torno a sí en busca de una rama, un adoquín suelto, cualquier cosa que le sirviese de arma.

Había cuatro hombres, todos vestidos con sencillez, empuñando sendos cuchillos. Al percatarse de que no podía correr aminoraron el paso, atentos a Formión, que les plantaba cara en postura de boxeo, con las rodillas flexionadas y los puños en alto.

—Apártate —le advirtió uno de ellos—. Sólo queremos a tu amo.

Aunque Formión hubiese entendido el latín no se habría apartado: era un luchador nato. Profirió una obscenidad en griego barriobajero, apoyándose alternadamente en un pie y en el otro mientras aguardaba ansioso su ataque.

Hermógenes no encontró más arma que un puñado de estiércol. Lo arrojó al rostro del primer hombre que se abalanzó sobre ellos.

Cegado, éste erró el blanco, y el cuchillo que había apuntado al pecho del guardaespaldas ni siquiera lo rozó. Formión le estrelló el puño en la mandíbula produciendo un resonante chasquido y el agresor salió despedido hacia atrás y cayó al suelo. Sólo fue un triunfo momentáneo, no obstante: el segundo agresor se hallaba muy cerca, y su cuchillo alcanzó a Formión en el costado. El esclavo emitió un alarido y arremetió como un loco contra su atacante; el cuchillo salió y volvió a entrar, y Formión se desplomó en el adoquinado.

Hermógenes le dio otro empellón a Menéstor.

—¡Corre! —lo apremió con desesperación; pero el cabecilla estaba gritando:

—¡Capturad vivo al chico también!

Hermógenes vio con espanto que había envainado el cuchillo. No tenían la intención de matar a su víctima hasta haberla forzado a confesar mediante tortura dónde había guardado los documentos y, si él no se lo revelaba, Menéstor lo haría.

El muchacho ni siquiera intentó correr; les lanzó excrementos, siguiendo el ejemplo de su amo, y luego embistió chillando al cabecilla cuando éste cargo contra ellos. El agresor se lo sacudió de encima de un manotazo. Hermógenes intentó esquivar la arremetida pero su tobillo cedió y se encontró de nuevo tumbado en el suelo con el otro hombre encima de él. Un puñetazo en la oreja lo dejó casi sin sentido, y acto seguido una mano forzuda le asió la muñeca y le retorció el brazo a la espalda. Intentó zafarse y aulló cuando le tiraron salvajemente del brazo hacia arriba. Sonaron más golpes sordos contra sus costillas.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó una voz de mujer.

Hermógenes torció el cuello y descubrió que la mujer pelirroja, en vez de ir en busca de ayuda tal como le había suplicado, se había aproximado y contemplaba la escena con toda calma. Desesperado, cayó en la cuenta de que había pedido auxilio a la loca del barrio.

—¡Lárgate, bruja! —le espetó uno de los agresores, que sostenía un cuchillo contra el cuello de Menéstor. El tercer hombre estaba ayudando al cuarto, quien, derribado por Formión, yacía boca arriba en el suelo, gimiendo de dolor.

La mujer miró de hito en hito a Hermógenes.

—Cien denarios —dijo. Caminó tranquilamente hasta el tercer atacante que estaba en cuclillas atendiendo a su compañero herido y le arreó una patada.

No había nada de racional o contenido en aquel puntapié: la mujer pivotó sobre un talón y concentró todo el peso de su cuerpo y todas sus fuerzas en el pie contrario, que inclinó hacia dentro y arriba antes de estamparlo de lleno entre las piernas del hombre, que las había separado ligeramente al agacharse junto a su amigo. La fuerza de la patada lo elevó un palmo del suelo y lo lanzó de bruces contra los adoquines, chillando. En ningún momento cupo preguntarse si se levantaría para devolver el golpe: estaba transido de dolor y probablemente lisiado para toda la vida. Con toda serenidad, casi pausadamente, la mujer se encorvó y recogió del suelo el cuchillo del cuarto hombre. Con el mismo aire despreocupado se volvió hacia el que sujetaba a Menéstor.

El hombre vaciló, dudando si soltar al muchacho para enfrentarse a aquel monstruo inaudito. La mujer no titubeó en absoluto: hundió el cuchillo en el costado del hombre, lo retorció y lo sacó. Las piernas del agresor ya le flaqueaban cuando la mujer se encaró al cuarto atacante.

Éste empujó a Hermógenes boca abajo contra el suelo y se puso en pie de un salto. Se produjo una refriega, se oyó un entrechocar metálico y luego silencio.

Hermógenes alzó la cabeza y la sacudió. La mujer estaba limpiando su cuchillo con la toga del cuarto asaltante. El hombre a quien había propinado el puntapié, acurrucado con las manos en la entrepierna, se convulsionaba con espantosos y débiles sollozos. El hombre que Formión había derribado seguía gimiendo, semiinconsciente.

—Me debes cien denarios —dijo la mujer a Hermógenes.

—Es una diosa —musitó Menéstor con un respeto reverencial—. Es Palas Atenea.

Hermógenes no creía en diosas que daban patadas en las pelotas a cambio de cien denarios. Se levantó con dificultad y se dirigió cojeando hasta donde yacía Formión. Había oscurecido demasiado para ver la cara del esclavo con claridad, pero sus dedos no hallaron rastro de aliento ni pulso. Inclinó la cabeza.

—¿Qué ha pasado con los porteadores, hombre rico? —inquirió la mujer,

acercándose para echar una ojeada a su vez. Hablaba latín con un marcado acento que Hermógenes no identificó—. ¿O es que estaban conchabados?

—Lo estaban —contestó Hermógenes, atontado—. No lo sé. Formión dejó fuera de combate a uno de ellos, el otro… no lo sé. —Pugnó por recuperarse y poner sus ideas en orden—. Intentaban llevarme por allí. —Señaló hacia la boca negra del callejón—. Creo que querían interrogarme. Tal vez haya alguno más escondido por ahí. Debemos marcharnos. —Se irguió con una mueca de sufrimiento—. ¡Menéstor!

El muchacho se le aproximó tambaleándose y se agarró a él como un niño asustado. Hermógenes lo zarandeó para que reaccionara.

—Tenemos que irnos —lo acució en griego.

—¡Te dije que nos mataría! —exclamó Menéstor con voz temblorosa—. ¡Oh, Isis, han matado a Formión!

—¡Mandaremos a alguien a buscar el cuerpo de Formión por la mañana! —dijo Hermógenes bruscamente—. Ahora debemos irnos. —Se agarró al hombro del muchacho para mantener el equilibrio y entonces miró a la mujer.

Ella lo observaba con el cuchillo al cinto. A Hermógenes le pareció la persona más aterradora que había visto en su vida, pero lo había salvado.

—Te debo cien denarios —le aseguró—. Te pagaré en casa de mi amigo Tito Fiducio, en la vía Tusculana, y añadiré otros cincuenta denarios si ahora me acompañas hasta allí.

La mujer dio un gruñido.

—De acuerdo. Es más rápido ir por ahí.

Apuntó con el dedo a una bocacalle estrecha que discurría a la izquierda de la plaza. Estaba tan oscura como el callejón al que lo habían llevado los Rubrio. Hermógenes sintió un escalofrío.

—¿Estaremos seguros?

La mujer sonrió y sus dientes relucieron en la penumbra.

—Lo estaréis si venís conmigo.

La caminata de regreso a casa de Crispo parecía interminable. Hermógenes avanzaba a trompicones obstinadamente con un brazo en torno a los hombros de Menéstor, sosteniéndose en el muchacho y apretando los dientes cada vez que su peso recaía en el tobillo derecho. Las estrechas callejuelas tenían el firme irregular, a menudo sin pavimentar, salpicado de baches y con basura desparramada por doquier, de modo que tropezaban cada dos por tres. Hermógenes aguzó el oído, atento a posibles ruidos de pisadas que les fueran a la zaga, pero las únicas que percibía eran las de la mujer, que caminaba con paso firme y constante.

—¿Quiénes eran? —preguntó ella de improviso, después del primer cruce—. Porque ladrones seguro que no.

Hermógenes soltó una carcajada lastimera.

—Los ha mandado un hombre que me debe dinero.

—Ajá. ¿Y por qué quieren interrogarte?

Como Hermógenes no contestó, la mujer insistió.

—Has dicho que querían interrogarte. He visto que les interesaba atraparte con vida. Quiero saber a quién he matado, hombre rico.

—Me llamo Hermógenes.

—¿Y eso qué es? ¿Un nombre griego?

—Sí. Esos hombres… Poseo ciertos documentos que demuestran mi derecho a cobrar una deuda. Querían saber dónde los he escondido. Una vez que lo hubiesen sabido, me habrían matado.

—¿Eres prestamista, entonces? —Pareció decepcionada—. ¿Todo esto por un asunto de dinero?

—Sí. Mi tío fue lo bastante tonto para prestar más de lo que se podía permitir. —No lo había planteado así hasta entonces, pero de pronto lo dominó la rabia contra Nicómaco—. ¡Cometió la estupidez de entregarle al bárbaro casi la totalidad de su activo, la totalidad! ¡Yo jamás habría hecho algo así, por mucho que me hubiesen amenazado!

—¿A qué bárbaro te refieres? —preguntó la mujer con desconfianza.

Justo en ese momento Hermógenes resbaló al pisar algo viscoso y maloliente, y tuvo que apoyar todo su peso sobre el pie derecho. Soltó un grito ahogado y se agarró a Menéstor mientras esperaba a que el dolor remitiese. El cuerpo del muchacho estaba caliente y húmedo de sudor, y su amo notó que lo recorrían temblores aunque, no habría sabido decir si eran de Menéstor o de sí mismo.

—¿Qué le ocurre a tu pie? —inquirió la mujer.

—Me he torcido el tobillo al saltar de la silla —respondió Hermógenes, y siguió cojeando penosamente.

—Ajá —dijo la mujer, siguiéndolo—. ¿Falta mucho para llegar a la casa de tu amigo?

Hermógenes volvió a reír entre sollozos.

—¡Pensaba que conocías el camino!

De hecho, después de la manzana siguiente fueron a dar a la vía Tusculana, situada a sólo dos manzanas de la casa de Crispo: al dirigir la vista calle arriba tratando de orientarse, vislumbró unas antorchas encendidas en los soportes de hierro con forma de delfín; eran las únicas luces en aquel tramo de *insulae* cuyas fachadas sombrías y con los postigos cerrados flanqueaban la calle. Echó a renquear con afán hacia aquellas balizas.

—¿Ésa es tu casa? —preguntó la mujer admirativamente—. ¿Ésa tan grande?

—La casa de mi amigo —la corrigió Hermógenes—. Soy su huésped.

—¿También le prestas dinero?

—¡No! —gritó trastornado—. Es un hombre de negocios. Tenemos algunas inversiones en los mismos sindicatos navieros.

La mujer no dio muestras de impresionarse.

—Ajá —respondió otra vez.

Hermógenes por fin llegó bamboleándose ante la puerta y llamó como si los agresores estuvieran corriendo calle arriba detrás de él.

La ventana de la portería giró sobre sus goznes, y Kyon asomó la cabeza. Su rostro desfigurado se arrugó, con una expresión indescifrable debido a las quemaduras, y acto seguido la puerta se abrió.

—¡Oh, señor! —exclamó Kyon en un tono que casi sonaba a reproche—. ¡Oh, señor, pero mira cómo estás! ¡El amo se quedará horrorizado!

Hermógenes no supo qué contestar a aquel comentario. Pasó tambaleándose al interior de la casa, deseoso de dejar la oscura noche atrás. Kyon le franqueó la entrada y luego impidió el paso a la mujer.

—¡Vuestro huésped me debe ciento cincuenta denarios! —anunció ella, irguiéndose

desafiante.

—Le debo la vida —le explicó Hermógenes al portero—. Déjala entrar, por favor.

Kyon se hizo a un lado para que ella entrase. Luego cerró la puerta y echó el cerrojo.

Tito Fiducio Crispo llegó a toda prisa a través del atrio, alertado por el ruido, y emitió un chillido de consternación.

—¡Mi querido amigo! ¡Por todos los dioses! ¿Qué te han hecho?

—Deja que me siente —le rogó Hermógenes.

—Por supuesto, por supuesto. ¡Esténtor! Trae vino. ¡Por Júpiter, pero fíjate en qué estado vienes!

Hermógenes se vio llevado en volandas hasta el comedor y depositado sobre un triclinio tapizado de piel roja. Al sentarse advirtió que su tobillo estaba muy hinchado y la pierna manchada de la sangre que le manaba de un rasguño en la rodilla que ni siquiera había notado. Tenía todo el cuerpo sucio y magullado; el hombro le dolía atrozmente en el punto donde se lo habían torcido y también su frente estaba ensangrentada. Se palpó el rostro y descubrió que la sutura de la mejilla se había desgarrado y que le sangraba la nariz. Varios miembros de la servidumbre se agolparon alrededor de él, prorrumpiendo en exclamaciones de espanto. Se percató de que la mujer pelirroja, que permanecía de pie y en silencio en un rincón de la habitación, lo vigilaba como si sospechara que no pensaba pagarle. A la brillante luz de las lámparas vio que tenía unos treinta años, la nariz torcida, algo semejante a una herida de espada en una mejilla y fríos ojos azules. Presentaba en los antebrazos numerosos cortes de cuchillo entrecruzados, y su extrema delgadez le confería un aspecto demacrado. Su túnica estaba sucia, raída y recosida, y sus recias sandalias de piel habían sido remendadas repetidamente. Ya no guardaba semejanza alguna con una diosa o una criatura del averno.

Jacinto llegó apresurado y le puso una copa de vino en las manos.

—Ofrécele también a Menéstor, por favor —le pidió Hermógenes—. Y a esa mujer de allí, cuyo nombre desconozco pero que me ha salvado la vida.

—¿Dónde está Formión? —quiso saber Jacinto, inquieto.

Al oír aquel nombre, Menéstor rompió a llorar. Jacinto de pronto pareció también al borde del llanto. A Hermógenes le vino a la memoria la imagen de Formión jugando a la pelota con el chico hacía apenas unos días, recordó la sonrisa pícara del guardaespaldas al marcar otro tanto y la fuerza y el vigor con que corría y esquivaba. Resultaba increíble que estuviera muerto. Aún seguiría con vida de no haber sido por su amo.

—Muerto —admitió Hermógenes apenado—. Ha intentado protegerme y lo han

matado.

—¿Rufo ha intentado matarte? —se escandalizó Tito—. ¿En su propia casa?

—Ha sido durante el camino de vuelta —precisó Hermógenes. Tomó un sorbo de vino—. Creo que sus hombres contaron alguna mentira a los porteadores para convencerlos de que me traicionaran. Dudo que fuera sólo por dinero. Trataron de llevarme a un callejón donde había unos hombres aguardando. Habría parecido obra de unos ladrones. Tito, me da la impresión de que no tiene el dinero. Sospecho que lo gastó todo en la adquisición de sus tierras y que luego pidió un préstamo a algún personaje importante para reformar las fincas, de modo que, si intenta pagarme, ese otro acreedor adivinará en qué situación se encuentra. Y eso lo asusta. Pretende matarme para evitar que lo ponga en evidencia. —Apuró la copa de vino.

—¿No ha firmado? —dijo Tito perplejo.

—No. Su verdadero propósito al convocar esta reunión ha sido tenderme una emboscada en el camino de regreso. Lo siento, Tito. Lo último que quería era involucrarte en un asunto como éste. —Se pasó distraídamente una mano mugrienta por el pelo—. Creo que mi mejor opción consiste en averiguar quién es el otro acreedor, llegar a un acuerdo para consolidar la deuda y luego marcharme. Mientras me encargo de ello… me alojaré en una posada, naturalmente. —Le costó lo suyo pronunciar estas palabras: la idea de abandonar aquel refugio lleno de luz y simpatía para salir a las calles oscuras y sucias se le antojaba casi insoportable. Sin embargo, había sabido desde un principio que Tito no lo respaldaría contra un cónsul. Incluso entendía que no lo hiciera: Tito residía en Roma y tendría que seguir viviendo allí cuando Hermógenes regresara a la lejana Alejandría.

—¿Cómo te atreves a sugerirlo siquiera? —lo reprendió Tito—. ¡Mírate! Apenas puedes caminar: ¿cómo quieres que te eche de mi casa? ¡Un cónsul romano, y le hace algo así a un ciudadano respetable…! ¡Un deudor, y se lo hace a su acreedor!

—¡Has dicho que el hombre que te debía dinero era un bárbaro! —interrumpió la mujer.

Tito le lanzó una mirada preguntándose quién era y qué hacía en su casa.

—En sentido figurado —explicó Hermógenes con tristeza—. En sentido literal, no obstante, es un cónsul. El general Lucio Tario Rufo. —Allí podía permitirse el lujo de decirlo: en la calle le había dado demasiado miedo.

Curiosamente, la mujer se mostró más complacida que alarmada. Sonrió de oreja a oreja mostrando sus desiguales dientes blancos.

—¡Te has echado un buen enemigo, griego!

—No ha sido elección mía; y mi nombres es Hermógenes, no griego. No sé cómo te llamas tú.

La sonrisa se desvaneció.

—Cántabra.

Roma había librado una guerra menor, o una serie de guerras, contra una tribu de bárbaros que habitaba en las agrestes montañas de Iberia… Sí, eran conocidos como cántabros, y se les atribuía una naturaleza salvaje y belicosa, descripción que desde luego encajaba con la mujer.

—Eso es un gentilicio, no un nombre —repuso Hermógenes gentilmente—. Igual que «griego».

—A lo mejor lo uso porque me gusta —replicó la mujer cántabra—. Me debes ciento cincuenta denarios.

—Y te los pagaré con gusto. Tito, esta mujer, Cántabra, ha venido a socorrerme cuando me han atacado. De no haber sido por ella, ahora estaría muerto.

«De no haber sido por ella —reconoció en su fuero interno—, ahora estaría en el fondo de aquel callejón, y no precisamente muerto, al menos por un rato». Querían saber dónde había guardado los documentos y no lo habrían matado hasta que él lo hubiese confesado. Probablemente no habría sido rápido ni fácil doblegar su voluntad, pero tarde o temprano lo habrían conseguido.

—En ese caso, eres muy bienvenida en mi casa —aseveró Tito, aunque con expresión recelosa.

Por primera vez la bárbara demostró cierta inseguridad. Bajó la vista, alisó su raída túnica y se ajustó el cuchillo. Luego alzó de nuevo la cabeza.

—¿Podría comer algo, entonces? —preguntó con voz súbitamente ronca y vacilante —. ¿Y pasar la noche aquí? Es tarde para encontrar un sitio donde dormir.

—Puedes hacer ambas cosas sin ningún problema —le contestó Tito con fría formalidad—. ¡Esténtor! Encárgate de que a esta… persona… no le falte de nada.

—¡Antes quiero mi dinero! —insistió Cántabra de inmediato dirigiendo una mirada precavida a Hermógenes. Saltaba a la vista que daba por hecho que intentaría engañarla.

—¡Por supuesto! —asintió él—. Ahora mismo lo saco de mi caja fuerte. Menéstor, échame una mano.

Menéstor se acercó y lo ayudó a ponerse de pie, y, con el apoyo del muchacho, Hermógenes fue renqueando lentamente desde el comedor y por la galería del patio hasta las Habitaciones del Nilo, seguido de cerca por Tito y la bárbara a quienes a su vez seguía buena parte del personal de la casa.

Se arrodilló junto al arcón, con los ojos de todos los presentes puestos en él, levantó la tapa, sacó la caja fuerte, la abrió y contó ciento cincuenta denarios. Era casi todo lo que le quedaba en monedas pero le dolían prendas en absoluto.

—¿Tienes donde meter esto? —preguntó a la mujer.

La bárbara se quedó sin habla al ver que iba a entregarle lo que le había prometido y se había ganado. Palpó la tira de piel que llevaba enrollada al cinturón, en la que apenas cabían unas pocas monedas pequeñas. Hermógenes negó con la cabeza. Hurgó en el arcón, encontró un estuche de plumas de repuesto y vació su contenido. Colocó las monedas dentro y se lo tendió a la bárbara.

—Toma esto, pues, y gracias —le dijo con formalidad: se imponían unas palabras de reconocimiento—. Tu coraje y determinación me han salvado de una muerte atroz e ignominiosa. Te quedo profundamente agradecido y rezo para que los dioses te sean propicios.

Cántabra se sonrojó, lo que se notaba mucho debido a la palidez de su piel, y agachó la cabeza. Farfullando algo incomprensible, retrocedió hasta salir de la habitación. Esténtor le hizo una seña y la condujo al interior de la casa.

Hermógenes permaneció donde estaba, arrodillado junto al arcón. Le faltaban fuerzas para moverse.

—¡Mi buen amigo! —Tito acudió para darle un afectuoso apretón en el hombro—. ¿Quieres que avise a mi médico otra vez?

Hermógenes negó cansinamente con la cabeza.

—No envíes a nadie a la calle esta noche. Puedo esperar a mañana. Tito, lo de irme a una posada lo he dicho en serio. Esta noche, sin embargo, confieso que me alegraría quedarme aquí y además dudo mucho que Rufo haga nada hasta que despunte el día, pero mañana…

—¡Ni hablar, faltaría más! —interrumpió Tito afligido—. Dispondré que los esclavos te traigan agua para que puedas lavarte aquí, ¿te parece? —Se volvió hacia Menéstor, que tiritaba, apoyado contra la pared—. ¡Y para ti también, hijo mío! Has permanecido lealmente junto a tu amo durante todo ese horror, ¿verdad, chico?

Menéstor, amohinado, se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Mi amo me ha ordenado que fuera corriendo a buscar ayuda —susurró— pero no he sido capaz. Tenía mucho miedo. Me habría perdido yendo solo por ahí y ni siquiera hablo latín. No he sido capaz.

—Eres un muchacho muy valiente —le aseguró Tito, admirado.

—No, no lo soy —musitó Menéstor—. He pasado mucho miedo. Han matado a Formión. Uno de ellos me ha puesto un cuchillo en el cuello, y no me he atrevido a moverme. Habían inmovilizado a mi amo en el suelo y estaban pegándole y torciéndole el brazo, y él gritaba pero yo no he tenido agallas para moverme. Estaba convencido de que íbamos a morir. —De nuevo se deshizo en llanto—. Me he orinado encima del susto. ¡Por Heracles! ¡Soy un cobarde!

—¡Hijo mío…! —protestó Tito con impotencia.

—Te has portado muy bien —afirmó Hermógenes, sintiéndose igual de impotente—. Cálmate. No eres un cobarde. Has intentado pelear contra ellos. Te has quedado a mi lado y me he apoyado en ti durante todo el camino de regreso. Te has conducido con valentía y lealtad, Menéstor, y yo te lo agradezco.

—Voy a pedir que preparen el agua —dijo Tito entre dientes y se escabulló.

Era indescriptiblemente maravilloso estar limpio, tendido en la cama, en un dormitorio de una casa donde reinaban la paz y la tranquilidad, a salvo de la violencia de las calles. Hermógenes se sumió en un sueño profundo casi al instante.

Se despertó en la oscuridad, con el tobillo y el rostro doloridos, convencido de que alguien estaba entrando sigilosamente en el cuarto con un cuchillo. Se incorporó de repente en la cama y aguzó el oído.

No percibió otro sonido que el del viento que sacudía los postigos, el traqueteo sordo de una carreta en la calle y la respiración regular de Menéstor en el camastro de la sala. Hermógenes volvió a tenderse, con la mirada perdida en la oscuridad.

Habría decisiones y medidas que tomar cuando llegara el día. Debía denunciar el ataque a un magistrado; reclamar el cuerpo de Formión y organizar su funeral. De repente tuvo claro que quería que un sacerdote de Mercurio e Isis oficiara el rito. Deseaba que lavasen a Formión con agua del Nilo y lo enviasen a los dioses tal como se habría hecho en su patria.

Aunque antes había que decidir algo más importante aún: ¿qué posición adoptar frente al cónsul y su deuda?

En su opinión tenía tres alternativas. En primer lugar, podría capitular: remitir al cónsul los documentos junto con una carta en la que declarase que condonaba la deuda y se marchaba a casa, y esperar que eso bastara para persuadirlo a dejarlo en paz. Quizá fuese la opción más razonable; sin duda era la que su desdichado esclavo quería que eligiera. De haberlo hecho antes, Formión estaría vivo y él sano y salvo de regreso a su hogar, pero de nada servía contemplar esa vía puesto que ya sabía que no iba a seguirla. Mucho menos ahora que Formión había muerto y él se había librado por un pelo de ser asesinado en la calle. Rufo iba a pagar hasta el último sestercio de su deuda.

En segundo lugar, podía cumplir su amenaza e intentar apelar a los enemigos políticos de Rufo: escribir a Escipión y conseguir su protección mientras llevaba al cónsul a juicio. Si bien era cierto que había asegurado a Tito que sólo llegaría a ese extremo para defender su propia vida, también lo era que ya se encontraba en tal

situación.

Sin embargo, continuaba pensando que dicha opción entrañaba riesgos incalculables. Apenas conocía el funcionamiento de la política romana pero sabía que se trataba de un mundo hermético y violento. No había motivo para suponer que Escipión lo respetaría más que Rufo: de hecho, sospechaba que un aristócrata romano vería a un prestamista alejandrino como un arma despreciable de usar y tirar. Y también había que pensar en el gran ausente del Palatino. Rufo era amigo del emperador, mientras que Escipión, aunque rico y privilegiado, no era más que un mero conocido. Recurrir a Escipión para sacarle dinero a Rufo seguramente se revelaría como un craso error.

Esto lo dejaba con una tercera y única opción, la que en el fondo sabía que ya había elegido: averiguar la identidad de los demás acreedores de Rufo, en caso de que realmente existiesen, y llegar a un acuerdo con uno de ellos para que comprara la deuda. No tenía inconveniente en vendérsela a un tercero si con ello se garantizaba que la deuda se cobraría y que él percibiría al menos una parte de la misma, y, sobre todo, si el arreglo redundaba en la ruina económica de Lucio Tario Rufo. Una vez transferida la deuda, a Rufo no le quedarían motivos para matar a Hermógenes salvo el ansia de venganza, que por real que fuera, probablemente no figuraría entre las prioridades del cónsul mientras intentaba mantenerse a flote en plena zozobra financiera.

La mayor dificultad que conllevaba la tercera opción era que el cónsul deseaba acabar con él. Tendría que arreglárselas para seguir vivo mientras localizaba a otro acreedor y lo convencía de que comprara otro pedazo de Lucio Tario Rufo.

Abrió los postigos en cuanto los primeros rayos grises del alba se colaron entre ellos y se examinó el tobillo. Aún estaba hinchado, pero podía moverlo en todas las direcciones, de modo que concluyó que no había sufrido una fractura sino un esguince. No estaba muy seguro de querer ver de nuevo el aspecto que presentaba su rostro, pero al menos las magulladuras no le impedirían moverse.

Se levantó, se apoyó en el pie izquierdo y miró con desaliento la larga distancia de ocho o nueve pasos que mediaba entre la alcoba y el escritorio de la sala. Descubrió que lo último que deseaba era apoyar el pie derecho en el suelo.

Se puso a cuatro patas y entró gateando en la sala. Se había acostado desnudo después de bañarse y de pronto se figuró la ridícula estampa que debía de ofrecer: el respetable financiero alejandrino Marco Elio Hermógenes, tan apaleado y magullado como un boxeador, arrastrándose en cueros a través de la absurda decoración de las Habitaciones del Nilo. Tuvo que hacer una pausa para sofocar la risa.

Menéstor aún dormía. Procurando no despertarlo, Hermógenes se incorporó y se sentó en la silla. Una carta dirigida a Tario Rufo, eso era lo que necesitaba, una misiva

lo bastante persuasiva para que el cónsul lo dejara en paz durante unos diez días por lo menos.

¿Convenía fingir que el ataque lo había aterrado tanto que iba a perdonar la deuda y largarse de Roma? ¿Se lo creerían después de todos sus juramentos y su rebeldía?

Quizá sí. Tal vez se dirían: «¡Sabía que el egipcio se rendiría si lo poníamos contra las cuerdas! En el fondo todos los egipcios son unos cobardes». Aun así querrían apoderarse de los documentos y él no deseaba interpretar el papel de cobarde.

Sacó una hoja de papiro, reflexionó un rato más y al cabo tomó la pluma y escribió:

M. ELIO HERMÓGENES A L. TARIO RUFO, CÓNSUL,
Y A SU LIBERTO TARIO MACEDO

Probablemente ya estés enterado de lo ocurrido anoche cerca del foro juliano y sepas que fue un atentado fallido. He considerado la posibilidad de acudir directamente a Escipión, pero el carácter desesperado de la intentona me ha convencido de que no estás en condiciones de pagar tu deuda. Sospecho que tus tierras están tan gravadas que si trataras de venderlas correrías el riesgo de acarrear sobre ti una catástrofe financiera. Si esto ocurriera, me vería relegado a un segundo plano por tus demás acreedores romanos y tampoco obtendría nada.

En vista del estado de cosas, me parece que debo avenirme a condonar la deuda y regresar a mi patria con las manos vacías. Estoy convencido, no obstante, de que no aceptarás que emprenda tales acciones salvo si te entrego los documentos que demuestran tu mora. Esto es difícil puesto que tu conducta hacia mí hasta la fecha me ha llevado a temer que en cuanto esos documentos obren en tu poder, tú ordenes mi muerte.

Por consiguiente, propongo el siguiente acuerdo: te enviaré los documentos una vez que haya partido de Roma. Entonces serás libre de destruirlos, si lo deseas, sin que tus enemigos se enteren de este engorroso asunto. No obstante, si haces algo contra mi persona antes, recurriré a Escipión y sus amigos. Te recuerdo, además, que existe una carta que he dejado en buenas manos con instrucciones de que la envíen a Escipión en caso de que yo muera y, repito, ni está en casa de mi amigo ni él sabe nada acerca de su existencia, de modo que no la encontrarás amenazándolo. La recuperaré antes de marcharme de Roma y, si llego a Alejandría sano y salvo, te la remitiré con los documentos que tanto deseas. Abrigo la intención de irme en cuanto me haya recobrado de los acontecimientos de anoche. Me rompí un tobillo y no estoy en condiciones de aguantar los rigores del viaje, aunque espero poder partir en cuestión de diez días.

Confío en que estimes aceptable esta propuesta. Como prueba de mi buena voluntad, denunciaré los hechos de anoche como una tentativa de robo sin culparte a ti

ni mencionar tu deuda.

Ruego a los dioses que te concedan todo lo que mereces.

Releyó la carta con ojos críticos. ¿Se le había ido un poco la mano en aquella frase final?

Seguramente, pero también le causaba satisfacción. Decidió que en general el tono y el contenido de la carta eran los adecuados. Había suficiente verdad en ella como para que resultara convincente, y con un poco de suerte Rufo y su hombre creerían que iban a conseguir lo que querían: que pasara los próximos diez días confinado en casa de su amigo curándose el tobillo roto y que les mandase los documentos cuando se marchara de Roma. No querrían correr el riesgo de atentar de nuevo contra él y provocar que acudiera a Escipión salvo si la arrogancia los había enloquecido, y, desde luego, dudaba que hubiesen perdido el juicio.

No obstante, era harto probable que pusieran la casa bajo vigilancia para asegurarse de que no fuese a entrevistarse con Escipión o con otro de los enemigos de Rufo. Tendría que discurrir el modo de burlarla.

Enrolló y selló la carta, luego se acercó a la pata coja hasta el baúl, lo abrió y extrajo ropa limpia. Menéstor todavía estaba dormido, así que se vistió sin hacer ruido y, tras gatear silenciosamente hasta la puerta, decidió que otra cosa que haría aquella mañana sería conseguir una muleta de alguna clase.

Era muy temprano y nadie había salido aún a barrer el patio, pero un esclavo, cuyo nombre según recordaba Hermógenes era Gallo, estaba regando las plantas del jardín. El alejandrino lo saludó y le preguntó por Esténtor. El esclavo se alejó corriendo. Cuando regresó acompañado del mayordomo, Hermógenes había conseguido gatear sin ser visto hasta la fuente que había en medio del patio y sumergir el tobillo hinchado en el agua fría.

—¡Señor! —susurró Esténtor, vacilante—. ¿No deberías estar en cama?

—Tengo una carta que hay que enviar con urgencia —le dijo Hermógenes—. Espero que nos evite más molestias, Esténtor. Quiero impedir a toda costa que mis problemas salpiquen esta casa, así que agradecería que mandases a alguien a llevarla a su destino cuanto antes.

Esténtor se mostró incómodo.

—Eso está… Me alegra oír eso, señor. Despacharé a alguien con tu carta de inmediato.

Hermógenes le alargó la misiva y le aconsejó que indicase al mensajero que cuando la entregara a los guardias que custodiaban la verja del cónsul les comunicase que era urgente y debía entregarse en mano al cónsul o a su liberto. El mayordomo asintió con

la cabeza y se fue a organizar el envío dejando a Hermógenes donde estaba, con el tobillo en remojo. La carpa del estanque vino a mordisquearle los pies produciéndole un agradable cosquilleo. La paz matutina parecía a un tiempo algo artificial e inefablemente dulce.

Poco a poco la casa fue despertando. El olor a carbón vegetal llegaba desde los hogares donde se calentaba agua y se cocía pan mezclado con las voces de los esclavos que entablaban su lucha cotidiana contra la suciedad. En cierto momento apareció Jacinto, que venía de parte de Tito para interesarse por la salud de su huésped. Hermógenes le aseguró al chico que se encontraba bien.

—Dile a tu amo que ya he enviado una carta a Rufo que espero que nos ahorre más problemas —añadió.

Para su sorpresa, el chico reaccionó con acusada frustración.

—¿Vas a rendirte, señor? —exclamó indignado.

Hermógenes se preguntó hasta qué punto el personal de la casa estaba al corriente de lo que ocurría. Lo más probable era que lo supieran todo: él y Tito habían tratado el tema sin tapujos por lo menos delante de jacinto, y los esclavos hablaban entre sí. Sin duda el hecho de que el invitado alejandrino de su amo volviese a la casa cubierto de sangre en dos ocasiones había suscitado más de un comentario.

—¿Crees que no debería? —preguntó con suavidad.

Jacinto frunció el ceño.

—No me corresponde a mí opinar sobre eso, señor.

Pero estaba claro que eso era lo que pensaba. Y no era de extrañar: había hecho buenas migas con Formión.

—No voy a rendirme —le confió Hermógenes bajando la voz—, pero quiero que Rufo piense que sí. —Tras una pausa agregó—: Es muy probable que mande a su gente a vigilar esta casa e incluso a recoger rumores acerca de mí, de modo que preferiría que oyera que estoy postrado y deprimido por culpa de un tobillo roto.

Al chico se le iluminó el rostro.

—¡Sí, señor! —Sonrió de oreja a oreja—. Ya decía yo que no ibas a rendirte. Diré a los demás que hagan correr la voz por el vecindario de que estás… ¿Qué significa «postrado», señor?

—Tendido.

Jacinto se rió.

—¡Tendido en la cama con un tobillo roto! —Le miró preocupado—. No está roto, ¿verdad, señor?

—Me parece que no. —Sacó el pie del estanque y lo hizo girar con cuidado—. Aunque necesitaré una muleta durante unos días. ¿Puedes decírselo a Esténtor, por

favor?

—Sí, señor. Señor, ¿cómo está Menéstor?

Hermógenes dirigió la vista hacia la puerta de su habitación.

—Todavía duerme. Quedó muy afectado, el pobre.

—Mi amo me ha contado que le pusieron un cuchillo en el cuello.

—Es cierto. Fue muy valiente aunque él piense lo contrario. Intentó pelear. Me sostuve en él durante todo el camino de vuelta.

Jacinto asintió con la cabeza pero aparentemente algo lo intrigaba. Vaciló, rebulléndose inquieto, y finalmente levantó los ojos hacia los de Hermógenes.

—Señor, ¿puedo preguntar una cosa?

—Adelante, pregunta.

—¿Eres…? ¿Es Menéstor tu chico? Quiero decir, como yo lo soy de mi amo.

Hermógenes sostuvo la mirada de aquel rostro tan joven durante largo rato, tratando de explicarse lo que sucedía detrás.

—No —respondió al fin—. Menéstor es mi secretario y mi ayuda de cámara. Nació en mi casa y le profeso un afecto considerable pero nunca he sentido el menor deseo de acostarme con un hombre; de hecho, la idea me repugna. Sospecho que en eso soy igual que tú.

Jacinto se sonrojó.

—Perdona, señor, si he sido un insolente.

—No me ha parecido una pregunta insolente —repuso Hermógenes. Prosiguió lentamente—: Pienso que has estado preguntándote por qué te amargaba tanto tu puesto, cuando tu amo es un hombre amable y tanto tu familia como tus compañeros insisten en que aproveches tu buena suerte. Entiendo que tuvieras curiosidad acerca de Menéstor puesto que él también te insta a ello. Permíteme aclararte que no considero que seas idiota ni desagradecido porque detestes acostarte con tu amo. Lo único que sucede es que por naturaleza no te atraen los hombres y eso es algo que no está en tu mano cambiar. Eros es un dios y nunca se someterá a tu voluntad. Lamento lo que te ha tocado en suerte, chico, y ojalá hubiese alguna manera de ayudarte, pero no se me ocurre qué podría hacer yo.

Jacinto se ruborizó aún más.

—Ojalá fueses tú mi amo —soltó.

—Mas no lo soy —replicó Hermógenes con discreción—. Y tampoco creo que Tito esté dispuesto a venderte. Lo siento.

El chico asintió con la cabeza e inspiró profundamente.

—Gracias de todos modos, señor. —Forzó una sonrisa y se fue a avisar a su amo. Hermógenes lo observó alejarse, preguntándose cuánto coraje había tenido que reunir

el chico y si Tito en realidad se mostraría tan reacio a venderlo. Resultaría útil en extremo contar con un esclavo que hablara latín, aunque eso significaría jugarle una muy mala pasada a Menéstor, sobre todo después de haberle prometido la libertad. Hermógenes se quedó un tanto impresionado de haber sido siquiera capaz de planteárselo.

Cayó en la cuenta de que si lo había hecho era porque estaba vagamente enojado con Menéstor. El muchacho había perdido parte de su estima por haber admitido tácitamente que estaría dispuesto a prostituirse a cambio de su libertad y tal vez de beneficios menos importantes. No había ayudado mucho que durante el ataque se negase a correr en busca de ayuda cuando él se lo ordenó. Y lo peor de todo era que pensaba que su amo debía renunciar a aquella desastrosa obsesión por la deuda y regresar a casa antes de que el cónsul acabara con ellos. La aprobadora admiración de jacinto había constituido un bálsamo tranquilizador para él.

Hermógenes suspiró y removió el agua del estanque con el pie dolorido. Él mismo había obligado a Menéstor a admitir tan degradante verdad, y dado que a todo esclavo se le enseñaba que era prerrogativa de su amo tomar su cuerpo si así lo decidía, ¿acaso era justo culpar a un esclavo por estar dispuesto a beneficiarse de aquella realidad? No tenía derecho a enfadarse por eso, y menos aún porque el muchacho se hubiese quedado a su lado en lugar de huir: juzgándolo con imparcialidad, su gesto había sido valiente, leal e incluso encomiable. El quid de la cuestión era que él mismo había metido a dos miembros de su personal en una situación en la que uno había muerto y el otro se había salvado por poco, y en el fondo de su corazón le constaba que la culpa era suya. Él era el amo: ambos habían confiado en que tomara decisiones acertadas y les había fallado. A esa razón y no a otra, supuso, obedecía su irritación con Menéstor, y si bien no podía alterar lo que sentía, al menos debería ser capaz de reconocer la cruel injusticia que estaba cometiendo y procurar no dejarle entrever su rabia al muchacho.

Jacinto regresó, esta vez con Tito Fiducio.

—¡Mi querido Hermógenes! —gorjeó—. ¡No daba crédito cuando jacinto me ha dicho que ya te habías levantado y estabas enviando cartas! ¿Seguro que te encuentras bien?

—Creo que mejor de lo que sugiere mi aspecto —respondió Hermógenes con aire compungido. Sacó el pie del estanque otra vez y se tambaleó al erguirse de mala gana: debía a su anfitrión la explicación completa de lo que había deducido y de lo que se proponía hacer.

—Ya he mandado avisar al médico —le informó Tito acercándose y tendiéndole el brazo—. Creo que debería echar un vistazo a ese tobillo. Me figuro que también querrás enviar a alguien a denunciar el ataque a los magistrados y reclamar el cuerpo

de tu pobre esclavo.

—Así es, gracias. —Un brazo no iba a ser apoyo suficiente. Hermógenes titubeó por un instante y rodeó los hombros de Crispo con el suyo—. Oye, Tito, en la carta que he enviado decía que…

—Ya hablaremos mientras desayunamos —propuso Tito sonriendo, ayudándolo a apartarse del estanque y atravesar la galería.

Mientras comían pan con miel, Hermógenes refirió a su anfitrión casi todo lo que había puesto en la carta. Éste mandó un mensajero a los ediles del distrito cuarto, los magistrados responsables de la zona donde se había producido el asalto, para denunciar un intento de robo y preguntar por el cuerpo de Formión. El médico llegó cuando el mensajero salía. Hermógenes se recostó en el triclinio donde había desayunado para que le palparan el tobillo y le examinaran el rostro.

Para su alivio, el físico dictaminó que el tobillo en efecto había sufrido un esguince pero no estaba roto. Lo vendó, recomendó reposo y una dieta ligera y le dio un par de puntos en la herida reabierta de la mejilla. Al marcharse iba refunfuñando porque su paciente había rehusado una dosis de eléboro arguyendo que le embotaría la mente.

Hermógenes continuó exponiendo a Crispo todo lo que había deducido acerca de los problemas económicos del cónsul. Tito frunció el ceño y negó con la cabeza varias veces pero no puso objeciones.

—Seguramente no vas errado —fue su reacio comentario final sobre las finanzas consulares.

—¿A quién crees que le habrá pedido el préstamo?

El romano hizo una mueca y se encogió de hombros.

—¿En ese círculo? Las dos posibilidades más obvias son Cayo Mecenas y Publio Vedio Polión; ambos están en el negocio de prestar con interés. Aunque bien pudo ser un préstamo personal. Quizá su acreedor sea el propio emperador.

Hermógenes meditó sobre esta posibilidad.

—No —repuso al fin con firmeza—. Si se tratara de un préstamo personal, sería sin intereses y sin una fecha de vencimiento concreta, sobre todo si se lo hubiese concedido el emperador. Estamos hablando de algo que supone una fuerte carga para Rufo, algo que lo hace temer la bancarrota. Eso significa un crédito mercantil. ¿Crees que Mecenas o Polión estarían dispuestos a presionar tanto a un miembro de su círculo?

Tito se encogió de hombros.

—Ambos son ricos como reyes gracias a sus negocios, así que ten por seguro que saben cuanto hay que saber sobre créditos mercantiles. —Con un deje de nerviosismo agregó—: Polión, a decir de todos, es un hombre temible, inhumano. A Mecenas todo el mundo lo tiene por un perfecto caballero, pero… ya no es tan amigo de Augusto como

lo fuera antaño, así que tal vez Rufo también haya reñido con él.

Hermógenes asintió con la cabeza. Ya había llegado a sus oídos el rumor sobre el distanciamiento entre el emperador Augusto y el otrora jefe de sus finanzas y director de su cuerpo diplomático. Los motivos y el alcance de dicho distanciamiento estaban poco claros: Mecenas había respaldado a Marcelo, sobrino del emperador, contra Marco Agripa para la sucesión, y ésa había sido una mala elección; Augusto había estado acostándose con la esposa de Mecenas, provocando su resentimiento; o, simplemente, Mecenas se había cansado de la política y deseaba dedicar más tiempo a sus negocios y a su excepcional elenco de poetas. Al no haberse producido una ruptura oficial, no cabía esperar aclaración alguna por su parte.

—Augusto también discutió con Polión —susurró Tito, nervioso—. Fue hace un año. ¿Lo sabías?

Hermógenes hizo un gesto de negación, vivamente interesado. Tiempo atrás se había hablado mucho de Publio Vedio Polión en los círculos financieros orientales, pero el interés por su persona había decaído, y hacía un par de años que no circulaban chismes acerca de él. El hombre era hijo de liberto y contratista militar (un especulador militar, aseveraban muchos, aunque siempre en voz baja). El emperador se había servido de él para recaudar dinero durante la guerra y, posteriormente, para poner en orden el sistema tributario en las provincias orientales. Polión se había convertido en un hombre más rico que cualquiera de los reyes que antaño gobernaran aquellas tierras.

—Polión tiene una mansión en el Esquilino —explicó Tito—. Una casa enorme rodeada de extensos jardines con numerosos estanques. Le gusta el pescado, sobre todo la lamprea. —Se estremeció—. Si alguno de sus esclavos comete un error lo arroja al estanque de las lampreas para que se lo coman vivo. El año pasado había invitado al emperador a cenar y uno de los esclavos que atendía la mesa rompió sin querer una copa de cristal muy valiosa. Polión ordenó que lo echaran a las lampreas, y el pobre desdichado apeló a Augusto suplicándole que convenciera a su amo de que le diera muerte de cualquier otra forma que no fuera por medio de las bocas de aquellos peces incalificables. El emperador instó a Polión a indultarlo, pero éste contestó que estaba en su derecho de hacer lo que le viniera en gana con sus esclavos. —De repente Tito sonrió abiertamente—. Entonces el emperador pidió que le dejaran ver el resto de aquella cristalería, como si quisiera admirarla, y una tras otra fue agarrando las copas y dejándolas caer. ¡Cien mil sestercios quedaron hechos añicos en el suelo! Dicen que Polión se limitó a permanecer sentado sin atreverse a rechistar. No podía ejecutar a un esclavo por hacer lo mismo que el emperador, pero, según se cuenta, estaba que echaba humo.

—¡Bien por el emperador! —exclamó Hermógenes, sorprendiéndose de la

sinceridad con que manifestaba este sentimiento.

—Eso pensé yo —convino Tito con una sonrisa.

Hermógenes bebió un trago de agua y meditó sobre lo que su anfitrión acababa de referirle.

—Lo más probable es que sea Polión —concluyó por fin.

Tito puso cara larga.

—No veo que… —Comenzó.

—Rufo tiene miedo de que sus problemas económicos salgan a la luz —explicó Hermógenes—. A no ser que mi planteamiento esté completamente equivocado, todo apunta a que él ve ante sí un peligro real. Eso no encaja con que su acreedor sea Mecenas. Cabe de suponer que cuando pidió el dinero creía que se lo pedía a un amigo, a un miembro del círculo imperial y además vecino suyo. Pero Polión es un hombre cruel e implacable y, puesto que ha caído de la gracia del emperador, Rufo tendría un buen motivo para inquietarse por estar endeudado con él. Polión tal vez quiera utilizarlo para recobrar el favor del emperador, o quizá considere que arruinando a Rufo conseguiría vengarse del césar por haber destruido sus bienes. No, creo que debe dinero a Polión, o quizás a Polión y a Mecenas, pero quien le preocupa es Polión.

—A menos que se trate de un préstamo mercantil que tenga una procedencia completamente distinta —señaló Tito.

—¿Pediría prestado fuera de su círculo pudiendo hacerlo dentro?

Tito se encogió de hombros.

—Le pidió un préstamo a tu tío.

—Cuando estaba en Chipre, y para costear sus gastos allí. Éste lo habrá pedido en Roma o en Picenum, me figuro. ¿Dónde queda Picenum, por cierto?

Tito lo miró, extrañado.

—Oh… En el otro lado de Italia, al este y un poco al norte. Yo nunca he estado allí. Dicen que es un verdadero páramo cultural.

—Entonces en Picenum no debe de haber nadie a quien pedir un préstamo, salvo personas que un cónsul podría despreciar con la misma facilidad con la que despreció a Nicómaco.

—Tienes razón. —Tito suspiró. Pestañeó, preocupado—. Hermógenes, amigo, no me gusta nada todo esto. Ese hombre es tan peligroso como Tario Rufo y mucho menos franco.

—A mí tampoco me gusta —reconoció Hermógenes—, pero la alternativa es condonar la deuda y eso no estoy dispuesto a hacerlo. Intentaré persuadir a la lamprea para que mate al tiburón.

Tito lo contempló con tristeza. Se oyeron unos golpes a la puerta y apareció

Esténtor con una muleta muy larga sin almohadillar. Detrás de él entró Cántabra, la bárbara.

Se había lavado y le habían proporcionado una túnica limpia, gastada y un poco corta, pero en mucho mejor estado que la que llevaba el día anterior. Se había sujetado el estuche de plumas con el dinero al cinturón y si aún conservaba el puñal, lo había escondido. Saludó a ambos hombres con una inclinación de cabeza.

—La mujer ha solicitado verte, señor —musitó Esténtor a Hermógenes—. Señor, ¿podrías probar esta muleta antes? Necesitamos saber cuánto debemos acortarla.

Hermógenes dio unos pasos con la muleta y Esténtor marcó la madera a la altura que estimó correcta. Se la llevó para que la arreglaran evitando a la mujer al pasar junto a ella.

—Her-mó-genes —dijo la mujer articulando con esmero y con otro movimiento de cabeza que él interpretó como un ademán que pretendía demostrar respeto, aunque le pareció muy altivo—. He estado pensando. El hombre a quien mató el enemigo anoche era tu guardaespaldas, ¿correcto?

Hermógenes admitió con cautela que así era.

—¡Entonces necesitas otro guardaespaldas! —anunció Cántabra triunfante—. Podrías contratarme. Soy buena: ya lo has visto. Fui gladiadora. Dos años en la arena. He…

—¿Gladiadora? —repitió Hermógenes con incredulidad. Sabía que existían gladiadoras; había gente que disfrutaba viendo a mujeres enzarzadas en una lucha a muerte, pero no era un espectáculo muy común.

Cántabra asintió levemente.

—Cuando los romanos aniquilaron a mi pueblo me tomaron como esclava. Me vendieron a una arena. Peleé treinta veces, gané diecinueve combates, perdí dos, quedé en tablas en el resto. Luché como *secutor* y también como *dimachaerium*. Soy buena. En enero me entregaron la espada de madera y me dieron de baja con honores, concediéndome la libertad por haber luchado bien. Sería un buen guardaespaldas. La gente no sospecha de una mujer, no me vigilarían como a un hombre. Te serviría con lealtad y honradez por dos denarios al día.

Hermógenes fijó la vista en ella durante un largo rato, completamente desconcertado ante la idea. No estaba seguro de que quisiera tener cerca a aquella temible criatura.

Tito estaba aún más horrorizado.

—¡Amigo mío! —exclamó—. ¡No debes considerarlo siquiera! —Lanzó una mirada nerviosa a la mujer y se inclinó hacia delante para proseguir en griego—: Comprendo que te ha salvado la vida y la bendigo por ello, pero la has recompensado

generosamente y ahora tienes que apartarla de ti. Es una salvaje. Los legionarios más curtidos temían a los cántabros durante la última guerra, y ésta… ¡Bueno, no hay más que verla!

Hermógenes la escrutó. La mujer, de pie con los brazos cruzados, los observaba con inquietud. A la dura luz del día ofrecía un aspecto aún más demacrado que la noche anterior. Hermógenes recordó cómo había vacilado al pedir alimento y cobijo. De pronto dedujo que desde que la habían liberado había vagado por las calles, durmiendo en callejones y subsistiendo como podía: prostituyéndose, quizás, o aceptando sobras y trabajillos eventuales. Al fin y al cabo, ¿quién iba a contratar a una exgladiadora bárbara? La víspera había salido de la oscura violencia de las calles, había experimentado el placer de comer, lavarse y dormir en paz, y ahora deseaba que aquella vida más amable durara. Ciento cincuenta denarios le alcanzarían para medio año como mucho, y le resultaría peligroso llevar tal cantidad encima o dejarla en un alojamiento barato. No le faltaban motivos para asir por los pelos la ocasión de disfrutar de un auténtico empleo.

—No le falta razón, Tito —dijo Hermógenes impulsivamente—. Es cierto que necesito un guardaespaldas, y un guardaespaldas que no pase por tal supone una gran ventaja. Rufo siempre obligaba a Formión a aguardarme en la cuadra; a una mujer quizá la dejarían entrar en una casa, y debo confesar que me gustaría contar con alguien a quien pedir auxilio si voy a entrevistarme con Polión. Estoy de acuerdo en que presenta una apariencia temible, pero eso es lo que uno espera de un guardaespaldas, ¿no?

Tito hizo una mueca.

—Creo que no deberías fiarte de ella. Te ayudó por dinero: ¿quién te asegura que no te mataría por lo mismo?

Hermógenes reflexionó por unos instantes y luego se volvió hacia Cántabra y se dirigió a ella en latín.

—Me consta que eres buena luchadora, Cántabra. Lo que desconozco es tu grado de honradez. Te he visto matar a dos hombres porque te ofrecí dinero a cambio de tu ayuda, y tú no sabías nada de mí en ese momento. No insinúo que vayas a traicionarme, pero ¿qué garantías tengo de que no lo harías si alguien te ofreciera una suma para quitarme de en medio?

—Sabía algunas cosas sobre ti —contestó Cántabra mirándolo a los ojos—. Sabía que no eras romano y sabía quiénes eran tus enemigos. Además, sabía que ellos te atacaban a ti, no tú a ellos, y que te habían tendido una trampa y que lo que estaban haciendo no era lícito. Está prohibido portar puñales en la ciudad, y la policía no tiende emboscadas en callejones oscuros. De lo contrario no te habría ayudado, ni siquiera a cambio de dinero. Desde entonces has sido justo y honrado conmigo, y en esta casa

todos hablan bien de ti. Si me contrataras no te traicionaría. Lo juro por los dioses de mi pueblo. Te serviría con lealtad y arriesgaría mi vida por proteger la tuya.

Por su forma de exponer sus argumentos Hermógenes coligió que poseía una mente lógica y que hablaba con sinceridad. Era tan extraña y exótica que no había manera de estar seguro, pero algo le decía que en verdad era honesta. Por otra parte, lo había salvado de algo que lo hacía estremecerse sólo de pensarlo y, opinara Tito lo que opinase, tenía muy claro que ciento cincuenta denarios no saldaban aquella deuda.

—Me gustaría contratarla —le dijo a Crispo en griego—. ¿Permitirás que se aloje en tu casa?

Tito levantó las manos con repugnancia.

—¡Lo que tú quieras, amigo! Pero, por favor, te lo ruego, no deposites tu confianza en ella. No me cabe duda de que esta mujer es una salvaje de la peor calaña.

—Tu generosidad como anfitrión honraría a los propios dioses —lo elogió Hermógenes calurosamente—. Cántabra, voy a contratarte. Te advierto que no será por mucho tiempo, puesto que tengo la intención de regresar a Alejandría el mes que viene, pero si me sirves bien procuraré encontrarte otro puesto antes de marcharme.

Cántabra se alegró ostensiblemente. Radiante, lo saludó con el brazo extendido, un ademán que bien podía ser cántabro o algo aprendido en la arena.

—No te arrepentirás, te lo prometo —declaró—. Te alegrarás de haber tomado esta decisión.

—Espero que así sea —contestó Hermógenes.

Esténtor regresó con la muleta. El extremo recién recortado del utensilio estaba forrado con un trozo de cuero de zapato, y la horquilla primorosamente almohadillada con lana envuelta en piel. El mayordomo sonrió de oreja a oreja al ofrecérsela.

—¡Esto es maravilloso! —exclamó Hermógenes, examinándola—. ¡Y la habéis terminado en un periquete! Gracias, Esténtor, y gracias a… ¿Quién la ha hecho?

—Gallo, señor. El jardinero —respondió Esténtor sin dejar de sonreír con satisfacción.

—Pues dale las gracias de mi parte. Toma, entrégale esto. —Extrajo un sestercio de su monedero. Al reparar en la perplejidad de Tito, preguntó a su amigo—: ¿No te importa, Tito? No pretendo corromper ni seducir a tu servidumbre, te lo aseguro. Es sólo que tu gente se ha portado muy bien conmigo.

—No me importa —le aseguró Tito—. Y me complace que te traten bien. Pero no es preciso que les pagues, amigo. Hacen lo que se espera de ellos.

—Me gusta recompensar el trabajo bien realizado —replicó Hermógenes. Se colocó la muleta bajo la axila, se levantó y probó a caminar con ella. Se movía con torpeza, pero la sensación de valerse por sí mismo de nuevo le causó un gran alivio. Se

volvió hacia Tito—. Tendrás que perdonarme pero debo escribir unas cartas. Aunque antes, amigo mío, permíteme añadir que te estoy muy agradecido por tu hospitalidad y ayuda constantes. Me consternaría en sumo grado que te sobreviniera algún mal como consecuencia de tu amabilidad. Por favor, si algo te preocupa, házmelo saber enseguida y mi séquito y yo nos marcharemos de tu casa sin más dilación.

Tito rompió a reír.

—¡Oh dioses! ¿Acaso crees que no he visto y oído cosas que me preocupan desde que llegaste? En Alejandría siempre me pareciste un hombre mucho más tranquilo, el hijo intachable de Filemón que respetaba a su padre y manejaba sus asuntos con prudencia sin meterse nunca en líos. Llegas a Roma y de súbito te conviertes en Aquiles desafiando al poderoso Agamenón. Haces que me sienta como un joven y valiente Patroclo y no como un viejo y gordo hombre de negocios. Por favor, deja de repetir que te vas a ira una posada o acabaré por pensar que no estás a gusto en mi casa.

Hermógenes no halló respuesta para aquello, de modo que se limitó a esbozar una sonrisa y salió cojeando de la estancia.

Cántabra lo siguió, y Hermógenes fue consciente de que ella iba pegada a sus talones mientras avanzaba por la galería hacia su habitación. Se detuvo delante de la puerta y la miró inquisitivamente. La pausa lo alivió: la muleta ya comenzaba a hacerle daño en la axila a pesar del acolchado.

La bárbara cruzó los brazos.

—Señor —dijo vacilante, como si no estuviera segura del título o de su derecho a utilizarlo—, señor, ahora que me has contratado, has de decirme cómo debo protegerte. —Sus fríos ojos se encendieron al agregar—: ¿Piensas que tu enemigo enviará hombres a atacar esta casa? —Parecía casi deseosa de que así fuera.

—No —contestó Hermógenes secamente—. De hecho, he escrito una carta que espero que lo convenza de que me he dado por vencido y pronto obtendrá lo que quiere de mí.

Cántabra frunció el entrecejo tal como había hecho jacinto. Tal vez, pensó Hermógenes, la naturaleza poco belicosa de Menéstor no fuese tan deplorable, después de todo.

—No me he rendido —puntualizó con impaciencia—, pero quiero que él crea que sí. —Titubeó por un momento, estudiándola. Era más alta que él, probablemente más fuerte también, y sin duda lo vencería en cualquier modalidad de lucha. Se dijo que había dado por sentado todo aquello en el caso de Formión, de modo que no había por qué considerarlo tan alarmante sólo por tratarse de una mujer. Sensatamente o no, había decidido emplearla, por lo que más valía que confiase en ella, al menos lo suficiente como para informarla de dónde acechaba el peligro—. Entra, que te explicaré la

situación.

Cántabra puso cara de pocos amigos, echó un vistazo a la puerta y espetó con súbita ferocidad:

—Hay algo que tendría que haber dicho antes y te diré ahora: no soy una puta. Si crees que voy a follar contigo además de protegerte me largo ahora mismo.

Hermógenes se quedó estupefacto. Se acordó del hombre a quien ella había dejado lisiado, sollozando y hecho un ovillo sobre el adoquinado. ¿Acostarse con aquella hija de las Furias? ¡Antes se llevaría un leopardo a la cama!

—No te contraté para eso —afirmó de manera cortante—. No es algo que suela exigirles a mis guardaespaldas.

Cántabra, avergonzada, asintió con la cabeza, y Hermógenes abrió la puerta de la habitación.

Menéstor se había levantado y estaba sentado al escritorio con la vista puesta en una hoja de papiro en la que había unas cuantas líneas escritas. Se sobresaltó al ver a su amo, aunque sin duda había oído sus voces frente a la puerta, y recogió rápidamente el papel con aire culpable. Quizá simplemente no había prestado atención a una conversación que se desarrollaba en latín. Sus profundas ojeras le conferían un aspecto cansado y angustiado.

—¿Qué es eso? —inquirió Hermógenes alargando la mano.

Menéstor se mordió el labio y le entregó el papel.

MENÉSTOR A SU PADRE CHAIREMON: SALUDOS

Espero que estés bien de salud. Por favor besa a mi madre por mí y saluda a todos los de la casa. Os quiero mucho a todos, no sé si os volveré a ver. Mi amo ha jurado morir antes que condonar la deuda, y anoche el cónsul mandó unos hombres a matarnos. Formión está muerto, pero aun así el amo no quiere regresar a casa. Estoy muy asustado.

Hermógenes bajó la carta y miró al muchacho con tristeza.

—¿Qué es lo que quieres que haga? —preguntó despacio.

—¡Ríndete, señor, por favor! —rogó Menéstor con apremio—. ¡Dile que puede quedarse con los documentos si nos deja en paz! Sólo es dinero, y tú eres capaz de hacer más, se te da muy bien, todo el mundo lo sabe. ¡Sólo es una maldita deuda! No tienes por qué convertirla en semejante… en una batalla desesperada. ¡Él no fue responsable de la tormenta que mató al viejo amo!

—¡Ya basta! —gritó Hermógenes y, fuera de sí, descargó un golpe sobre el

escritorio. Le entraron ganas de pegar al esclavo. Menéstor se estremeció y se mordió el labio de nuevo—. No pienso rendirme —le aseguró Hermógenes al muchacho inclinándose hacia delante para musitar las duras palabras justo frente a su rostro asustada—. No vuelvas a pedírmelo, Menéstor.

—No, señor —contestó Menéstor con voz temblorosa.

Hermógenes se apoyó en la muleta. Comenzó a arrugar la carta, y algunas de las frases captaron su mirada: «Estoy muy asustado…», «Os quiero mucho a todos, no sé si os volveré a ver…». Imaginó a Chairemon, su ayuda de cámara habitual, un hombre alegre, quisquilloso y tímido pero de buen corazón, enterándose de que su único hijo estaba muerto; pensó en la madre de Menéstor y el resto del personal de la casa. Se le representó la expresión que adoptaría Mirina cuando supiera que su padre había fallecido en Roma, que la familia había perdido a su cabeza, que el constante flujo de dinero del que dependían todas las comodidades de que gozaba desde su nacimiento de repente se escurría en todas direcciones, perdido para siempre: que su joven vida estaba irremediablemente hecha pedazos.

Alisó la carta encima del escritorio. Comenzó a frotarse la cara pero al palparse las magulladuras se detuvo en seco.

Visualizó a Tario Rufo en su mansión del Esquilino sonriendo con suficiencia y satisfacción porque el egipcio cobarde se había rendido y regresaba a su patria. Se enfureció tanto que llegó a marearse.

—No puedo rendirme —aseveró más sereno—. Menéstor, prometí que un día te libertaría; éste probablemente sea un buen momento para hacerlo. Mereces una recompensa por la lealtad que me demostraste anoche. Puedes quedar al margen de esto. Te pagaré el pasaje para que regreses a Alejandría.

Había esperado muestras de alivio y gratitud, pero Menéstor parecía dolido y confundido.

—¿Me pides que me vaya porque soy un cobarde? —preguntó.

—¿No es eso lo que quieres? —Soltó Hermógenes perdiendo otra vez los estribos —. ¡Acabas de suplicar que no te implique en este asunto!

—¡No, señor, no es verdad! —replicó Menéstor, gritando a su vez—. Te he pedido que te echaras atrás. Pero descuida, que no volveré a hacerlo.

Agarró enojado la carta y la dobló por la mitad, rompiendo el quebradizo papiro.

Hermógenes lo fulminó con la mirada, impotente, preguntándose si el muchacho siempre había adolecido de un carácter tan inconsciente y contradictorio o si se trataba de un efecto de la adolescencia.

—Envía una carta si quieres —le dijo con frialdad—. Sólo te pido que antes me la muestres y que le indiques a tu padre que la guarde en secreto hasta que hayamos

regresado sanos y salvos: no quiero que asustes a Mirina ni a la servidumbre de la casa por nada. También daré los pasos necesarios para manumitirte, aunque ahora me vengas con que no te ilusiona la idea. Cuando seas un hombre dueño de sí mismo decidirás por tu cuenta si quieres quedarte conmigo o no. Y ahora márchate. Ve a que te den algo de comer.

Menéstor se levantó, hosco y resentido, y se dirigió hacia la puerta. Se paró de golpe como si hasta entonces no se hubiese fijado en que la bárbara estaba de pie en el umbral. Hermógenes cayó en la cuenta de que Cántabra no había entendido nada de la escena que acababan de montar delante de ella; habían mantenido toda la discusión en griego.

—He contratado a Cántabra como guardaespaldas —le informó a Menéstor al tomar conciencia de que el muchacho no estaba al corriente de lo ocurrido aquella mañana—. Y he enviado a Rufo una carta que espero que lo mantenga alejado de nosotros durante los próximos diez días, mientras tomo otras medidas. No albergo el menor deseo de morir. Ve a desayunar.

Menéstor se sonrojó, pasó junto a Cántabra sin rozarla y se marchó. Hermógenes se sentó pesadamente y se pasó las manos por el cabello.

La bárbara entró en la habitación y cerró la puerta. Ojeó con curiosidad la decoración y luego devolvió la atención a su patrono.

—Has dicho que ibas a explicarme la situación —le recordó.

—Sí —convino Hermógenes y acto seguido exclamó enojado——: ¡Ese chico ha perdido la capacidad de razonar!

—¡Bah! —resopló Cántabra—. Los muchachos nunca son capaces de razonar. Señor, explícame primero quién es él. Cuando os vi por primera vez, iba detrás de tu silla como un esclavo pero se quedó a tu lado como un pariente y le hablas como un comandante a uno de sus hombres de confianza.

—¿De veras? —preguntó Hermógenes sorprendido.

Los ojos azules y serenos de la mujer se posaron en los suyos.

—Acabas de hablarle como un comandante a un seguidor descorazonado que estuviera incitándolo a rendirse. Hermógenes rió amargamente.

—¿Has entendido todo eso? ¿Acaso comprendes el griego, después de todo?

Cántabra negó con la cabeza.

—Sólo he comprendido las voces, no las palabras. Aunque está bastante claro que él tiene miedo y tú estás preparándote para luchar. Ese muchacho, Menéstor, ¿es tu discípulo o tu pariente?

—Ni una cosa ni la otra. Tu primera suposición fue acertada: es mi esclavo… Aunque acabo de decidir que voy a concederle la libertad.

Cántabra clavó en él la vista por un momento.

—Eres un hombre extraño.

¡Oír esto de boca de una gladiadora…! Hermógenes rió de nuevo, con más naturalidad esta vez.

—Un patrono adecuado, entonces, para una mujer muy extraña. Deja que te explique la situación.

Acabó por detallarle casi todo: el préstamo, la bancarrota de Nicómaco, el naufragio de su padre; sus amenazas al cónsul para persuadirlo a pagar; sus sospechas acerca de las finanzas de Rufo; la carta que había escrito aquella misma mañana. Cántabra lo escuchó atentamente, interrumpiéndolo de vez en cuando con alguna pregunta. Saltaba a la vista que no entendía de contratos, deudas y finanzas, pero en cambio conocía muy bien los entresijos del poder romano.

—¿Así que deseas arruinar a tu enemigo para vengarte de él? —quiso saber la bárbara cuando Hermógenes hubo terminado. Su patrono se encogió de hombros.

—Tanto mejor si se arruina, pero lo que quiero es que pague su deuda.

Echó un vistazo a la mesa y tomó una hoja de papiro. Cántabra pestañeó y guardó silencio con el ceño fruncido mientras él sacaba tinta y pluma.

—No lo entiendo —dijo ella de pronto cuando Hermógenes se disponía a comenzar a escribir.

Él soltó la pluma y la miró con impaciencia. Ella agachó la cabeza.

—Perdóname, señor, pero necesito comprender qué te propones para saber qué hay que hacer para servirte. Anoche, cuando dijiste que te habían atacado por culpa de una deuda, creí que todo era cuestión de dinero. Luego me enteré de más cosas y pensé: «No, es una lucha entre un romano y un griego, y el dinero sólo es el objeto por el que pelean». Hace un momento me ha parecido que en realidad querías venganza, pero cuando te lo he comentado me has contestado que no, que lo único que quieres es el dinero.

—¡Eso no es lo que he dicho! He dicho que quiero que pague.

—¿Y no es lo mismo?

—¡Ni mucho menos! Él considera que no tiene por qué saldar sus deudas con un griego. Lo encolerizó la idea de que un prestamista egipcio pudiera llevar a juicio a un vencedor de Actium, ¡como si esa victoria le hubiese otorgado el derecho a arrebatarme lo que le venga en gana! Si lo obligo a pagar, le demostraré que Actium no cuenta para nada. Por muy conquistador y cónsul romano que sea, sigue estando sujeto a las mismas leyes que yo y no puede tratarme como a un esclavo. Sí, muy bien, tienes razón: es una batalla. ¡Y yo ganaré si se ve obligado a pagar a pesar de toda su arrogancia! Que se arruine o no es algo puramente secundario para mí.

—Los romanos tratan a todas las demás naciones como a esclavos —murmuró Cántabra—. Mi pueblo no tardó en descubrirlo. Fuimos conquistados y oprimidos. Nos levantamos contra ellos, nos derrotaron de nuevo y nos oprimieron más despiadadamente. La tercera guerra fue la última. Mi marido juró que nunca aceptaría la esclavitud y se marchó a las montañas con el resto de los hombres para continuar librando la guerra hasta el final. Cuando no les quedaba escapatoria, prefirieron suicidarse a rendirse. ¿Y qué ocurrió? Sus hijos fueron asesinados y sus mujeres se convirtieron en esclavas.

Hermógenes la miró impresionado.

—¿Tenías hijos? —No la imaginaba como madre.

—Dos. Los mataron —respondió ella con crudeza. Permaneció un momento en silencio y luego agregó—: Quizá los griegos sean distintos. Los romanos aprenden vuestro idioma, os imitan. Lo he visto. Se morirían de risa ante la idea de copiar algo de nosotros. Nunca nos juzgaron mejores que los animales salvajes. Quizá consigas forzar a ese romano a ceder. Me gustaría ver eso. —De repente echó la cabeza hacia atrás con una expresión furibunda—. ¡Sí, me gustará ver cómo lo humillas! ¿Qué vas a hacer?

—Lo primero es encontrar al otro acreedor —le dijo Hermógenes. En su fuero interno estaba conmovido y trataba de asimilar lo que ella le había contado. ¿Sería verdad que todos los hombres del último levantamiento cántabro habían optado por suicidarse antes que rendirse? Se percató de que durante toda su vida había dado por sentado que los griegos eran superiores a cualquier pueblo bárbaro pero nunca se había planteado la suerte que tenía de que los romanos opinasen lo mismo. Lo cierto era que nunca había hablado con un bárbaro hasta entonces.

—Has dicho que pensabas que sabías quién es —señaló Cántabra esperanzada.

Hermógenes meneó la cabeza como queriendo aclarar sus ideas.

—Tengo una corazonada. Voy a escribirle: éste es el paso siguiente. Luego he de encontrar a alguien que entregue la carta, cosa que será complicada. Sospecho que el cónsul ha ordenado vigilar esta casa, y si descubre que estoy intentando ponerme en contacto con su otro acreedor, lo más probable es que procure matarme enseguida, aunque para ello sus hombres tengan que derribar la puerta.

—Deja que yo entregue la carta —se ofreció Cántabra con ansiedad e impaciencia —. Sé cómo pasar inadvertida. Dámela a mí y el cónsul no sospechará nada hasta que lo hayas arruinado.

Hermógenes vaciló, sin saber a qué atenerse. Acababa de contratarla: por muy honesta que le pareciera, ¿cómo podía estar seguro? ¿Y si llevaba la carta a Rufo en vez de a Polión? El cónsul probablemente la recompensaría con generosidad. Por otra

parte, ¿a qué otra persona cabía encomendar una misión tan delicada? No quería implicar al personal de Tito más de lo estrictamente necesario, y enviar a Menéstor no habría sido recomendable aunque el muchacho hablara latín.

Reconoció, a regañadientes, lo absurdo de su pretensión de humillar a un cónsul romano cuando todos los recursos a su disposición eran un hombre de negocios tímido y obeso, un esclavo asustado y una mercenaria bárbara a quien aún no había puesto a prueba. Por descontado, sería mucho más sensato hacer lo que Menéstor quería y regresar a la patria. Al fin y al cabo el dinero, si alguna vez lo conseguía, no le devolvería a su padre o a Formión.

Si se rendía, Rufo vencería. Robo, asalto y asesinato: Rufo habría recurrido a todo ello y salido triunfante e indemne; el vencedor de Actium celebraría otra derrota egipcia. No. Quizá los medios de Hermógenes fueran limitados, pero los de Polión sin duda le resultarían muy valiosos si se ganaba su apoyo. Desde luego a Cántabra no le faltaban razones para odiar a los romanos y parecía deseosa de ayudarlo. Confiaría en ella.

—Muy bien —le dijo—. Escribiré la carta ahora mismo.

MARCO ELIO HERMÓGENES SALUDA RESPETUOSAMENTE
A PUBLIO VEDIO POLIÓN

Señor, tú no me conoces, pero me he animado a escribirte porque creo que quizá tengamos un interés financiero en común. He heredado el derecho a reclamar una deuda pendiente del cónsul L. Tario Rufo, y varios motivos me llevan a pensar que el mismo hombre tal vez te haya pedido un préstamo a ti. Si tal es el caso, ¿puedo solicitar una audiencia contigo cuando mejor te convenga para comentar asuntos que nos conciernen a ambos?

Si estoy equivocado, te ruego aceptes mis disculpas por molestar innecesariamente a un caballero de tu distinción. Rezo a los dioses para que te concedan salud.

—¿Qué pone? —preguntó Cántabra mirando la carta por encina del hombro de Hermógenes con el entrecejo fruncido.

Él se lo resumió mientras ataba y sellaba la misiva.

—No revelas nada —comentó Cántabra, un tanto confundida.

—En efecto —convino Hermógenes—. Si él no es el hombre que busco, no quiero despertar su curiosidad; no vaya a ser que interfiera. Si es el hombre que busco, prefiero que no sepa hasta qué punto me están presionando ya que entonces querrá que le venda la deuda por muy poco.

Cántabra asintió, en señal de que lo entendía.

—Quizá quiera interrogar al mensajero que le lleve esto. ¿Qué le digo si me pregunta? Como mínimo habría que advertirle que no envíe abiertamente a un mensajero con la respuesta.

Hermógenes no había caído en aquello. Tito y Esténtor habían entrado mientras escribía la carta para informarle de que había hombres vigilando la casa. Tito se había mostrado consternado, y Esténtor adusto. Esperaba haberlos convencido de que eso significaba que Rufo había creído lo que le decía en la carta y decidido observar y aguardar —¡era una buena señal!—, pero comprendió su descontento. En aquella zona residencial a Rufo le habría costado mucho apostar discretamente a sus guardias, aunque daba la impresión de que ni siquiera lo había intentado: cuatro bárbaros rubios apoyados contra la fachada de la *insula* de enfrente acechaban la puerta de la casa. El descaro de aquella medida probablemente tenía por objeto intimidar a Hermógenes pero aun así a éste le pareció muy estúpida. La gente se preguntaría por qué alguien lo bastante adinerado para contratar guardias bárbaros les mandase vigilar la casa de un respetable hombre de negocios de clase media. Incluso cabía que llamaran la atención

de los enemigos de Rufo provocando así la catástrofe que el cónsul pugnaba por evitar. Una parte de la mente de Hermógenes seguía preocupada por aquello, dudando si Rufo era realmente tan arrogante y corto de miras, o si no había captado algún aspecto de aquella maniobra.

—Si te pregunta —dijo lentamente—, respóndele que no conoces el contenido de la carta y que te he contratado después de que mi guardaespaldas fuera asesinado en un atraco. Insinúale que crees que tengo alguna desavenencia con el cónsul, pero procura no concederle mucha importancia. Estoy de acuerdo en que debes advertirle que no envíe a un mensajero abiertamente, pero dale a entender que no has acabado de comprender lo que ocurre, a fin de que sólo tome la precaución por si acaso. Ofrécete a llevar la respuesta tú misma.

Cántabra asintió de nuevo y sonrió burlona.

—Él sólo verá a una bárbara estúpida que no piensa más que en echarse algo entre pecho y espalda, en quien se puede confiar para entregar una carta pero poco más. No revelaré nada que no hayas revelado tú.

Hermógenes correspondió a su sonrisa, complacido ante aquella pronta connivencia, y le alargó la carta. Cántabra se la guardó dentro de la túnica y se apretó el cinturón.

—Los hombres que montan guardia verán que salgo de la casa sin nada en las manos ni en el cinturón —explicó. Titubeó y extrajo del cinturón el estuche de plumas con el dinero que él le había dado y lo depositó encima de la mesa—. Dejaré esto aquí —anunció, mirándolo a los ojos.

—Lo pondré a buen recaudo —prometió Hermógenes de inmediato—. Aquí. —Se desplazó hasta el baúl, lo abrió y colocó el estuche dentro—. Así evitaremos cualquier tentación a los esclavos de la casa —agregó—. Los ciento cincuenta denarios permanecerán bajo llave hasta que regreses.

—Son ciento cuarenta y cinco, ahora —corrigió Cántabra, muy seria—. Llevo cinco aquí. —Palpó la tira de piel de su cinturón. Dicho esto, se marchó con pasos largos y decididos.

Hermógenes la siguió cojeando por la galería hasta el atrio. Una vez en el zaguán, Cántabra se volvió hacia él.

—Deberías apartarte de la puerta, señor, no vaya a ser que te vean. Se supone que estás en cama con un tobillo roto.

Hermógenes sonrió. Era lista.

—¿Cómo piensas distraer la atención de nuestros amigos del otro lado de la calle?

—No lo haré. Dejaré que vean que me voy calle abajo hacia el foro, donde compraré algunas cosillas. Supongo que con eso se darán por satisfechos, pero si aun

así me siguen, será fácil darles esquinazo en cualquier tienda. Luego iré a la casa de Polión en el Esquilino y aguardaré a que me diga si quiere enviarte una respuesta. ¿De acuerdo?

—Perfecto. Ten cuidado.

—Soy una mujer prudente, señor. Apártate de la puerta.

Cuando ella se hubo marchado, Hermógenes regresó renqueando al atrio y se sentó en el banco con la pierna en alto, apoyándose en la muleta. Se sentía tan agotado como si llevara varios días trabajando sin pausa, y eso que todavía faltaba casi una hora para el mediodía.

La larga jornada aún no había concluido, sin embargo. Cántabra apenas llevaba unos minutos fuera cuando se oyeron golpes a la puerta. Un momento después, Kyon mandó llamar a Tito: un muchacho de la oficina de los ediles del distrito cuarto, a quienes habían denunciado el ataque, se había personado para hacer indagaciones sobre el atraco. Con él venían dos esclavos públicos que acarreaban una litera en la que yacía un bulto informe envuelto con una sábana rasgada.

Tito la contempló mientras la llevaban hasta el atrio y comenzó a retorcerse las manos. El joven edil, un muchacho engreído con el rostro cubierto de granos, informó al amo de la casa de que venía con motivo del asalto denunciado y le preguntó si aquel cadáver era el de su esclavo asesinado.

—¡No, no! —protestó Tito—. ¡Es el de mi huésped! —Señaló con un ademán a Hermógenes, que continuaba sentado en al atrio—. ¡Por Hércules, qué cosa tan espantosa!

El edil observó por un momento el rostro magullado y el pie vendado de Hermógenes.

—Supongo que fue a ti a quien atracaron, entonces —dijo sagazmente—. ¿Es éste tu esclavo?

Hermógenes admitió que él era la víctima del ataque y pidió que descubrieran el cuerpo.

Se trataba, en efecto, de Formión. Muerto parecía más menudo. Sus familiares rasgos se habían contraído en una expresión de ferocidad y cólera, y sus ojos hundidos miraban fijamente, acusadores.

Hermógenes se percató de que no soportaba aquella mirada. Se levantó del banco, se acercó trabajosamente al cuerpo con ayuda de la muleta y se arrodilló para cerrar los ojos de Formión.

No lo consiguió. Los ojos se habían secado durante la noche, y los párpados estaban pegados. Hermógenes notó que le temblaba la mano y la retiró. Lo invadió un sentimiento lúgubre y se le formó un nudo en la garganta que lo dejó sin habla. Se

apretó la boca con el dorso de la mano, intentando tragarse los sollozos que lo convulsionaban como arcadas.

Tito soltó un grito ahogado. Acudió presuroso al lado de su huésped y le posó las manos sobre los hombros.

—¡Mi pobre amigo! —exclamó y, dirigiéndose al edil, añadió—: ¡Tapad eso enseguida! ¿No veis que está muy afectado?

Los esclavos públicos volvieron a cubrir a Formión, y Tito ayudó a su huésped a regresar al banco y sentarse. Hermógenes se encorvó, tembloroso, recordando con horripilante viveza las puñaladas asestadas por el atacante a Formión y el alarido que había proferido éste. Revivió el momento en que él mismo se había visto arrojado al suelo, con el brazo torcido a la espalda, encajando los golpes sordos que le propinaban en las costillas. Fue como si lo hubiesen despojado del dominio de sí mismo que tanto se había esforzado en conservar hasta entonces, y se sintió como un niño asustado.

El edil hablaba en tono oficial, describiendo cómo había sido hallado el cuerpo aquella mañana en la plaza junto a la fuente. Durante un rato Hermógenes oyó sus palabras sin escucharlas realmente pero de repente se puso otra vez alerta cuando el edil declaró que el cuerpo de Formión era el único que habían encontrado en la plaza aquella mañana. Alguien había retirado los cadáveres de los dos asaltantes.

Experimentó un gran alivio, incluso a través de la marea de recuerdos. Había estado razonablemente seguro de que nadie lo condenaría a él o a su nuevo guardaespaldas por haber asesinado a aquellos dos, pero no había descartado la posibilidad de que surgieran problemas a raíz de ello. Cabía suponer que uno de los heridos se había recobrado lo suficiente para informar a su patrono, quien habría enviado hombres a llevarse los cadáveres de ahí antes de que la autoridad les siguiera la pista hasta el hombre que les había encargado el trabajo.

El edil sacó unas tablillas de cera y le pidió que describiera lo sucedido. Hermógenes mezcló verdades con mentiras: regresaba de una reunión de negocios en el Esquilino cuando lo asaltaron unos ladrones. (Describió a los atracadores sinceramente y con la mayor precisión posible: era más fácil que inventárselo y, probablemente, resultaría del todo inútil para quien quisiera encontrar a aquellos hombres). Los porteadores habían soltado la silla y huido; no, no se acordaba de sus nombres, los había contratado aquella misma tarde. Al caer se había roto el tobillo (estimó oportuno guardar cierta coherencia respecto a ese particular). Formión había intentado defenderlo y había derribado a uno de los atracadores de un golpe; él y su otro esclavo habían arrojado diversos objetos a los demás y luchado contra ellos. Cuando una mujer del vecindario acudió en su ayuda, los asaltantes se dieron a la fuga.

—Bueno, me temo que es un caso bastante común —dijo el edil negando con la

cabeza—. La Subura no es lugar seguro cuando oscurece, y al ocaso es aún peor que durante la noche cerrada. Más tarde circulan carretas por ahí, pero al anochecer no hay un alma a quien pedir auxilio. Tuviste suerte de que una vecina respondiera a tu llamada: las más de las veces se las arreglan muy bien para no enterarse de nada de lo que ocurre en la calle. Encontramos cuerpos cuatro o cinco veces al mes, y nadie sabe cuántos no aparecen porque acaban en la alcantarilla o en el Tíber.

—¿Estaba en la Subura? —preguntó Hermógenes sorprendido al venirle a la memoria que Gayo Rubrio la había mencionado como una de las peores zonas de Roma.

—¡Pues sí! —contestó el muchacho alegremente—. Supongo que un extranjero como tú no era consciente de eso. Tus porteadores, en cambio, seguro que lo sabían. Me pregunto si no estarían conchabados con los ladrones. Es una lástima que no recuerdes sus nombres.

Guardó sus tablillas de cera, en las que no había tomado muchas notas. Obviamente, un robo en la Subura no merecía mucha atención, sobre todo cuando el único fallecido era un esclavo. En Alejandría habría ocurrido lo mismo.

—Lamento lo de tu esclavo —agregó el edil—. Seguro que era un buen hombre y leal a su amo: muchos, en su lugar, habrían huido. ¿Te harás cargo del cuerpo?

—Sí —asintió Hermógenes, abrumado por la culpa.

—Bien —dijo el edil, satisfecho de deshacerse de él.

Ya se disponía a marcharse cuando frunció el ceño y se volvió hacia Tito Fiducio.

—Fuera hay unos hombres vigilando la casa —señaló—. ¿Sabes por qué?

—Eso tiene que ver conmigo —dijo Hermógenes enseguida—. Con el negocio que me ha traído al Esquilino.

—¡Vaya! —exclamó el edil asombrado. Miró a Hermógenes con súbito respeto, sin duda deduciendo que debía de ser más rico e importante de lo que parecía si hacía negocios con un hombre que había enviado guardias a protegerlo—. Pues lástima que no estuvieran contigo anoche, ¿eh? Aunque más vale tarde que nunca, supongo.

Se marchó. Tito se acercó a su huésped con un semblante que denotaba admiración pero también reproche.

—No tenía idea de que supieras mentir tan bien —observó—. Así que no te acordabas del nombre de los porteadores, ¿eh?

—Le prometí a Tario Rufo que mantendría su nombre al margen de esto —respondió Hermógenes—. No he osado entregar a los porteadores a los magistrados.

—Y supongo que también fingías tu aflicción ante el cuerpo… ¡Por Júpiter, hasta yo me lo he tragado!

—Eso no ha sido fingido. —Contempló con gravedad la figura amortajada de Formión—. Tito, él sirvió en mi casa durante más de diez años. Siempre se tomó el

trabajo con seriedad y responsabilidad, pese a que a veces se metía en peleas cuando se emborrachaba. Era un hombre valiente y honrado que confiaba en mí. Merecía de mí algo mejor que esto. —Se alegró de que le hubieran tapado los ojos abiertos. Apartó la vista y añadió con pesadumbre—: He de preparar su funeral.

Escribió una carta al sacerdote de Mercurio e Isis explicándole lo que necesitaba y se la envió por medio de Tercia. Luego se acostó en su alcoba y aguardó la respuesta.

Se despertó cuando alguien entró en la habitación, y permaneció inmóvil por un momento, mirando fijamente a la pared, intentando calmar los latidos de su corazón. Luego se incorporó.

Menéstor estaba de pie a su lado y había alguien más, esperando en la sala. El esclavo puso mala cara al constatar que su amo estaba despierto.

—He intentado decirle que te dejara dormir —refunfuñó—, pero no me ha entendido.

Hermógenes se pasó una mano por el pelo con una sensación de aturdimiento y una depresión insoportable. A juzgar por la luz que entraba por la ventana, la tarde estaba bien avanzada: había dormido varias horas. Vio que detrás de Menéstor estaban Cántabra, con aire enojado e impaciente, y Tercia, en actitud tímida y de disculpa. Entendió por qué Menéstor se había referido a ellas en singular: ambas querían hablar con él, pero sólo Cántabra había insistido en arrancarlo del sueño.

—Has hecho bien —le aseguró a Menéstor—. Cántabra, me alegra verte de vuelta sana y salva. Tercia, ¿es por el funeral? ¿Es urgente?

La esclava agachó la cabeza y la sacudió en un gesto negativo.

—No, señor. Es sólo que el sacerdote dice que se ocupará de todo y que vendrá al anochecer para ayudar a lavar y arreglar el cuerpo. Quiere saber cómo quieres que se celebren las exequias, pero —echó una ojeada, recelosa, a la impaciente bárbara— eso puede esperar, señor, hasta que él llegue.

—Gracias. ¿Te importaría dejarnos a solas, entonces? Gracias.

Tercia se marchó, no sin antes lanzar otra mirada de desconfianza a la bárbara. Cántabra entró apartando a Menéstor y se acuclilló con la espalda contra la pared. Menéstor, notoriamente resentido, se retiró a la sala. La bárbara hurgó dentro de su túnica y extrajo una carta y se la entregó a Hermógenes. No estaba escrita en papiro sino en dos diminutas tablillas de cera con los bordes pegados y sellados. El sello representaba una figura femenina sosteniendo un cuerno de la abundancia.

—Me la ha dado él en persona —dijo Cántabra—. Aunque la misión no ha salido tan rodada como queríamos, señor. Lo siento.

Hermógenes se volvió hacia ella bruscamente.

—¿Qué ha sucedido?

Cántabra se encogió de hombros con aire culpable.

—Para empezar, Polión me ha reconocido. Me había visto luchar y ha preguntado si no era Cántabra la gladiadora. He tenido que decirle que sí. Me he hecho la bárbara estúpida pero creo que ha sospechado enseguida que tu situación era más apurada de lo que dabas a entender en tu carta. Me ha ordenado que me fuera a esperar a los barracones de sus guardaespaldas «mientras escribo la respuesta», ha dicho, pero lo cierto es que ha tardado mucho y me da que ha estado haciendo averiguaciones. Mientras aguardaba en los barracones me he topado con un hombre al que conocía —le contó, haciendo una mueca—, otro gladiador que fue libertado al mismo tiempo que yo. Ha querido pasarse de listo conmigo y le he dicho que cerrara la boca. Entonces se le ha ocurrido demostrar a sus amigos lo macho que era sacudiéndose la verga delante de mis narices, así que se la he aplastado contra las pelotas. No le he pegado tan fuerte como para herirlo gravemente, sólo lo justo para que me dejara en paz. Sus amigos se han enfadado y por poco ha habido pelea, pero el jefe de la guardia ha puesto orden enseguida. Cuando Polión me ha vuelto a llamar, el jefe de la guardia ha venido conmigo y se ha quejado de mí.

—Lo siento —dijo Hermógenes, conmocionado.

Cántabra se encogió de hombros otra vez.

—No creo que Polión le diera mucha importancia. Sólo ha comentado: «Áyax tendría que haberse comportado». ¿Qué dice la carta?

Hermógenes rompió el sello y le echó un vistazo. Estaba en griego, escrita en una letra cursiva muy menuda y poco clara. La inclinó en varias direcciones bajo la luz hasta que consiguió que las letras resaltaran y entonces alzó la vista hacia Cántabra.

—Está en griego —le advirtió—. Deja que la lea yo primero; te la traduciré en cuanto termine. —Devolvió su atención a la carta.

P. VEDIO POLIÓN SALUDA A M. ELIO HERMÓGENES
DE ALEJANDRÍA

Es un placer recibir carta de un hombre de negocios que goza de una reputación tan intachable como la tuya. Creo recordar que tuve ciertas inversiones en común con tu padre en el pasado, en el sindicato de Filócrates de Rodas, por un lado, y en el de Nicómaco de Chipre, quien, si no voy errado, era pariente tuyo y cuya funesta muerte el otoño pasado sin duda supuso un grave disgusto para ti.

Es cierto que he concedido un sustancioso préstamo a L. Tario Rufo, y me interesa mucho conocer el motivo de tu preocupación al respecto. Te espero en mi casa del Esquilino mañana, a la hora quinta. Me consta que la casa de tu amigo el excelente T.

Fiducio está bajo vigilancia, pero confío en que un hombre de tus recursos será capaz de eludirla sin que el cónsul se entere.

Ruego a los dioses te concedan una pronta recuperación de tus heridas.

Contempló la carta con profunda inquietud, preguntándose si no habría sido mejor recurrir a Escipión después de todo.

—¿Y bien? —preguntó Cántabra con impaciencia.

Hermógenes le tradujo la misiva.

—Sabe mucho sobre ti —señaló Cántabra, poniendo el dedo en la llaga de lo que había perturbado a Hermógenes. Éste cerró la carta despacio.

—Lo más probable es que se haya limitado a consultar sus propios archivos —concluyó—. Ha desarrollado gran parte de sus actividades comerciales en Oriente durante años, y cualquiera que oliere a su escala dispone sin duda de un archivo lleno de datos sobre las demás personas que trabajan en la misma región. —Comenzó a recobrar la seguridad—. Lo único que ha tenido que hacer es pedirle a su secretario que consultara el archivo. Habrá encontrado mi nombre vinculado al de mi padre, y el de mi padre asociado a los sindicatos de Filócrates y Nicómaco, en los que Polión había invertido. ¿Te das cuenta de que se refiere a Nicómaco como mi pariente y no como mi tío? Quien anotara la entrada acerca del sindicato mencionaría que mi padre pertenecía a la familia del jefe pero probablemente no se molestó en averiguar cuál era el grado de parentesco. Nicómaco era lo bastante importante como para que alguien notificara a Polión su muerte, y en cuanto ha relacionado esto con el contenido de mi carta, habrá deducido exactamente las causas que me llevaron a escribirla. Luego es probable que haya enviado alguien colina abajo a averiguar por qué no me había servido de un mensajero convencional para hacérsela llegar. No es tan omnisciente como aparenta.

Cántabra entrecerró los ojos.

—¿Qué significa «omnisciente»?

—Que lo sabe todo.

—¡Ajá! Nicómaco era tu tío, pero ¿quién es el tal Filokres?

—El único motivo que se me ocurre para que mencione a Filócrates es que quiere dar la impresión de saber más de lo que en realidad sabe. Nunca estalló escándalo alguno en torno a ese sindicato naviero. No. Me parece que Polión pretendía asustarme para rebajar el precio de la deuda.

—Rebajar el precio de la deuda… —repitió Cántabra negando con la cabeza—. Sigue resultándome una idea extraña, que puedas vender algo que no posees.

—¡No es tan extraño! —replicó Hermógenes—. Si el dinero que debes es una

deuda, el dinero que te deben tiene que contarse como un activo. No es más extraño vender eso que vender una participación en un edificio que posees en parte, o un barco que no has visto jamás.

—¿También vendéis esas cosas, los griegos?

—Los griegos, los romanos y los sirios. Todo el mundo vende eso. Yo lo he hecho a menudo. Vender una deuda, sobre todo una de esta cuantía, es algo que no he hecho hasta ahora, pero creo que constituye mi mejor opción.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

Hermógenes se encogió de hombros.

—Me entrevistaré con Polión, demostraré mi derecho a reclamar el dinero de Rufo y le diré que estoy dispuesto a transferírsela por una parte del total. Pediré tres cuartos. Quizá tenga que conformarme con dos tercios, pero no bajaré de la mitad. Cuando hayamos llegado a un acuerdo, redactaremos un contrato por duplicado. Ambos firmaremos, y luego él debería entregarme el dinero a cambio de los documentos que darán fe de la cesión. Polión obtendrá un beneficio cuando cobre la deuda; yo recobraré lo bastante como para mantener mis negocios en orden, y Rufo estará obligado a pagar todo lo que debe.

Cántabra lo miró de hito en hito.

—¿Y si Polión no le exige a Rufo que pague? —preguntó—. Al fin y al cabo, no le ha cobrado lo que le prestó.

Hermógenes arrugó el entrecejo. Era una posibilidad más bien desagradable. Si Polión compraba la deuda y los documentos y luego no hacía nada con ellos, Rufo probablemente creería que continuaban en poder de Hermógenes y a éste ya no le quedaría nada que pudiera usar para comprar la protección de los enemigos del cónsul. De nuevo lo invadió un profundo cansancio.

—Hablaré con Polión —dijo cansinamente—. He de averiguar cuáles son sus intenciones.

—¿Has pensado cómo te las ingeniarás para acudir a la entrevista?

—Tengo una idea —aseguró Hermógenes—. Me falta afinar los detalles.

El sacerdote llegó justo después de la cena, un par de horas antes del anochecer, acompañado por un esclavo que acarreaba una vasija con agua del Nilo. Tito lo recibió solemnemente en la puerta y luego dejó que Hermógenes lo acompañara a las dependencias de servicio, situadas en la parte posterior de la casa, donde habían dispuesto el cuerpo de Formión.

Hermógenes se forzó a observar mientras lavaban el cuerpo, lo vestían con una túnica limpia y lo tendían encima de una litera. Las esclavas prorrumpieron en un clamor de lamentos poco sentidos, muy diferentes de los que se habían oído si Formión

hubiese fallecido en la patria rodeado de amigos, aunque bastaban para avisar a los dioses que allí yacía el cuerpo de un hombre que sería echado de menos. El sacerdote rezó a Mercurio y luego a Isis, y Hermógenes se sumó a los responsos.

Después de la ceremonia, el sacerdote se llevó a Hermógenes a un lado para preguntarle cómo quería organizar el funeral a la mañana siguiente. ¿Estaba dispuesto a pagar por una cremación o bastaría con un entierro barato? Fuera de las murallas de la ciudad había cementerios con fosas comunes a las que la gente solía arrojar los cuerpos de los esclavos, uno encima de otro, pero…

—Pagaré la cremación —contestó Hermógenes enseguida—. Era un buen hombre y murió por servirme. ¿Sería posible alquilar una litera cubierta para mí? Deseo presentar mis respetos al difunto pero tengo un tobillo roto y me avergüenza presentarme en público con este aspecto.

El sacerdote no se molestó en replicarle que no tenía de qué avergonzarse, lo que probablemente significaba que presentaba peor aspecto de lo que creía. En cambio, se comprometió a contratar una litera y fijaron el precio de la cremación, acordaron cuándo y dónde llevarla a cabo y se desearon recíprocamente buena salud.

Menéstor permaneció a su lado durante casi toda la conversación, preguntando en tono lastimero qué estaban diciendo, hasta que el sacerdote se apiadó de él y se puso a hablar en griego. Cuando Hermógenes regresó a sus aposentos, el muchacho lo siguió, pisándole los talones.

—¡Una litera cubierta! —exclamó en cuanto cerró la puerta a sus espaldas—. ¿Para qué quieres una litera cubierta? No es verdad que te avergüences de tu aspecto.

Hermógenes suspiró.

—No estoy planeando saltarme el funeral de Formión, Menéstor. Me escabulliré después. Vedio Polión quiere que me reúna con él en su casa a la hora quinta. Voy a venderle la deuda.

El rostro de Menéstor se crispó.

—¿Enviarás la litera vacía de regreso a la casa? ¿Es eso?

—No. He pensado que tú vayas dentro. Vestido con mi toga.

El muchacho se quedó perplejo e indignado.

—¿Estás planeando ir solo a ver a Polión?

—Cántabra irá conmigo.

—¡Eso es todavía peor!

—Anoche pensabas que era una diosa.

—¡Anoche no estaba en mis cabales!…, señor. Hoy no me fío un pelo de ella.

—Pues a mí me parece —repuso Hermógenes de mal talante— que es inteligente y honrada, que ha sufrido lo indecible y que me considera como su mejor alternativa para

mejorar sus condiciones de vida. Pienso que trabajará muy duro para complacerme y que tengo suerte de haberla encontrado.

—¡Lo mismo pensaste de los hombres que llevaban la silla!

—¡Ni mucho menos! Me hacía gracia tener a ciudadanos romanos a mi servicio, y eso me cegó. Fue un grave error. Eran estúpidos y los engañaron fácilmente. ¿Acaso este tono tan insolente, que por cierto me parece de lo más inapropiado para dirigirte a tu amo, se debe a que prometí libertarte? Aún abrigo la intención de hacerlo, Menéstor; deseaba hablar con el magistrado y con el sacerdote, pero cada vez que veía el cuerpo del pobre Formión me resultaba imposible pensar en otra cosa.

Menéstor se ruborizó.

—Señor —dijo, cambiando de pronto el tono acusador por uno suplicante—, ¡llévame contigo mañana!

—¿Con qué fin? —inquirió Hermógenes fríamente—. No hay nada que puedas hacer para ayudarme, y tu convencimiento de que estoy abocado a una muerte segura si no me doy por vencido constituye un auténtico lastre para mí.

—Señor —se lamentó Menéstor con la dignidad herida—, ¿no ves que temo por ti? ¡Podrían matarte!

—Sí, has dejado bastante claro ese pronóstico —espetó Hermógenes, cortante— y no es nada halagüeño. Procuraré asegurarme de que seas libre antes de que eso ocurra. ¿Puedes ir a buscar a Cántabra y preguntar a Tito si dispone de un momento? Quiero comentarles los planes para mañana.

Mostrándose herido y furioso en igual medida, Menéstor se marchó sin pronunciar palabra. Hermógenes se sentó al escritorio. Hizo girar el pie lesionado, aspiró varias veces profundamente procurando recobrar la compostura y procedió a concretar los planos para la mañana siguiente.

El sacerdote había acordado regresar a la casa antes del comienzo de la hora tercera. Hermógenes había dado instrucciones de que lo despertaran antes del principio de la segunda, pero de hecho abrió los ojos antes del alba. El rostro y el tobillo le dolían más que nunca, y la angustia ante el día que se avecinaba le causaba una aguda jaqueca. Se obligó a permanecer quieto en la cama y descansar hasta el amanecer. Entonces se levantó y salió renqueando a la sala para ponerse una túnica limpia y beber agua fresca. Menéstor se despertó y Hermógenes mandó al muchacho a averiguar si Tercia ya estaba en pie, para pedirle que le llevara otra cataplasma.

La esclava apareció enseguida con los cuencos y los paños humeantes. Erotion no iba con ella, y Hermógenes respiró aliviado: se habría sentido obligado a mostrarse alegre ante la niña y no estaba seguro de si habría sido capaz. Tercia negó con la cabeza tras examinar el corte de la mejilla y dijo que creía que estaba infectado y que le

convenía pasar el día descansando tranquilamente en la cama.

—No puedo —le contestó Hermógenes sin más—. ¿Puedes limpiarme la herida? ¿Y tal vez entablillarme el tobillo? Tal vez necesite una protección más firme que la del vendaje.

Tercia limpió el corte y le pidió que enviara a Menéstor a buscar un ungüento de mirra para combatir la hinchazón y también unos sacudidores del lavadero que usaría para sujetarle el tobillo. Hermógenes se sometió a la unción con mirra sin rechistar y luego se tumbó en la cama para que le entablillaran el pie. Tercia se arrodilló a su lado con el ceño fruncido mientras disponía los trozos de madera a ambos lados del tobillo hinchado.

—Señor —dijo con timidez—, ¿sólo tienes la intención de asistir al funeral o… has hecho planes para hacer otras cosas además?

—Tengo otras cosas que hacer hoy, es verdad —admitió él—, aunque preferiría que nuestros amigos del otro lado de la calle creyeran que sólo he asistido al funeral de mi esclavo y he vuelto. Sabes que me he metido en una situación peligrosa. Estoy intentando arreglarlo.

—No me cabe la menor duda, señor —aseveró ella, mordiéndose el labio—. Señor, ¿vas a llevar a esa mujer bárbara contigo? —Sí.

—Ah —respondió aún más inquieta.

—¿Tienes algún motivo para sospechar de Cántabra? —preguntó Hermógenes, preocupado.

—No, no, es sólo que… ¡Es una mujer temible, señor! Y no me gusta la idea de que salgas a la calle con ella cuando apenas puedes caminar. Me da miedo. A veces se queda mirando a Erotion, señor, con una mirada hambrienta. ¡Me da que esa raza de bárbaros debe de comer niños!

Hermógenes sacudió la cabeza, conmovido por una punzada de comprensión y piedad.

—Tercia, Cántabra tenía dos hijos que murieron asesinados a manos de los soldados. ¿Cómo crees que se siente cuando te ve abrazar a tu encantadora hijita?

—¿Tenía hijos? —preguntó la esclava, tan perpleja ante la idea como lo estuvo en su momento Hermógenes.

—Hijos y marido —contestó éste—. Los mataron en la guerra que su pueblo libró contra Roma, y ella perdió la libertad y fue vendida a una arena. Ella no decidió ser lo que es. Me consta que eres una mujer buena y considerada, Tercia. Por favor, trata a Cántabra con amabilidad. Ha llevado una vida muy difícil.

—¡Oh! —Tercia se quedó boquiabierta y sonrojada—. Por supuesto. ¡No lo sabía! ¡Pobre criatura! —Hizo un gesto de conmiseración—. ¡Sus pobres hijitos! Me alegra

que me lo hayas dicho, señor.

Cántabra, sin embargo, no se alegró. Al cabo de un rato, mientras Hermógenes desayunaba con Tito en el comedor, la guardaespaldas se presentó con cara de pocos amigos, saludó y se quedó plantada con los brazos en jarras y los ojos despidiendo chispas.

—¿Qué se te ofrece? —preguntó Hermógenes con cortesía.

—Señor —dijo Cántabra—, ¡has contado a los esclavos lo de mis hijos!

—Sí —reconoció Hermógenes, sorprendido—. ¿He hecho mal?

—¡Sí! ¿Qué vale mi vida si los esclavos se compadecen de mí?

—¿Prefieres que te teman y te odien? —inquirió Hermógenes, irritado—. Tercia tenía miedo de que fueras a comerte a su hija. ¿Debí permitir que continuase creyéndolo? Es una mujer decente y de buen corazón: ¿por qué ha de ofenderte su compasión? Yo te compadezco por lo que ocurrió con tus hijos: ¿acaso eso también te ofende?

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Cántabra se puso roja como un tomate y clavó en él los ojos, sin habla.

—Yo tengo una hija —prosiguió Hermógenes—. Sé cómo me sentiría si la mataran.

—¿Que tú tienes una hija? —Cántabra se quedó boquiabierta como si aquello le extrañase tanto como a él le había extrañado su condición de madre.

Tito, que había asistido estupefacto a la conversación, rompió a reír.

—Está en mi casa, en Alejandría —explicó Hermógenes dirigiendo una mirada de impaciencia a su amigo—. Mujer, me consta que naciste libre y que careces de experiencia, por eso soy indulgente contigo, pero éste no es modo de hablarle a tu patrono. Cualquier hombre te habría despedido por este arrebato.

Cántabra parecía a punto de asfixiarse. Con el rostro todavía colorado, inclinó la cabeza y fue retrocediendo hasta salir de la habitación.

—¿De verdad que esa criatura tuvo hijos? —inquirió Tito, asombrado y divertido.

—Eso parece —respondió Hermógenes. Soltó su trozo de pan sintiéndose muy poco satisfecho consigo mismo y con el mundo.

—Cuesta creerlo —comentó Tito con picardía—. Se ha quedado pasmada al enterarse de que también tú tenías hijos. Tal vez se haya puesto celosa. No me sorprendería que estuviera enamorada de ti.

Hermógenes negó con la cabeza.

—Ya te lo puedes ir quitando de la cabeza. Dejó muy claro que eso no estaba incluido en el contrato.

—¿En serio? ¡Menuda bruja insolente!

—¡Tito, es una exgladiadora bárbara! ¿Cómo quieres que sepa manifestar esa clase

de cosas con delicadeza? Ahora pienso que sólo estaba enojada porque desde su punto de vista he desvelado una confidencia. Ha sido una señal de confianza que me plantase cara a propósito de eso. —Recordó la furiosa expresión de sus ojos; demasiado tarde comprendió que era una expresión dolida—. No debería haberme comportado con tanta suficiencia —admitió, súbitamente avergonzado.

Tito ahora lo contemplaba con un semblante distinto, perplejo y serio a la vez.

—Realmente te esfuerzas con todo el mundo, ¿verdad? —preguntó.

—¿Me esfuerzo en qué?

—En… en intentar comprender a la gente, en entenderla. Recuerdo que tu padre me comentó una vez que por eso eras tan bueno en los negocios; porque te ponías en el lugar de la persona con quien negociabas e intentabas deducir lo que realmente quería. A partir de entonces te observé y advertí que llevaba razón, que en efecto hacías eso y se te daba muy bien. Pero no lo haces sólo con tus socios comerciales, ¿verdad? Lo haces con todo el mundo. Con esa bárbara, con tus esclavos… y con los míos también. —Miró a su huésped a los ojos—. Me aseguraste que no pretendías corromperlos ni seducirlos, pero lo has hecho. Sólo llevas aquí unos pocos días y ya están más deseosos de complacerte a ti de lo que nunca lo han estado por complacerme a mí.

Descubierto y desenmascarado. Hermógenes notó un dolor punzante en el corte de la mejilla al sonrojarse.

—No es verdad —alegó apresuradamente—. Saben que eres un buen amo y están ansiosos por complacerte. El problema es que no saben cómo.

—¿A qué te refieres? —El impreciso resentimiento que Hermógenes había percibido en su anfitrión de repente se hizo patente—. Sin duda es obvio que…

—No lo es —insistió el alejandrino—. Mira, Tito, el día que llegué aquí los reprendiste por no haber preparado mis aposentos. De hecho, no estaban seguros de qué habitación tenían que preparar ni qué querías que hicieran. Les gritas cuando no hacen las cosas como es debido pero nunca les dices nada cuando las hacen bien: de modo que nunca están seguros de si han hecho algo correctamente o no, y no se atreven a tomar la iniciativa por miedo a equivocarse. Sin embargo, eso no quita que quieran complacerte. Sólo tienes que indicarles cómo.

Tito lo miraba con una expresión que no supo descifrar. Kyon apareció en el umbral y anunció que había llegado el sacerdote con la litera para el cortejo fúnebre.

—Perdona —se disculpó Hermógenes vagamente mientras agarraba la muleta—. Tito, tengo que irme. Por favor, si me ocurriera algo, cuida de Menéstor. Quiero concederle la libertad; te agradecería que te encargaras de ello.

Tito palideció.

—¿Cuentas con que te maten? —chilló.

—¡No! No, ni mucho menos. Cuento con regresar para libertar a Menéstor yo mismo. Sólo te lo pido como precaución. ¡Salud! —se despidió, y se dirigió renqueando hacia la puerta.

El cortejo fúnebre aún no había acabado de reunirse. Menéstor ya estaba allí, con aire huraño. Cántabra se mantenía un poco apartada, también con cara hosca. Llevaba una toga sencilla de buena calidad encima de la túnica de esclava. La había pedido prestada, pero resultaba apropiada para presentar los últimos respetos al difunto, aunque Hermógenes habría preferido que la hubiese drapeado debidamente en lugar de ponérsela como si fuese un mantón. Jacinto llegó presuroso desde la parte trasera de la casa junto con su madre y su hermanita. El sacerdote lucía las vestiduras ceremoniales negras de Isis en vez de las blancas de Mercurio, si bien lo acompañaba un asistente con un cordero para celebrar el sacrificio funerario a la romana. Cuando avistó a Hermógenes, el sacerdote se acercó para ayudarlo a subir a la litera cubierta que lo aguardaba. Kyon salió el último con una toga negra, también prestada, adecuada para un funeral.

La litera era pequeña; la portaban sólo cuatro esclavos en lugar de los ocho habituales en vehículos de mayor prestancia. Estaba decorada con cortinas lisas de lana marrón que olían a moho. Hermógenes dejó que Kyon le drapeara la toga, y el sacerdote lo aupó para que se acomodase en la litera. Una vez sentado y con el pie apoyado en un cojín, Hermógenes retiró la cortina del otro lado para echar un vistazo a la acera de enfrente.

Allí estaban los cuatro bárbaros, dos sentados en el bordillo, enfrascados en una partida de dados, y los otros dos de pie, todos ellos con los ojos fijos en él. No eran todos rubios, después de todo: uno de ellos tenía el cabello castaño, pero a todas luces eran extranjeros, con sus rostros toscos y barbudos y el pelo largo. Eran hombres robustos, vestidos con túnicas rojas y capas sencillas, y si bien no habían traído sus lanzas consigo, llevaban puñales sin el menor disimulo. Durante un buen rato sostuvieron la mirada de Hermógenes, hasta que éste le hizo señas a uno para que se acercara.

El hombre retrocedió con premura. Hermógenes se volvió hacia atrás y llamó la atención de uno de los porteadores que iba a cargar con la litera.

—Por favor, ¿te importaría atravesar la calle y contarles a esos caballeros lo que estamos haciendo? —le pidió—. Estarán ansiosos por saberlo.

Sin ocultar su nerviosismo, el porteador cruzó a la otra acera y habló con los guardias. Hermógenes reparó en que los cuatro fruncían el ceño, avergonzados, mientras dirigían alternativamente la vista al mensajero y a él. El porteador regresó.

—Ya se lo he contado —anunció. Parecía aliviado: su recado y la aceptación tácita

del mismo confirieron cierta oficialidad a los guardias, con lo que automáticamente dejaron de ser motivo de preocupación.

—Gracias —musitó Hermógenes y corrió las cortinas.

Poco después dos esclavos de Tito salieron de la casa con el cuerpo de Formión, y el cortejo se puso en marcha.

Roma estaba rodeada de pequeños cementerios, todos ellos situados, por exigencias legales, fuera de las viejas y desbordadas murallas de la ciudad. El más cercano quedaba justo al final de la vía Tusculana, una vez cruzada la puerta Celimontana. Hermógenes recordó que los hermanos Rubrio le habían señalado que aquélla era la peor parte de la calle, aunque apenas la entrevió a través de las cortinas. No fue un trayecto muy largo: el cortejo giró a la derecha hacia el cementerio a menos de una milla de la casa, y Hermógenes apartó las cortinas para ver cómo llevaban el cuerpo de Formión hasta la pira preparada para él.

El sacerdote rezó porque la tierra fuese leve al cuerpo del difunto, porque Mercurio guiara su alma sin peligro hasta el otro mundo y porque Serapis, el consorte de Isis, la recibiera con amabilidad. Derramó una libación de vino y aceite y roció a los dolientes congregados con agua del Nilo. Se llevó a cabo el sacrificio ritual del cordero y, por último, el encargado del cementerio hincó una antorcha en el corazón del montón de leña.

—¡Adiós, Formión! —gritó Menéstor en griego, y un coro de voces desiguales lo repitió en latín.

Hermógenes guardó silencio sin moverse de la litera hasta que el fuego ardió con violencia. Finalmente Cántabra se acercó, descorrió las cortinas del lado que daba a la pira y lo ayudó a salir.

—Dos de ellos nos han seguido —le comunicó en voz baja—, pero ambos se han quedado vigilando la entrada del cementerio.

Hermógenes asintió. Había previsto que los guardias no asistirían a las exequias de un hombre asesinado por sus compañeros. Con un gesto le indicó a Menéstor que se acercara. El muchacho acudió a regañadientes y permaneció inmóvil mientras su amo se quitaba la toga prestada y se la ponía a él. Las cortinas de la litera los ocultaban de los vigilantes apostados a la entrada del cementerio.

Hermógenes formó con un pliegue de la toga una suerte de capucha para Menéstor.

—Sólo tienes que subirte a la litera y dejar que te lleven de regreso —le ordenó Hermógenes—. Mantén las cortinas cerradas. Cuando lleguéis a la casa, tápate bien la cabeza con la toga y deja que te acompañen hasta la puerta. Recuerda que debes cojear del pie derecho.

Menéstor puso mala cara pero se limitó a responder:

—Sí, señor.

Para entonces los porteadores de la litera no disimulaban su desconcierto. El sacerdote se aproximó, arrugando la frente con preocupación.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

Hermógenes había resuelto no involucrar al religioso en sus planes más de lo estrictamente necesario. El sacerdote sabía que los guardias los vigilaban por orden de Rufo pero desconocía el motivo. Hermógenes se las había ingeniado para dar a entender que sólo se trataba de una maniobra para intimidarlo con el fin de que se olvidara de la deuda. Ahora adoptó una expresión de embarazo.

—Anoche abrí mi caja fuerte y descubrí que no tengo suficientes monedas para pagar todo esto —dijo. Era verdad, si bien no añadió que ya había entregado a Tito un cheque bancario por el importe solicitado. Al comprobar que el sacerdote se quedaba horrorizado, Hermógenes se aprestó a agregar—: ¡No hay de qué preocuparse! Mi amigo Tito Fiducio te pagará, pero yo debo conseguir dinero con que pagarle a él. Soy financiero y no tendré problemas para retirar dinero de un banco de la ciudad. Confieso, no obstante, que estoy un tanto preocupado por lo que esos guardias puedan hacer si se enteran de que retiro una suma importante, de modo que prefiero que no lleguen a averiguarlo. —Se aseguró de mirar también a los porteadores a los ojos al decir esto. Ellos asintieron haciéndose cargo de la situación: no entendían qué pintaban los guardias allí pero estaban de acuerdo en que no era conveniente dejar que unos bárbaros supieran que llevaba dinero encima—. Voy a enviar a mi esclavo de regreso en mi lugar —prosiguió—. El pobre muchacho está muy afligido por la pérdida de su compañero y de todos modos no lo necesito para realizar esta gestión. Mi guardaespaldas se encargará de traerme una silla de manos para ir al banco. Espero que esto no sea un inconveniente.

No lo fue. Los porteadores colocaron la litera de tal modo que ocultase a la vista de los vigilantes a Hermógenes y al sacerdote, que lo ayudó a sentarse en el pedestal de un monumento funerario. Allí aguardó, con la muleta en el regazo, a que el cortejo se reuniese de nuevo y saliese del recinto. Los demás volverían a la casa, donde asarían el cordero sacrificado para comérselo en el banquete funerario, y los dolientes congregados beberían a la memoria de Formión. Cántabra se escabulliría discretamente en el camino.

El fuego aún ardía, y un denso olor a carne quemada impregnaba el aire. Cenizas grises y púrpura flotaban en un cielo nublado. El encargado del cementerio miró unas cuantas veces a Hermógenes con curiosidad pero no dijo nada. Mantendría la pira encendida a lo largo del día y a la mañana siguiente recogería los huesos calcinados para enterrarlos.

La espera se le antojó eterna al alejandrino. Su mente saltaba nerviosamente de una preocupación a otra al principio: el vecindario, los vigilantes que no alcanzaba a divisar, la reunión inminente. Luego se obligó a pensar en Formión. Recordó el día en que su padre compró al guardaespaldas en el mercado de esclavos para sustituir a un guarda que había envejecido demasiado para el puesto. Formión era entonces un muchacho corpulento, moreno y taciturno de unos veinte años, obediente pero huraño: su amo anterior había llegado a la conclusión de que era corto de luces y lo azotaba con frecuencia. A medida que se acostumbraba al ambiente más tolerante de la nueva casa afloró su faceta avispada y también su mal genio. Se enzarzó en peleas, tanto en la casa como en el mercado, e incluso robó vino de las reservas de su padre y fue azotado por ello. Entonces conoció a una muchacha de casa de un vecino. Durante cerca de un año fue todo sonrisas, pero luego rompió con ella y quedó trastocado. Con el tiempo, no obstante, se fue serenando, pareció resignarse a su papel en la vida y se convirtió en el hombre a quien ahora lloraba su amo: sosegado, responsable, de natural bondadoso aunque con ocasionales arranques de ebriedad y violencia.

—Adiós, Formión —susurró Hermógenes al fuego—. Lamento no haber sido lo bastante sensato como para evitar que perdieras la vida. Que los dioses te acojan con benignidad.

Por fin oyó pasos a sus espaldas y al volverse vio a Cántabra, que llegaba con la silla de manos.

Los porteadores eran desconocidos, y ella los había contratado en la caballeriza que había calle arriba. Era poco probable que conocieran siquiera a Gayo y Quinto Rubrio: el puente Emilio se hallaba en la otra punta de la ciudad. Cántabra, siguiendo las instrucciones de Hermógenes, les había explicado que necesitaba trasladarse directamente de un funeral a una reunión de negocios, y ellos lo saludaron cortésmente, sin rastro de suspicacia, aunque Hermógenes sí reparó en la impresión que se llevaron al fijarse en el rostro vendado y el tobillo entablillado.

—Me asaltaron en la Subura —declaró sin que le preguntaran, y las expresiones atónitas cedieron el paso a miradas de compasión.

—Sucede cada dos por tres, señor —le aseguró uno de los porteadores—. ¿Nos quieres para toda la jornada, entonces, o sólo para la carrera hasta tu reunión?

—Para todo el día, por favor. Os pagaré la mitad de la tarifa ahora y la otra mitad por la tarde, ¿de acuerdo?

Les entregó un denario a modo de anticipo, cosa que los satisfizo, y se puso de pie. Cántabra se quitó de los hombros la toga que él le había prestado y se la pasó sin mediar palabra: un caballero no asistía a una reunión de negocios vestido únicamente con su túnica. Apoyado en la muleta, Hermógenes drapeó la prenda lo mejor posible y

luego dejó que los porteadores lo auparan a la silla. Fue dolorosamente consciente de que se había convertido en una parodia de sí mismo como hombre de negocios.

—Tengo la mala suerte de estar convocado a una reunión en la casa de Vedio Polión en el Esquilino —informó a los porteadores cuando se hubo sentado—. A la hora quinta. ¿Por casualidad sabéis qué hora es?

Los hombres calcularon que faltaba una media hora. No debería haber problema alguno: enfilarían el camino que rodeaba la muralla hasta la puerta Esquilina, donde torcerían a la izquierda para entrar en la ciudad; la casa no quedaba lejos de allí. Sí, sabían dónde estaba.

Echaron a andar a buen paso a través de otra zona de casas de vecinos. A su izquierda, la antigua muralla aparecía a intervalos como un afloramiento negro en un mar gris de populacho. Cántabra caminaba en silencio junto a la litera. Su melena roja brillaba al sol. Su rostro aún delataba su mal humor.

—Cántabra —dijo Hermógenes tras un prolongado silencio. Sabía que de nuevo iba a sacrificar su dignidad por ella y, peor aún, que iba a hacerlo delante de los porteadores, pero todavía lo incomodaba la escena del comedor y no quería acudir a la reunión con Polión sintiéndose incómodo con su guardaespaldas.

La mujer lo miró con severidad.

—Perdona que te haya hablado de esa manera, como si fuese tu amo —murmuró Hermógenes—. Después he comprendido que había traicionado tu confianza. No era ésa mi intención, y lamento haberte ofendido.

Los ojos azules de Cántabra lo escrutaron con detenimiento en silencio.

—No te pedí que no divulgaras lo que te conté —contestó bruscamente—. No fue culpa tuya. —Apartó la vista y asestó una patada a una piedra suelta del camino que salió disparada hasta chocar contra un edificio—. Además, tenías razón. Esa mujer, Tercia, no va a portarse como mis compañeros en la escuela. No se burlaría de mí si me viera llorar.

—¿La gente se reía de ti cuando llorabas a tus muertos? —preguntó Hermógenes, consternado.

Los ojos volvieron a posarse en él, esta vez centelleando de rabia.

—¿Crees que los gladiadores pueden darse el lujo de llorar? Cuando llegas a la escuela te dicen que estás allí para soportar que te quemen, te encadenen, te golpeen y te maten a hierro. Los hombres libres que se alistan hacen juramento de aguantarlo. El resto lo aguantamos sin más.

—¿Era una escuela de gladiadores?

Asintió con la cabeza.

—La escuela de Tauro. En el Campo de Marte.

—¿Fuiste gladiadora? —inquirió uno de los porteadores, sorprendido.

Cántabra asintió de nuevo frunciendo el entrecejo.

—¡Ajá! ¡Claro que sí! ¡No te había reconocido sin la armadura! Me gustan los juegos. Eres Cántabra. Luchaste contra Bellona en los juegos consulares del pasado enero, ¿verdad?

—Sí —respondió Cántabra sin suavizar su expresión—. Gané mi libertad.

—¡Caray, enhorabuena! Fue un buen combate.

Cántabra pateó otra piedra con el semblante tan adusto que el porteador se calló.

Avanzaban con dificultad por las calles estrechas. Había otro cementerio a la derecha, vallado y plantado de árboles. A la sombra de uno de ellos, unos perros escuálidos se apiñaban alrededor de algo, desgarrándolo y mordiéndose entre sí. Entierros baratos de esclavos, pensó Hermógenes con un estremecimiento. Se preguntó si realmente a Formión le hubiese importado que lo sepultaran de aquella manera. A él, desde luego, sí.

—Señor —dijo Cántabra de pronto—, ¿tu esposa sabe que estás haciendo esto?

Hermógenes pestañeó, desconcertado.

—¿Haciendo qué? Además, mi esposa está muerta.

—Luchando —contestó Cántabra con cautela—. Aunque si está muerta la pregunta no viene a cuento.

—Murió de parto hace cinco años. ¿Piensas que debería resignarme y dejar que me roben?

Cántabra se quedó pensativa por unos instantes y se encogió de hombros. Hermógenes recordó el entusiasmo que había manifestado ante la idea de humillar a un cónsul romano y le molestó que hubiese cambiado de parecer. ¡Qué extraña mujer! ¿Por qué le preocupaba tanto lo que su esposa pensara sobre lo que estaba haciendo?

Entonces cayó en la cuenta de que sabía exactamente por qué: porque su propio marido había luchado contra Roma y había perdido no sólo su vida sino también las de sus hijos y la libertad de su esposa. No tenía nada de extraño que eso le viniese a la mente ahora, mientras lo acompañaba hacia otro conflicto. En cierto sentido, lo único verdaderamente sorprendente era que todavía continuase a su lado, que no se hubiese excusado y marchado.

Quizá confiaba en que iba a vencer. La idea lo animó, y tomó conciencia, con una punzada de vergüenza, de lo asustado y desesperado que debía de estar si el mero hecho de que una guardaespaldas bárbara depositara su fe en su persona revestía tanta importancia para él. Echó otra ojeada a su serio perfil bajo el pelo encendido y se sintió reconfortado, aunque no dijo nada. Los porteadores giraron suavemente a la izquierda para cruzar la puerta Esquilina.

Poco se sorprendió Hermógenes de que los porteadores del palanquín conocieran la ubicación de la residencia de Vedio Polión. La mansión era sin lugar a dudas un verdadero palacio y habría constituido un punto de referencia en cualquier ciudad. Avanzaron a lo largo de la tapia durante un buen rato antes de llegar a la caseta del guarda, una construcción sólida con dos verjas separadas: una para los peatones y otra para los carruajes.

Había cuatro hombres de guardia. A diferencia de los vigilantes de Tario Rufo, no eran bárbaros sino matones romanos vestidos de rojo, si bien portaban espadas propias de militares. Cuando la silla de manos se aproximó a la verja, uno de ellos se irguió y cuchicheó algo a los demás, y todos se volvieron hacia Cántabra.

—¿Y éste es tu griego rico? —le preguntó uno cuando se detuvo la silla—. No está en buena forma, ¿eh? ¿Qué le ha pasado? ¿Ha intentado acostarse contigo?

Cántabra se puso tensa. Su patrono también.

—Me llamo Marco Elio Hermógenes —espetó—. Tengo una cita con Publio Vedio Polión.

El hombre que había hablado se sobresaltó y acto seguido se violentó. Hermógenes supuso que no contaban con que entendiera tan bien el latín. Se sentó muy envarado en la silla de manos y miró al guardia con altivez.

—Sí, señor —respondió el hombre con más humildad—. Nos ha dado instrucciones. Puedes pasar.

Los jardines de diseño formal de Polión, más extensos y espléndidos que los de Rufo, se fundían por la parte izquierda con arboledas más asilvestradas de pinos muy altos, que crecían armoniosamente en los bancales de la colina. Había innumerables estanques y fuentes. Hermógenes los observó con angustia preguntándose en cuál nadarían las mortíferas lampreas.

La casa propiamente dicha, gigantesca y ostentosa, presentaba una fachada de columnas de mármol cuyos capiteles dorados refulgían al sol; el pórtico estaba pavimentado por entero con mármol amarillo de Numidia. Un portero esclavo apostado

ante la entrada del vestíbulo principal abovedado salió a recibirlos. Hermógenes le mostró la carta con el sello de Polión, y el portero, sonriendo de oreja a oreja, le dio la bienvenida y pidió a los porteadores que bajaran la silla.

—¿Forman parte de tu personal, señor? —preguntó, para sorpresa de Hermógenes, en griego con un deje asiático.

—No —reconoció Hermógenes—, pero los he contratado para toda la jornada.

—Entonces que aguarden en la cuadra.

Hermógenes dejó que los porteadores lo ayudaran a apearse y se apoyó en la muleta mientras el portero se dirigía a ellos en latín con acento griego. Advirtió consternado que el alma le caía a los pies al ver partir a los hombres con las angarillas. Se dijo que en realidad no importaba: si su anfitrión no quería que se marchara, de poco le servirían los porteadores.

El portero observó a Cántabra con recelo.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—Mi ayudante contratada —contestó Hermógenes—. La última vez que vino a esta casa en calidad de mensajera surgieron ciertos problemas entre ella y los guardaespaldas de su señoría Vedio Polión. Te ruego que esta vez permitas que se quede conmigo.

—Habré de consultarlo —dijo el portero—. Por aquí, señor.

Lo condujo ante otro esclavo griego de más edad, quien a su vez lo interrogó sobre la presencia de Cántabra. Hermógenes refirió otra vez el incidente con los guardaespaldas, y el esclavo dio muestras de recordarlo. Estuvo de acuerdo en que más valía que permaneciera junto a su patrono.

Los guiaron a través de un atrio y luego doblaron a la izquierda por un corredor que desembocaba en un jardín y de nuevo a la izquierda. La casa era un laberinto de suelos de mármol y paredes pintadas al fresco, suntuosas alfombras y obras de arte de valor incalculable. Hermógenes avanzaba despacio detrás del esclavo, saltando a la pata coja apoyado en la muleta, consciente de que Cántabra le pisaba los talones. Oír aquellas pisadas a su espalda lo reconfortaba de forma indescriptible.

Finalmente el esclavo llamó a una puerta de arce pulimentado y la abrió cuando contestó una voz:

—El financiero alejandrino Hermógenes —anunció, inclinado en una profunda reverencia.

Hermógenes entró en la estancia. Era un estudio, una habitación relativamente pequeña que daba a los bancales de pinos, con una librería en una pared y un enorme escritorio de ébano tallado junto a la otra. El hombre que estaba sentado al escritorio se volvió en su asiento de cara al visitante, y el esclavo de inmediato corrió a girar el

sillón para facilitar sus movimientos. El amo de la casa era viejo, aunque probablemente parecía mayor de lo que era debido a las huellas de la enfermedad. Tenía la piel arrugada y flácida de quien antes era gordo y ha perdido peso; su rostro estaba pálido y abotargado a causa de su mal, y sus dedos, hinchados como salchichas; los párpados inferiores formaban bolsas bajo unos ojos legañosos y enrojecidos. No llevaba toga, sólo una túnica holgada de fino algodón indio teñida de amarillo con azafrán y bordada con hilo de oro. Estudió a su visitante con una expresión cada vez más irónica.

—¡Por Heracles! —exclamó en griego—. ¿Lucio Rufo te hizo eso?

Hermógenes le dedicó una sonrisa forzada.

—Me asaltaron en la Subura. Me han dicho que es algo que sucede constantemente. ¿Tengo el honor de encontrarme ante Publio Vedio Polión?

Su interlocutor sonrió.

—En efecto. ¡Sócrates! Una silla para mi invitado.

El esclavo hizo una zalema, salió a toda prisa y regresó un instante después con una silla plegable de cerezo labrado. Hermógenes se sentó con cuidado, sosteniendo la muleta delante de sí. El asiento, demasiado bajo, lo obligaba a levantar la vista hacia Polión, cuyo sillón era alto y semejaba un trono. Una vez más se alegró de tener a Cántabra a sus espaldas.

—Si no me equivoco, hablas latín con fluidez —dijo Polión—. Un logro insólito y nada desdeñable en un griego. ¿Qué lengua prefieres que usemos para tratar de nuestros asuntos?

Hermógenes extendió las manos.

—Defiero por entero a tu elección, señor.

—Pues hablemos en latín, entonces —decidió Polión, pasándose a ese idioma—. Será toda una novedad discutir asuntos de negocios con un griego en mi propia lengua. ¿Nunca te ha chocado la arrogancia de vuestra actitud? ¿Que vosotros, los griegos, deis por sentado que incluso vuestros conquistadores deben aprender griego?

—Si nuestros conquistadores deciden aprender nuestro idioma, señor, ¿no resultaría arrogante despreciar sus esfuerzos?

—Vaya, qué ocurrente. Y el informe no se equivocaba: hablas con mucha soltura. ¿Qué es lo que quieres de mí, Marco, si me permites llamarte por tu nombre de pila?

Hermógenes se removió en su asiento, desconcertado e incómodo. Rara vez había pensado en aquel Marco como un nombre: para él se trataba de un título, un distintivo de su condición y del poder que le confería su ciudadanía romana. Polión lo observaba divertido, muy consciente de ello. Hermógenes comprendió enseguida que sería una equivocación desaprovechar aquella oportunidad.

—He sido sometido a una cura de humildad, señor —dijo—. Tario Rufo me llamó «griegote» y «egipcio» y, a diferencia de ti, en ningún momento me hizo sentir que me asistiese el menor derecho a emplear mi nombre romano. Sin embargo, es un nombre que reclamo como legítimo, de modo que si tu deseo es usarlo, ¿cómo iba a importunarme?

»Señoría, en respuesta a tu pregunta: estoy aquí para preguntarte si deseas comprar una deuda que tengo pendiente con Tario Rufo. La heredé junto con el patrimonio de mi pariente Nicómaco de Chipre, pero ha resultado difícil de cobrar y, puesto que tú eres su principal acreedor, he considerado conveniente ofrecerte la oportunidad de consolidar la deuda antes de intentar endosársela a otra persona.

—¿Difícil de cobrar? —repitió Polión y se recostó en su trono sonriendo—. Imposible, diría yo.

—Creo que no —objetó Hermógenes sin alterarse—. Rufo tiene enemigos que estarían dispuestos a protegerme con tal de verlo deshonrado al recibir una citación por endeudamiento. O quizá Gayo Mecenas me compraría la deuda, si es que a ti no te interesa.

El rostro de Polión no reveló gran cosa, pero la momentánea paralización de su sonrisa y la contracción de sus pupilas le dijeron a Hermógenes que había dado en el clavo. Había pensado que merecía la pena probar suerte: era lógico que existiese una aversión mutua entre Polión y Mecenas pues ambos eran financieros y amigos íntimos del emperador, pero uno era un caballero alabado por su culta generosidad y el otro un hijo de liberto desdeñado por su codicia.

—Eso sería desacertado —aseveró Polión en voz muy baja—. Creo que antes de permitir que hicieras una de esas dos cosas mi amigo Lucio se encargaría de que… tropezaras con unos ladrones en la Subura. Tu gladiadora es una luchadora temible, sin duda, pero veo que sólo llevas un guardaespaldas.

Hermógenes inspeccionó el mango de la muleta.

—El cónsul sabe que mi muerte no lo beneficiaría.

Se impuso el silencio, y al cabo Polión se rió.

—Por Júpiter, mi querido Lucio ha tenido mala suerte, ¿verdad? ¿En manos de quién obran los documentos incriminadores?

Una educada expresión de perplejidad asomó al rostro de Hermógenes. Un escalofrío le recorrió la espalda. Algo más que una simple transacción comercial vinculaba a aquel hombre con el cónsul. El tono y el lenguaje no encajaban. Había algo más complicado allí, algo político. Hermógenes comenzó a sospechar que había sido una enorme insensatez presentarse en casa de Polión.

Polión soltó otra carcajada, como si le hubiese leído el pensamiento.

—No haces pie, alejandrino —dijo, casi con amabilidad—. Estás nadando bien pero no haces pie. Dime, ¿cómo te enteraste de que Lucio era mi mayor deudor? No he dado mucha publicidad a este hecho.

—Tenía sobrados motivos para pagar —respondió Hermógenes—. Si no lo hacía, significaba que no podía. Si pidió el préstamo en Roma, con toda seguridad recurrió a un miembro de su círculo, lo que reducía la lista de posibles acreedores a Mecenas y a ti.

—Y él y Gayo Mecenas siempre se han detestado —terminó Polión como si todo el mundo lo supiera—. Bastante simple. ¿Cuánto te debe Lucio?

—Cuatrocientos mil del capital —contestó Hermógenes sin tapujos, notando que el alivio normalizaba el ritmo de su corazón. Quizás el aspecto político de la cuestión fuese completamente ajeno al asunto que traía entre manos, y todavía cabía la posibilidad de endosar la deuda y marcharse—. Más ciento veinte mil de intereses. Habida cuenta de las dificultades con las que he topado al intentar cobrar y mi ignorancia en cuestiones políticas, señor, pues he de reconocer que no hago pie, te la vendería por dos tercios del total. —No lo presionaría más, de momento—. Mi mayor deseo es resolver esto y regresar a mi casa. Sólo pongo una condición.

—¡Oh, las condiciones! —exclamó Polión—. Nunca dejará de asombrarme la prepotencia con que vosotros los griegos imponéis condiciones. Si la mismísima Muerte se presentara ante ti con su espada, seguro que querrías dictarle las condiciones para despojarte de la vida. ¡Dime cuál es esa condición, pues!

El corazón se le aceleró de nuevo a Hermógenes. No le resultaría tan fácil salir airoso. Se obligó a responder con serenidad pese a su creciente aprensión.

—Hagas lo que hagas con la deuda, Rufo debe enterarse de que yo ya no tengo derecho a cobrarla.

—¿Y piensas que eso te salvará? —Polión sonrió y luego hizo chasquear los dedos —. Sócrates, trae vino para mi invitado. Que sea cécubo. Lo estoy pasando muy bien con este hombre.

El esclavo hizo una reverencia y se retiró apresurado.

—Supongo que dispones de documentos que acreditan tus derechos —prosiguió Polión reclinándose en el respaldo y cruzando sus hinchadas manos sobre la barriga.

—Están a buen recaudo.

—Por supuesto. Entrégamelos y hablaremos de pagos y condiciones.

Hermógenes apoyó la muleta en el suelo y se levantó.

—Perdona que te haya molestado —dijo tan sereno como pudo—. Lamento que no vayamos a hacer negocios juntos.

—¡Siéntate! —espetó Polión con una primera muestra de verdadera irritación—.

Acabo de pedir vino.

Hermógenes permaneció de pie.

—Lo único que quiero —explicó sin alterarse— es recuperar un dinero que se me debe. Te he ofrecido la oportunidad de comprar la deuda. Y perdóname, pero ¿en qué consisten los negocios sino en ponerse de acuerdo sobre determinadas condiciones? Si eres la Muerte con su espada y las condiciones no significan nada para ti, mátame. Debes tener presente, sin embargo, que he redactado una carta que caerá en manos de uno de los enemigos del cónsul si no acudo a buscarla en persona. —Comprendió, desalentado, que Polión deseaba tan poco como Rufo que aquello llegara a suceder.

—Siéntate —repitió el romano—. ¡Siéntate si no quieres que me enfade contigo! No rechazo tus condiciones. Vamos a negociarlas.

Hermógenes se sentó. El esclavo llamado Sócrates llegó a toda prisa junto con un esclavo más joven que llevaba una bandeja de plata con vino, agua y dos copas de un delicado cristal alejandrino. El muchacho se inclinó ante su amo, depositó la bandeja en una esquina del escritorio y sirvió el vino, mezclándolo sólo con un tercio de agua. Hizo otra zalema a su amo y le tendió una copa antes de alargar la otra al invitado. Hermógenes se fijó en que las manos del muchacho temblaban. Cabía suponer que lo arrojarían a las lampreas si se le caía la copa. Aceptó el vino con un «gracias» pronunciado en voz baja.

Polión olió el vino con ademán de entendido, tomó un sorbo, y lo saboreó por unos instantes antes de tragar.

—¡Espléndido! —dictaminó—. Encuentro que este cécubo es una de las pocas cosas en la vida que nunca pierden su sabor. Pruébalo.

Hermógenes sorbió el vino con cautela. Era generoso, de gusto intenso, dulce y avinagrado a la vez, con una complejidad de sabores que proclamaba al instante un precio formidable.

—Como bien dices —convino—, espléndido.

Polión volvió a reír y dejó su copa.

—Desde luego, no te falta talento. Lucio debió de maldecir el día que decidió olvidarse de esa deuda. Aunque tratándose de él, intuyo más bien que se limitará a maldecirte a ti. Nunca le han gustado los griegos. No conozco a nadie tan convencido como él de que os burláis de nosotros a nuestras espaldas tachándonos de zafios bárbaros. —Sonrió mostrando las puntas de los dientes—. Yo, en cambio, soy muy amante del helenismo. Casi todo el personal de mi casa es griego, como quizás hayas notado.

Sin duda eso demostraba más categoría que tener esclavos corrientes con nombres griegos. Y sin duda a las lampreas les gustaban tanto como los otros.

—Has dicho que negociaríamos —le recordó Hermógenes.

—Sí. El caso es que no estoy seguro de qué me conviene más: comprarte la deuda de Lucio o ayudarte a cobrarla. Si decido comprarla, te daré los intereses y los dos tercios del capital que has pedido, y puedes estar seguro de que Lucio sabrá que lo he hecho. Si te ayudo a cobrarla, aportaré los hombres que sean necesarios para garantizar tu seguridad mientras lo demandas y te permitiré que te quedes con todo lo que obtengas. Necesito un par de días para tomar la decisión y me gustaría que durante ese tiempo te alojaras aquí, en mi casa, como mi huésped.

Hermógenes se quedó muy quieto en la silla, agarrando la muleta.

—Mi amigo Tito Fiducio se preocupará mucho por mi ausencia. —Ah, sí. Tu amigo. ¿Lucio sabe que has salido de casa de tu amigo?

—Quiero que crea que he asistido al funeral de mi esclavo y que he regresado —admitió Hermógenes a regañadientes—. Señor, le he asegurado a mi amigo que estaría de vuelta antes del anochecer.

—Podemos enviarle una nota discretamente. Me figuro que habías discurrido alguna idea para acercarte a la casa a hurtadillas, con el tobillo roto y todo, por lo que no pienso que una carta presente mayores dificultades. Tienes que quedarte aquí. Insisto. —El tono de Polión se endureció al pronunciar las dos últimas frases.

Hermógenes escrutó aquellos ojos legañosos. No percibió nada amenazante en ellos, sólo una implacable satisfacción. Polión había encontrado el instrumento que buscaba, y Polión iba a utilizarlo. El instrumento, por su parte, no tenía voz ni voto en el asunto.

—No estoy interesado en conocer el alcance de tus planes, señor —aseveró Hermógenes pausadamente—. Como ya te he dicho, lo único que quiero es recuperar mi dinero, y si estás dispuesto a ayudarme a conseguirlo, me doy por satisfecho. Sin embargo, también me preocupa la seguridad de las personas a quienes he implicado en esto. Si me viera obligado a presentar una demanda, no querría que mi amigo ni nadie de su casa corrieran peligro.

—¿Sigues poniendo condiciones? Muy bien. Acordado. Tu amigo recibirá protección. Y por el momento te hospedas aquí. Sócrates, ordena que preparen la Habitación Blanca para mi invitado. En cuanto a su guardaespaldas… ¿Quieres que se quede contigo?

—Sí —contestó Hermógenes sin vacilar—. Tengo entendido que surgió algún problema con uno de tus hombres la última vez que ella estuvo aquí.

Polión le dirigió a Cántabra una mirada divertida pero asintió. Se puso de pie trabajosamente y se aproximó renqueando a su huésped, con las piernas separadas, como si le dolieran los pies. Hermógenes se levantó otra vez de la silla baja y mantuvo

el equilibrio sobre el pie izquierdo sujetándose con ambas manos a la muleta.

Polión extendió el brazo y tocó la mejilla de su invitado justo debajo del vendaje. Arqueó ligeramente sus blancas cejas.

—Ya decía yo que olía a mirra —observó—. Está infectada, ¿verdad? Me ocuparé de que te lleven un buen remedio. —Acarició la carne caliente con sus dedos hinchados, dejó caer la mano sobre el hombro de Hermógenes y le dio un breve apretón —. Cuidaré bien de ti, alejandrino. Eres exactamente lo que necesito.

Sócrates el esclavo los condujo de regreso a lo largo del corredor. Cuando llegaron al atrio, Hermógenes se detuvo. La muleta le estaba haciendo daño en la axila y se sentía acalorado, débil y mareado.

—Tengo que descansar un momento —jadeó cuando Sócrates se volvió hacia él con expresión preocupada.

—Pediré que traigan una silla —ofreció Sócrates enseguida en griego.

Hermógenes negó con la cabeza.

—He contratado una silla con porteadores para toda la jornada. Deben de estar aguardando…

—Me encargaré de que les paguen y se marchen —afirmó Sócrates de inmediato.

La rapidez de aquella respuesta lo confirmaba: no iban a permitir que se escabullera.

—Les debo un denario —musitó como si no se hubiese percatarlo de nada.

Sócrates asintió con un gesto, dio una palmada para avisar al portero y a otro esclavo que pasaba por allí y les impartió órdenes.

El primero fue a pagar y despedir a los porteadores; el segundo se adentró en la casa y regresó al momento con una silla corriente y dos muchachos para transportarla. Hermógenes se dejó llevar hasta la Habitación Blanca.

El nombre se debía obviamente a la piedra empleada en el suelo y la decoración: mármol de Paros, puro y resplandeciente como la nieve. El aposento constaba de una alcoba, un estudio y un vestidor separados por cortinas blancas y provistos de mobiliario de maderas claras con tapicerías albas y doradas. Había dos esclavas haciendo la cama y rellenando las lámparas de aceite. Los dos muchachos dejaron la silla en el vestidor y Hermógenes permaneció sentado allí, abrazado a la muleta, mientras las mujeres acababan de arreglar la habitación. Sócrates le preguntó si deseaba algo más.

—Un poco de agua fresca, gracias —respondió Hermógenes—. ¿Sócrates es tu verdadero nombre?

—El señor Polión tiene cinco mayordomos —contestó el hombre indirectamente—. Los otros se llaman Platón, Aristóteles, Zenón y Epicuro. Yo ocupo un cargo superior y soy el más viejo.

Hermógenes había sospechado algo por el estilo.

—¿Por qué filósofos?

—El oficio de mayordomo sin duda enseña a un hombre a adoptar una actitud filosófica ante la vida —dijo Sócrates con sequedad—. Haré que te traigan el agua y enviaré a alguien a examinar tus heridas, tal como ha dispuesto mi amo.

Los esclavos de Polión se marcharon. Cántabra inspeccionó las habitaciones con el ceño fruncido y luego se sentó en el suelo junto a la silla de su patrono.

—Lo siento —se disculpó Hermógenes con un ademán de impotencia.

Cántabra alzó la vista hacia él, sobresaltada.

—Estás consiguiendo lo que deseabas, ¿no?

Hermógenes arrojó la muleta con saña al otro extremo de la habitación y renegó en griego. Cántabra lo observó impasible hasta que terminó su rabieta y se tapó la cara con las manos.

—Así pues —dijo Cántabra entonces—, algo va mal. Ya me lo olía. ¿Se propone matarte?

—¿No es evidente? —gritó Hermógenes apartando las manos de su rostro—. No, no se propone matarme; se propone utilizarme para someter a Rufo a chantaje. ¡Oh, Zeus, oh, Isis, he sido un estúpido!

Cántabra de nuevo se limitó a contemplarlo.

—Sabes que no entiendo estos asuntos de dinero. ¿De qué va esto del chantaje?

Hermógenes respiró entrecortadamente.

—Me parece —murmuró con voz ronca— que dejará que Rufo se entere de que estoy en su poder para forzarlo a decidir si plegarse a los deseos de Polión, a fin de que éste salde la deuda por él, o si va a continuar negándose, lo que lo obligaría a pagarla de su bolsillo.

»Polión ha conocido en todo momento el estado de cuentas de Rufo. Sin embargo, Rufo ha sido capaz de resistir su presión hasta ahora. Sus recursos en metálico no le alcanzan para pagarme a mí y a la vez mantener a raya a Polión, de modo que si lo llevo ante la justicia, no sólo sufrirá la deshonra de la citación en sí sino que tendrá que vender propiedades. Esto sacaría a la luz su endeudamiento, y el valor de cuanto posee caería en picado. Esas granjas de Picenum pasarían de valer cien millones a no valer un sestercio. Bueno, tal vez exagero: comparado con alguien como yo seguiría siendo un hombre rico, pero comparado con lo que ha sido y lo que cree que será, se convertiría en un don nadie.

—Pero es tu enemigo —señaló Cántabra—. ¿Por qué iba a importarte?

—No me importa lo que le ocurra a él. Lo que no sé es por qué le está haciendo chantaje Polión. No me… —Se frotó enojado la parte del rostro que le había tocado el romano—. ¡No me gusta que me utilicen, sobre todo cuando ni siquiera sé para qué me están utilizando!

—Es un hombre malvado —sentenció Cántabra, muy seria—. No puedes confiar en que cumpla su parte del trato que cierre contigo pero no permitirá que rechaces su oferta.

Hermógenes se estremeció. «Eres exactamente lo que necesito».

—Ya lo sé. —Volvió a inspirar profundamente—. Tengo que pensar. Tal vez ésta siga siendo mi mejor alternativa. Y tal vez no.

—Él cree que tienes el tobillo roto —susurró Cántabra.

—¡Chisss!

Hermógenes echó un vistazo a la habitación tras recordar demasiado tarde que podía haber alguien escuchando a escondidas.

Probablemente no habrían oído aquello aunque hubiesen reparado en su arrebato de ira. Quizá no le serviría de gran cosa —entre él y las calles de Roma se interponían todos los esclavos de la casa, por no hablar de la tapia y los guardias—, pero ser capaz de correr sin que ellos lo supiesen quizá fuese el único ardid que le quedaba.

Cántabra asintió con la cabeza.

—Pídeles que traigan un colchón —dijo en voz más alta—. No vamos a compartir tu cama. Dormiré aquí, junto a la puerta.

Hermógenes asintió con aire atribulado. Cántabra estaba manejándose mejor que él.

—Lo haré, descuida. —Titubeó por un momento, se armó de valor y agregó—: Tú no le interesas. Si quieres marcharte, escribiré una carta de recomendación y otra dirigida a Tito solicitándole que te busque otro empleo. No hay motivo alguno para que pases por esto. —La vida, pensó, ya le había infligido todo el sufrimiento que le correspondía y más. Sacrificando parte de su amor propio, admitió—: Es culpa mía, no tuya.

—Juré por los dioses de mi pueblo que te serviría con lealtad y que antepondría tu vida a la mía —repuso Cántabra enseguida—. Además, tu amigo no me ayudaría si se enterase de que te he abandonado. No quería que me contrataras.

—Pues entonces gracias —dijo Hermógenes. Dejó a un lado la dignidad una vez más y confesó—: Detestaría estar aquí solo.

Ya entrada la tarde llegó a la conclusión de que nadie había escuchado a hurtadillas aquella conversación: en aquel momento sus guardianes aún se estaban organizando. Cuando Sócrates regresó trajo consigo a un par de esclavos, un hombre mayor llamado

Néstor y otro más joven de nombre Pirro, a quienes presentó como «tus asistentes mientras dure tu estancia». Su intento de convencerlos de que no necesitaba asistentes fue desoído con tanta cortesía como firmeza. Ambos dormirían en el vestidor, entre él y la puerta. El colchón de Cántabra, cuando lo trajeron, fue instalado en el estudio.

En realidad la presencia de guardianes no era indispensable. Con Sócrates llegó también el médico personal de Polión, otro esclavo griego, quien declaró que necesitaba purgar los humores malignos que habían infectado el corte del rostro del paciente. Le practicó una sangría en una vena del codo y le administró un potente brebaje de medicamentos «para eliminar los venenos de tu organismo». Luego limpió la herida. También examinó el tobillo pero, por suerte, decidió que quitarle las tablillas en una fase tan temprana resultaría perjudicial para la soldadura del hueso y se contentó con aflojar el vendaje y aplicar compresas calientes. Éstas no permanecieron mucho rato en su sitio: no bien se había marchado el físico, el purgante comenzó a surtir efecto, y durante el resto del día Hermógenes hubo de levantarse varias veces para usar el orinal que tenía debajo de la cama y luego volver a tenderse quejándose de dolores. Cuando Cántabra salió él apenas notó su ausencia, aunque respiró aliviado al verla regresar sana y salva.

Lo que sí hizo fue redactar la carta para Tito, una misiva muy comedida en la que sólo decía que Polión lo había invitado a alojarse en su casa mientras resolvían sus asuntos. Se la entregó a Sócrates y no supo más del asunto. Aunque a aquellas alturas lo cierto era que lo traía sin cuidado.

El médico regresó al amanecer del día siguiente y anunció satisfecho que la inflamación había remitido considerablemente. Limpió de nuevo la herida, la ungió con más mirra y prescribió reposo y una dieta ligera y refrescante. Hermógenes se alegró tanto de ahorrarse otra dosis de purgante que no discutió. Bebió el agua de cebada que sus dos guardianes le llevaron para desayunar y luego se dedicó a observarlos especulando acerca de ellos. Apenas les había dirigido la palabra salvo para pedirles en tono avergonzado que vaciaran el orinal. Ahora se encontraba suficientemente bien para preguntarse cómo responderían a un trato más amable.

Y resultó que respondieron muy mal. No porque Néstor y Pirro fueran antipáticos y mucho menos groseros: parecía más bien que en su afán de convertirse en servidores perfectos habían guardado bajo llave todo rastro de sentimientos humanos normales. Dedujo que ambos eran griegos asiáticos pero no logró persuadirlos a comentar de dónde procedían, cómo se ganaban la vida antes de llegar a casa de Polión ni qué los había llevado hasta allí. Contestaban a todas sus preguntas ofreciéndose a proporcionarle otra compresa, más agua de cebada o cualquier otro servicio que necesitara. Si albergaban sentimientos o deseos propios, jamás los revelarían. Esta

actitud desasosegaba a Hermógenes.

Cántabra volvió a salir, cosa que le molestó: consideró que como mínimo debía informarle de qué demonios estaba haciendo. Pasó la mañana en la cama recuperándose del purgante, meditando sobre su situación y deseando que su guardaespaldas regresara para tener con quien hablar. A medida que transcurrían las horas se preguntaba si Cántabra se habría metido en una pelea o si Polión la habría contratado. Según le había contado ella, éste la había reconocido y desde luego había dado muestras de encontrarla divertida. Sin duda, trabajar para Polión se le antojaría mucho más seguro que servir a un hombre que en el mejor de los casos se marcharía de Roma al cabo de unos cuantos días y, en el peor, hallaría una muerte ignominiosa.

A primera hora de la tarde el mayordomo Sócrates se personó con otro esclavo joven y fuerte.

—Mi amo ha pensado que quizá te apetecería un baño —le anunció a Hermógenes —. Janto y Pirro te llevarán a las termas.

La idea de un prolongado baño caliente resultaba en efecto muy apetecible, pero el hecho de que el amo de Sócrates lo hubiese propuesto lo puso en guardia al instante.

—Quizá más tarde —respondió sonriendo—. Estaba a punto de dormir una siesta.

Se hizo un momento de silencio. El esclavo nuevo, Janto, cambiando su peso de un pie a otro, miró a Sócrates, incómodo.

—El amo necesita las termas para otros huéspedes más tarde —le dijo éste con suavidad—. Por favor, ven ahora, señor. Según el médico, un baño sería beneficioso para tus heridas, y éste es el momento más conveniente para el personal.

Hermógenes escrudiñó los ojos del mayordomo y despejó todas sus dudas: Polión había ordenado que lo llevaran a las termas. ¿Una reunión? Muy probable. ¿Con quién, pensó, y por qué?

—Muy bien —accedió, procurando disimular su aprensión—. No quisiera causar molestias al personal después de lo atentos que habéis sido todos conmigo. ¿Por casualidad sabes dónde está mi guardaespaldas?

El mayordomo dejó entrever un indicio de lo que Hermógenes interpretó como malicia.

—¿Quieres que la gladiadora te atienda en el baño?

—¡No! —espetó Hermógenes con más brusquedad de la que pretendía—. Lo que ocurre es que no quiero que vuelva aquí y piense que me han secuestrado. Es nueva en el oficio y se esfuerza por demostrar su valía. Podría cometer alguna estupidez.

—Néstor se quedará aquí para indicarle dónde estás —concedió Sócrates. Hizo chasquear los dedos, y Janto y Pirro, tras ayudar al huésped a acomodarse en la silla que habían empleado la víspera, lo transportaron fuera de la habitación.

Las termas particulares de Polión ocupaban toda un ala del edificio que descendía escalonadamente por la ladera del Esquilino. Tal como había supuesto Hermógenes, eran enormes y suntuosas: baños de agua caliente, baños de agua fría, sala de vapor, piscina, todo magníficamente decorado con frescos y piedra pulida. Ahora bien, para su sorpresa, estaban vacías. Los esclavos y Hermógenes se desnudaron, y éste permitió que Janto y Pirro le llevaran primero al pilón de agua caliente, luego al de agua fría y por último a la sala de vapor. Yacía tendido en el banco entre los dos esclavos, dejando que el calor aliviara el dolor de sus músculos, cuando oyó voces justo al otro lado de la puerta. Agarró la muleta y se incorporó, armándose de valor.

El primer hombre que cruzó el umbral fue Tario Rufo.

Se reconocieron en el acto. Rufo ofrecía un aspecto menos amenazador desnudo que envuelto en la púrpura consular: tenía un cuerpo pesado y peludo con una prominente barriga. Llevaba puestos los anillos, no obstante, y Hermógenes se apoyó contra el banco, sosteniendo la muleta delante de sí a modo de escudo. Rufo, sin embargo, lo miró estupefacto durante un prolongado momento con horror manifiesto, dio media vuelta y chilló al hombre que tenía detrás:

—¡Por Júpiter, el egipcio está aquí!

El hombre en cuestión se adelantó para echar un vistazo. Tal como imaginaba Hermógenes, era Tario Macedo, flaco y duro como un puñal, más imponente que cuando iba vestido, a diferencia de su patrono.

—¡Es imposible! —exclamó éste con los ojos desorbitados—. ¡Aún está en casa del prestamista!

—¡No seas estúpido! —bramó el cónsul—. Es él. Dioses y diosas, ¿qué hacemos ahora? ¡No puedo matar a Tito, pero sabes de sobra lo que ocurrirá si intentamos vender!

—¡Estrangularé a Gunthar! —masculló Macedo y entró con paso decidido en la sala de vapor.

Los esclavos de Polión se habían puesto de pie y Pirro se plantó delante de Hermógenes. Macedo se detuvo, fulminándolo con la mirada. Hermógenes había reparado en que los dos esclavos que lo acompañaban eran jóvenes, fuertes y de complexión atlética. Había creído que los habían elegido por su apariencia decorativa, pero de súbito lo asaltaron serias dudas al respecto.

—¡Ah, mi querido Hermógenes! —lo saludó Polión, haciendo su entrada en la sala detrás de sus invitados con sus andares de pato, su figura grotesca de manos y pies hinchados y su torso descarnado. Lo seguían otros dos fornidos esclavos—. Espero que estés disfrutando del baño de vapor. Lucio, creo que ya conoces a mi otro huésped, Marco Elio Hermógenes. Unos ladrones lo hirieron el otro día en la Subura y tuvo

mucha suerte de escapar con vida.

Rufo se había puesto casi púrpura y parecía incapaz de hablar. Polión se acercó y tomó asiento en el banco al lado de Hermógenes.

—No sabía que tuvieras tantas magulladuras —comentó. Dio un apretón al hombro de su huésped, observando con ávida admiración las manchas negras que presentaba en el torso—. ¡Qué lástima que no atraparan a tus asaltantes!

Hermógenes apoyó la muleta en el suelo y se levantó. Se había quedado sin habla, al igual que Rufo, de modo que dedicó una cortés inclinación de cabeza a su anfitrión y se acercó cojeando a la puerta, con sus dos guardianes a la zaga, manteniéndose entre él y los visitantes. Rufo, sin embargo, le cerró el paso en el umbral, y Hermógenes se vio obligado a detenerse.

—¿Qué haces tú aquí? —inquirió el cónsul con la voz entrecortada. Pronunció la frase en griego aunque hasta entonces había estado hablando en latín. Hermógenes concibió de súbito la sospecha de que su enemigo no había caído en la cuenta de que sabía latín. Todas sus conversaciones se habían desarrollado en griego. Obviamente no contaba con que Hermógenes hubiese entendido aquel «¡no puedo matar a Tito!».

—Vine aquí a preguntar a Publio Vedio Polión si deseaba comprar una deuda —le respondió el alejandrino en griego, sin alterarse—. Todavía no ha decidido si quiere hacerlo. No sé ni me importa si hay alguna otra cuestión relacionada con este asunto.

—¡Maldito usurero, parásito, avaricioso! —rugió el cónsul.

Hermógenes no se movió de donde estaba, inesperadamente temblando de cólera.

—Ejerzo una profesión útil y honrada —dijo enfurecido—. Eres tú quien abusó de su poder como gobernador de Chipre para obligar a un honesto hombre de negocios a prestarte más de lo que podía permitirse, un dinero que nunca le devolviste pese a tu posición desahogada. Cuando te reclamé lo que sin lugar a dudas debes, intentaste matarme. ¿Maldito parásito avaricioso? Eso te describe muy bien a ti, cónsul.

Rufo intentó pegarle, pero los esclavos estaban preparados: Janto interceptó el golpe con un antebrazo y Pirro asió a Hermógenes por la cintura y lo sacó de la sala, prácticamente en volandas tras apartar a Rufo de un empujón. Polión rió y aplaudió.

Una vez en el vestuario, Pirro depositó al huésped en la silla, que estaba donde la habían dejado al llegar, y comenzó a recoger la ropa y las sandalias de los nichos donde las habían guardado. Janto salió de la sala de vapor con una magulladura roja en el antebrazo y un rasguño de anillo en el hombro desnudo. Desde detrás de él les llegó la voz de Polión, aguda y jubilosa, y una respuesta airada. Janto volvió la vista atrás y escupió, luego miró a Hermógenes en la silla y a Pirro con los brazos cargados de ropa. Hermógenes comprendió que estaba preguntándose cómo acarrearlo todo a la vez.

—Dadme la ropa —dijo Hermógenes—. Ya nos vestiremos fuera.

Janto se limitó a asentir con la cabeza, y Pirro apiló las prendas en su regazo. Huyeron de las termas y corrieron a lo largo del pórtico que comunicaba con el edificio principal de la villa. Un jardinero que pasaba por allí los ojeó con curiosidad: dos esclavos completamente desnudos transportando colina arriba a un visitante también desnudo en una silla con un montón de ropa. Janto y Pirro avanzaron unos veinte pasos, decidieron que ya se habían alejado bastante y dejaron la silla en el suelo.

—Gracias —dijo Hermógenes a Janto, tendiéndole su túnica—. Lo siento. Conocía su propensión a la violencia, así que debería haberme callado.

Janto se mostró sorprendido.

—El amo nos ordenó que te mantuviésemos a salvo —contestó. Se examinó el corte del hombro, se limpió la sangre con la mano y se puso la túnica.

—Si puedes sostenerte en pie, señor —dijo Pirro respetuosamente—, te ayudaré a vestirte.

Hermógenes se levantó, mantuvo el equilibrio hincando la rodilla en el asiento de la silla y se vistió con la asistencia del esclavo. Aún estaba abrochándose el cinturón encima de la túnica cuando Cántabra llegó corriendo por el pórtico con el rostro colorado, sujetándose la túnica por encima de las rodillas. Se paró en seco al verlo y soltó los pliegues de tela. Pirro comenzó a ponerse la ropa apresuradamente, abochornado de aparecer desnudo ante una mujer desconocida, demostrando por primera vez un sentimiento humano normal.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Hermógenes a su guardaespaldas, enojado.

—Me he enterado de que tu enemigo está aquí —respondió Cántabra sin aliento.

—Sí. Acabo de toparme con él.

Volvió a embargarlo la rabia. Polión había preparado un encuentro insospechado entre él y Rufo como para gastarle una broma pesada: abres la puerta de la sala de vapor y ¡sorpresa!, aquí tienes al hombre al que intentaste matar, un tanto maltrecho, como puedes ver, ¡pero todavía vivo para seguir causándote problemas!

De repente se preguntó si cabía que su propia muerte formaría parte de un trato que Polión quisiera proponer a Rufo: «Haz lo que te pido y obtendré los documentos del alejandrino y te los entregaré junto con él».

—¿Qué sucede? —preguntó Cántabra atropelladamente.

Hermógenes negó con la cabeza, desanimado: no podía comentar nada en presencia de Janto y Pirro.

—Me duele el pie —dijo en cambio—. Deberíamos volver a mi habitación.

Se sentó en la silla. Una vez en su cuarto reflexionó durante un buen rato en silencio para poner en orden sus ideas.

Polión estaba chantajeando a Rufo para que matara a un tal Tito: ese punto quedaba

claro. ¿Quién sería ese Tito?

Las posibilidades eran casi infinitas. Los nombres masculinos romanos se reducían a media docena. Obviamente, el Tito a quien se refería Rufo no era Tito Fiducio Crispo, el primero que le había acudido a la mente. Polión no necesitaría ayuda de nadie para asesinar a un hombre de negocios de poca monta. Debía de tratarse de un Tito rico y poderoso, alguien a quien Polión no pudiera acercarse sin la ayuda del cónsul.

No era el emperador, cuyo nombre de pila había sido Cayo en su juventud y que ahora era oficialmente Imperator. Además, carecía de todo sentido que Polión quisiera hacer daño al emperador. Todo cuanto poseía y la posición que había alcanzado lo debía al hecho de haberle sido útil al emperador durante su ascensión. Un nuevo césar no mostraría la misma tolerancia que el viejo para con una persona que le había servido bien. Aun así, descartar esta posibilidad representaba un alivio. Cualquier sospechoso de intervenir en una conspiración podía ser torturado, y el patrimonio de aquél a quien declaraban culpable de tal delito era confiscado.

Así pues, ¿quién era Tito? El principal consejero del emperador y sucesor designado se llamaba Marco: Marco Agripa. El superior y rival de Polión en el círculo imperial había sido otro Cayo: Mecenas, quien además ahora no gozaba del favor del soberano, a no ser que los rumores mintieran. ¿Quién más quedaba? ¿Y en qué beneficiaría a Polión su muerte?

Hermógenes se olía que aquel plan, fuera el que fuese, tenía como objetivo devolver a Polión la gracia imperial que había perdido a raíz del incidente de las copas de cristal. Al pensar ahora en aquel incidente se le antojó más complejo que la primera vez que se lo refirieron. Hacía años que el emperador conocía a Polión: sin duda estaría al corriente del asunto de las lampreas desde mucho antes de aquella cena. De pronto la rotura de aquellos cristales parecía encerrar un mensaje premeditado: «Ya no te necesito y no pienso seguir tolerándote». Polión era un hombre con unos orígenes de lo más humildes —era hijo de un esclavo liberto— que había accedido al poder y amasado una inmensa fortuna mediante los servicios prestados a Augusto. Sin la amistad del emperador, ¿quién era él? Su caída en desgracia tuvo que resultarle aterradora además de humillante. Sin duda ansiaba reintegrarse en el círculo de los elegidos, hacer algo para demostrar al emperador que aún era un hombre necesario.

Matar a Tito. No sabía bastante sobre política palaciega. Nadie estaba bien informado, aparte de los propios actores. El mundo sólo se enteraba de los rumores y las proclamas oficiales que nunca dejaban traslucir el menor asomo de ambición, celos, codicia, odio u orgullo.

De todos modos, no estaba seguro de que en realidad le importara quién era Tito o cómo se resolvería el conflicto entre Rufo y Polión. Si éste le ofreciese garantías de

que el cónsul se vería obligado a pagar su deuda de una forma u otra y de que él mismo obtendría algún provecho de ello, tomaría su dinero y se marcharía a su casa. Sin embargo, ya había dejado de creer que fueran a permitírselo.

¿Acaso era él lo bastante importante como para que su vida estuviese incluida en el precio exigido por «matar a Tito»? ¿Insistiría Rufo en hacerse con él así como con los documentos? El cónsul era un hombre violento, arrogante y proclive a odiar, pero sin duda odiaba a mucha gente y no iba por ahí matando a todo el mundo.

El alma le cayó a los pies al concluir que sí, que probablemente era lo bastante importante. Su aparición en Roma y la terca insistencia en sus derechos habían provocado la actual crisis del cónsul, para quien la mera existencia de su persona constituía una acusación. Rufo querría acallarlo para siempre. Y Polión, Hermógenes lo tenía muy claro, no dudaría en complacerlo si a cambio obtenía lo que deseaba.

Aun así, ambos necesitaban los documentos y la carta. Se estremeció. Si no hubiese dudado de la buena fe de Polión, los habría recogido de los archivos y del templo de Isis en cuanto éste acordó comprar la deuda.

Por descontado, no estaba seguro de que Polión proyectara entregarlo a Rufo. Sólo lo rondaba la sospecha. Quizás el cónsul no cedería al chantaje y el asunto acabaría en los tribunales. Hermógenes no contaba con ello, sin embargo, de modo que no correría el riesgo de entregarle los documentos a Polión. Cuanto más conocía a aquel hombre, menos confiaba en él. Tenía que trazar un plan para huir. Necesitaba hablar con Cántabra en privado.

Levantó la vista y vio a la bárbara sentada en el suelo en un rincón de la habitación, mirando con el ceño fruncido una de sus remendadas sandalias. Pirro y Néstor ocupaban sendos taburetes en el otro rincón, callados y enfrascados en un juego consistente en imitar los gestos del contrincante. Janto se había marchado a realizar alguna tarea que le habían asignado.

—Cántabra —llamó Hermógenes y forzó una sonrisa cuando ella se volvió hacia él —. Me dijiste que en la escuela de gladiadores conocían un masaje muy bueno para los músculos lesionados. ¿Puedo probarlo? Me parece que me he dado un golpe en el pie durante ese inoportuno encuentro y ahora me duele toda la pierna.

«Entiéndeme —rogó en silencio con los ojos—; no te ofendas al interpretarlo como un intento de seducirte».

Cántabra soltó la sandalia, y sus ojos azules se clavaron en él con frialdad.

—Como gustes —contestó—. Necesitaré aceite. —Se dirigió a los esclavos—. El aceite de lámpara servirá, si está limpio.

—Pirro traerá aceite de masaje —le ofreció Néstor. Pirro se puso de pie en el acto y fue a buscarlo.

Cántabra se encogió de hombros pero entró en la alcoba y corrió la cortina.

—Deberías tumbarte —indicó a su patrono—. Déjame ver esa pierna.

Hermógenes se levantó enseguida, renqueó hasta la alcoba y se tendió boca arriba en la cama. Cántabra se arrodilló en el suelo a su lado y palpó con sumo cuidado la pierna derecha por debajo de la rodilla.

—Tienes nudos en los músculos. Ponte boca abajo.

Hermógenes se dio la vuelta. Pirro regresó con un frasco de aceite y se lo entregó a Cántabra, que vertió un poco en sus manos y procedió a masajear la pantorrilla de Hermógenes. Sus dedos eran muy fuertes, y los músculos estaban realmente agarrotados. Hermógenes soltó un quejido.

—Te hará bien —afirmó Cántabra con severidad, y levantó la mirada hacia los dos esclavos que los observaban desde el umbral.

Hermógenes les hizo ademán de que se retiraran.

—Seguid con vuestro juego.

Los esclavos volvieron al vestidor. Cántabra hizo una pausa para untarse más aceite en las manos y, mientras tanto, arrimó la boca al oído de Hermógenes.

—Aún están escuchando —susurró.

Hermógenes cerró por un momento los párpados con gran alivio.

—Solía hacer esto a mis colegas en la escuela —prosiguió Cántabra en un tono de voz normal—, a algunos de ellos, claro está. Es bueno para los esguinces. También deberías comer cenizas.

—¿Comer cenizas?

—Cenizas de hueso de buey. Así las heridas cicatrizan antes. El agua de cebada que te da el médico también ayuda pero me parece que no tendría que haberte dado un purgante tan fuerte.

Acercó su cabeza a la de Hermógenes para que éste pudiera hablarle en voz baja.

—Quiero salir de aquí cuanto antes —musitó y, en un tono normal, agregó—: Era muy potente, desde luego. El rostro de Cántabra no se alteró.

—He encontrado un sitio donde cruzar la tapia del jardín —musitó a su vez—. Además, he robado y escondido una cuerda. —En tono normal—: Más de lo necesario.

Hermógenes cerró de nuevo los ojos sintiéndose tan reconfortado que tuvo miedo de venirse abajo. ¡Así que aquello era lo que había estado haciendo durante la mañana! Era más de cuanto había esperado, mucho más. No le había impartido instrucciones, y no obstante Cántabra se había anticipado, sopesando las posibilidades y actuando en consecuencia. Supuso que en eso estribaba la diferencia entre un empleado libre y un esclavo.

—Gracias —susurró.

Cántabra sonrió de oreja a oreja.

—No es más que una pequeña infección —dijo, quitándole importancia—. En la escuela no habríamos hecho nada por curar una cosa así, aparte de mantenerla limpia. —Volvió a susurrar—: No sé qué hacer con los esclavos. Dudo que pueda reducirlos a los dos silenciosamente y si hago ruido hay muchos más que lo oirán y vendrán de inmediato.

—Preferiría que no sufriesen ningún daño —murmuró y acto seguido agregó en voz alta—: Los gladiadores sois mucho más fuertes que los hombres de negocios. —Y musitó—: Deja que piense.

—No eres tan flojo —repuso Cántabra, pellizcándole la pantorrilla. Hermógenes profirió un grito—. Tus piernas tienen músculos de corredor.

—Lo cierto es que solía ganar las carreras de la escuela —alardeó Hermógenes—, aunque sólo hasta que Aristarco, hijo de Demódoco, creció más que yo. A partir de entonces las ganó todas él. Actualmente no hago otro ejercicio que jugar a pelota con mis esclavos y andar de un lado a otro de la ciudad para asistir a reuniones, y ahora ni siquiera estoy en condiciones de hacer eso.

—¿Aguantará tu tobillo? —Cántabra en un susurro.

—Tendrá que aguantar —contestó Hermógenes con gravedad.

Se produjo un breve silencio durante el que ambos cayeron en la cuenta de que el masaje debía prolongarse un rato más para parecer real y de que ya se habían dicho cuanto era preciso, por lo que no convenía arriesgarse a que los oyeran los esclavos.

—¿Qué ha sucedido cuando te has encontrado con Tario Rufo? —quiso saber Cántabra.

Hermógenes comenzó a contárselo, al principio sólo para tranquilizar a sus oyentes, pero a medida que el relato avanzaba se percató de lo ridículo de la situación y lo pasó en grande reduciendo su terror y su rabia a una escena de farsa. Cuando llegó al punto en que Pirro lo había sacado en volandas de la sala de vapor, Cántabra se echó a reír. Su risa, fuerte, estridente, nada civilizada, arrancó una sonrisa a Hermógenes.

—¿Todos en cueros? —preguntó Cántabra.

—Todos —confirmó Hermógenes—. Aunque Rufo llevaba sus anillos, un arma mortífera te lo aseguro. Le ha hecho un buen rasguño al pobre Janto. Luego Pirro ha sacado la ropa de los estantes a toda prisa, como un ladrón en las termas públicas, y hemos salido corriendo al pórtico, para asombro de los jardineros. Es entonces cuando has aparecido tú.

Cántabra, con una risotada, le dio una palmada en la pierna.

—El relato ha terminado, y el masaje también.

Hermógenes se incorporó, tomó las manos aceitosas de Cántabra entre las suyas, las

estrechó y dijo en un tono bien audible:

—Gracias. Muchas gracias. Ahora me encuentro mucho mejor.

Cántabra le sonrió con complicidad.

El médico de Polión llegó poco después. Examinó el corte y el tobillo, de nuevo sin desentablillarlo, y expresó su satisfacción. Limpió y ungió la herida otra vez y recomendó reposo, mucho líquido y un régimen basado exclusivamente en agua de cebada hasta el día siguiente. Hermógenes le expresó su agradecimiento educadamente y luego resolvió tantear el terreno.

—Ese purgante que me administraste era muy fuerte.

—Sí —convino el médico con satisfacción—. Suelo prepararlo así. Dio buen resultado, ¿verdad?

—Desde luego —asintió Hermógenes—. Me sentó muy bien y te estoy agradecido. Aunque aún tengo las tripas revueltas y no sé si podré guardar reposo como me recomiendas. A decir verdad, hace unos días que las preocupaciones no me dejan pegar ojo. Me preguntaba si podrías darme algo que me secara las tripas y así me ayudara a dormir.

El médico no puso objeción alguna. Hurgó en su bolsa de piel y extrajo un pequeño frasco rojo con tapón.

—¿Has tomado opio alguna vez? —inquirió.

—No —dijo Hermógenes, aunque había consumido opio varias veces para combatir una fiebre tifoidea.

—Es un fármaco muy útil y, en mi opinión, justo lo que necesitas. Seca los intestinos, favorece su buen funcionamiento e induce al sueño. Toma, te dejo un poco. Antes de irte a dormir, no tienes más que mezclarla con un poco de agua de cebada y bebértela.

—Que sea una buena dosis —le pidió Hermógenes—. Hace meses que no duermo como es debido.

El médico sonrió y vertió una cantidad generosa de la droga en una taza. Hermógenes la tapó con un paño. Ahora debía discurrir una artimaña para que los esclavos se la bebieran.

El médico se marchó. El mayordomo Sócrates llegó, saludó con un ademán a Néstor y Pirro, sonrió a Cántabra, que volvía a estar sentada en un rincón con aire de aburrimiento e inclinó respetuosamente la cabeza hacia Hermógenes.

—Señor —dijo—, mi amo te invita a cenar con él.

—Muy amable de su parte —respondió Hermógenes con afabilidad forzada—, pero el médico acaba de indicarme que sólo tome agua de cebada durante un día más.

El mayordomo se quedó verdaderamente desconcertado aunque sólo por un

momento.

—Se lo haré saber al cocinero —dijo recuperándose—. Creo que en realidad el amo desea hablar de negocios contigo. —En ese caso, acepto encantado su invitación.

Janto se presentó en la habitación al cabo de una hora para ayudar a Pirro a transportarlo al comedor. Mientras los dos muchachos cargaban con la silla a lo largo del corredor, seguidos con sigilo por Cántabra, Hermógenes preguntó a Janto cómo estaba del brazo.

El esclavo le sonrió sorprendido.

—Aún duele, señor, gracias. Ese tipo pega fuerte.

—Esto me lo hizo él —señaló Hermógenes tocándose los puntos de la mejilla.

—¡Pues me alegro de que sólo me diera en el brazo!

—¡Silencio! —ordenó Pirro en un tono entre asustado y escandalizado. Janto miró nerviosamente alrededor y no dijo nada más.

Hermógenes comprendió que no estaban autorizados a hablar con los huéspedes, incluso si éstos les daban pie. En aquella casa los esclavos quedaban reducidos a la condición de comodidades domésticas. Toda conversación normal se consideraba una falta que podía denunciarse a los mayordomos, quienes, obedeciendo las órdenes del amo, aplicarían el correctivo correspondiente. Hermógenes descubrió que odiaba a Polión tanto como a Rufo.

—Lo siento —dijo a los muchachos con sinceridad—. No tengo la intención de causaros problemas. No hablaré más.

Ambos lo miraron con sorpresa y recelo.

El comedor de Polión, como el resto de su casa, impresionaba por su amplitud y suntuosidad. El alto techo abovedado era azul con constelaciones que resaltaban pintadas de oro, y el suelo estaba decorado con magníficos mosaicos de criaturas marinas y peces. Polión estaba recostado solo en un triclinio dorado, picando algo de un plato dispuesto en una mesita de oro que tenía delante. Cuando los esclavos entraron con su huésped en andas, dio unas palmaditas a los cojines que había a su lado.

—Ven a sentarte conmigo —lo invitó.

No parecía ofrecerle otra alternativa: los demás triclinios estaban retirados contra las paredes. Hermógenes se levantó de la silla y se tendió junto a su anfitrión, mal de su grado. Janto y Pirro se llevaron la silla, y Cántabra, tras un instante de vacilación, se apostó en silencio junto a la pared donde varios esclavos aguardaban las ordenes de su amo. Una niña muy guapa se aproximó a Hermógenes con una taza de cristal verde, hizo una reverencia y se la tendió.

Contenía agua de cebada, pero a diferencia de la que había estado tomando, ésta humeaba y olía a especias. Polión soltó una risita.

—Me han contado que no puedes tomar otra cosa —dijo—. He pedido a mis cocineros que procuraran hacerla más apetecible.

—Muy considerado de tu parte —agradeció Hermógenes y bebió un sorbo. La habían sazonado con nuez moscada y pimienta y endulzado con miel: no era precisamente lo que el médico tenía en mente—. Está delicioso.

Polión se sirvió un poco más de su entrante: huevos rellenos de carne.

—A mí no me gusta nada —replicó—. Por otro lado, según el médico, te ha curado la infección y el tobillo está comenzando a soldarse, de modo que no vamos a discutir con él, ¿verdad? —Le dio a su huésped un apretón afectuoso en el brazo—. Dime una cosa, ¿te acuestas con tu gladiadora?

—No —contestó Hermógenes sin acalorarse—. La contraté como guardaespaldas.

—Ya me parecía que tendrías mejor gusto. Me habría extrañado que esa vaquilla pelirroja tan fea te resultara atractiva. ¿Qué te gusta más, pues? ¿Los chicos, las chicas, las mujeres, los muchachos? ¿Morenos o rubios, gordos o delgados? Dímelo y esta noche te mandaré lo que desees. Tengo a unas doscientas personas aquí, en su mayoría jóvenes y guapas. Sólo conservo a los mayores si son útiles.

Posó de nuevo la mano en el brazo de su huésped. Hermógenes notó que sus dedos hinchados estaban calientes.

—El médico también me ha recomendado reposo, excelente Vedio Polión —replicó.

—Son unos aguafiestas, los médicos. Si los obedeciera, no me quedaría ningún placer. Vamos, ¿qué prefieres? —A las mujeres que me desean.

Polión se rió.

—En ese caso cualquiera de mis mujeres te servirá. Si no desean a un huésped, saben de sobra cómo disimularlo.

—Señoría, estoy cansado y magullado, tengo el tobillo roto y aún me estoy recobrando de ese purgante tan potente que me administró tu médico. No deseo compañía femenina esta noche.

—¡Oh, el purgante, me había olvidado! Qué brebaje más espantoso, ¿verdad? Bien, es una lástima. Quizá mañana, entonces. —Polión retiró la mano para llevarse otro huevo a la boca—. Supongo que ahora lo que te interesa es saber qué he decidido sobre la deuda.

—Sí —respondió Hermógenes—, en efecto.

—Pues me temo que he decidido comprarla en lugar de ayudarte a cobrarla. Has irritado a Lucio esta tarde. ¡Por Hércules, cómo se ha puesto! —Polión soltó otra risotada y sus ojos legañosos brillaron con malicioso placer—. Creo que ayudarte a cobrarla me saldría demasiado caro. Pero te pagaré tus dos tercios además de los

intereses. Mañana por la mañana estará redactado el contrato. Una vez que lo hayamos firmado, podrás ir a buscar los documentos. Espero que tomes nota de que no te los pido de antemano.

Hermógenes permaneció callado por un momento mientras sopesaba sus alternativas y procuraba hallar la manera de averiguar lo que quería sin poner de manifiesto sus sospechas.

—Me alegrará sobremanera resolver este asunto —dijo al fin, intentando mostrarse meramente aliviado—. Estoy muy contento. ¿Cuándo debo decir a mi guardaespaldas que me procure una silla de manos?

—Te prestaré mi litera y daré instrucciones a los porteadores para que te lleven donde tú les indiques.

—Preferiría alquilar una silla, señoría.

—Insisto.

—Excelente Vedio Polión, temo que los hombres de Rufo reconozcan tu litera. No me fío de él. Es capaz de atacarme en plena calle si piensa que así conseguirá los documentos.

—No es tan estúpido. Además, mis hombres te protegerán. Insisto.

Semejante empeño evidenciaba que no pensaba permitir que fuese a buscar los documentos a solas. No habría modo de escabullirse.

—Si insistes, señor, debo aceptar —cedió Hermógenes con una inclinación de cabeza.

—¡Vaya un pico de oro el tuyo! —Polión dio unas palmadas y dos de los esclavos acudieron con presteza a retirar su plato y la taza vacía de su huésped—. Quizás hasta tengas talento para llegar a ser alguien.

—Creo que ya soy alguien. Marco Elio Hermógenes.

—No. —Polión le sonrió, arrancándose un resto de carne de uno de sus puntiagudos dientes con la uña del dedo meñique—. No, si fueses alguien, Rufo te habría escrito prometiendo pagar la deuda en el momento en que ésta cayó en tus manos. No te habría ninguneado como a Nicómaco. Pero tú eras un hombre sin importancia que jugaba a hacer dinero con un puñado de sindicatos y se mantenía bien apartado de la política. Nadie de quien preocuparse. —Apoyó la mano una vez más en el brazo de su huésped, con el dedo aún húmedo de saliva—. Todavía piensas que el dinero sirve para comprar cosas, ¿verdad? Aún no has intentado comprar poder.

—Y eso me haría feliz, ¿no? —preguntó Hermógenes con sequedad.

Polión pestañeó, perplejo, como si su invitado hubiese replicado a un comentario sobre comercio marítimo con otro sobre filosofía.

—Creo que conozco mis limitaciones, señor —prosiguió Hermógenes—. Prefiero

ser el don nadie que soy.

«Sobre todo —pensó— si ser “alguien” implica acabar envilecido, enfermo y despreciado por todo el mundo, recostado sobre un triclinio de oro en una estancia enorme sin más compañía que la de unos esclavos que no se atreven a expresar sus opiniones con sinceridad».

Los dos servidores volvieron a acercarse muy diligentes, uno con una fuente tapada para Polión, el otro con una copa de oro. La copa estaba llena de agua de cebada aderezada con sal, perejil y salsa de pescado. La fuente contenía lampreas.

—¡Mi plato favorito! —exclamó Polión enseñando los dientes puntiagudos al sonreír.

«Le consta que todo el mundo lo sabe», pensó Hermógenes obligándose a tomar un sorbo de aquel brebaje sin inmutarse. Otra broma pesada, como la de la sala de vapor.

—Esto es demasiado pesado para mí —objetó con calma— y me temo que esta salsa de pescado no acaba de casar con el agua de cebada, aunque hay que felicitar a tu cocinero por el intento.

Polión rió y le dio unas palmaditas en el brazo por enésima vez.

Mientras despachaba las lampreas, Polión habló sobre Alejandría, ora interrogando a su huésped, ora refiriéndole sus propias anécdotas. Había estado allí después de la conquista de Egipto y adquirido varios artículos procedentes del saqueo: unos los había vendido obteniendo pingües beneficios, y otros los había conservado. Mientras hablaba tocaba con frecuencia a su huésped, normalmente en el brazo o el hombro y de vez en cuando en el muslo. Hermógenes aguantó el tipo sin inmutarse. A Polión le gustaban los muchachos y las chicas —saltaba a la vista por el modo en que miraba a sus esclavos—, pero Hermógenes ya no era tan joven, por lo que coligió que las caricias tenían por objeto causarle incomodidad e inquietud. Al parecer, producir ese efecto en él también complacía sobremanera a Polión.

Los sirvientes se llevaron los restos de las lampreas y presentaron a Polión un plato de lirones rellenos y a Hermógenes una copa de cristal con agua de cebada helada y endulzada, espesada con copos del mismo cereal y aromatizada con clavo. También les sirvieron cécubo.

—¡Toma una copa y al infierno con el médico! —le instó su anfitrión.

Hermógenes aceptó la copa y fue alternando sorbos de vino y de agua de cebada aunque no combinaban bien. Polión vació su copa de un trago, pidió otra, se incorporó ligeramente y asestó una palmada en el muslo a su invitado.

—Antes se me ha ocurrido una idea para entretenernos esta noche. Tu gladiadora es una luchadora formidable para tratarse de una mujer y la última vez que estuvo aquí por poco se lía a golpes con uno de mis hombres, que se había adiestrado como gladiador

en la misma escuela. Se muere de ganas de desquitarse. ¿Qué te parece si organizamos un combate entre los dos?

Hermógenes clavó la vista en él, incapaz de seguir guardando la compostura.

—¡Ni hablar! —exclamó enojado.

—¡Vamos! Eres tan aguafiestas como mi médico. ¿No te gustan los combates?

—Detesto los combates y nunca me han gustado los juegos.

Polión puso los ojos en blanco.

—¿Qué pasa, acaso eres filósofo? ¿Vas a decirme que los juegos inflaman las bajas pasiones y adormecen las más nobles, que la muerte de hombres y mujeres no debería considerarse un espectáculo?

—Si ya lo sabes, no tiene sentido que yo lo diga.

—El problema de la República de Platón, querido simplón, es que es un lugar que nunca existió y nunca existirá. Los hombres tienen bajas pasiones y siempre se recrearán en ellas sin importarles lo que los filósofos piensen o dejen de pensar. Ése es el motivo por el que los filósofos jamás gobernarán. He puesto nombres de filósofos a todos los mayordomos de mi casa y, tal como hacen sus homólogos en el mundo, obedecen los mandatos de los poderosos. —Llamó la atención de sus criados con unas palmadas y ordenó—: Traed a Áyax.

Uno de los esclavos se alejó a toda prisa. Hermógenes permaneció inmóvil, esforzándose por razonar pese a la indignación que lo embargaba. Pese a su ignorancia respecto de los juegos, sabía que las gladiadoras solían luchar entre sí, no contra hombres. Aquello representaba un intento descarado de deshacerse de su guardaespaldas y facilitar las cosas a los hombres encargados de aprehenderlo. Y, a juzgar por la avidez del semblante de Polión, era también algo que ansiaba presenciar. Aquel viejo asqueroso encontraba grotesca y divertida a Cántabra y quería refocilarse contemplando cómo la herían o la mataban.

Hermógenes se incorporó y bajó los pies del triclinio. Cántabra continuaba plantada junto a la pared sin moverse, tal como había permanecido a lo largo de toda la cena. Habían estado hablando en latín, no obstante, y lo había oído y entendido todo: bastaba ver la expresión adusta de su rostro y el brillo de sus ojos para constatarlo. Su patrono se agachó y agarró su muleta.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió Polión con aspereza.

Hermógenes se levantó y acto seguido inclinó la cabeza.

—Lo siento, excelente Vedio Polión. De repente me encuentro muy mal. Creo que no debería haber tomado vino; el médico me advirtió que no lo hiciera. Ese purgante… Discúlpame, por favor, pero tengo una necesidad imperiosa de utilizar la letrina.

Polión lo fulminó con la mirada.

—Vete, pues, pero deja a la mujer. Seguro que está ansiosa por luchar. ¡Tuvieron que impedírselo la última vez que estuvo aquí!

—Trabajo para el señor Hermógenes —anunció Cántabra inopinadamente—. Dice que no quiere que luche y no puedo desobedecerlo.

Hermógenes asintió con la cabeza para mostrarle su aprobación, le indicó con una seña que se aproximara y echó a andar, cojeando. No bien había dado un primer paso, el esclavo que había salido en busca de Áyax regresó seguido por dos hombres con túnicas rojas. Uno llevaba armas y piezas de una armadura, el otro ya iba encubertado como la clase de gladiador conocido como reciario, con un arpón, una red y unas tiras de piel y metal en los tobillos, la cintura y el hombro izquierdo. Resultaba evidente que el combate había sido preparado con antelación, y todo estaba dispuesto para celebrarlo pasando por alto objeciones y evasivas.

Los dos guardias buscaron a Cántabra con la vista, y al verla, el reciario adoptó una expresión lasciva. Era un muchacho moreno, alto y delgado de poco más de veinte años, con numerosas cicatrices en los brazos, apuesto pese a sus aires huraños. Cántabra lo miró impasible y luego se recogió la larga melena y se la trenzó, antes de sujetársela con una tira de cuero. De algún modo aquel gesto dejó claro a la concurrencia que Cántabra iba a luchar.

—Siéntate —ordenó Polión a Hermógenes y se arrellanó en el triclinio.

—Excelente Vedio Polión —respondió Hermógenes—. Me temo que me toca interpretar el papel de tu médico y prevenirte de que tus placeres pueden resultarte perjudiciales.

El viejo frunció el ceño.

—Esto no es una arena —prosiguió Hermógenes—. Es una residencia particular. Estas personas ya no son gladiadores. Son libertos. En la arena, si uno de ellos matara al otro, sería lícito. Aquí constituiría un asesinato, más aún habiendo testigos de que la mujer no abriga deseos de pelear. —Apartó los ojos de su anfitrión y dirigió sus siguientes palabras a los guardias, el exgladiador y el otro, quien, según todos los indicios, era el jefe de los guardaespaldas de Polión—. El delito de asesinato, si lo comete un hombre que no es ciudadano, y sospecho que no lo sois, se castiga con una muerte cruel o enviando al culpable a las minas. Deberíais tenerlo presente porque si uno de los enemigos del señor Polión llegara a enterarse y decidiera aprovecharse de ello, no creo que él haría el menor sacrificio para protegeros. —Se volvió de nuevo hacia Polión—. Señor, sabes bien que tienes enemigos y también que en la actualidad no cuentas con la protección de la que gozabas antaño.

¿Piensas ofrecer en bandeja a tus enemigos la oportunidad de acusarte de instigación al asesinato?

—¿Quién va a decírselo? —murmuró Polión—. ¿Tú?

Hermógenes tendió las manos.

—Excelente Polión, ¿piensas que este bravucón de la red no alardeará de todo esto con sus amigos del cuerpo de guardia? ¿Crees que no bromearán sobre ello en las tabernas? ¿Dudas acaso que Rufo te vigile, ahora más que nunca? Estaría encantado de encontrar un cargo que presentar contra ti. Lo repito, estoy interpretando el papel de médico. ¿Crees realmente que este entretenimiento que propones es bueno para tu salud?

Polión lo miró fijamente durante un buen rato, escarbándose los dientes. Al cabo hizo un ademán a sus guardaespaldas.

—Regresad a vuestro barracón —ordenó.

Áyax, el reciario, no ocultó su decepción. El otro hombre se limitó a encogerse de hombros. Ambos se marcharon en silencio por donde habían venido.

—Deberías andarte con ojo, alejandrino —le advirtió Polión aún en voz muy baja —. Los griegos siempre os habéis considerado los hombres más astutos e inteligentes del mundo pero a menudo parecéis olvidar que os vencimos.

—No lo olvido —repuso Hermógenes—. Señoría, realmente no me encuentro bien y mañana hay mucho que hacer. Si tienes la bondad de disculparme, ahora quisiera retirarme a mi habitación a descansar.

Acabó por regresar a pie a su habitación ya que Polión no envió a nadie en busca de la silla y él era demasiado orgulloso como para pedirla. Tuvo que recorrer varios corredores y topó con un tramo de escalera. La axila y la pierna izquierda le dolían cuando llegó ante el obstáculo y se detuvo apretando los dientes y preguntándose si osaba servirse del pie derecho. Cántabra se aproximó por detrás, le quitó la muleta de debajo del brazo derecho, se la colocó debajo del izquierdo y apoyó el brazo derecho de Hermógenes sobre sus hombros para ayudarlo a salvar los escalones.

—Gracias —le dijo él una vez arriba.

Cántabra lo miró de reojo.

—Gracias a ti por impedir que me obligara a luchar.

Hermógenes apretó de nuevo los dientes, esta vez encendido de ira.

—Quería quitarte de en medio, ¿te das cuenta? —susurró Hermógenes con vehemencia—. Quería verte muerta para ponérselo más fácil a sus hombres mañana.

—Dijiste que no iba a matarte —señaló Cántabra frunciendo el ceño.

—Me equivoqué. Creo que tiene la intención de entregarme a Rufo. Como parte del trato.

Cántabra arrugó más la frente.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. Pero algo me dice que piensa hacerlo. Es de esa clase de hombres.

Cántabra asintió con la cabeza.

—Un hombre malvado.

Tiró del brazo de Hermógenes para que siguiera avanzando. Éste notó el hombro duro y huesudo bajo su sobaco dolorido, pero en cambio la curva del pecho tenía un tacto mullido contra su costado. Sintió un arrebato de ternura hacia ella, un hormigueo de insólito deseo.

—En ningún momento me ha pasado por la cabeza permitir que lucharas —le aseguró afectuosamente—. ¡Ese matón untado de aceite podría haberte matado!

Cántabra le dedicó una de sus frías miradas azules.

—Quizás hubiese ganado. Áyax era un reciario. He vencido a otros como él. Yo fui *secutor* y *dimachaerium*; podía luchar contra reciarios. No es lo mismo que enfrentarse a un tracio o un mirmillón.

Hermógenes recordó la despiadada eficiencia con la que ella había matado a sus atacantes en la Subura. No era tan descabellada la idea de que saliera vencedora.

—Pero ¿y luego qué? —preguntó en voz alta—. Aunque en efecto hubieses matado o lisiado a ese idiota, podrías haber resultado herida. ¿Y por qué habías de luchar para entretener a ese… a ese enfermo? ¡Por nada del mundo te habría yo dejado luchar!

—No quería luchar —repuso Cántabra muy seria—. Detestaba la escuela y la arena y jamás regresé. Me negué a reengancharme incluso cuando me moría de hambre por las calles. Me he alegrado cuando te has negado y también cuando lo has obligado a ceder. Pero me ha dado miedo. —Habían llegado a la habitación y se detuvieron delante de la puerta—. Has luchado contra Polión a tu manera para que yo no tuviera que luchar contra Áyax a la mía —musitó—. Lo has pillado por sorpresa y sin duda no esperaba que le ganaras la batalla. No seguirá pensando lo mismo de ti, ya no te verá como un arma sino como a un adversario. Y eso no es bueno.

Hermógenes comprendió que probablemente llevaba razón. Si conseguía escapar, su anfitrión no lo consideraría sólo un instrumento perdido sino también una amenaza en potencia: un hombre peligrosamente perspicaz que probablemente se había percatado de cosas que Polión no quería que se supieran. Polión estaría tan deseoso de matarlo como Rufo.

—¡Oh, Isis! —rezongó. Retiró el brazo de los hombros de Cántabra y se rascó la cabeza con gesto cansado.

Cántabra le abrió la puerta y lo ayudó a entrar.

A Néstor, que se encontraba solo, le sorprendió que el huésped apareciese sin Pirro y sin silla. Nervioso e indeciso, no sabía si ir o no en busca de su compañero o si debía quedarse para no perder de vista al huésped. Hermógenes se apiadó de él y le pidió a Cántabra que intentara transmitir el mensaje a Pirro.

—Y pregunta en la cocina si les queda algo del agua de cebada que han preparado para cenar —añadió—. La que han servido primero con nuez moscada, no la que llevaba salsa de pescado. Dile al cocinero que estaba deliciosa.

Cántabra puso cara de asombro pero asintió con la cabeza y fue a cumplir con el recado. Regresó al cabo de un rato. Con ella venía Pirro, que portaba una jarra humeante y una taza en una bandeja.

—El cocinero te envía esto —dijo el muchacho.

—¡Os doy las gracias a él y a ti! —exclamó Hermógenes sonriendo. Había tenido tiempo de recobrar el aplomo y sabía exactamente lo que se proponía—. Aunque eso es

mucho más de lo que necesito. Sólo quería un poquito para mezclar con la medicina que el médico me ha facilitado. ¿Os apetece acabaros lo que sobre? Está muy rico y hay que bebérselo mientras aún esté caliente.

Los esclavos se incomodaron: sin duda les parecía que compartir la bebida de un huésped no estaba bien. Por otra parte, rara vez debían de ofrecerles exquisiteces, pensó Hermógenes, y el brebaje desprendía un aroma delicioso.

—Gracias, señor —respondió Néstor con voz temblorosa, pestañeando—. Eres muy amable.

Hermógenes mandó a Pirro al estudio a buscar la taza que había utilizado él antes. Luego no le restó más que aguardar a que Néstor se marchara para asistir a su compañero en la búsqueda y aprovechar el momento para repartir la dosis de opio entre la taza a juego con la jarra de agua de la habitación y la que habían traído en la bandeja.

—A lo mejor está en la alcoba —dijo a Pirro levantando la voz y comenzó a servir el agua de cebada especiada para ocultar lo que acababa de hacer.

Pirro y Néstor regresaron con la cuarta taza, que por supuesto había estado en la alcoba desde el principio. Llenó también ésta vaciando la jarra y se la alargó a Cántabra, que lo miró con semblante perplejo. Hermógenes dedujo que ella no conocía los efectos de aquel fármaco: él y el médico habían hablado de ello en griego. Probablemente creía que se trataba de otro purgante. Tomó su propia taza, la que ambos esclavos sabían que había contenido el medicamento, y la alzó.

—¡Salud! —Brindó con una sonrisa—. Espero que esto me dé el sueño profundo que el médico ha prometido. La expresión de Cántabra cambió.

Hermógenes hizo los preparativos habituales para irse a dormir y luego se tendió en su alcoba a oscuras con la mirada fija en el techo. Tario Rufo quería conseguir los documentos y matarlo. Si escapaba, Vedio Polión simplemente querría matarlo. ¿Adónde podía ir ahora? En la casa de Tito Fiducio no estaría a salvo, pero le quedaba poco dinero en efectivo. Quizá debía regresar a la casa, recoger sus cartas de crédito, llevarlas a un banco y esconderse en una posada.

¿Y luego qué? ¿Cancelar la deuda e intentar emprender el viaje a Alejandría en secreto?

Recordó que su hija estaría esperando con ansia su retorno a casa. Lo más probable era que no se estuviera llevando demasiado bien con su tía Eukleia, quien había regresado de Chipre con él aquella misma primavera. La aflicción había transformado a Eukleia en una mujer quejumbrosa e irritable que además albergaba la firme convicción de que su sobrina nieta se había criado como una salvaje durante demasiado tiempo y que ya iba siendo hora de meterla en cintura. Seguramente no le faltaba razón, pera Hermógenes adoraba tanto a su pequeña acróbata que le dolía imaginarla remilgada,

elegante y formal como una dama. ¿Qué sería de ella sin él? Había apartado un dinero para su dote, pero ¿cómo viviría hasta entonces? ¿Qué haría, qué sentiría si él no volvía a casa?

También estaban los esclavos. Si no regresaba, Eukleia tendría que vender a la mayoría y mudarse a una casa más pequeña. Desde hacía años formaban parte de la familia, muchos de ellos desde su nacimiento, y supondría una degradación absoluta que pasaran a ser una propiedad. ¿Cómo podía infligirles semejante agravio?

Por otra parte, ¿cómo podía aceptar que otro hombre lo timara, lo golpeara, lo insultara e intentara matarlo con toda impunidad? Su orgullo y su amor propio quedarían dañados para siempre: dejaría de ser el hombre que siempre había creído ser. No sólo no sería «alguien» sino que se convertiría en lo que Polión lo había llamado, un don nadie. Preferiría morir.

Además, ¿acaso regresar a la patria bastaría para garantizar su seguridad? ¿No enviarían Polión o Rufo hombres en pos de él? Polión, por su parte, tenía numerosos contactos en Egipto y no era la clase de hombre que dejaba que un adversario potencialmente peligroso se escabullera. No. No le convenía en absoluto arriesgarse a que los problemas lo siguieran hasta su casa. Debía conducir aquello a buen término aunque muriera en el intento.

Así pues, ¿qué hacer? ¿Vender la deuda a Mecenas ya que detestaba a Rufo y probablemente tampoco apreciaba a Polión? ¿O tratar de encontrar a «Tito»? ¿Existiría algún romano poderoso que fuese mejor persona que Rufo y Polión?

Todas estas opciones, por supuesto, partían de la suposición de que conseguiría huir de casa de Polión aquella misma noche, cosa que no estaba ni mucho menos clara.

Le vino a la mente la imagen de Néstor relamiéndose después de tomar la bebida adulterada con drogas y la sincera gratitud que había percibido en los ojos del viejo por habérsela ofrecido. Recordó a Pirro sacándolo a cuestas de la sala de vapor y depositándolo en la silla. Esperó que no los castigaran por dejarlo escapar. Suponiendo que lo lograse.

Después de una espera que se le figuró eterna, se levantó y renqueó basta el vestidor. Los bultos apenas distinguibles de Néstor y Pirro yacían delante de la puerta. No se despertaron cuando Hermógenes entró en el estudio y encendió la lámpara.

Cántabra se incorporó.

—Aún es demasiado pronto —musitó en tono reprobatorio—. Deberíamos aguardar una hora más.

Con un resoplido, Hermógenes se dirigió al escritorio y buscó papiro y pluma. Cántabra se levantó y se acercó.

—¿Qué estás haciendo?

—No quiero que Néstor y Pirro paguen por esto —susurró Hermógenes—. No es culpa suya.

Encontró la tinta, se sentó y escribió: «No culpes a los esclavos, los he drogado con opio que he conseguido mintiendo al médico. Concebí la sospecha de que planeabas venderme a Rufo».

—¿Qué has puesto? —preguntó la bárbara de mal talante.

—Sólo que los he drogado —contestó Hermógenes en voz baja. Guardó la tinta y la pluma y dejó la hoja de papiro en medio del escritorio.

Cántabra negó con la cabeza.

—Eres un hombre extraño.

—No es la primera vez que lo dices.

—Porque es verdad. —Bajó la vista hacia el rostro vuelto hacia ella. A la luz de la lámpara su cabello se teñía del color de las brasas y sus exóticos ojos claros parecían oscuros—. Eres el primer griego que conozco. ¿Todos los griegos son como tú?

—No lo sé. ¿Eres tú como los demás cántabros?

—No —respondió ella de inmediato—. Antes de pasar por la arena lo era. Ahora ya no.

Hermógenes miró hacia otro lado.

—Sí. Seguro que la arena cambiaría a cualquiera. Cántabra emitió un gruñido.

—Esta noche en la cena has dicho que odiabas los juegos —soltó de pronto—, y Vedio Polión ha contestado como si supiera todas las cosas que ibas a decirle sobre ellos. ¿Hay muchos otros griegos que opinan cosas como ésas, que «la muerte de hombres y mujeres no debería considerarse un espectáculo»?

—Eso es lo que dicen nuestros filósofos, y yo estoy de acuerdo con ellos. Pero me temo que a la mayoría de los griegos le gustan los juegos casi tanto como a los romanos. En Alejandría hay un anfiteatro, y cada vez que se programan combates de gladiadores el populacho se regocija.

—De todos modos me gusta que vuestros pi-ló-so-pos digan eso. ¿Qué significa la palabra pilósopo?

—Amante de la sabiduría.

—Vaya. Los amantes de la sabiduría odian los juegos. Eso me gusta —concluyó sonriendo.

Hermógenes le devolvió la sonrisa.

—Tienes buena memoria, te acuerdas de todo lo que hemos dicho.

—Siempre escucho cuando un enemigo habla. A veces me entero de cosas que me ayudan a prever su siguiente paso.

—Eres una mujer inteligente y muy buena en tu trabajo. Cuando esta tarde me has

contado que habías estado buscando una vía de escape antes de que a mí se me ocurriese siquiera… me he puesto muy, pero que muy contento.

Cántabra le tocó la mejilla con el dorso de la mano.

—Ya te dije que no te arrepentirías si decidías contratarme.

Hermógenes tomó la mano entre las suyas y la estrechó.

—Y no me he arrepentido en absoluto.

Cántabra se paralizó, abrió mucho los ojos y retiró la mano de un tirón. La restregó contra la túnica como si Hermógenes la hubiese manchado. Éste sintió una punzada sorprendentemente aguda de humillación y rabia.

—Quizá ya sea hora de marcharse —susurró Cántabra—. ¿Quieres quitarte las tablillas o prefieres dejártelas puestas?

Hermógenes se tragó sus sentimientos. Cántabra le había dicho a las claras que el amor no estaba incluido en su contrato, y habida cuenta de lo que sin duda había sufrido desde que la esclavizaron, no cabía culparla por ello. Casi con toda seguridad los soldados la violaron antes de enviarla a la arena, y allí era harto probable que los guardas abusaran de ella. La verdadera sorpresa estribaba en que él comenzaba a verla como a una mujer deseable.

—Deja que me desate las vendas, para probar si así voy mejor —respondió Hermógenes con total naturalidad.

El tobillo ya no estaba hinchado, aunque seguía dolorido. Lo desenvolvió y con mucho cuidado apoyó su peso en él: le dolía pero lo soportaría. Repitió la operación sin tablillas, luego con ambas y finalmente decidió ponerse sólo una, en la parte interior, detrás de la articulación. Cántabra le ayudó a atar otra vez el vendaje y luego regresó a la alcoba y agarró las sandalias, la toga y el cinturón. Hermógenes verificó el contenido de su monedero: sólo seis denarios y algo de calderilla. Tendría que conseguir más dinero en efectivo. Echó un nuevo vistazo a la alcoba y asió la muleta apoyada contra la pared. En último extremo, era la única arma de que disponía.

Los esclavos no se despertaron cuando cruzó el vestidor con la lámpara encendida. Un leve silbido acompañaba la respiración de Néstor, mientras que la de Pirro, acompasada como la de un niño, apenas resultaba audible.

Cántabra se detuvo a contemplar a ambos hombres.

—¿Cómo convenciste al médico de que te diera la medicina adecuada? —preguntó a Hermógenes.

—Le describí algunos de los síntomas para los que suelen prescribirla. Supuse que de todos modos les vendría bien dejarme fuera de combate.

—¡Ja! Eres tan astuto como dijo el hombre malvado. Y ahora, apaga la luz: debemos dejar que los ojos se nos acostumbren a la oscuridad.

Hermógenes sopló la lámpara y la depositó encima de una mesa. Aguardaron juntos en las tinieblas escuchando la respiración sibilante de Néstor.

—Vamos —dijo Cántabra por fin y avanzó sin hacer ruido hasta la puerta.

Ésta no se abrió lo suficiente para franquearla: Pirro la obstruía. Al percatarse de lo que ocurría, Cántabra agarró el colchón donde él dormía y lo arrastró hacia un lado. El muchacho se incorporó de golpe y los miró con ojos límpidos y brillantes incluso en la penumbra. Todo pareció paralizarse: Hermógenes incluso estaba seguro de que el corazón le había dejado de latir. Cántabra se llevó la mano debajo de la túnica y sacó un puñal.

Pirro masculló algo ininteligible y se tendió otra vez. La queda respiración infantil se reanudó como si en ningún momento se hubiese interrumpido.

Tras un largo minuto, Cántabra palpó cautamente el hombro del muchacho con los nudillos. Éste no se despertó.

—Lo más probable es que en realidad no se haya despertado —le explicó Hermógenes con voz temblorosa—. El opio hace esas cosas.

La guardaespaldas negó con la cabeza y se guardó el puñal en su sitio. Debía de llevar una funda cosida a la tira del pecho, pensó Hermógenes y se preguntó cuándo la habría adquirido. Durante la visita al foro que hizo antes de llevar el mensaje a casa de Polión, seguramente: el puñal se semejaba mucho al que había quitado al sicario de Rufo. Cántabra abrió la puerta, rodeó con cuidado al esclavo dormido y salió al corredor. Hermógenes la siguió y cerró la puerta. Cántabra emprendió la marcha a grandes zancadas, como una sombra en la negrura, y él avanzó cojeando tras ella tan aprisa y en silencio como sus piernas le permitían.

No toparon con nadie en el corredor ni en el pórtico. Cántabra giró a la derecha en el ala de las termas y lo guió por un sendero bajo los árboles. La noche era oscura: la media luna asomaba de vez en cuando como un pálido resplandor por detrás de una nube baja. Hermógenes vislumbró un reflejo en el agua a su derecha y se estremeció al pensar una vez más en las lampreas.

Cuando se hallaban cerca del fondo del jardín, Cántabra lo hizo esperar en las sombras debajo de un arbusto mientras ella iba a buscar la cuerda y comprobaba que la tapia estuviera despejada. Hermógenes aguardó sentado en silencio frotándose el pie dolorido durante lo que le parecieron horas. Al fin, no obstante, la bárbara reapareció con la cuerda. Estaba manchada de tierra y olía a abono vegetal: era de suponer que la había enterrado.

Cántabra le acercó la boca al oído.

—Ése es el mejor sitio por donde saltar la tapia —musitó, señalando sin levantar demasiado la mano del suelo. Hermógenes dirigió la vista hacia donde ella le indicaba

y advirtió que el terreno se elevaba un poco, lo que facilitaría la escalada—. Además, hay un árbol al que atar la cuerda. Pero en lo alto de la tapia hay pinchos, y al otro lado una buena caída, así que tendrás que ir con cuidado.

—¿Tendré? —murmuró Hermógenes—. ¿Y tú qué?

—Yo voy a distraer al vigilante.

—¿Hay un vigilante? ¿Dónde está? —preguntó él, alzando un poco la voz, pero ella le hizo callar con un ademán brusco.

—En el otro extremo de la tapia —contestó Cántabra apuntando hacia la oscuridad —. Al pie de aquel árbol. Está medio dormido pero te descubrirá cuando trepes al muro. Voy a subir por la ladera situada detrás de él y haré ruiditos como un animal atrapado en la maleza o un esclavo intentando esconderse. Tan pronto como se acerque a investigar, me escabulliré en silencio y saltaré la tapia después de ti. Ahora me voy. Cuenta hasta doscientos y ponte en marcha, ata la cuerda al árbol y salta lo más deprisa que puedas.

—¿Crees que lograrás «escabullirte en silencio»? —inquirió Hermógenes atemorizado.

—Sí —afirmó Cántabra inmediatamente y desapareció en las sombras.

Hermógenes contó hasta doscientos, se puso de pie y caminó hasta el lugar que le había indicado su guardaespaldas. Se obligó a avanzar con extremo sigilo pese a su incontenible ansia de apresurarse: lo último que quería era torcerse el tobillo de nuevo por correr en la oscuridad. Pasó la cuerda alrededor del árbol, la ató y se aproximó a la tapia. Pese a la elevación del terreno, era más alta que su cabeza y, tal como Cántabra había advertido, afilados pinchos de madera se alineaban en la parte de arriba. Estaban inclinados hacia fuera, no obstante, para disuadir a los ladrones que intentaran colarse en la propiedad y pensó que no acarrearían demasiadas dificultades a quien tratara de saltar hacia el exterior. Lanzó el extremo de la cuerda al otro lado de la tapia, se quitó la toga y la arrojó encima de los pinchos, luego afianzó la muleta en el suelo, apoyó el pie izquierdo en el mango y se encaramó a lo alto del muro. Una piña atrapada entre dos pinchos cayó a la calle y repiqueteó en los ladrillos, y por un momento Hermógenes pensó que le iba a dar un vahído. Se sujetó a la cuerda, comenzó a bajar deslizándose al otro lado de la tapia, quedó suspendido por unos instantes sobre una calle sombría y acto seguido se descolgó hasta el suelo, poniendo cuidado en aterrizar sobre la pierna izquierda.

Se arrimó al muro procurando controlar el jadeo entrecortado de su respiración, que le parecía tan ruidoso como un grito. Cayó en la cuenta de que había dejado la muleta al otro lado de la tapia. Extendió el brazo y agarró el borde que colgaba de la toga pero no tiró de él: a Cántabra quizá le resultaría útil.

A lo mejor también querría escalar ayudándose con la cuerda. No bien se le ocurrió la idea, se la enrolló en el antebrazo, la asió con ambas manos y se preparó para sujetarla.

Permaneció un buen rato con la espalda pegada a los toscos ladrillos. Sólo se oía el murmullo ocasional del viento entre los pinos del jardín de Polión. A medida que transcurrían los minutos pugnaba por persuadirse de que era buena señal que todo estuviera en calma y que lo preocupante sería oír gritos de alarma.

Una pisada crujió al otro lado de la tapia y él se afianzó para aguantar el tirón. Sin embargo, la cuerda no se tensó, y una silueta oscura apareció en lo alto del muro. Se esfumó, volvió a asomarse, y entonces Cántabra se deslizó por la cuerda y Hermógenes tuvo que echarse a un lado de un brinco para que no le cayera encima.

Cántabra le tendió la muleta. Sus dientes brillaron en la oscuridad.

—Me ha venido muy bien —comentó—. Gracias.

Tomó el extremo de la cuerda y la lanzó de nuevo al interior del recinto. Resultaría casi invisible en cuanto estuviera en el suelo, pensó Hermógenes, y no era probable que alguien los echara en falta hasta la mañana siguiente. Tiró del borde de la toga y la atrapó al vuelo cuando se le vino encima. Cántabra ya se había alejado calle abajo, de modo que la siguió con la toga arrugada y la muleta en sus brazos.

Descendieron por el Esquilino en medio de un silencio absoluto. Hermógenes aguzó el oído casi con desesperación, temiendo percibir gritos y ruido de gente corriendo tras ellos, pero no oyó nada. Era como si no hubiese otros seres humanos despiertos en toda la ciudad aparte de Cántabra y él.

Cuando se aproximaron a una calle principal, el silencio decayó. A una media manzana de donde se encontraban brillaban las antorchas de un carro tirado por bueyes que avanzaba con gran estrépito hacia los mercados de la ciudad, y en una *insula* del otro lado de la calle un bebé lloraba. Hermógenes se detuvo en la esquina, aturdido por la normalidad de todo aquello. Habían escapado. ¡Realmente habían escapado!

Contempló distraídamente el fardo que llevaba en los brazos, dejó la muleta en el suelo y se puso la toga drapeándola delicadamente por encima del hombro izquierdo y por debajo del brazo derecho, tal como la llevaría en una ocasión informal. Tiró de las puntas para que cayeran rectas y agarró de nuevo la muleta.

Cántabra, que también se había parado, aguardaba con paciencia como una sombra alta y delgada en la oscuridad.

—Tenemos que ir a casa de mi amigo —le dijo Hermógenes—. No creo que corramos peligro si vamos ahora. Supongo que Rufo habrá retirado a sus guardias después de verme en casa de Polión, y probablemente éste no mandará a los suyos hasta mañana, cuando se entere de que nos hemos fugado.

Cántabra asintió con la cabeza.

—¿Nos quedaremos allí? ¿O sólo recogeremos dinero y volveremos a marcharnos?

—Recogeremos dinero y nos marcharemos.

La bárbara asintió de nuevo en señal de aprobación.

—¿Estás en condiciones de caminar tanto?

Hermógenes se miró el tobillo vendado.

—Creo que sí. Aunque sería mejor que no tuviera que hacerlo. A lo mejor podemos ir en carro.

Alcanzaron el vehículo que iba delante de ellos sin mayor dificultad. Llevaba verdura al mercado además de cestas de huevos y unos cuantos pollos vivos. El conductor y sus dos ayudantes los miraron con recelo al principio, pues en la Subura cualquier desconocido era un peligro en potencia, pero al parecer decidieron que una mujer y un hombre con una muleta y el tobillo vendado no representaban un gran peligro. Aceptaron llevarlos en la trasera del carro a cambio de unas pocas monedas. Bajaron traqueteando despacio por la vía Labicana hasta que llegaron al foro juliano, donde la carreta se detuvo y los pasajeros se apearon.

Debía de ser medianoche, pero había un montón de personas por allí: en su mayoría carreteros efectuando entregas y algunos vendedores madrugadores que ya estaban montando sus puestos. Los dos fugitivos se abrieron paso entre ellos en dirección a la vía Sacra.

Hubieron de recorrer un buen trecho hasta la vía Tusculana, y a Hermógenes le dolía mucho el pie cuando por fin llegaron a las inmediaciones de la casa. No protestó cuando Cántabra le indicó que aguardara a la entrada de un oscuro callejón mientras ella se adelantaba para cerciorarse de que la casa ya no estuviese vigilada. Se reclinó contra la pared de una *insula* y levantó la vista al cielo encapotado. En un apartamento cercano una pareja borracha discutía. Un niño se despertó y rompió a llorar. Por la calle principal pasó ruidosamente otro carro con un cargamento de madera para las carpinterías de Roma.

Cántabra regresó y le informó de que el camino estaba despejado. Hermógenes asintió con la cabeza y recorrió la última manzana cojeando con ayuda de la muleta.

Aquella noche no había antorchas en los soportes en forma de delfín, y un pensamiento de pesadilla lo asaltó al plantarse ante la puerta tachonada: ¿y si detrás no había más que escombros y muertos?

Se dijo a sí mismo que tan ostensible aniquilación de un conocido hombre de negocios constituiría una muestra de temeridad demasiado peligrosa incluso para Rufo. Dio unos golpes a la puerta.

No obtuvo respuesta. Pensó en golpear más fuerte pero decidió que no quería

anunciar su visita a toda la calle y, en cambio, fue a llamar a la ventana de la portería. Como así tampoco obtuvo respuesta, metió un extremo de la muleta por detrás de los postigos y la sacudió.

Al cabo de medio minuto alguien la agarró y, acto seguido, se abrió la ventana y el rostro con aspecto de máscara de Kyon se asomó.

—¡Señor! —exclamó éste sin aliento—. ¡Has regresado!

—Sí. Déjanos entrar, por favor. ¡Sin hacer ruido!

Kyon fue corriendo a abrir la puerta y Hermógenes entró cojeando y se detuvo en el zaguán, esforzándose por poner sus ideas en orden. Una silueta borrosa apareció en la puerta de la portería.

—¡Oh, señor, has vuelto! —dijo la voz de Tercia con gran alivio.

—Sí.

La familia de Kyon debía de compartir la portería con él durante la noche.

—Sí —repitió Hermógenes—, aunque no me atrevo a quedarme durante mucho rato. Kyon, ¿puedes avisar a Tito que estoy aquí?

Kyon salió disparado hacia el interior de la casa, tan aprisa que hasta olvidó cerrar la puerta. Cántabra la cerró en su lugar y echó el cerrojo con fuerza.

Otra figura acudió a la puerta de la portería.

—¡Señor! —exclamó un alegre jacinto—. Temíamos por tu vida.

Detrás de él se oyó la vocecita de Erotion preguntar si se trataba del griego simpático.

—¡Sí! —le gruñó jacinto con impaciencia antes de proseguir—: ¡Los bárbaros de Rufo se han marchado esta tarde y hemos creído que eso significaba que te habían atrapado!

—Pues no —repuso Hermógenes—. Me duele el pie. Necesito sentarme. —Fue dando traspiés hasta el atrio y se dejó caer en el banco. Tercia salió disparada hacia el comedor y regresó con una lámpara.

Sonó un rumor de voces en el interior de la casa y al cabo de un momento llegó presuroso Tito Fiducio Crispo, vestido sólo con una toga que se había puesto precipitadamente. Con él venía Menéstor, despeinado y en cueros. Hermógenes se incorporó en el asiento y reprimió una expresión de asombro. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que jacinto había estado durmiendo con su familia y no con su amo. Menéstor cayó de rodillas junto a él y le tomó la mano con el rostro radiante de alivio y alegría.

—Mi querido Hermógenes… —Comenzó Tito afectuosamente.

—¿Qué significa esto? —rugió Hermógenes furioso señalando con un gesto del brazo a su secretario desnudo. A Tito se le demudó el semblante.

—Me… me dijo que no te importaría.

—¡Te pedí que cuidaras de él! ¡Te dije que tenía la intención de libertarlo! ¿Cómo es posible que pensaras que te estaba invitando a hacerlo tuyo en cuanto yo saliera de la casa?

—¡Señor! —protestó Menéstor, que había entendido la emoción aunque no el significado de las palabras latinas—. ¡Señor, no ha sido eso! —dijo al borde del llanto.

Su amo se volvió hacia él, confundido y Menéstor le sostuvo la mirada y extendió el brazo, presa del nerviosismo, para tocarle el pecho.

—Por favor, señor —continuó—, ¡entiéndelo, te lo suplico! Yo no… no sabía qué hacer al ver que no regresabas. Cuando esta tarde se han retirado los guardias, hemos pensado… Tenía miedo… Tito Fiducio ha sido muy amable conmigo. Me ha dicho que seguramente regresarías y ha prometido hacer todo lo posible para encontrarte. Ha enviado una carta a casa de Polión y ha asegurado que si no recibía respuesta, también escribiría a Rufo. Yo estaba agradecido y muy preocupado y… y es verdad, le he dicho que no te importaría. ¡Lo siento mucho, señor!

Su amo, incrédulo, no despegaba los ojos de Menéstor, que bajó la vista.

—Tú nunca me has querido para ti —murmuró con amargura. El asombro dejó a Hermógenes sin palabras.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Cántabra bruscamente en latín.

—Pues que… Nada —consiguió decir Hermógenes por fin—. Nada. Por un momento he pensado que Tito había forzado a mi secretario, pero ha sido un malentendido.

Se obligó a mirar a Tito, que retorcía el borde de su toga con ambas manos como una chiquilla pillada en un renuncio.

—Perdona que te haya gritado —se disculpó Hermógenes haciendo un esfuerzo—. Lo he interpretado mal.

—No es de extrañar —titubeó Tito—. Estas cosas… Lo entiendo, yo hubiese… En fin, que lo entiendo.

—Es preciso que te cuente lo que ha ocurrido —prosiguió Hermógenes procurando recobrarse de la estupefacción.

—¿Quieres que pasemos al comedor y bebamos un poco de vino? —propuso Tito.

Entraron en el comedor, adonde fueron llegando más sirvientes desde la parte trasera de la casa: Esténtor, Gallo y otros tres o cuatro esclavos, todos aliviados al comprobar que, para variar, el huésped de su amo había llegado sano y salvo. Uno de ellos salió corriendo en busca de vino.

—Menéstor —ordenó Hermógenes—, ve a ponerte algo de ropa.

Menéstor se contempló el cuerpo como si acabara de percatarse de que con las

prisas había salido desnudo de la habitación. Se sonrojó y se marchó rápidamente.

—De verdad que no fue mi intención… —dijo Tito con humildad—. Simplemente… sucedió.

Hermógenes suspiró y se frotó la cara.

—Ya. Bueno, tengo que explicarte lo que me ha sucedido. ¿Vas a escucharme?

Tito se sentó en uno de sus triclinios tapizados de rojo y enlazó las manos con expresión atenta.

Hermógenes le refirió los hechos sucintamente: el chantaje de Polión a Rufo, el encuentro de aquella misma tarde en las termas, la sospecha de que su propia vida estaba incluida en el trato y la huida de su mansión.

—No me atrevo a quedarme aquí —concluyó—. Aunque hubiera justificación para ponerte en peligro, y no la hay, no resultaría seguro para mí permanecer en el primer lugar donde me buscarán. He de irme a otra parte pero necesito mis cartas de crédito y además pienso que debería redactar alguna clase de documento para conceder la libertad a Menéstor.

—Yo, esto… he redactado uno esta mañana —balbució Tito un tanto vacilante—. Puesto que comentaste que querías libertarlo, pensé que si tenía uno redactado…

—Gracias —interrumpió Hermógenes—. Lo firmaré.

Menéstor regresó vestido.

—Aunque se me ocurrió —continuó Tito, revelando un profundo temor—, se me ocurrió que quizá querrías vendérmelo para que luego yo lo libertase. ¡Por favor, por favor, amigo mío, permíteme hacerlo así!

—¿Por qué? —preguntó Hermógenes sin rodeos. Tito se puso colorado.

—Porque de esta manera se convertiría en Fiducio Menéstor en lugar de Elio Menéstor y sería mi liberto, no el tuyo.

Hermógenes clavó en él los ojos por un momento y luego se volvió hacia su esclavo.

—Menéstor ——dijo en griego—, Tito me pide que te venda a él, de modo que cuando seas libre lleves su nombre en lugar del mío. ¿Qué quieres que haga?

Menéstor se ruborizó y miró al suelo.

—No lo sé.

—Pues tienes que decidirlo deprisa —replicó Hermógenes con acritud—. Debo marcharme enseguida y antes quiero dejar resuelto el asunto de tu libertad. No tendría que haberme ido sin encargarme antes de ello.

Menéstor levantó la cabeza de golpe.

—¿Adónde vas?

—Aún no lo sé. He de esconderme, al menos durante unos días. Entiende bien esto:

regresar a casa ya no es una alternativa viable. Me temo que ahora enviarían a sus secuaces detrás de mí. Todavía abrigo esperanzas de hallar una escapatoria, pero no albergo en absoluto la certeza de que vaya a conseguirlo.

Era la primera vez que lo reconocía y le sorprendió la firmeza de su propia voz.

—¡Llévame contigo! —imploró Menéstor mirándolo con ojos desesperados—. ¡Por favor, señor! No te pediré que te rindas ni me quejaré. Ni siquiera deseo mi libertad. Sólo quiero estar contigo. No soportaré quedarme aquí sin saber dónde estás ni qué ha sido de ti. ¡Por favor, señor!

Hermógenes sacudió la cabeza con perplejidad. Siempre se había considerado un hombre observador. ¿Cómo era posible que no hubiese reparado en aquello?

—Menéstor, tal vez creas que estás enamorado de mí…

—¿Creer? —gritó Menéstor angustiado—. ¡Oh, dioses, estoy enamorado de ti desde hace años!

Hermógenes levantó la mano.

—¡No seas crío! Eres lo bastante mayor como para saber que nunca te amaré. Y si vinieras conmigo representarías más un estorbo que una ayuda para mí. Me consta que eres leal e inteligente pero no hablas latín. Tendría que cuidar de ti, explicarte lo que ocurre, hacerte de intérprete y, al final, quizá tendría que verte morir por mí inútilmente. No: no te llevaré conmigo. Acepta tu libertad y quédate aquí, al menos por el momento. Te daré dinero para el pasaje de vuelta a Alejandría antes de marcharme esta noche y así, si no sobrevivo y aún lo deseas, podrás regresar a casa. Háblalo, si quieres, con Tito Fiducio. Ahora voy a buscar las cosas que necesito.

Salió cojeando hacia las Habitaciones del Nilo.

Cántabra fue tras él.

—¿Qué ha sido todo eso? —preguntó.

Hermógenes soltó un resoplido. Pese a lo desesperado de su situación, estaba profundamente impresionado. Pensó en las innumerables ocasiones en que había compartido una habitación y un baño con Menéstor, las veces que Menéstor lo había ayudado a vestirse por la mañana, la delicadeza con que Menéstor le había limpiado la sangre del hombro… La conciencia de lo que Menéstor debió de sentir en todos esos momentos provocaba en él una mezcla de compasión y repugnancia. Recordó el vehemente deseo en la voz del muchacho cuando le respondió a la pregunta de si estaría dispuesto a acostarse con su amo a cambio de su libertad. No se trataba, como había pensado entonces, de un reflejo de su ansia de libertad, sino de algo que el muchacho sabía de sobra que jamás iba a conseguir.

—El chico cree que está enamorado de mí —le explicó a la bárbara con desagrado.

Se impuso un silencio. Llegaron a las Habitaciones del Nilo y Hermógenes buscó a

tientas el yesquero para encender la lámpara.

—Ya había oído decir que a los griegos les gusta eso —comentó Cántabra.

—¿Qué tiene que ver eso con el hecho de ser griego? —preguntó Hermógenes con perplejidad—. ¿Acaso los cántabros nunca se acuestan con muchachos?

—No —contestó Cántabra—. Al que lo hace lo matamos.

—¡Zeus! —exclamó Hermógenes, de nuevo impresionado. Encontró el eslabón, encendió la yesca y con ella prendió las lámparas que colgaban de la réplica del faro. La chabacana decoración egipcia se iluminó alrededor de ellos, llena de sombras misteriosas.

»No creo que sea algo específicamente griego —reflexionó Hermógenes dirigiéndose hacia el baúl—. A la mayoría de nosotros nos gustan las mujeres, y hay un montón de romanos a quienes les gustan los chicos. A mi amigo Tito, sin ir más lejos, y a Vedio Polión también.

—Me fijé en que no dejaba de tocarte.

—Lo hacía para provocarme.

—Fue vergonzoso.

La miró atónito. Cántabra estaba de pie en el umbral con los brazos cruzados y semblante adusto. Hermógenes se encogió de hombros.

—Sí. De acuerdo. ¿Tendría que haber respondido a su provocación, habida cuenta de que eso era precisamente lo que él deseaba?

Cántabra descruzó los brazos y se aproximó para arrodillarse a su lado junto al baúl.

—Tú no te acuestas con chicos, ¿verdad? —preguntó con inquietud.

A Hermógenes le entraron ganas de pegar a alguien: a ella, a Tito, a Menéstor. A Polión, pensó con ansia, o a Rufo.

—No —espetó—. No lo hago, y ahora mismo preferiría no volver a ver a Menéstor nunca más. ¿Satisfecha?

Cántabra desvió la vista.

—El pobre muchacho sólo tiene diecisiete años —prosiguió él—, es honesto, inteligente y desdichado. Yo soy su amo, y está enamorado de mí. Lo traje aquí, a esta ciudad cuyo idioma desconoce, lo obligué a correr peligros para los que no está preparado por una causa en la que no creía y luego lo dejé en esta casa con un romano obeso que se había encaprichado de él. Buscó consuelo y ahora siente que me ha traicionado. Tendrá que elegir entre regresar a la patria por su cuenta para vivir en una casa arruinada o quedarse aquí con Tito Fiducio. Siempre me ha profesado una lealtad a toda prueba y yo lo he tratado de manera lamentable… y ahora no quiero volver a verlo. ¿Tu pueblo juzgaría mi conducta honrosa?

—Perdona —respondió Cántabra con un susurro—. No debería haber dicho nada, no es asunto mío.

Hermógenes gruñó y abrió el baúl.

La caja fuerte sólo contenía otros veinte denarios en monedas. Los guardó en su monedero, tomó las cartas de crédito y las envolvió en una túnica limpia. La puso encima de su toga buena, que estaba doblada al borde del escritorio, lo lió todo en un fardo y lo sujetó con un cinturón. Estaba a punto de levantarse cuando reparó en que el estuche de plumas con el dinero de Cántabra estaba en un rincón del baúl. Lo sacó y se lo entregó sin mediar palabra. Luego cerró el baúl con llave. Apagó las lámparas y salió de la habitación.

En el comedor, Tito y Menéstor estaban juntos de pie ante una mesa sobre la que había varias hojas de papiro. Tito se hallaba en actitud suplicante y Menéstor negaba con la cabeza. Ambos se interrumpieron cuando Hermógenes entró cojeando.

—¿Has tomado tu decisión? —preguntó Hermógenes a su esclavo.

—Sí, señor —contestó Menéstor en voz baja—. Quiero que me libertes tú.

Hermógenes hizo un gesto de asentamiento.

—Muy bien. Menéstor, perdóname. Merecías de mí algo mejor de lo que has recibido. Ojalá pudiéramos hacer esto como es debido, con toda la ceremonia que la ocasión exige y no con estas prisas tan inapropiadas, pero tengo que marcharme enseguida. ¿Es éste el documento?

—¡Oh, por favor! —jadeó Tito acercándose a él—. Por favor, ¿por qué no me lo vendes? Te daré la cantidad que pidas y juro que después lo libertaré. Por favor.

Hermógenes hizo una pausa, estupefacto. Tito le sostuvo la mirada pestañeando con la cara redonda pálida y la papada temblorosa. Era un hombre poseído por una emoción irrefrenable. Ahora que por fin un «chico encantador» había correspondido a sus requerimientos amorosos de buen grado, estaba verdaderamente loco por él.

—Lo siento —dijo Hermógenes a su amigo en latín para que Menéstor no le entendiera—, juré que le otorgaría la libertad y sabes bien que está profundamente afligido. ¿Cómo puedes pedirme que se la niegue cuando es lo que desea?

—¡Pero yo… yo lo amo! —tartamudeó Tito—. Y si no es mi esclavo, y si no es mi liberto, bueno…, seguro que me abandonará. Nadie me ha amado nunca. No sabes la suerte que tienes de que haya tantas personas que te amen.

Hermógenes recordó que estaban en mitad de la noche y, a juzgar por el olor de su aliento, Tito había estado bebiendo parte del vino que los esclavos habían traído. El alejandrino suspiró exasperado y posó una mano en el hombro de su anfitrión.

—Tito, se ha acostado contigo por voluntad propia y sin ninguna coacción porque lo tratabas con amabilidad. Si sigues portándote bien con él, quizá llegue a quererte. Es

generoso y afectuoso por naturaleza, igual que tú.

—Eso no ocurrirá —sollozó Tito, enjugándose la nariz con el dorso de la mano—. Nadie ha llegado a quererme nunca.

—¡No tengo tiempo para esto! —exclamó Hermógenes, impaciente—. ¿Cómo esperas que alguien te ame si nunca le concedes la libertad de elegirte? ¡No puedes negarles eso y luego quejarte!

Recogió el papel de encima de la mesa. Era la factura de la venta. Tomó el que había debajo: el documento de manumisión. Lo leyó de principio a fin, constató que todo era correcto, alcanzó la pluma, la tinta y la cera, lo firmó y lo selló.

—¿Quieres firmar como testigo? —preguntó a Tito ofreciéndole el documento y la pluma.

Tito se limpió la nariz de nuevo, agarró la pluma y signó en calidad de testigo.

Hermógenes entregó el documento de manumisión a Menéstor y se vació el monedero en la mano.

—Lo siento, pero esto es cuanto tengo en efectivo —dijo dándoselo al muchacho—. Debería bastar para el pasaje hasta Alejandría si viajas en cubierta o encuentras trabajo en el barco. Averigua si algún capitán o sobrecargo necesita un secretario. Procuraré que te hagan llegar el resto del importe en cuanto consiga efectivo, pero no sé cuándo podré hacerlo. —Se volvió hacia el hombre de negocios. Tito parecía aturdido y apagado—. Tito, temo que quizá te haya puesto en peligro. Creo que deberías tomar las medidas necesarias para protegerte y proteger tu casa. Informa de la situación en la medida que consideres razonable a quien esté a cargo de tales menesteres en Roma. ¿El prefecto de la ciudad, tal vez? No es preciso que acuses al cónsul de nada: probablemente bastará con que digas que un huésped tuyo se enzarzó en una discusión con él y que algunos de sus hombres han estado rondando tu casa en actitud amenazadora. Dales a entender que lo que temes es que esos guardianes bárbaros pierdan el control, y no que su patrono quiera hacerte daño. No olvides mencionar que también he discutido con Polión. Cuéntaselo todo a tus amigos. Quéjate de mí por haber armado tanto alboroto y haberme marchado obligándote a afrontar las consecuencias solo. Asegúrate de que tanto Rufo como Polión se enteren de que has comunicado a las autoridades que estás preocupado: de este modo será mucho menos probable que emprendan alguna acción contra ti. Asegúrate, también, de que sepan que no estoy aquí y de que desconoces mi paradero. Espero que con eso baste.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Tito, angustiado.

—Aún no lo he decidido. Ah, una cosa más. Cántabra me ha servido lealmente, con inteligencia y coraje. Sin su ayuda no estaría aquí. Si me matan, ¿le echarás una mano para encontrar un patrono más afortunado, por favor? Estoy convencido de que

cualquiera a quien se la recomiendes vendrá a agradecértelo.

—Ya estás dándote por muerto —gimió Tito mirándolo de hito en hito.

Hermógenes sonrió forzadamente.

—Espero salvarme, pero más vale prepararse siempre para lo peor.

—¿Harás lo que te pido?

—Sí —susurró Tito. Agarró la mano de Hermógenes y comenzó a retorcérsela—. ¡Oh, dioses y diosas! Mi querido amigo…

—¡Por favor! —lo reprendió Hermógenes, soltándose—. Debo conservar la cabeza clara. Lamento mucho todos los problemas que os estoy causando a ti y a todo el personal de tu casa. Menéstor —dijo, pasándose de nuevo al griego—, lo siento. Ojalá la libertad te haga feliz. ¡Adiós!

Recogió el fardo con la toga y los documentos, se apoyó en la muleta y se encaminó, cojeando con presteza, hacia la puerta.

Toda la servidumbre lo siguió hasta el zaguán entre lamentos y exclamaciones. Menéstor trató de abrazarlo. Hermógenes se lo quitó de encima, advirtió a los demás que guardaran silencio, por la seguridad de todos, y, tras descorrer el cerrojo, salió a la oscuridad de la noche. Cántabra salió tras él sin mediar palabra.

Hermógenes anduvo cuesta abajo por la vía Tusculana hasta el callejón donde había aguardado antes y se detuvo. El silencio de las calles desiertas le resultó inmensamente grato después de tan agitada reunión.

Reconoció para sus adentros que se había comportado mal. Había tratado tanto a Menéstor como a su amigo Tito con una impaciencia que lo habría ofendido sobremanera de haberla presenciado en un tercero. Uno y otro le habían dado mucho más de lo que él tenía derecho a pedirles y a cambio no habían recibido siquiera las gracias.

Pero había sido muy difícil, habida cuenta de la desesperada necesidad por reunir todas las fuerzas para arrostrar la muerte, satisfacer las exigencias de quienes esperaban algo más de él. Exhaló un suspiro prolongado y levantó la vista al cielo encapotado. Se preguntó qué hora sería. Amanecía temprano en aquella época del año, y era importante que encontrase un escondite seguro antes de que saliera el sol.

La mañana de su partida de Alejandría, se había parado a contemplar el alba en el jardín de su casa. Ahora esa imagen se le antojaba la escena de un cuadro, perfecta e irreal: un gato mirando el pequeño estanque, los peces deslizándose entre las sombras y el cielo de un delicado tono rosado. Lo recordaba todo con todo lujo de detalles: la parra, las palmeras datileras, la pared encalada de la cocina, la columnata umbría y el aroma del pan de cardamomo en el horno. Se preguntó si volvería a verlo alguna vez.

Mirina había salido a suplicarle que la llevara consigo y Hermógenes la había

consolado diciéndole que sólo estaría fuera durante un mes o dos; que entonces era verano y que por tanto ninguna tormenta hundiría su barco. «Regresaré a casa muy pronto», le había asegurado. Entonces así lo creía. Ahora se sentía como si estuviera a punto de emprender un viaje hacia un lugar mucho más lejano que Roma, volviendo la vista atrás hacia ella con nostalgia, temeroso de partir pero forzado a marcharse. Lo recorrió un escalofrío.

—¿Adónde vamos ahora? —le preguntó Cántabra.

Hermógenes se estremeció de nuevo y sacudió la cabeza para aclararse la mente y concentrarse otra vez en el presente.

—A una posada —contestó—. Cualquier lugar donde podamos descansar y donde no nos encuentren.

—Conozco un buen sitio —dijo Cántabra—. Aunque queda al otro lado del foro. ¿Puedes caminar tanto trecho?

—No me queda otro remedio.

Los carros habían desaparecido cuando llegaron al foro, pues salían de madrugada para estar fuera de la ciudad al amanecer. En algunos puestos todavía había personas ordenando las mercancías que venderían por la mañana pero por lo general reinaba la quietud en la gran explanada. Unos pocos mendigos y carreteros dormían en los pórticos de los templos, y los perros vagabundos competían por hacerse con los desperdicios.

Para entonces el pie lesionado le dolía mucho a Hermógenes, que caminaba apoyándose en la muleta con el brazo izquierdo y en el hombro de Cántabra con el derecho. Percibía la tensión de la mujer: las miradas precavidas que lanzaba hacia las bocacalles, su continua vigilancia de los cuerpos acurrucados en los pórticos. No era un buen momento de la noche para deambular por la ciudad.

Cerca de la parte de abajo del foro, ella lo arrastró repentinamente hacia un callejón y lo metió en un portal. Aguardaron allí durante un par de minutos, apretados contra la puerta en la oscuridad. Hermógenes notó el calor del cuerpo de Cántabra, la curva de su cadera contra la suya y de nuevo se apoderó de él un deseo inusitado. Se disponía a hablar cuando ella enseguida se lo impidió poniéndole el dedo en los labios.

Guardaron silencio durante otro par de minutos y luego Cántabra se relajó. Lo ayudó a salir del portal y del callejón para regresar al foro.

—¿Qué ha pasado? —susurró Hermógenes.

—Me ha parecido que alguien nos seguía —contestó Cántabra—. O me he equivocado o hemos dejado de interesarle.

Rodearon el Tabularium por la derecha, enfilaron una calzada estrecha que, según dijo Cántabra, se llamaba Clivus Argentarius y torcieron a la izquierda, hacia el río.

Finalmente Cántabra giró de nuevo a la derecha, adentrándose en un sucio callejón, y llamó a la puerta de una *insula*.

Al no obtener respuesta volvió a llamar con más fuerza. Hermógenes le pasó la muleta y se apoyó contra la pared. Cántabra comenzó a golpear la puerta con la empuñadura.

Se abrió una ventana.

—¡Púdrete, seas quien seas! —gritó la voz enojada de una mujer—. ¡Éstas no son horas de venir a molestar!

—¡Soy Cántabra! —Se identificó la bárbara—. Y está a punto de amanecer.

Hubo un silencio y al cabo la mujer de la ventana dijo en tono más suave:

—¿Así que has vuelto? ¿Y qué es lo que quieres?

—Habitaciones para mí y mi patrono —contestó Cántabra retrocediendo un paso para dirigir la mirada hacia la ventana aunque aún estaba muy oscuro como para ver gran cosa.

—¿Tu patrono, dices? —se burló la mujer de la ventana—. ¿Y para qué te ha contratado? Por fin has entrado en razón, ¿verdad?

—¡Soy su guardaespaldas! —replicó Cántabra, furiosa—. ¿Vas a dejarnos entrar o no?

—¿Guardaespaldas? ¡No me estarás insinuando que quieres dos habitaciones!

—Pues sí. Dos habitaciones contiguas. Dos camas.

—¡Vaya! ¡Quién lo habría pensado! ¿Pagará por adelantado hasta las Calendas?

—¡De acuerdo!

La ventana se cerró. Cántabra devolvió la muleta a Hermógenes.

—¿Qué clase de sitio es éste? —inquirió Hermógenes en voz baja.

—Una casa de huéspedes —le informó Cántabra—. Pertenece a una viuda que vive en la planta baja y alquila los demás apartamentos. Me establecí aquí por una temporada cuando salí de la escuela. Ella se portó muy bien conmigo.

La puerta se abrió y Cántabra entró. Hermógenes la siguió haciendo una mueca de dolor a cada paso.

El estrecho zaguán estaba oscuro como boca de lobo y apestaba a orines. Hermógenes no distinguió a la mujer que sujetaba la puerta para que no se cerrara.

—Así que es cierto que conseguiste trabajo como guardaespaldas —le comentó la mujer a Cántabra sorprendida.

—Así es —asintió ella—. Éste es mi patrono.

—Herófilo, hijo de Hermesianacte —se presentó Hermógenes con suavidad—. Disculpa que nos presentemos tan de improviso, pero es que he tenido una pelea con mi socio.



La casera, perpleja, se quedó callada por un momento.

—¿Eres griego? —preguntó al fin.

—¿Acaso es un problema? —quiso saber Hermógenes.

—¡No, no! —repuso la casera—. Sólo es que me extraña que un griego contrate a Cántabra. No puede decirse que sea muy culta. Os mostraré vuestras habitaciones.

Las habitaciones estaban en el cuarto piso de la *insula*. Hermógenes subió trabajosamente con la ayuda de Cántabra y de la muleta. La casera sin duda se percató de que algo iba mal en cuanto comenzaron a subir, pero no dijo nada. Cuando por fin terminó el lento y angustioso ascenso abrió una puerta y los hizo pasar a un recinto que permaneció a oscuras hasta que lo cruzó y abrió los postigos de la ventana. La tenue luz de la noche iluminó aquel cuarto diminuto lo justo para que Hermógenes vislumbrara un camastro bajo la ventana y una abertura tapada por una cortina en una pared.

—Dos habitaciones —dijo la casera triunfalmente—. Ésta y ésa. —Al parecer, «ésa» estaba al otro lado de la cortina—. No se permite encender fuego, y podéis ir a buscar vosotros mismos el agua que necesitéis o mandar que os la traigan pagando un suplemento por día. Os costará seis denarios hasta las Calendas.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Hermógenes.

La casera soltó un resoplido jocoso.

—Al alba será veinticinco, pero os cobro también esta noche aunque falte poco para el amanecer. El pago es por anticipado.

—Está demasiado oscuro para pagarte —señaló Hermógenes—. Pagaré por adelantado, pero a la luz del día.

—De acuerdo —concedió la casera—. Hablas buen latín.

—Eso me han dicho.

—¿Herápolis, has dicho que te llamas?

—Herófilo.

—Nunca me aclaro con estos nombres griegos. Te veré por la mañana, Herápilo. —Dicho esto, se marchó.

Hermógenes se acercó renqueando al camastro, se dejó caer encima de él y levantó el pie dolorido hasta apoyarlo sobre la rodilla de la otra pierna. El tobillo estaba tan hinchado que las vendas le apretaban mucho, de modo que se puso a aflojarlas. Algo le saltó al muslo. La cama tenía pulgas.

Permaneció inmóvil por un instante y rompió a reír: de lo contrario, se habría echado a llorar.

—¡Oh, Zeus, oh, Señora Isis! —exclamó—. ¿Qué diría mi padre si me viera en estas condiciones?

Cántabra se aproximó en silencio y se acuclilló a su lado.

—Lo siento. He pensado que debíamos descartar las posadas a las que suelen ir los hombres ricos, y Gelia dice ser mi amiga, así que se me ha ocurrido que éste sería un buen sitio.

—Sin duda has hecho lo correcto. ¿Gelia? ¿Así es como se llama esa… persona?

—Gelia Bibula. Se portó bien conmigo cuando me libertaron. —Se encogió de hombros, gesto que Hermógenes, más que verlo, intuyó en la oscuridad—. Cuando alquilé mi habitación tenía un poco de dinero: te dan un premio en metálico cuando ganas. Pero al cabo de un par de meses se me terminó. Entonces compartió su comida conmigo, procuró encontrarme trabajillos y nunca me acosó exigiéndome que le pagara alquileres atrasados.

—Salvo por el pequeño detalle de que te instaba a prostituirte para conseguir el dinero…

Cántabra titubeó.

—Me decía que nadie me contrataría como guardaespaldas y que no había otra cosa que yo pudiera hacer en Roma. Hay hombres que pagan por acostarse con una gladiadora. Pensaba que sería la mejor manera de ganarme la vida.

—Pero no le hiciste caso.

—No. —Había orgullo en su voz—. Nunca me he acostado por voluntad propia con un hombre que no fuese mi marido, y quienes me tomaron contra mi voluntad antes tuvieron que atarme o pegarme hasta dejarme inconsciente. Así que en primavera vendí mi toga, le pagué el alquiler y me fui a dormir en los pórticos de los templos y a subsistir como podía.

Precisamente lo que Hermógenes había comenzado a sospechar.

—Eres una mujer valiente y honorable —aseveró en voz baja. Cántabra le tocó el tobillo.

—Esto vuelve a estar hinchado.

—Se deshinchará si descanso un poco. Hija mía, voy a intentar descansar unas pocas horas antes de enfrentarme a esa escalera otra vez para ir al banco. ¿Cómo nos repartimos las habitaciones?

—Tú te quedas en ésta. En la otra no hay cama. Tuve la oportunidad de ver estos cuartos la otra vez que estuve aquí.

—¿Sin cama? ¿Y dónde dormirás?

—Mi gente no usa camas. Dormiré en el suelo.

—Quizá sea lo más sensato —suspiró Hermógenes—. Habrá menos pulgas. Que duermas bien, pues.

—Descansa.

Se oyó el frufrú de la cortina cuando Cántabra pasó al cuarto de al lado.

Hermógenes se tumbó en el colchón lleno de bultos y pulgas y se tapó con la toga. Se quedó tendido con la vista perdida en la negrura. El tobillo le palpitaba. De repente lo asaltó la angustiosa sensación de que la cama era espantosamente alta y estaba suspendida sobre un abismo inimaginable en el que se precipitaría en cuanto realizara un solo movimiento imprudente.

Dejó caer una mano del colchón y acarició el sucio entarimado del suelo con el dorso de los dedos. «Una cama en un cuarto de una *insula* romana —dijo para sus adentros—. Sólo es eso». Se obligó a cerrar los ojos.

Se le representó la escena de Polión escarbándose los dientes después de haber comido juntos, observándolo con aquellos ojos legañosos y calculadores. *Deberías andarte con ojo, alejandrino…* Le vino a la mente la imagen de la boca circular de una lamprea, el anillo de dientes afilados como agujas y el túnel húmedo y negro de su garganta.

Recordó a Rufo levantándose bruscamente de su sillón durante su primer encuentro y el impacto de aquel puño lleno de anillos contra su rostro. Escila y Caribdis, pensó presa del horror: el remolino y el monstruo violento, y de un modo u otro los marineros tenían que abrirse paso entre ambos para sobrevivir. Ni siquiera la nave de Ulises logró salir indemne de tal empresa:

> *Gritando, presas de un dolor mortal, tendían sus manos hacia mí: de todas las visiones que mis ojos soportaron durante mis avatares por las aguas saladas, aquélla fue la peor.*

¿Cómo iba a triunfar un banquero donde un héroe había fracasado?

«No, no, no —se dijo agotado—. Ni Rufo ni Polión son monstruos mitológicos, ni yo soy un héroe. Son hombres, y todos los hombres cometen errores. Rufo incurrió en uno al mencionar a alguien llamado Tito, y Polión en otro cuando sin querer me brindó la oportunidad de escapar. Todavía no está todo perdido».

Tocó et suelo de nuevo: no estaba precipitándose en el vacío. Había escapado, yacía a salvo en la cama en un lugar donde sus enemigos no darían con él y no estaba cayendo. Por la mañana, una vez despierto decidiría qué hacer. Tendría cuidado, sería prudente, no caería. Quizá con eso bastara.

Se despertó con un sobresalto y se encontró tendido en un camastro inmundo en un cuarto pequeño y sucio. El tobillo le dolía, la cabeza también, los puntos de la mejilla le tiraban de la piel, tenía la boca pastosa y le picaba todo el cuerpo. Además, presentaba picaduras de pulga.

Se incorporó, se pasó las manos por el cabello y alargó el brazo para abrir los postigos de la ventana. A juzgar por la luz, pasaba de mediodía. Gruñó. Los bancos ya no estarían abiertos a aquellas horas.

Cántabra apartó la cortina de la puerta que comunicaba con la habitación contigua. Sostenía en la mano una aguja de coser cuero enhebrada.

—Has dormido mucho —comentó—. ¿Cómo tienes el pie?

Hermógenes lo levantó y le echó un vistazo.

—Mejor —observó. La hinchazón había disminuido, por lo menos—. Cántabra, deberías haberme despertado. Los bancos habrán cerrado.

Ella le dirigió una mirada indescifrable.

—¿Por qué tienes que ir a un banco?

—Para sacar dinero en efectivo —contestó Hermógenes con impaciencia—. Tu amiga Gelia quiere seis denarios por adelantado y le di a Menéstor todo lo que me quedaba.

—Ya he pagado a Gelia. Ya me lo devolverás más adelante.

—¡Vaya! —dijo Hermógenes desconcertado. Al cabo de un momento agregó—: Gracias. —Volvió a frotarse la cara—. Creo que le pagaré el suplemento para que nos traigan agua.

Cántabra señaló un ánfora grande apoyada en un rincón.

—Ya he ido a buscar un poco.

—¡Vaya! —dijo Hermógenes otra vez. Fue cojeando hasta el ánfora. No había jarra ni jofaina. Inclinó el recipiente y bebió directamente de su boca, luego vertió agua en sus manos y se refrescó la cara. Varias gotas le corrieron por el cuello y cayeron en las tablas desnudas del suelo formando una mancha húmeda. Se secó las manos en los muslos puesto que no había toalla. Miró en torno a sí.

—No hay orinal —se quejó.

—Abajo hay una tina —le informó Cántabra—, aunque creo que los hombres suelen mear por la ventana.

—¡Por Heracles! —exclamó Hermógenes con repugnancia. Contempló la perspectiva de arrastrar su tobillo dolorido escaleras abajo para luego subir de nuevo, hizo un gesto de desagrado y se arrimó a la ventana. Daba a un callejón estrecho y maloliente y en ese momento no pasaba nadie por ahí. Orinó sin más dilación y se sentó en el camastro sintiéndose ordinario, basto y despreciable.

Cántabra le sonreía de oreja a oreja.

—Para ti está muy bien —le dijo Hermógenes con dignidad—. A ti no te criaron para que fueras un caballero. La bárbara se rió.

—¿Quieres comer? He comprado panecillos.

Eran unos panecillos pequeños y alargados, sazonados con semillas de apio, tiernos por dentro y muy sabrosos. Cuando hubo despachado la mitad del primero, Hermógenes recordó que le habían recomendado que pasara un día más tomando sólo agua de cebada y faltó poco para que se atragantara. Cántabra lo observó con expresión inquisitiva desde donde estaba sentada en el suelo.

—Acabo de acordarme de que estoy convaleciente y sólo puedo tomar agua de cebada —le explicó Hermógenes—. ¡Por Isis! ¿Esa maldita cena tuvo lugar anoche? La recuerdo como si hubiese sido hace semanas.

Cántabra asintió con la cabeza y se llevó el resto de su panecillo a la boca.

—No necesitas más caldos —afirmó sin dejar de masticar—. Lo que necesitas es buena comida para fortalecer la cabeza.

—¿Eso es una forma discreta de apremiarme para que decida lo que voy a hacer? —Echó una ojeada a la ventana—. No tendría que haber dormido tanto. Cuanto más me demore, más precauciones tomarán mis enemigos y más difícil será que consiga mi propósito.

—Necesitabas descansar —replicó Cántabra en tono reprobatorio—. Si no eres capaz de pensar con claridad, podemos darnos por muertos.

—De todos modos, lo más probable es que ya sea hombre muerto —contestó Hermógenes. Aunque lo cierto es que no tenía la impresión de que lo rondara la muerte: con la panza llena y el éxito de la huida a sus espaldas se sentía alerta e invencible. Se advirtió a sí mismo con severidad que no debía confiar en aquella sensación, se limpió las manos y tomó otro panecillo—. Cántabra, ¿oíste lo que le dije a Tito? Si me matan, puedes recurrir a él. Ahora seguro que te ayudará.

Cántabra hizo una mueca.

—No creo que vayan a matarte. Eres mucho más listo que Polión y Rufo.

Hermógenes soltó un resoplido atribulado.

—Me halagas. Pero aunque eso fuese cierto, la inteligencia y la astucia no ganan las guerras, tal como me recordó Polión las gana el poder. Aun así, te agradezco el cumplido y procuraré estar a la altura de la buena opinión que te has formado de mí.

Dio un bocado al panecillo.

—¿Y bien? —dijo Cántabra apoyando los codos en las rodillas—. ¿Has discurrido algún plan?

—Me parece que tengo dos opciones. La primera es acudir a Cayo Mecenas. Quizás esté dispuesto a comprar la deuda simplemente para fastidiar a Rufo, y seguramente todavía es lo bastante poderoso como para protegernos. Los riesgos que entrañaría seguir este camino son, primero, que no tengo motivos para confiar en él como tampoco él los tiene para fiarse de mí; segundo, que según se dice ha caído en desgracia y quizá

no esté dispuesto a arriesgarse a actuar contra Rufo; tercero, y éste es el que más me preocupa, que Polión sin duda cuenta con que acudiré a él. Lo amenacé veladamente con hacerlo y advertí que le horrorizaba la idea. Cayo Mecenas es justamente la clase de hombre que más teme Polión, pues se trata de un financiero rival que, al igual que él, también ha perdido el favor imperial, que es capaz de comprender las conspiraciones de Polión y que tal vez esté interesado en sacar provecho de ellas. Si yo fuese Polión tomaría medidas para evitar que yo consiguiera ayuda por ese lado.

—¿Qué clase de medidas? —preguntó Cántabra frunciendo el ceño.

Hermógenes se encogió de hombros.

—La más elemental sería vigilar su casa por si yo intento acercarme por allí. Otra más sutil sería enviar a Mecenas una carta plagada de mentiras sobre mi persona.

Cántabra arrugó aún más la frente.

—¿Y qué le diría? ¿Que eres un asesino?

—Que soy un asesino, que soy un espía, que mi ofrecimiento es una artimaña para implicar a Mecenas en alguna clase de escándalo… No sé lo bastante sobre política cortesana como para adivinarlo o prevenirlo. Polión y Mecenas eran miembros del mismo círculo y ambos se dedicaban a las finanzas. Creo que se detestaban mutuamente, pero es probable que haya personas contra quienes se aliaron en el pasado, y a Polión no le costaría mucho fingir de manera creíble que está dispuesto a ayudar a Mecenas contra una de ellas. —Terminó su panecillo.

—Entonces no debes acudir a Mecenas —concluyó Cántabra—. ¿Cuál es la segunda opción?

—Alguien que se llama Tito —respondió Hermógenes con un gesto de incertidumbre—. Es el hombre a quien Polión quiere que Rufo mate, de modo que es de suponer que se mostrará agradecido si lo informo de la conspiración. Presenta una ventaja sobre Mecenas: no creo que ni Rufo ni Polión sepan que oí su nombre y, por consiguiente, no les pasará por la cabeza la posibilidad de que yo acuda a él. Rufo mencionó el nombre en las termas, pero me parece que no cayó en la cuenta de que lo había entendido, pues lo dijo en latín y todas nuestras conversaciones se habían desarrollado en griego. Por otra parte, tampoco creo que Polión lo oyera porque en ese momento todavía estaba en el vestuario. Sin duda llegaron a sus oídos los gritos de Rufo, pero en las termas las voces resuenan, por lo que dudo mucho que distinguiera sus palabras. El problema reside en que no sé quién es ese Tito. Puesto que Rufo lo llama por su nombre de pila, debe de ser alguien con quien mantiene o ha mantenido un trato bastante próximo, alguien influyente a quien Polión no puede acceder por su cuenta y de cuya muerte espera beneficiarse: esto es cuanto puedo decir.

—¿Estatilio Tauro? —sugirió Cántabra.

Por un momento Hermógenes no logró identificar al dueño de ese nombre que le sonaba vagamente relacionado con los asuntos públicos. Entonces le vino a la mente: uno de los grandes mariscales del emperador, el hombre que capitaneó los ejércitos de tierra en Actium, inferior en rango sólo a Marco Agripa. Pero había algo más, algo más reciente… De repente recordó que los hermanos Rubrio habían mencionado aquel nombre. Se lamentaban de que Estatilio Tauro no hubiese organizado juegos aquel verano a pesar de lo mucho que le gustaban y de ostentar el cargo de prefecto de la ciudad.

Prefecto de la ciudad. El hombre a cargo de Roma en ausencia del emperador y su principal consejero; el hombre al mando de todas las tropas estacionadas en la capital; el hombre responsable del mantenimiento del orden. «Supongamos —pensó— que el prefecto de la ciudad fuese asesinado y que estallaran desórdenes callejeros; supongamos que en esa peligrosa coyuntura Vedio Polión se ofreciese desinteresadamente a echar mano de su riqueza para sofocar los disturbios. ¿Acaso Polión no contaría con recobrar el favor imperial a modo de recompensa?».

Era posible, aunque había demasiadas suposiciones en aquel razonamiento, y por añadidura se le figuraba una conspiración innecesariamente enrevesada. Si Polión quisiera reprimir una revuelta, probablemente le bastaría con enviar a sus hombres a promoverla para luego aplastarla cuando le viniera bien sin necesidad de cometer ningún asesinato. ¿O acaso tenía motivos para estar convencido de que antes convenía deshacerse de Estatilio Tauro?

—Quizá —dijo Hermógenes con cautela—. Estatilio Tauro se llama Tito, ¿verdad?

Cántabra asintió con la cabeza.

—Es un hombre cruel —aseveró en voz baja—. Le encantan la sangre y las matanzas. Pero es honesto. Cumple con su palabra y honra la valentía.

De pronto Hermógenes recordó en qué otra ocasión había oído aquel nombre recientemente: cuando Cántabra le relató sus traumáticas experiencias en la escuela de gladiadores. La escuela de Tauro. No era de extrañar que fuese el primer Tito poderoso que se le ocurriese.

—Quizá —repitió—. Aunque no sé cómo comprobarlo. No puedo presentarme ante él con una acusación contra un hombre que probablemente es su amigo sin estar más seguro de lo que estoy ahora, y ni siquiera se cuántos candidatos más existen entre los amigos del emperador. Tampoco puedo entrar en una barbería sin más y preguntar cuántos romanos importantes se llaman Tito.

—¿Por qué no? —replicó Cántabra—. Los hombres hablan de sandeces en las barberías.

Hermógenes emitió un bufido.

—De acuerdo, pero Rufo y Polión habrán enviado a sus hombres en mi busca. Seguro que sus agentes están indagando en las barberías si ha pasado por allí un griego que habla latín y tiene la cara magullada, un corte en la mejilla y un tobillo roto. En estos momentos no puede decirse que pase inadvertido, y esa clase de pregunta es fácil de recordar. Si Polión se entera de que ando haciendo esas averiguaciones, mi última oportunidad se habrá desvanecido. —Se palpó los puntos de la mejilla con las yemas de los dedos, procurando pensar—. Creo que más vale acudir a Mecenas. Aunque Polión se proponga remitirle una carta, tal vez aún no la haya escrito.

Desde luego, lo más seguro habría sido pedir audiencia a Mecenas a primera hora de la mañana. De ese modo le sacaría un par de horas de ventaja a Polión mientras éste averiguaba que ya no se alojaba en la casa de la vía Tusculana. Si no hubiese dormido tanto, si hubiese estado en pie al alba para dirigirse directamente a casa de Mecenas…

… Casi con toda seguridad le habrían negado la entrada. Un griego maltrecho y desaliñado acompañado sólo por una exgladiadora bárbara no podía plantarse en el umbral de uno de los hombres más acaudalados y distinguidos de Roma sin cita previa y esperar que éste lo recibiera.

Además, admitió, si se hubiese levantado más temprano, no se habría encaminado a casa de Mecenas sino al banco. Necesitaba dinero en efectivo y no sabía hasta cuándo le resultaría seguro ir a buscarlo. Los bancos con oficina en Roma que aceptarían una carta de crédito de un banco egipcio se contaban con los dedos de una mano, y todos ellos tenían lazos con Oriente y, por tanto, con Polión. Si no se daba prisa, ir a uno de ellos pronto sería tan peligroso para él como visitar el domicilio de Mecenas. Por desgracia, no podía darse prisa porque había dormido hasta tarde y ahora los bancos estaban cerrados.

Cántabra lo miraba fijamente con sus ojos azules.

—No deberías acudir a Mecenas —aseveró.

Hermógenes enarcó las cejas.

—¿Quién de nosotros contrató a quien?

—¡No deberías ir! —insistió ella—. Si tu oponente es más fuerte que tú, no debes hacer un movimiento que el pueda prever. Aprendí eso en la arena. Tienes que pillarlo por sorpresa: es la única manera de salir mejor parado que él. Además, si acudes a Tauro, lo peor que puede ocurrir es que no te haga caso. Aún te quedaría la opción de probar suerte con Mecenas. Pero si Polión le ha escrito a Mecenas y vas a verlo, no tendrás posibilidad de volver a escapar. Polión le habrá contado algo que impulsará a Mecenas a entregarte a él, y Polión no permitirá que huyas otra vez. No. Primero deberíamos tratar de averiguar si Tito es Estatilio Tauro. Piensa en una manera de hacerlo sin tener que ir a preguntar a las barberías.

Sonó como una orden, y Hermógenes dio un resoplido, indignado. Cántabra replicó con un gruñido, se levantó, fue a su cubículo y regresó con un cinturón grueso de cuero que Hermógenes no recordaba haberle visto puesto. Cántabra se sentó, se colocó el cinturón sobre el regazo y sacó la aguja de la pechera de la túnica, donde la llevaba ensartada para no perderla. Guardó unas cuantas monedas dentro del cinturón y comenzó a coser el forro que las envolvía.

—¿Poniendo tu dinero a buen recaudo? —preguntó Hermógenes con curiosidad—. ¿Cuándo has comprado eso?

—Esta mañana —contestó Cántabra sin dejar de coser—. Puedo meter ochenta monedas aquí dentro. El resto tendré que esconderlo. No conviene dejar dinero a la vista en esta *insula*. Gelia no roba, pero algunos de los demás inquilinos son prostitutas y ladrones, y las puertas no tienen cerrojo.

—Hay una cosa que se llama banco.

Cántabra negó con la cabeza.

—Demasiado griego.

—¿Qué tiene de malo lo griego? —inquirió Hermógenes sonriendo.

Cántabra levantó la vista y le devolvió la sonrisa.

—Nada. Pero soy cántabra y no estoy acostumbrada.

Reanudó la costura. Hermógenes observó su cabeza inclinada con la melena pelirroja lacia y brillante desde la raíz, atada en una larga coleta que le llegaba a la espalda. Sus manos fuertes y cubiertas de cicatrices pasaban con firmeza la aguja a través del cuero.

—¿Crees que serías capaz de aprender griego? —preguntó él tras un momento de silenció.

Cántabra alzó la vista de nuevo, sorprendida.

—¿Por qué?

Hermógenes se encogió de hombros.

—Si salgo de ésta con vida, me gustaría que vinieras a Alejandría conmigo.

La sorpresa inicial se trocó con receló.

—¿Por qué? —dijo otra vez.

Hermógenes volvió a encogerse de hombros.

—Me has salvado la vida en dos ocasiones si contamos la de anoche. Me caes bien y confío en ti. Podría ofrecerte un puesto que te proporcionara seguridad, comodidad y respetabilidad, y ambos saldríamos beneficiados si lo aceptaras. Eres mucho mejor guardaespaldas que el pobre Formión. Tú intentas prever las cosas: él nunca lo hizo.

Cántabra le dedicó una prolongada mirada azul. Su semblante denotaba satisfacción, pensó Hermógenes, pero también recelo, y tal vez aprensión. Cuando le

pareció que ella se disponía a hablar, alguien llamó a la puerta.

Cántabra apartó el cinturón enseguida, y su expresión se endureció.

—¿Quién es? —preguntó.

—¡Soy yo! —respondió una voz que Hermógenes reconoció como la de Gelia—. Sólo quiero comprobar que todo esté en orden.

La puerta se abrió antes de que ninguno de ellos tuviera oportunidad de reaccionar.

Gelia resultó ser una mujer delgada y angulosa de unos cuarenta años. Llevaba una estola de matrona romana encima de una túnica sucia; se sujetaba el pelo negro con horquillas de cobre y se había aplicado colorete en los pómulos. Clavó sus brillantes ojos negros en Hermógenes con ávida curiosidad.

—¡Por Juno! —exclamó—. ¡Pobre hombre! Cántabra ya me ha contado que te asaltaron unos ladrones. ¡Cómo están las calles hoy en día! Qué horror. ¿Son lo bastante buenas para ti estas habitaciones, Herápilo?

Hermógenes sonrió, jovial.

—Eres muy amable al venir a preguntarlo. Esperó que puedas poner algún remedio al problema de las pulgas.

La curiosidad cedió el paso a la suspicacia.

—¿Pulgas?

—Este camastro está infestado. Además, ¿quién es el responsable del mantenimiento de estas habitaciones? Están bastante mugrientas.

—Se supone que los inquilinos deben cuidar de sus aposentos —le dijo Gelia, un tanto nerviosa.

—¿Y no está previsto que alguien las limpie cuando se marcha un inquilino a fin de dejarlas listas para el siguiente?

Estaba claro que sí: ella misma tendría que haber arreglado las habitaciones. Ahora parecía que Gelia lamentara haberles hecho la visita.

—¡Pero no querrás que las haga ahora, mientras estáis dentro! —protestó.

—Pienso salir pronto para ir a las termas. Podrías hacerlas entonces.

Gelia torció el gesto.

—Llegasteis sin previó avisó.

—¡Lo admito! —convino Hermógenes con un ademán condescendiente—. Me consta que anoche no tuviste tiempo de arreglar las habitaciones, pero te quedaría muy agradecido si las limpiaras hoy. Por cierto, conviene sacudir el colchón a conciencia antes de barrer y fregar el suelo. Además, no hay sábana. Y por último, ¿sería posible tomar prestadas o alquilar una mesa y una lámpara?

—La clase de gente que suele alojarse aquí no pide mesas ni lámparas —espetó Gelia con resentimiento.

Hermógenes extendió las manos.

—Estoy seguro de que soy un inquilino poco habitual para ti. Tal como mi guardaespaldas te habrá informado, me enzarcé en una pelea con un romano por motivos de negocios y el resultado es el que ves. No había reservado fondos para una posada en mi presupuestó, y mucho menos para que me robaran. De modo que te estoy agradecido por permitir que me aloje aquí pero espero que me comprendas si me muestro demasiado exigente. Quizá podrías tomártelo como una experiencia en el trato con inquilinos de posición más elevada y en el futuro alquilar algunas de tus habitaciones a un precio más alto…

La casera hizo chasquear la lengua.

—¿A qué negocios te dedicas, señor?

—Soy consignatario —mintió Hermógenes sin titubear—. En la corporación de Mirtilos y Firmo. ¿Te suena?

—No —contestó Gelia con renovado interés—. ¿Qué transportan?

—Grano. —Aunque aquello resultó a todas luces decepcionante para la casera, Hermógenes siguió adelante con su impostura—. Grano egipcio. El emperador, como es bien sabido, ha estado abasteciendo esta ciudad con cantidades cada vez mayores de grano procedente de Egipto, pero, a decir verdad, conseguir que los cargamentos lleguen hasta aquí es un trabajo digno de Heracles. Ese puerto de Ostia es un chiste. No admite barcos de más de treinta toneladas.

—¿Y eso no es grande?

—¡Diminuto! —dijo Hermógenes con desdén—. Bueno, serviría para mercancías de lujo pero… ¿para grano? No sale rentable despachar grano en cantidades tan pequeñas. Y cuando las naves llegan a puerto, ni siquiera hay una grúa de las dimensiones debidas para descargarlas. Tienen que hacerlo estibadores, lo que aumenta aún más los costes. —Había comenzado a hablar con la mera intención de aburrir a la casera hasta el punto de disipar todas sus sospechas, pero ahora lo estaba rondando una idea—. Nuestra corporación y otras dos que se han encontrado con los mismos problemas han solicitado al emperador que mejorara el puerto de Ostia. Necesita un buen dragado y un rompeolas además de grúas, lo cual significaría una inversión importante en obras públicas. Reunimos cierta suma de dinero para persuadir a uno de los amigos del emperador para que le planteara el asunto y encontramos a un intermediario romano que nos aseguró que averiguaría quién era el hombre más adecuado para esta misión, pero sospecho que este romano, el socio que he mencionado antes, se ha quedado con todo el dinero. Por eso nos peleamos.

—¡Vaya! —exclamó Gelia, encantada—. ¿Y cuando le plantaste cara te echó de su casa en plena noche?

—Me marché después de una disputa muy subida de tono —explicó Hermógenes en un tono atribulado—. Ay, Zeus, ambos perdimos los estribos. Pero ahora se me ocurre que quizá puedas ayudarme.

—¿Yo? —preguntó la casera, pasmada.

Hermógenes asintió con la cabeza.

—Verás, mi socio romano dice que entregó el dinero a un amigo del emperador pero yo desconozco el nombre de ese amigo. Sólo sé que mi socio se refirió a él como Tito, supongo que para impresionarme demostrándome la familiaridad con que trataba a un hombre tan importante. Ahora que he discutido con mi socio, quiero averiguar si este Tito sabe algo acerca de nuestra petición o del dinero que se supone que ha recibido. Pero yo no soy romano y no sé cuáles de los amigos del emperador se llaman así. Tú pareces una mujer conocedora de la ciudad y estoy convencido de que aunque tampoco lo sepas, alguna de tus amistades lo sabrá. Estoy dispuesto a pagar un denario por una lista de nombres.

Gelia sonrió de oreja a oreja, mostrando un diente renegrido.

—¿Y luego qué? ¿Irás a preguntarles uno por uno si han recibido algún dinero de tu parte?

—¡No, no, no! —replicó Hermógenes afablemente—. Lo más probable es que no sean muchos y además podré descartar a la mayoría enseguida. Por suerte Tito no es un nombre tan común como, por ejemplo, Cayo. Cuando haya reducido la lista a dos o tres personas, efectuaré averiguaciones con suma discreción entre sus socios o esclavos antes de ponerme en contacto con ellos. Entonces, si mi socio nos ha estafado, podré denunciarlo ante Mirtilos y Firmo.

—Llevas razón en cuanto a que no es un nombre demasiado común —dijo la mujer, pensativa—. El único Tito importante que me viene a la cabeza ahora mismo es el general Estatilio Tauro. ¿Podría ser él?

—Podría —respondió Hermógenes sin pestañear—. Es el prefecto de la ciudad, así que no sería raro que estuviese interesado en el abastecimiento de grano. Pero me gustaría asegurarme de que no existen otras posibilidades antes de empezar a hacer preguntas. No quisiera ofender en modo alguno a un hombre tan importante.

—Entiendo por dónde vas. Bien, muy bien. ¿Quieres darme ese denario? Conozco a un par de ancianos que se acuerdan de los nombres de toda la gente que ha sido alguien desde que julio César se convirtió en dios, pero sólo hablarán si les doy vino. —Sus ojos brillaron con avidez, y a Hermógenes no le cupo la menor duda de que quería el vino para sí.

Cántabra sacó una de las monedas que había estado cosiendo al cinturón y se la entregó a la casera sin mediar palabra. Gelia la aceptó encantada y la metió

rápidamente en su monedero.

—Si pudieras interrogarlos con discreción… —sugirió Hermógenes con aire de disculpa—. Preferiría que mi socio no se enterase de lo que estoy haciendo.

—¡Descuida! —contestó Gelia alegremente—. No se enterará de nada. Déjalo en mis manos.

Salió de la habitación entusiasmada. Hermógenes la observó marcharse y luego suspiró.

—Algo me dice que no encontraré la habitación limpia esta tarde.

—No —convino Cántabra, sonriendo—. Se llevará ese dinero, comprará un ánfora grande de vino barato e invitará a sus amigos. Al anochecer estará como una cuba. Pero ha sido una maniobra inteligente. Ella y sus amigos conocerán a todos los Titos que ejerzan un cargo oficial. Ya sabía yo que se te ocurriría algo.

Hermógenes se desperezó.

—Te debo siete denarios.

—Trece —lo corrigió Cántabra—. Los siete que he dado a Gelia más el jornal de tres días.

—Préstame un poco de suelto para pagar un baño y a un barbero y lo dejamos en veinte.

Cántabra frunció el ceño.

—No deberías ir a un barbero. Acabas de decir que andarán preguntando por ti en esa clase de sitios. Probablemente no deberías salir para nada.

Hermógenes enarcó las cejas.

—Quiero un baño y un afeitado. Ayer no me afeité y estoy lleno de picaduras de pulgas. Aunque hagan pesquisas en las barberías, e incluso si se presentan en la barbería acertada a lo largo de la mañana, lo único que averiguarán será que he estado allí. Por favor, préstame el dinero o tendré que empeñar el broche de mi túnica.

Cántabra puso cara de pocos amigos pero fue a su cuarto, salió de él con el estuche de plumas y extrajo unas cuantas monedas de cobre.

—Nunca lo he entendido —murmuró entregándoselas—. ¡Tanto lavarse! ¡Cada día baños, baños y más baños! ¿Y qué tiene de malo llevar barba?

Ella se tomó su tiempo para terminar de coser el cinturón y luego lo acompañó en la expedición, llevando consigo las cartas de crédito de Hermógenes y el estuche de plumas con el resto de sus monedas, todo ello envuelto en la toga buena de su patrono para no dejarlo en la casa de huéspedes al alcance de algún amigo de lo ajeno. Las termas más cercanas quedaban sólo a un par de manzanas, en el Campo de Marte, y sus nuevas instalaciones eran magníficas. No admitían mujeres por las tardes, aunque sí en horario matutino, de modo que mientras él se lavaba, Cántabra permaneció sentada en

el pórtico con la túnica enrollada en el regazo. Le preocupaba que los hombres que salían creyeran que era una prostituta a la caza de clientes, pero cuando Hermógenes le propuso que lo aguardase junto a la fuente pública más cercana se limitó a mirarlo con el ceño fruncido. La idea de tenerla esperando lo movió a bañarse con prisas, aunque también influyó el hecho de que se había visto obligado a dejar su ropa desatendida en el vestuario. Intentó recordar cuándo había ido por última vez a unas termas sin la compañía de por lo menos un esclavo y cayó en la cuenta de que tal circunstancia se había dado en unas pocas ocasiones durante sus tiempos de colegial pero que no se había repetido desde entonces. Lo asaltó una sensación muy extraña. Curiosamente, era la misma que lo invadía cuando era un muchacho y hacía novillos.

Usó las letrinas de las termas, pidió que lo afeitaran en una de las barberías del pórtico y emprendió con Cántabra el regreso a la casa de huéspedes. Seguía percibiendo en ella un aire de desaprobación, una actitud sumamente impropia en un guardaespaldas contratado, pensó Hermógenes de mal talante y se cuestionó si se había precipitado antes al proponerle que se fuera con él a Alejandría. ¿Se lo habría propuesto de haber sido un hombre?

Decidió que sí. Si un exgladiador hubiese acudido en su rescate en la Subura, luego le hubiese pedido un empleo y finalmente hubiese demostrado su lealtad y habilidad en la huida de casa de Polión, le habría ofrecido un empleo permanente y se lo habría llevado consigo a su patria siempre y cuando éste hubiese estado dispuesto a acompañarle. Sin embargo, debía aceptar la realidad ineludible: Cántabra no era un hombre, y sus sentimientos hacia ella cada vez distaban más de ser los mismos que si lo fuese. Se sorprendió observándola con el rabillo del ojo, disfrutando con el contoneo de sus caderas al andar, admirando el orgullo con el que erguía la cabeza y el resplandeciente color de su cabellera. Se preguntó si la mera proximidad bastaba para impulsar a un hombre a desear a una mujer.

Recordó al asaltante encogido sobre el adoquinado de la Subura y también lo que Cántabra le había contado la noche anterior, que los hombres habían tenido que atarla o golpearla hasta dejarla inconsciente antes de violarla; que había estado dispuesta a pasar hambre antes que prostituirse. Recordó la manera en que le apartó la mano después de que él estrechara la suya, como si la hubiese ensuciado. No parecía muy probable, reconoció para sus adentros, que fuera a obtener lo que comenzaba a anhelar. En este estado de cosas, ¿sería sensato o siquiera un gesto amable invitarla a Alejandría, una ciudad extranjera donde no conocía a nadie, cuyo idioma desconocía, y donde inevitablemente descubriría que su patrono deseaba acostarse con ella? Con toda probabilidad, ella lo consideraría al mismo tiempo una traición y una amenaza.

Sin embargo, él estaría preocupado si ella se quedaba en Roma. ¿Qué clase de

empleo conseguiría, aun contando con la ayuda de Tito Crispo? Si encontraba un puesto de guardaespaldas al servicio de un hombre rico, estaba cantado que tarde o temprano se toparía con la lujuria de sus superiores, con la de su patrono en persona, con la de algún subordinado suyo o un colega de profesión. Ejercer de guardaespaldas para una dama de la alta sociedad quizá representase una alternativa mejor pero ¿cómo iba a encajar Cántabra en la servidumbre de una noble matrona romana con un temperamento tan franco y tan rudos modales? No sería de extrañar que los resultados fuesen desastrosos. Suspiró.

Cántabra se volvió hacia él, con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—Intento pensar qué clase de empleo podría buscarte si decides no venir a Alejandría —contestó Hermógenes con toda sinceridad.

—Más te valdría pensar en tu propio futuro —le aconsejó Cántabra con severidad. Ya casi habían llegado a la casa de huéspedes e hizo un alto para escudriñar la calle. Se oían voces y gritos cerca de allí, y Hermógenes se percató de que procedían de la *insula* de Gelia. Tal como había supuesto Cántabra, la casera había invitado a sus amigos a compartir su botín.

—Ya conozco mi futuro —objetó Hermógenes—. O bien pierdo y muero durante los próximos días, o bien gano y regreso a mi ciudad, donde tengo una casa, una hija y un negocio del que ocuparme. Es tu futuro el que me preocupa.

—¿Por qué te preocupas por mí? —inquirió Cántabra, fulminándolo con la mirada —. Soy tan buena en mi oficio como la mayoría de los hombres y mejor que muchos. Sobreviví dos años en la arena. Tú no eres mi amo ni mi tutor: ¡mi trabajo consiste en protegerte a ti!

Enfiló ofendida el callejón y llamó a la puerta de Gelia. Hermógenes avanzó tras ella, cojeando y sintiéndose, una vez más, desairado e indignado. Enfurecido, clavó la vista en la bárbara, que no le hizo el menor caso y continuó llamando a la puerta con insistencia hasta que por fin ésta se abrió.

—¡Vaya, pero quién está aquí! —exclamó Gelia alegremente sonriéndoles con los ojos vidriosos—. ¿Por qué no pasáis a tomar un poco de vino? Les he comentado a mis amigos lo que querías y ya contamos con una lista de nombres. ¡Tenías razón: no puede decirse que sea muy larga! —Propinó un puñetazo amistoso a Hermógenes en el brazo.

No estaba preparado para recibir aquella noticia. Una vez que supiera el nombre tendría que actuar y si no era el correcto perdería toda esperanza. Distaba mucho de creer que si se presentaba ante Tauro con una acusación contra un amigo suyo el prefecto se limitaría a dejarlo marchar sin más. Era mucho más probable que lo entregase a Rufo. Entonces sólo le quedaría aguardar la muerte.

Sonrió forzadamente.

—Si en verdad es una lista tan corta, quizá podrías decírmela ahora mismo.

Todavía estaba desconcertado y molesto con la mujer que lo acompañaba: lo último que deseaba era sumarse a la reunión de borrachos que conversaban a voz en grito en la parte trasera de la casa.

—Bien —comenzó Gelia, recobrando la compostura—, que sepamos, el único amigo del emperador que se llama Tito es Estatilio Tauro, tal como me figuraba. Aunque hay un antiguo cónsul de nombre Tito Peduceo y un Tito Cornelio Mesala que es senador y miembro de la hermandad de los arvales, y también un par de acaudalados hombres de negocios que se llaman Tito no sé qué Balbo y Tito Salvidieno…

—El hombre que busco no se dedica a los negocios —la interrumpió Hermógenes —. ¿Sabes algo más sobre los dos que has mencionado en segundo lugar, el excónsul Peduceo y el senador?

—¡Oh, eso mejor se lo preguntas a los demás! —dijo Gelia cordialmente—. Vamos, ven a tomar un poco de vino con nosotros. —Rió socarronamente—. ¡Invitas tú, al fin y al cabo!

Hermógenes miró a Cántabra con incomodidad, se obligó a sonreír y entró detrás de Gelia en el apartamento de la planta baja.

Saltaba a la vista que allí vivía Celia. Era una vivienda confortable y bien amueblada, aunque no mucho más limpia que el resto del edificio. La casera lo hizo pasar a un comedor central con el suelo de baldosas sencillas; había una cortina a la derecha que probablemente ocultaba una alcoba y una cocina apenas visible a través de una puerta entreabierta. El grupo de amigos de Gelia consistía en tres mujeres y un par de hombres entrados en años. Dos de ellos, hombre y mujer, estaban sentados lado a lado en un diván, y el resto ocupaba banquetas y cojines distribuidos por la estancia. Había un cuenco medio lleno de vino en el centro del suelo y cada uno sostenía una copa.

—¡Éste es el griego de quien os he hablado! —señaló Gelia alegremente dirigiéndose a sus compañeros de copas—. El que cree que su socio lo ha estafado, Herápilo hijo de alguien cuyo nombre no sé pronunciar. Es todo un caballero y si está aquí es sólo porque contrató a mi amiga Cántabra después de que ella lo socorriera cuando lo asaltaron unos ladrones.

El grupo de bebedores brindó amablemente por él y la pareja le hizo sitio en el diván. Cántabra, con el rostro inexpresivo, se sentó en el suelo junto a la puerta con la toga liada en el regazo.

Los amigos de Gelia tardaron un rato en empezar a hablar de romanos que se llamaran Tito: les interesaba mucho más enterarse de los pormenores del asalto y se

morían de ganas de relatar sus respectivas anécdotas de robos. Finalmente, no obstante, Hermógenes se las arregló para dirigir la conversación y así se enteró de que Tito Peduceo había sido cónsul muchos años atrás («¡oh, fue antes de la guerra de Actium!») y que había abandonado toda actividad pública desde entonces. El senador Tito Cornelio Mesala, en cambio, era joven, aún no había cumplido los treinta, y por tanto no reunía las condiciones exigidas para ocupar el consulado. Nervioso y descontento, el alejandrino interrogó a los presentes sobre otros Titos: los dos hombres de negocios, un par de pretores, un militar de baja graduación e incluso, llevado por la desesperación, la de un tal Marco Ticio, pero no halló a nadie que rivalizara con el oscuro y sanguinario prefecto de la ciudad.

—¡En fin, parece que tu hombre es el general Estatilio Tauro, después de todo! —exclamó Gelia triunfalmente.

Hermógenes sonrió sin ganas.

—Eso parece, en efecto. Emprenderé mis averiguaciones por la mañana. Gracias.

—¡Tomemos otra ronda para celebrarlo! —sugirió Gelia.

El vino, no obstante, se había terminado. Gelia pidió a Cántabra que fuera a por más y le dio un par de sestercios para pagarlo. Uno de los ancianos propuso que también comprara algo para comer. Se organizó una colecta entre los invitados para pagar la comida y el vino, y el anciano que había tenido la brillante idea acompañó a Cántabra para ayudarla a llevar las compras.

—¡Una cena! —gritó el otro anciano entusiasmado—. ¡Ahora sólo nos falta un poco de música! —Miró a Hermógenes con una expresión de esperanza y un cierto nerviosismo—. Una vez me dijeron que todos los griegos aprenden a tocar música en el colegio.

Hermógenes se encogió de hombros.

—Sé tocar un poco la cítara.

—Mi Sentia tiene una cítara —dijo el anciano enseguida, apuntando con el mentón a la mujer de mediana edad sentada a su lado—. Si quieres le pido que la traiga.

Sentia, una mujer regordeta vestida con una túnica marrón informe, rió tontamente, dijo no estar segura de que conservara todas las cuerdas intactas y fue a buscar el instrumento.

Llegó prácticamente a la vez que Cántabra, que regresaba con el anciano, el vino y una cena consistente en una olla de estofado de cordero y alubias y una cesta de pan. Repartieron la comida en platos, llenaron las copas y la fiesta siguió adelante.

La cítara tenía dos cuerdas rotas, pero Sentia había encontrado recambios. Hermógenes encordó el instrumento y lo fue afinando entre bocado y bocado de estofado y pan. Cuando tocó una escala, los romanos enmudecieron y sus rostros

colorados por la bebida de pronto dejaron traslucir una ansiosa expectación. Hermógenes sintió disolverse el ligero desdén que ellos le inspiraban: no eran los borrachos por los que los había tomado al principio sino gente trabajadora, de mediana edad o mayores, esforzándose por ganarse la vida en una ciudad cruel y violenta. Habían estado celebrando una fiesta insólita e inesperada, y la oportunidad de escuchar un poco de música convertía el acto en una gran ocasión. Apenas oían música en su vida diaria.

Tocó la primera canción que le acudió a la mente, una tonada de taberna muy popular.

¡Chico, tráeme vino a cuencos,
para que beba sin detenerme a respirar!

Pese a que la tercera cuerda de la cítara se aflojó y sonó desafinada hacia el final y a que Hermógenes sabía que su voz era la de un tenor mediocre, los romanos aplaudieron con ganas cuando terminó y le preguntaron qué significaba la letra de la canción. Cuando se lo explicó, todos rieron y tomaron más vino. El anciano le informó orgullosamente de que Sentia cantaba con gran maestría. Poco después Hermógenes se encontró tocando un acompañamiento improvisado mientras Sentia entonaba un cántico, término que al parecer designaba las arias de las pantomimas romanas. Se llevó una grata sorpresa al constatar que aquella mujer regordeta poseía una hermosa voz de soprano, dulce y clara, con la que desgranaba las difíciles cadencias de la música sin esfuerzo aparente. Su marido la contemplaba orgulloso, asintiendo a intervalos, con los ojos encendidos de amor.

Después todos cantaron por turnos hasta que el vino se terminó y comenzó a caer la noche. Entonces los amigos de Gelia se dieron las buenas noches a regañadientes sin olvidarse de agradecer a Gelia el vino y a Hermógenes la música. El alejandrino decidió, mientras subía trabajosamente por la escalera, que había sido una fiesta estupenda. Desde luego había disfrutado bastante más que en la cena que le había ofrecido Tito Crispo y le había permitido apartar de la mente a Estatilio Tauro, cosa que no le vino mal en absoluto.

Cántabra entró en la habitación antes que él, muy silenciosa. La claridad mortecina que se colaba por los postigos abiertos reveló que, tal como él había supuesto, nadie había limpiado la habitación. Hermógenes se acercó a la ventana, se asomó al estrecho callejón y de pronto se acordó de que no había usado el retrete de abajo.

—Tito Estatilio Tauro —dijo en voz alta, y orinó por la ventana. Cuando terminó se

volvió para comentarle algo a Cántabra, pero descubrió que no estaba allí.

Apartó la cortina para entrar en su alcoba y la encontró sentada en el suelo bajo la ventana abrazándose las rodillas. Hermógenes no supo hasta entonces que además de no tener cama, tampoco tenía colchón. Cuando él apareció en el umbral, Cántabra levantó la cabeza y lo miró con el rostro ensombrecido por la media luz de la ventana situada a su espalda.

—¿Ocurre algo? —preguntó Hermógenes vacilante.

—Eres un hombre muy extraño —contestó Cántabra con voz ronca.

—Lo dices constantemente —replicó él—. ¿He hecho algo que te doliera u ofendiera?

Cántabra agarró su cola de caballo con una mano y la enroscó entre los dedos.

—No. Estoy triste por culpa de la música. Déjame en paz.

Hermógenes se acercó sin hacer ruido e hincó la rodilla junto a ella.

—¿Por qué? —musitó—. Casi toda ha sido música alegre.

—Es sólo que… ha hecho que… me acordara de mi casa. A veces al anochecer cantábamos por turnos, como hoy. Por eso me he puesto triste. —Soltó la coleta y agregó bruscamente—: No tenías por qué tocar para ellos. Ya te habían dicho lo que querías saber. No había necesidad de tratarlos como amigos.

—¡Hablas como mi padre! —exclamó sorprendido y descontento.

Cántabra se enjugó las lágrimas.

—¿Qué dices?

—Mi padre siempre me decía cosas por el estilo.

—Ah, claro. Porque te criaron para que fueras un caballero. —Lo miró fijamente en la creciente oscuridad—. Para ser un hombre rico y un amo, alguien que da órdenes y espera ser obedecido. A ti, en cambio, te gusta la gente y procuras caer bien a todo el mundo. No es así como se comporta un caballero, ¿me equivoco? ¿Cómo es Alejandría?

El brusco cambio de tema desconcertó a Hermógenes.

—Bastante similar a Roma, supongo —respondió al cabo de un momento—. También es una ciudad muy grande con barrios peligrosos. Por eso iba con custodia. Me figuro que en ciertos aspectos Alejandría es incluso peor que Roma; a veces se producen enfrentamientos entre los judíos y los griegos, o entre los egipcios y los romanos, y me parece que eso no ocurre aquí. Aunque la ciudad es más bonita que Roma. No creció descontroladamente como un trazado irregular de callejuelas: se fundó con la idea de que fuese magnífica y se proyectaron grandes avenidas. La vía Canópica es tan ancha que en ella caben cuatro carruajes a lo ancho, y está flanqueada de pórticos y edificios públicos a lo largo de casi toda su extensión. No hay nada

comparable en Roma.

—Y tú tienes una casa allí.

—Pero no en la vía Canópica, sino en el distrito portuario, no muy lejos del Heptastadion, la calzada elevada que divide los dos puertos y llega hasta el faro, una de las maravillas del mundo. Es una casa bastante grande, más o menos como la de mi amigo Tito. Allí habría sitio para ti, si te decidieras a venir.

—Eso si antes no te matan —precisó Cántabra con gravedad, restregándose los ojos.

—Creía que habías dicho que eso no iba a ocurrir —repuso Hermógenes al cabo de un momento.

Cántabra volvió a juguetear con su cabello.

—Intentarás entrevistarte con Estatilio Tauro mañana, ¿verdad? —Le escribiré una carta solicitándole audiencia.

—He estado pensando… —dijo Cántabra despacio—. ¿Y si no se cree lo que le cuentas y te entrega a su amigo Tario Rufo?

Así pues, comprendía el riesgo que corría.

—Cabe esa posibilidad. Lo único que puedo hacer es confiar en que eso no suceda.

Cántabra no contestó y permaneció sentada con la vista fija en el suelo.

—La otra opción es ir a ver a Mecenas —añadió Hermógenes.

—No. Si acudes a él acabarás en manos de Polión.

—¡Si se te ocurre algo mejor —espetó Hermógenes, impacientándose— te ruego que me lo digas!

—¡Deberías haber abandonado la lucha antes de llegar tan lejos!

—No podía hacerlo.

—¡Hombres! —masculló Cántabra con indignación—. ¡Sólo os importa el honor, la libertad y otras palabras bonitas, valientes y vacuas! ¡Nunca pensáis en vuestras familias, en la gente que sufrirá cuando no estéis!

¡No es verdad! Y mira quién fue a quejarse. Si la vida es tan importante que merece que la preservemos a costa del honor y la libertad, ¿por qué no escuchaste los consejos de Gelia respecto a que te prostituyeras?

—Lo habría hecho por mis hijos —contestó ella con voz áspera—. Lo habría hecho. Pero cuando vinieron los soldados y me arrojaron al suelo, mi hijo quiso pelear contra ellos para defenderme y lo mataron. Tenía siete años. Lo atravesaron con una lanza, y él chilló, intentando arrancársela, y se desplomó y luego murió. Y entonces mi hija pequeña lloraba sin parar, de modo que también acabaron con ella porque no quería callarse. Sólo contaba tres años y la mataron con sus espadas; le partieron la cabecita; la sangre y los sesos mancharon las hojas de sus armas y el hermoso pelo que yo solía

peinar. Después de eso todo perdió importancia para mí. Me traía sin cuidado lo que me pasara. Luché contra ellos. Dijeron: «Ya que tanto le gusta luchar, enviémosla a la arena».

—¡Oh, por Isis! —Le tocó el hombro en la oscuridad.

Cántabra rompió a llorar y le apartó la mano bruscamente.

—¡Esto es culpa tuya! —lo acusó con amargura—. Al tocar música has hecho que volviera a pensar en ellos. ¡Déjame en paz!

Hermógenes se arrodilló junto a ella en la oscuridad, apesadumbrado. Hecha un ovillo, se mecía adelante y atrás, sofocando los sollozos.

—¡Vete! —le ordenó.

Hermógenes se levantó y durante un rato más la contempló acurrucada en el frío suelo. Se quitó la toga y le cubrió los hombros.

—Con esto dormirás más cómoda —le dijo—. Yo usaré la otra que tengo.

Hubo de buscar a tientas sobre el camastro hasta dar con el atado de la toga buena y los documentos: ya era casi noche cerrada. Finalmente, no obstante, se tapó con el lino de Escitópolis y se tendió en el lecho infestado de pulgas. Imaginó a los soldados violando a Cántabra y asesinando a sus hijos, mirando la oscuridad con los ojos muy abiertos. De pronto le pareció que el poder de Roma era una gigantesca nube de humo asfixiante, un gas que había emanado de aquella ciudad oscura para cubrir la tierra entera. ¿No era una ingenuidad esperar librarse de él?

La escuela de gladiadores que se había adueñado de Cántabra pertenecía a Tauro. Ella no había comentado nada sobre el hecho de que llevar a cabo el plan que habían urdido implicaba salvarle la vida al general, pero sin duda era consciente de ello. Se preguntó cómo se sentiría respecto a eso.

Probablemente no lo conseguirían. Todo indicaba que Estatilio Tauro no era un hombre mucho mejor que Tario Rufo o Vedio Polión. O bien se negaría a escuchar la advertencia de un egipcio desdeñable o bien la escucharía pero lo abandonaría a él a su suerte. Lo cierto es que no había muchas esperanzas. Quizá le convendría más hablar con Mecenas, después de todo: el diplomático al menos tenía reputación de ser un caballero.

Por otro lado, Cántabra llevaba razón al recomendarle, como buena gladiadora, que no efectuara un movimiento que un oponente más fuerte pudiera prever. Además, conocía un poco a Tauro y al parecer pensaba que recurrir a él constituía un riesgo aceptable: lo había calificado de honesto y honorable pese a su carácter sanguinario. No le quedaría otro remedio que confiar en eso. Aunque probablemente no se saldrían con la suya.

Pensó en Mirina. Menéstor había querido mandar una carta a su familia, lo cual

seguramente les proporcionaría algún consuelo si nunca regresaba. Tenía que escribir a Mirina, explicarle que la amaba y que si había decidido arriesgar su vida no era porque no le importara lo que le sucediese a ella sino porque no soportaba la idea de que se convirtiera en la hija de un esclavo.

También se preguntó hasta qué punto era cierto que había decidido hacer todo aquello. Desde luego nunca había ignorado que se exponía a un peligro real, pero prácticamente hasta el momento en que huyó de casa de Polión había pensado que al final ganaría. No estaba convencido de que hubiese tomado la misma decisión de haber sabido todo lo que ahora sabía.

Recordó a Mirina cuando era un bebé en sus brazos; la recordó gateando hacia la puerta chillando «¡papá, papá!» cada vez que llegaba a casa; la recordó sollozando contra su pecho durante el funeral de su madre; la recordó aferrándose a él mientras se despedía de ella. Deseó disponer de una lámpara y una mesa, tinta y papiro para escribirle sin demora.

Durmió mal, se despertó antes del alba y permaneció un largo rato acostado en el camastro rascándose las picaduras de pulga y esperando a que llegase la mañana. Por fin comenzó a clarear, y Hermógenes oyó que en los apartamentos vecinos la gente se iba levantando. De la calle llegaban voces de quienes iban a buscar agua y comenzaban la jornada. Se puso en pie, se lavó la cara y las manos con agua del ánfora y se sentó a examinar el vendaje del pie, sobre todo por medio del tacto. Notó que el tobillo empezaba a responder, de modo que lo desenvolvió, retiró las últimas tablillas y procedió a vendar la articulación sirviéndose sólo de la tira de lino, que enrolló sobre el empeine para que no se corriera.

Cántabra apareció en el vano de la puerta como una silueta imprecisa recortada contra la luz gris que antecedía al amanecer. Observó a Hermógenes por un momento en silencio.

—Perdóname —se disculpó al cabo—. Anoche te dije cosas que una subordinada jamás debería decir a su patrono.

—Has sufrido mucho —repuso Hermógenes, con la delicadeza de no alzar la vista del vendaje hacia ella—. Entiendo cuánto te aflige el que cuando por fin se te presenta la oportunidad de llevar una vida mejor, esa oportunidad dependa de un hombre que quizá ya la haya echado por tierra. —Anudó el vendaje.

—No quiero que mueras —dijo Cántabra bajando la voz como si estuviera asustada —. Ayer, cuando insististe en salir sin ninguna razón, sólo para darte un baño, me enfadé mucho contigo. Hacía mucho tiempo que no me importaba tanto la vida de un

hombre. Quiero que vivas y quiero ir contigo a Alejandría y alejarme de esta ciudad maldita. Gracias por pedírmelo.

Hermógenes se puso repentina y asombrosamente contento.

—Muy bien, pues —dijo con una sonrisa—. Haré cuanto esté en mi mano para seguir con vida y llevarte allí.

Cántabra pareció relajarse al oír estas palabras. Le devolvió la sonrisa y el blanco de sus dientes resaltó en la penumbra.

—Ya que me prometes hacer lo posible por seguir con vida, permíteme aconsejarte otra cosa: no vayas a tu banco. Dices que Polión habrá enviado hombres a hacer averiguaciones a las barberías. ¿No los habrá enviado también a los bancos? No sé gran cosa sobre bancos pero, según me has contado, las cartas que posees sólo sirven en algunos de ellos, así que no habrá de vigilarlos todos.

Hermógenes titubeó.

—No te falta razón —admitió—, pero necesito dinero en efectivo. Es probable que Polión aún no haya hecho nada al respecto y que lo más seguro sea ir esta mañana a primera hora.

—¡Probable! —protestó Cántabra—. No me gusta lo «probable». Me queda dinero de sobra para los próximos días. ¡No tienes por qué correr ese riesgo!

—Te di ese dinero porque me salvaste la vida —replicó Hermógenes de mala gana —. ¿Cómo quieres que ahora te lo pida prestado?

—¡Ja! Eres prestamista. No deberías hacer remilgos a pedir dinero prestado.

—Casi todo mi dinero está invertido en barcos, no en préstamos —suspiró Hermógenes—. Aunque, bueno, debo admitir que a mí tampoco me gusta lo «probable», y si tu ofrecimiento es sincero lo acepto y te lo agradezco.

—¡Bien! —exclamó Cántabra, resplandeciente—. Bien. También he estado pensando sobre lo que tenemos que hacer, sobre cómo abordar a Tauro. Si le escribes una carta, pasará de mano en mano en su despacho antes de que la reciba, y quizá tus enemigos la descubran. Lo que debes hacer es abordarlo cuando visite la escuela. Va casi todas las mañanas. Puedo conseguir que el Salvaje os presente.

—¿El Salvaje? —preguntó Hermógenes con recelo.

—Gayo Nevio Saevo. —Cántabra se explicó: el apellido Saevo, que significaba «salvaje», era inaudito, y Hermógenes se preguntó si no se trataría de un apodo—. Es el lanista que está a cargo de la escuela de gladiadores. Me conoce y le pediré que te presente a Tauro.

—¿Qué es un lanista?

—¡Un hombre que está a cargo de una escuela de gladiadores! —repitió Cántabra con impaciencia—. El Salvaje es duro y despiadado pero le caigo bien porque lo ayudé

a conseguir el empleo. Te presentará a Tauro y tú encontrarás una manera inteligente de convencerlo de que no le mientes respecto a Rufo. Entonces estaremos a salvo.

—Espero que no te equivoques —dijo Hermógenes y meditó sobre su propuesta. Desde luego era cierto que más valía ponerse en contacto con Tauro aprisa y con discreción, en persona y no mediante una carta que pudiera levantar la liebre. El problema estribaba en que no albergaba el menor deseo de conocer a aquel hombre. De nuevo se preguntó qué sentía Cántabra ante la perspectiva de intentar salvar la vida de una persona a quien no le faltaban motivos para odiar.

Su empeño evidenciaba que tenía una buena razón para salvarlo.

—De acuerdo —convino Hermógenes, exhalando otro suspiro.

—Bien —volvió a asentir Cántabra, satisfecha—. Hemos de salir cuanto antes. Tauro suele visitar la escuela temprano.

Hermógenes la miró, desalentado. Una parte de su ser gritó en silencio: «¡No, por favor, todavía no!».

—Antes quiero escribir una carta a mi hija —consiguió decir al fin.

Cántabra se quedó estupefacta.

—Quizá podamos comprar lo que necesites para escribir por el camino —sugirió —. Entonces escribirás la carta y… ¿Cómo se envía una carta a un sitio tan lejano?

—Tito Fiducio usó un servicio de mensajería —dije Hermógenes—. La única otra opción consiste en buscar un barco que vaya a zarpar rumbo a Alejandría.

—Compraremos lo necesario para escribir camino de la escuela —insistió Cántabra—. Entonces escribirás la carta, me la darás y yo se la entregaré a tu amigo.

Hermógenes tragó saliva y se dio por vencido, haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Muy bien. Pues vámonos. —La miró de arriba abajo y agregó—: Deberías ponerte la toga que te presté anoche. Cántabra se sorprendió.

—Hace calor. No necesito una toga.

—Aun así, deberías llevarla. Confiere una apariencia más respetable. De haber ido al banco, lo primero que hubiese comprado con el dinero habría sido una buena toga sencilla para ti, además de una túnica y un par de sandalias nuevas.

Cántabra frunció el ceño.

—Eso te habría salido muy caro.

—Pero merece la pena, te lo aseguro. Si un empleado mío va vestido como un esclavo doméstico, ¿qué pensará la gente de mí? ¡Vamos, mujer! Vamos a visitar la escuela donde fuiste esclava. ¿Quieres que todos se enteren de lo mal que te han ido las cosas desde que te libertaron?

Ella reflexionó por un momento y sonrió.

—Ojalá tuviera una túnica nueva.

Fue a su habitación y al cabo de un momento regresó con la toga, que aún estaba arrugada por haber dormido con ella, puesta sobre los hombros, como un chal. Hermógenes negó con la cabeza y se acercó para quitársela.

—¡No se pone así!

—¡Sé de sobra cómo se pone un manto! —replicó Cántabra muy indignada—. En Cantabria también los usamos.

—Apuesto a que los prendéis con alfileres. Esto es un himatión y debe formar pliegues. —Sacudió la toga y se la devolvió, plantándose delante de ella—. Colócatela sobre los hombros, tal como la llevabas antes, pero con el extremo izquierdo a la altura de tu hombro y el resto colgando por tu lado derecho. Ahora pasa el extremo izquierdo en línea recta por encima del hombro y mételo bien debajo de tu brazo izquierdo. Sujétalo con el brazo contra tu costado. Ahora… —Hermógenes tomó entre sus dedos la punta derecha de la toga, levantó el borde para cubrirle a Cántabra la cabeza como con una capucha, lo extendió hacia la derecha de ella para ajustar la longitud, luego lo pasó por encima del hombro derecho y lo llevó de vuelta al izquierdo—. ¿Ves? Se supone que ha de quedar drapeado formando pliegues.

Cántabra lo miró pestañeando desde debajo de la capucha, con el cabello brillante oculto, transformaba súbitamente en una griega bajo los pesados pliegues de lino. El impulso de inclinarse hacia delante para besarla fue tan fuerte que Hermógenes casi lo obedeció; sólo lo detuvo el recuerdo del hombre retorciéndose encogido sobre los adoquines.

—¡No puedo mover los brazos! —protestó Cántabra sacudiendo el codo derecho contra la toga.

—Tira de ella hacia arriba con el izquierdo para liberar la mano —le indicó Hermógenes— y mueve el brazo derecho hasta que los pliegues formen un cabestrillo, de modo que puedas sacar la mano por arriba.

—¡Bah! —barbotó Cántabra, intentándolo. La capucha le cayó hacia atrás y ella se quedó quieta, frunciendo el entrecejo con suspicacia—. Tú lo llevas debajo del brazo derecho.

—Los hombres pueden llevarlo así en las ocasiones informales —explicó Hermógenes—. Las mujeres lo llevan tal como te lo has puesto tú.

Cántabra agitó vigorosamente el brazo derecho hasta que logró liberarlo por completo de los pliegues. La tela, arrugada, quedó colgando de forma poco armoniosa. Hermógenes pensó en arreglársela de nuevo, pero decidió abstenerse. Cántabra no era griega y nunca lo sería por más que le enseñara a ponerse aquella prenda. Tendría que darse por satisfecho de que, aunque torcida, la toga presentaba mejor aspecto drapeada

que puesta a manera de chal. Agarró la suya, la sacudió con fuerza para librarse de las pulgas, se envolvió en ella con la mayor pulcritud posible y se marcharon.

Tras recorrer unas tres manzanas por el Campo de Marte toparon con el puesto de un amanuense que escribía cartas y redactaba documentos para los analfabetos. Se detuvieron y, tras convencer al escriba de que no necesitaba sus servicios pero estaba dispuesto a pagar la tarifa entera sólo por usar el papiro y la tinta, Hermógenes consiguió lo que necesitaba y obtuvo permiso para sentarse en la caseta. Permaneció un rato contemplando la hoja en blanco, consciente de que Cántabra aguardaba impaciente y del sol cada vez más intenso que bañaba la calle. Las largas explicaciones y justificaciones que había concebido durante la noche ahora se le antojaron excesivas, falaces, sin sentido. Afiló la pluma, la mojó en el tintero y escribió apresuradamente:

MARCO ELIO HERMÓGENES SALUDA A SU AMADA HIJA,
ELIA MIRINA

Querida mía, las cosas no han resultado como había planeado. Mi intento de cobrar la deuda de Rufo me ha llevado a enfrentarme con dos hombres muy poderosos que urden una conspiración de la que nada sé pero para quienes me he convertido en una amenaza. No sé si lograré salir de ésta con vida. Si muero, por favor recuerda siempre lo mucho que te quise y que jamás tuve la intención de abandonarte. El dinero para tu dote está a buen recaudo: elige a un hombre que sepa hacerte feliz. Querida hija, no sabes cuánto lamentaré no verte crecer. Rezo a los dioses para que te sean propicios en todo y te concedan salud y una larga vida.

No supo qué añadir. Enrolló la carta, escribió la dirección en el reverso y la selló con cordel y cera del escriba.

—¿Ya está? —preguntó Cántabra.

Hermógenes asintió con la cabeza. Despacio y apelando a toda su fuerza de voluntad, le entregó la carta a su guardaespaldas, que se la guardó en el estuche de plumas que llevaba bajo la túnica, junto con el dinero y las cartas de crédito. El alejandrino dio las gracias al escriba, y los dos siguieron su camino.

La escuela de gladiadores era un edificio muy grande, una construcción sólida de ladrillo cuyas elevadas paredes sin ventanas formaban un cuadrado entre las calles de una pequeña manzana de la ciudad. Cántabra condujo a Hermógenes a lo largo de dos lados del cuadrado hasta la única entrada.

La bárbara fijó la vista en la puerta revestida de hierro durante un buen rato. Aunque su rostro no traslucía la menor expresión, algo en su postura proclamaba la aversión que le producía aquel lugar. Hermógenes recordó que, según ella le había contado, había preferido pasar hambre a regresar allí. Quiso decirle que no tenía que hacerlo, que iría a ver a Mecenas. Tenía estas palabras en la punta de la lengua cuando ella llamó a la puerta.

El portero abrió la ventana de la portería casi de inmediato y los escrutó con desconfianza, con el rostro reducido a una mancha roja en la que destacaba un par de ojos detrás de una rejilla.

—¿Qué queréis? —espetó.

—Quiero ver al Salvaje, Proxeneta —le informo Cántabra.

Los ojos parpadearon, y la mancha roja quedó partida por una sonrisa.

—¡Cántabra! ¿Vuelves con nosotros?

—No —contestó Cántabra rotundamente—. Sólo quiero hablar con el Salvaje.

—Estará encantado de verte —aseguró el portero, lanzándole una mirada lasciva, y cerró la ventana.

—Su verdadero nombre no es Proxeneta, ¿verdad? —susurró Hermógenes horrorizado.

Cántabra se encogió de hombros.

—Todo el mundo lo llama así.

La puerta se abrió y el Proxeneta, un hombre corpulento, gordo y rubicundo con una pata de palo se hizo a un lado haciendo una reverencia afectada. Una vez que Cántabra hubo entrado, no obstante, extendió el brazo para impedir el paso a Hermógenes.

—¿Quién es éste? —preguntó a la bárbara.

—Mi patrono —contestó Cántabra—. Tiene asuntos que tratar con el Salvaje. Por eso he venido.

El portero examinó a Hermógenes con cara de pocos amigos. El rostro del hombre estaba deformado por antiguas fracturas de huesos y surcado de cicatrices, y tenía los ojos enrojecidos, cubiertos por una tracería de venillas rotas tras una vida entera de combates.

—¿Qué quieres del Salvaje? —inquirió con recelo.

—¿Eres su secretario? —preguntó Hermógenes gentilmente—. ¿Debería haberme dirigido a ti para pedir audiencia?

El portero frunció el ceño, intuyendo la mofa en sus palabras pero incapaz de captar dónde residía.

—¡Eres griego! —señaló el Proxeneta en tono acusatorio.

—Así es —contestó Hermógenes con educación—. ¿Eso significa que no se me permite entrar?

—Dime, ¿para qué has contratado a Cántabra, griego? ¡Ni siquiera deja que nadie se la tire!

—La contraté como guardaespaldas después de que me salvara del ataque de unos ladrones en la Subura. ¿Puedo pasar, por favor? ¿O debo pedir a Cántabra que vaya a comunicarle al Salvaje que no me dejas entrar?

El portero se apartó enseguida y Hermógenes entró cojeando. Cántabra enfiló sin más demora un pasillo estrecho semejante a un túnel que conducía hasta el corazón de la escuela, un patio de entrenamiento con el suelo cubierto de arena, rodeado por la mole de ladrillo del edificio. Una veintena de hombres con armadura corría al trote alrededor de otros diez que se ejercitaban con espadas de madera. Unos quince guardias armados con porras y azotes descansaban al sol contra la pared del fondo. Los corredores al principio ojearon con curiosidad a los visitantes sin detenerse. Entonces uno de los hombres se paró en seco.

—¡Es Cántabra! —gritó.

Al oírlo, todos se detuvieron, aunque algunos se mostraron confusos, y los hombres que entrenaban en el centro del patio se volvieron para ver qué ocurría. Un hombre robusto sin armadura, que al parecer había estado supervisando los ejercicios, se aproximó rápidamente con una amplia sonrisa. Llevaba una túnica sucia y un látigo pesado.

—¡Vaya, querida Cántabra! —la saludó en tono meloso—. ¡Has vuelto con nosotros! —Barrió con la vista la toga alejandrina y torció el gesto—. ¿Qué haces acicalada como una puta griega?

Levantó uno de los pliegues de la toga con la punta del látigo, y Cántabra retiró la

tela con expresión ceñuda.

—He regresado porque mi nuevo patrono necesita hablar con Tauro, Salvaje —anunció sin perder la calma.

El Salvaje estudió a su nuevo patrono: Hermógenes notó que se fijaba en la costosa toga griega, las magulladuras y el pie vendado. Soportó la inspección por unos instantes antes de hablar:

—Saludos. Soy Marco Elio Hermógenes de Alejandría. Lo que mi guardaespaldas dice es cierto: necesito entrevistarme urgentemente con Tito Estatilio Tauro, prefecto de la ciudad. Cántabra me ha asegurado que tú puedes presentarnos, si es que eres Gayo Nevio Saevo, y te ruego que lo hagas.

El Salvaje entornó los ojos hasta que quedaron reducidos a dos rendijas negras en un rostro que semejaba una losa.

—¿De qué quieres hablar con Tauro, griego?

—De un asunto de suma importancia para él —respondió Hermógenes—. No estoy en condiciones de dar más detalles. Mi custodio está al corriente y considera que el prefecto debería ser informado.

El Salvaje se volvió hacia Cántabra.

—¿Qué diablos haces con éste? —inquirió, tan enfadado como asqueado.

Cántabra se encogió de hombros.

—Le estaban robando; lo socorrí; me contrató. Lo que dice es cierto, Salvaje. Por pura casualidad se ha enterado de una conspiración que al viejo toro le conviene conocer. Él no quería venir, pero lo he convencido. Pensé que eso sería más seguro que presentarnos en las dependencias de la ciudad.

El hombre apodado el Salvaje la miró detenidamente, con los ojos aún entornados, dándose golpecitos en la pantorrilla con el látigo. Luego echó un vistazo a los corredores y los luchadores que se habían parado a observar. Hizo restallar el látigo contra los dos hombres más próximos a él, y éstos se alejaron a toda prisa frotándose el cuello y la rodilla.

—¡Volved a lo vuestro! —gruñó el Salvaje, propinándole un latigazo a un tercer hombre que ya había arrancado a correr otra vez y que simplemente pasaba por allí cerca.

—El viejo toro llegará de un momento a otro —dijo el Salvaje a Cántabra. Algo en su manera de pronunciarlo convirtió la palabra *tauro*, «toro», en un mote más que un apellido formal—. Le avisaré que quieres verlo. Más vale que se trate de algo que quiera oír, zorra. —La escudriñó por un momento más y luego mostró los dientes con un gesto que probablemente pretendía ser una sonrisa—. ¿Seguro que no vuelves a alistarte?

—No —contestó Cántabra rotundamente—. Ya te dije en su momento que prefería pasar hambre.

—También dijiste que pasarías hambre antes que dejarte follar —replicó el Salvaje —, pero… —Apuntó a Hermógenes con el látigo.

—Romano —intervino Hermógenes con fría formalidad—, puedo permitirme las mejores cortesanas. No necesito acostarme con mis guardaespaldas.

El Salvaje volvió a clavar en él los ojos entrecerrados. Extendió el brazo y le tocó la toga de lino de Escitópolis con la punta del látigo.

Hermógenes advirtió irritado que aquella familiaridad encerraba una amenaza implícita: «Soy un hombre alto, duro y fuerte y podría hacerte pedazos si quisiera». Respondió con una mirada desdeñosa y otra amenaza implícita:

—Admírala cuanto quieras —dijo, apartando la toga del látigo—. Me imagino que cuesta más que los salarios que cobran en un año los de tu ralea.

«Soy un hombre acaudalado y poderoso y podría causarte más problemas de los que tú serías capaz de superar».

El Salvaje lo entendió a la perfección. Su rostro se ensombreció.

—¡Ricacho cabrón! —masculló. Miró de nuevo a Cántabra—. Más vale que el viejo toro quiera escucharle, zorra, no digo más.

Quitaos de en medio y esperad allí, a no ser que quieras entrenar…

—No —contestó Cántabra y se dirigió a grandes zancadas hacia el lugar indicado, junto a la caseta de la entrada.

No había donde sentarse, de modo que se apoyaron contra la pared de ladrillo y observaron a los gladiadores que corrían dando vueltas al patio y a los hombres del centro que se golpeaban y se lanzaban estocadas azuzados de vez en cuando por el látigo del Salvaje. Al cabo de un rato, éste ordenó a los hombres del centro que corriesen también y los sustituyó por diez de los corredores.

—No hay mujeres —comentó Hermógenes tras un largo silencio.

—Aquí están sólo los del primer turno —explicó Cántabra—. El primer grupo los mejores luchadores. Salen a entrenar temprano, cuando aún hace fresco. Todas las mujeres están en el cuarto grupo. Nosotras nos adiestrábamos más tarde.

—¿Por eso Tauro suele venir temprano?

Cántabra asintió con la cabeza.

—Le gusta ejercitarse con uno de los mejores gladiadores para comenzar la jornada. Los obligan a luchar con una varita delgada mientras que él usa una espada de madera con la que siempre gana. Además, lleva armadura, y ellos no. A pesar de todo, le gusta que se empleen a fondo y cuando logran vencerlo les da dinero.

Hermógenes soltó un resoplido y paseó la mirada por el patio.

—¿Cuatro grupos? —preguntó—. ¿Dónde están los demás?

Cántabra señaló las paredes lisas con un ademán.

—Encerrados en sus celdas. Nunca dejan salir a más de un grupo a la vez. Pasas todo el tiempo metido en tu celda menos cuando toca entrenar o comer.

Hermógenes miró las sucias paredes de ladrillo.

—No hay ventanas —dijo en voz baja.

Cántabra asintió con la cabeza.

—Eso era muy duro. Yo lo odiaba.

Dos años, pensó Hermógenes, encerrada a oscuras, en un cuarto del que sólo salía para entrenar en aquel patio o para acudir, una vez al mes, a la arena para matar o exponerse a que la mataran. No lograba imaginárselo. Negó con la cabeza.

—Las armas de verdad están prohibidas en la escuela —agregó ella de repente—. No tanto por temor a que los gladiadores ataquen a sus adiestradores como para evitar que se suiciden.

Uno de los luchadores del centro del patio recibió un golpe en la cara y dejó de luchar para taparse la nariz sangrante con la mano. Su oponente dio un paso atrás; el Salvaje de inmediato se acercó a ellos y comenzó a fustigarlos a ambos y a gritarles hasta que reanudaron el combate. El hombre al que le sangraba la nariz estaba medio cegado y su oponente consiguió forzarlo a retroceder. El Salvaje se colocó detrás del herido y empezó a azotarlo, apremiándolo para que atacara. Éste así lo hizo y su oponente lo derribó de una estocada en el estómago.

—¡Dale! —rugió el Salvaje—. ¡Acaba con este cabrón!

Y el oponente obedeció descargando golpes a mansalva.

—¿Cómo ayudaste a ese bruto a conseguir su empleo? —preguntó Hermógenes asqueado.

Cántabra emitió un bufido y cruzó los brazos.

—Cuando llegué a la escuela, el hombre que ocupaba su puesto se llamaba Papinio Macero. Él y el Proxeneta aceptaban dinero de ciudadanos a cambio de dejarlos entrar. Hay gente a la que le gusta follar con gladiadores. —Miró a Hermógenes, cohibida—. Hay mujeres, incluso ricas, que disfrutan con eso. Y hombres a los que les atraen los muchachos y otros que prefieren a las mujeres. No les importa el aspecto; lo que los excita es el olor de la sangre. Sea como fuere, el caso es que yo me negué. Dije que le arrancaría los huevos al primer hombre que lo intentara, y como no querían que le sucediera eso a un ciudadano, no podían obligarme. Al principio no importaba porque Macero les entregaba a cualquier otra, pero después de que yo participara en un par de combates, comenzó a recibir ofertas sobre mí. Me propuso ir a medias con él, pero aun así no tragué. De modo que me propinaba una paliza y me encerraba en la celda de

castigo cada vez que le decía que no. El viejo toro, o sea, el general Tauro, una vez vino y preguntó qué había hecho yo, y Macero se limitó a acusarme de haberlo desobedecido. Luego éste me encadenó y me retuvo en la celda de castigo durante tres días justo antes de un combate. No estaba autorizado para hacer eso: se supone que no deben mandarte a luchar si no estás en forma, ya que es malo para la reputación de la escuela que te maten fácilmente. Todo el mundo pensaba que me matarían en la arena, porque estaba agotada y entumecida, y además él había dispuesto que me enfrentara a un reciario, un hombre. Aun así, vencí. El viejo toro, que había presenciado el combate, fue a consultar el registro, me mandó llamar y me preguntó, delante de Macero, por qué había estado encerrada en la celda de castigo justo antes de que me tocara luchar. Y se lo conté. —Sonrió con malicia y prosiguió—: Entonces el viejo toro le dijo a Macero: «¿Tú qué eres, un lanista o un proxeneta? ¡Si está dispuesta a luchar, no es asunto tuyo que folle o deje de follar!», y lo despidió. Trajo al Salvaje para que dirigiera la escuela en su lugar. Lo sacó de una escuela más pequeña de alguna parte del sur. Después de eso nadie intentó obligarme a follar nunca más.

Hermógenes guardaba silencio pues volvía a enfrentarse a una cosa que ni siquiera alcanzaba a imaginar.

—Aunque el Proxeneta sigue aquí —agregó Cántabra con pesar.

Se oyó movimiento en el portal junto al que se encontraban y de pronto salió al patio un grupo de seis guardias que no eran bárbaros ni matones uniformados sino soldados romanos con cotas de malla y yelmos con penachos rojos. Pese a la prohibición que pesaba sobre las armas de verdad todos portaban lanza y espada corta: la guardia pretoriana no estaba sujeta a las ordenanzas comunes. Se detuvieron, tres a cada lado del portón, y se pusieron firmes mientras un hombre con la toga larga y roja de los generales entraba seguido por otros dos guardias.

Tito Estatilio Tauro debía de tener alrededor de sesenta años, unos cuantos más que su amigo Tario Rufo, pero poseía una complexión fuerte y una estatura considerable, mientras que Rufo era gordo y fofo. Tenía el rostro atezado y las cejas muy pobladas, la nariz grande y arrugas profundas en las comisuras de los labios. Se detuvo al borde del patio y estudió a los luchadores. El Salvaje abandonó de inmediato su labor de supervisión y fue a su encuentro. Ambos hombres intercambiaron unas pocas palabras y luego se volvieron hacia Cántabra y Hermógenes. El Salvaje les indicó con una seña que se aproximaran.

Hermógenes obedeció cansinamente. Cántabra iba un poco por delante de él y cuando llegó ante Tauro lo saludó extendiendo el brazo tal como su patrono se lo había visto hacer una vez. El general respondió con una sonrisa que dejaba al descubierto unos dientes muy blancos que contrastaban con su rostro moreno.

—Cántabra —dijo con una voz fuerte y grave—. Con un patrono rico. Me alegro. ¿Qué es lo que quieres?

—Que escuches a mi patrono, señoría —respondió Cántabra con seriedad—. Trae noticias que deberías oír.

Los ojos negros y hundidos de Tauro se clavaron en Hermógenes, quien, con un profundo suspiro, enderezó la espalda y se lanzó de lleno.

—Señor Estatilio Tauro, salud. Soy Marco Elio Hermógenes, un hombre de negocios de Alejandría y, como ha dicho mi guardaespaldas, he descubierto cierta información que te atañe directamente y que considero conveniente transmitirte… en privado.

Dirigió una significativa mirada al Salvaje.

Tauro lo contempló durante un buen rato en silencio con semblante adusto.

—Marco Elio Hermógenes —repitió por fin—. He oído tu nombre varias veces estos últimos días. De hecho, anoche cursé orden de que te arrestaran.

Hermógenes se quedó de una pieza. Se percató, sin despegar la vista de Tauro, de que sus guardias se habían puesto alerta y no le quitaban el ojo de encima.

—¿De qué se me acusa? —preguntó en voz baja.

—Oh, de nada —admitió Tauro—. Simplemente se trataba de interrogarte. Hace unos días mi amigo Lucio Rufo me informó de que había puesto bajo vigilancia una casa de la vía Tusculana porque había tenido problemas con un invitado del propietario. Ayer dicho propietario apareció para denunciar un acoso que según él se debía a ciertas discrepancias entre tú y Rufo y entre tú y Publio Vedio Polión. Éste había enviado a sus hombres a registrar la casa y el propietario también se quejó de eso.

—¿Envió a sus hombres a registrar un domicilio particular? —preguntó Hermógenes impresionado—. ¿Hubo algún herido?

—Que yo sepa, no —contestó Tauro impasible—. Varios hombres de Polión te buscan por toda la ciudad. Aseguran que, estando en su casa en calidad de invitado, robaste una estatuilla muy valiosa y te fugaste durante la noche. No ha presentado cargos contra ti ante ningún magistrado, pero me pareció prudente interrogarte.

—Señor, aquí me tienes, dispuesto a contestar a tus preguntas. —Aunque Hermógenes estaba consternado, constató que una vieja y persistente preocupación empezaba a disiparse. Que Rufo contratase unos bárbaros de aspecto temible no constituía una jugada tan estúpida como parecía: el cónsul había avisado al prefecto de la ciudad antes de apostarlos—. Te aseguro que no soy un ladrón, y esa historia de la estatuilla es una patraña inventada con el fin de proporcionar a Polión un pretexto para buscarme. Lo que está en juego es mucho más importante que una estatuilla. Preferiría

hablar de ello en un lugar menos público.

Tauro soltó un gruñido. Echó una ojeada al Salvaje e hizo chasquear los dedos.

—Vamos, pues —dijo, y se encaminó directamente a través del patio de entrenamiento hacia una puerta situada al otro lado, obligando a los luchadores y corredores a pararse en seco o apartarse deprisa para franquearle el paso. Hermógenes y Cántabra lo siguieron rodeados por ocho guardias de Tauro. El Salvaje, que cerraba la marcha, se detuvo para increpar a uno de sus guardias, que estaba tomando el sol, y ordenarle que supervisara el patio.

La puerta conducía a lo que parecían las oficinas de la escuela de gladiadores: una espaciosa estancia con un escritorio, un banco, un buen número de arcones grandes y otras dos puertas, una a cada extremo. Un conjunto de espadas de madera de distintos tipos colgaba de un armero dispuesto a lo largo de una pared; en la de la derecha, pendía de unos ganchos una colección de grilletes de hierro de varios tamaños y pesos cuya visión causaba una impresión siniestra. Tauro se dirigió al escritorio y se sentó en la silla después de girarla para que quedase de cara a la habitación. Hizo un gesto para que cuatro guardias salieran a vigilar el exterior y aguardó mientras el resto ocupaba posiciones en ambos lados de la habitación. El Salvaje cerró la puerta.

—Ahora registradlos —ordenó Tauro.

Cántabra se puso rígida.

—¡Señor! —protestó, dando un paso al frente. Tauro se limitó a asentir con la cabeza, y dos de los guardias la sujetaron y la arrastraron hasta un extremo del recinto.

Hermógenes se envaró mientras los otros dos guardias se ocupaban de él. Le quitaron la toga buena y la arrojaron al banco, desabrocharon y examinaron su cinturón y comprobaron que su monedero estaba vacío. Encontraron la llave del baúl en el cordel que llevaba al cuello y la depositaron encima del escritorio. Le palparon el cuerpo entero buscando la vaina de una navaja escondida y le pidieron que se descalzase. Deshicieron el vendaje del tobillo y lo sacudieron. Entonces, con las manos vacías, asieron al alejandrino por los brazos mientras sus compañeros terminaban de registrar a Cántabra.

Un guardia inspeccionaba la costura de su cinturón; el estuche de plumas ya se encontraba encima del escritorio, delante de Tauro. El otro hombre, sonriendo, le palpaba los pechos a Cántabra. El general enarcó las cejas.

—¡Quítate la túnica! —le exigió—. Me parece que llevas un puñal ahí dentro.

La bárbara escupió y apartó la mano del guardia de un codazo.

—Tengo un puñal —reconoció—. Es para defenderme, no para atacar a nadie, y mucho menos para matar al toro.

—Es un delito llevar armas ocultas por las calles de Roma —sentenció Tauro con

ecuanimidad—. Entrega el puñal a mis hombres. Cántabra lo desenfundó y se lo dio a regañadientes a los soldados.

—Ahora quítate la túnica —ordenó el general.

Cántabra levantó la cabeza enojada pero obedeció. Su cuerpo apareció delgado y fibroso entre las tiras de tela barata que le cubrían las partes pudendas, y presentaba varias cicatrices. La vaina del puñal resultaba muy visible, cosida a la tira de los pechos. Era evidente que el puñal que acababa de entregar era el único que llevaba.

Tauro gruñó y agarró el estuche de plumas. Lo abrió, extrajo las cartas, vació el dinero sobre el escritorio y lo volvió a guardar en su sitio. Comenzó a examinar las cartas de crédito.

—Has comprobado que no voy armado —le dijo Hermógenes, airado— y que mi guardaespaldas sólo lleva la clase de arma que, aun siendo ilegal, resulta bastante habitual entre los de su profesión. He venido aquí para hablarte de un asunto que debería preocuparte. Si lo he entendido bien, querías hacerme preguntas.

Tauro alzó la vista hacia él con una nada halagüeña expresión de satisfacción.

—Y así es. —Dirigiéndose a los guardias, añadió—: Llevaos a este hombre, desnudadlo y encadenadlo al poste. Poned grilletes a la mujer y encerradla en el calabozo hasta que haya terminado con él.

—¡No! —gritó Cántabra y se arrojó hacia delante.

Los hombres que la aferraban la redujeron arrojándola al suelo antes de que pudiera dar dos pasos. Hermógenes reparó en que el Salvaje sacudía la cabeza, apesadumbrado, mientras tomaba un par de esposas de un gancho. Los guardias que lo sujetaban lo condujeron a través de la puerta de la derecha.

Aquél era sin duda el lugar donde se castigaba a los esclavos de la escuela de gladiadores cuando quebrantaban alguna regla. Había tres azotes colgados de unos salientes del muro exterior, uno de piel, otro de cuerdas anudadas y un último con cuatro látigos de ambos tipos; debajo de ellos había un atado de varas de abedul. En medio de la habitación se erguía un poste muy grueso de madera teñida, provisto de esposas de hierro unidas a una cadena ajustable que servía para flagelar a una víctima de cualquier estatura. Hermógenes permaneció en pie, impotente y ultrajado, mientras los guardias lo desnudaban. Cántabra maldecía y gritaba a sus espaldas. Los guardias de Hermógenes lo empujaron contra el poste y colocaron sus brazos alrededor de él, para cruzárselos por las muñecas encima de la cabeza. Las esposas de hierro le hicieron un corte al cerrarse, y un guardia hizo girar una manivela para tensar la cadena.

Hermógenes quedó con la mejilla cosida apretada contra el poste, y, temblando de rabia, notó en la piel el frío del sudor al secarse.

—¡Soy ciudadano romano! —exclamó.

Nadie contestó. En algún lugar a sus espaldas, Cántabra seguía profiriendo maldiciones, aunque ahora su voz sonaba ahogada. Con la cara pegada al poste, no alcanzaba a verla.

Oyó pasos, deliberadamente pausados, que se aproximaban desde el despacho.

—Soy ciudadano romano —repitió—. Este procedimiento es ilegal.

—Soy el prefecto de la ciudad —replicó Tauro con voz grave—. Tengo derecho a realizar interrogatorios extraordinarios… y declaro que éste lo es.

—¡No tienes derecho a azotar a ciudadanos nacidos libres sin un juicio previo! —replicó Hermógenes, furioso—. ¡He venido aquí para salvar tu vida, romano! ¿Y ésta es mi recompensa?

El rostro de Tauro apareció en su campo visual con la misma expresión de aciaga satisfacción.

—Publio Vedio Polión. ¿Cuándo te contrató?

—Nunca me ha contratado —contestó Hermógenes—. Tú mismo has dicho que me ha acusado de robo y que me busca por toda la ciudad: ¿por qué iba a hacer eso si fuese su mercenario?

Tauro negó con la cabeza.

—Quizás os habéis peleado. Quizá sí que le robaste algo: no sería la primera vez que la codicia corrompe a un hombre. Polión te contrató. Creo que has estado ayudándole a chantajear a un amigo mío.

Hermógenes soltó una carcajada.

—Es a ti a quien tu amigo Rufo ha vendido a Polión, oh sabio prefecto de la ciudad. Ha accedido a matarte a cambio de la cancelación de ciertas deudas y de mi vida.

Los ojos negros le sostuvieron la mirada. Lo invadió la sensación de que había algo inmenso detrás de ellos, algo que se movía como un enorme peso bajo la delicada manipulación de una ingeniosa maquina.

—Deudas —repitió Tauro en voz baja—. ¿Qué deudas?

El poste apestaba a sangre seca. Hermógenes echó la cabeza hacia atrás y miró la cadena enrollada en lo alto. Desde el patio llegaba un sonido cansino de pisadas, el entrechocar y los golpes sordos de las armas de madera, los gritos de un guardia: «¡Pégale! ¡Pégale!». Por un momento sólo sintió desprecio por el hombre que tenía al lado, propietario de aquel lugar.

—Rufo gastó cien millones de sestercios —declaró con fría indignación—, todo el capital que poseía, en tierras de Picenum. Luego descubrió que si pretendía sacar algún provecho de su inversión tenía que efectuar ciertas mejoras. Pidió el dinero que necesitaba a Polión y aportó sus fincas como garantía. El interés sobre el préstamo es tan alto como los beneficios que rinde la tierra o incluso un poco más. Si vende, su

endeudamiento saldrá a la luz y el precio de sus bienes caerá en picado. Se las arregló para mantener a Polión a raya, no obstante, hasta que el azar quiso que yo entrara en escena. Hace muchos años, en Chipre, Rufo pidió a mi tío un préstamo que nunca devolvió; yo heredé la deuda el otoño pasado y llegué a Roma decidido a reclamar mis derechos. Soy ciudadano romano y por tanto puedo recurrir a los tribunales. Obran en mi poder documentos que demuestran lo que digo, y aunque Rufo trató de intimidarme no lo consiguió. Comprendió que mi exigencia era ineludible y que para pagarme tendría que vender. Polión se ha ofrecido a comprarme la deuda y, según creo, entregarme a él, a cambio de que él acabe contigo. Y Rufo ha aceptado el trato.

Una mano le agarró el mentón y lo obligó bruscamente a volver la cara.

—Eso lo dices tú —bramó Tauro.

Hermógenes intentó hablar, pero la mano que le estrujaba la mandíbula se lo impidió. Tauro, al percatarse de ello, lo soltó. Hermógenes apoyó de nuevo la mejilla contra el poste y miró a su captor de hito en hito.

—¡Estoy harto de vosotros, romanos! —susurró—. Polión me dijo que Rufo, más que la mayoría de vosotros, siempre tiene la impresión de que nosotros, los griegos, nos burlamos de vosotros a vuestras espaldas tachándoos de bárbaros. Pues ahora me río de ti en la cara. ¡Mírate! No muestras ningún respeto por la justicia, por la ley, por los contratos y las obligaciones de la civilización. Tú, el prefecto de la ciudad, y Rufo, un cónsul, desacatáis abiertamente, sin el menor reparo, las leyes decretadas por el Senado y el pueblo de Roma en cuanto entran en conflicto con vuestros intereses personales. Sois y siempre seréis unos salvajes. Vuestra gran contribución a la cultura está ahí fuera, en el patio, y consiste en asestarse mandobles con espadas; vuestras artes son la opresión y el derramamiento de sangre. Que los dioses os destruyan a todos.

Tauro le pegó. Fue un golpe calculado, descargado con el canto de la mano debajo del brazo para alcanzar el nervio, provocándole un dolor horrible. Hermógenes emitió un alarido y se quedó sin aliento procurando sostenerse contra el poste. Tenía el brazo entumecido. Un segundo golpe lo alcanzó debajo de las costillas, obligándolo a expeler con violencia el aire de los pulmones. Quedó colgando de las cadenas, esforzándose por respirar.

—Te olvidas de ti mismo, griego —dijo Tauro.

Hermógenes se puso derecho tirando de las cadenas sin dejar de jadear.

—No: tú te olvidas de ti, romano —mascculló—. ¿O acaso es legal que los prefectos de la ciudad golpeen a ciudadanos durante los interrogatorios «extraordinarios»?

Tauro volvió a levantar la mano pero al cabo de unos instantes la bajó y se alejó unos pasos.

Se hizo el silencio. Hermógenes se reclinó en el poste, respirando con dificultad.

Ahora sólo veía la pared y los azotes que había colgados en ella. Reavivó su rabia, dejando que se enardeciera y ahuyentara el miedo. Tres veces había acudido a un romano importante para pedirle algo que le correspondía, y las tres veces había sido objeto de insultos y abusos.

—Tengo aquí una carta que llevaba tu guardaespaldas —dijo la voz de Tauro desde algún lugar situado a su izquierda.

El alejandrino echó la cabeza hacia atrás y consiguió girarla y apoyar la otra mejilla en el poste. Tauro estaba muy cerca, con la carta a Mirina en la mano, abierta.

—Eso es una carta personal —masculló Hermógenes—. No tenías derecho a abrirla.

Tauro la agitó delante de sus narices.

—¿Por qué la tenía tu guardaespaldas?

—Porque debía enviarla en caso de que yo muriera, y porque nuestro alojamiento no es seguro. Sabía el riesgo que corría al venir a verte: en ningún momento supuse que recibirías con gusto la noticia de que un amigo planea traicionarte. No tienes ningún motivo para impedir que mi guardaespaldas envíe esa carta. Puesto que ya la has leído, habrás visto que es una carta personal y que no reviste interés para ti, a no ser que tu intención sea burlarte de lo que he escrito y de mí. Si lo haces, ojalá mueras solo y sin hijos.

—«Mi intento de cobrar la deuda de Rufo —leyó Tauro en voz alta, haciendo que las palabras en griego sonaran extrañas y grandilocuentes en aquella sala de castigo romana—, me ha llevado a enfrentarme con dos hombres muy poderosos que urden una conspiración de la que nada sé pero para quienes me he convertido en una amenaza». ¿Dos hombres poderosos, griego? ¿Rufo y quién más?

—Polión —contestó Hermógenes con impaciencia—. Ya te lo he contado, ¿recuerdas? Quiere matarme porque teme que haya adivinado sus planes y me vaya de la lengua… ante ti. Un temor estúpido e infundado, ¿no crees? Aquí me tienes, tratando de hacer exactamente lo que teme, y ahí estás tú, dispuesto a azotarme para evitarlo. Polión debería haberme enviado directamente a ti. Se habría ahorrado tantas molestias.

—Lo único que quiero de ti es la verdad, griego.

Hermógenes escupió.

—Para eso habría bastado con preguntar, romano. He venido aquí para contártela y ya he dicho lo que tenía que decir. No: tú quieres que mienta. Quieres que diga que tu amigo es inocente y que no soy un ingenuo hombre de negocios atrapado en las maquinaciones de unos romanos poderosos, sino un malvado conspirador y un chantajista. Si me torturas lo suficiente, probablemente acabaré por decírtelo. Quizá lo diga ahora mismo para librarme de la tortura. Así podrás entregarme a Rufo para que

me mate y, cuando llegue el momento, te mate a ti.

—Háblame de esa deuda que viniste a cobrarle a Rufo, «ingenuo hombre de negocios».

—Y si digo algo que te desagrada, ¿manejarás el azote tú mismo o encargarás al Salvaje que me anime a modificar mi relato?

Tauro lo miró durante un buen rato apretando la mandíbula. Al fin hizo una seña a sus hombres.

—Desencadenadlo —ordenó.

Tras un momento de vacilación los guardias se aproximaron, aflojaron la cadena y abrieron las esposas. Hermógenes bajó las manos despacio y se apartó del poste. Aún tenía el brazo derecho entumecido por el golpe del general, pero ahora además comenzaba a dolerle. Flexionó los dedos y echó un vistazo en derredor buscando su ropa. Tauro asintió con la cabeza y uno de los guardias le alcanzó la túnica. El alejandrino se la puso y se abrochó el cinturón torpemente con la mano agarrotada.

—Mi guardaespaldas —dijo Hermógenes sin mirar a nadie.

Un guardia se dirigió hacia la pared que había a su espalda: Hermógenes dio media vuelta y vio la «celda de castigo» contigua a la habitación, un sótano angosto, de techo demasiado bajo para estar de pie, sin ventanas y con una única puerta. El Salvaje la abrió y entró. Poco después salió con los grilletes de hierro en la mano. Detrás de él salió Cántabra, cubierta únicamente con la ropa interior. Miró a su patrono con inquietud.

Hermógenes le indicó la puerta y se dirigió hacia ella. Los guardias hicieron ademán de detenerlo, pero Tauro levantó la mano y no intervinieron.

De nuevo en la oficina, Hermógenes apartó su toga buena hasta un extremo del banco y se sentó para ponerse las sandalias. Tauro, que lo había seguido desde la cámara de castigo, lo observó mientras se calzaba las sandalias. En la otra punta de la habitación, Cántabra se puso la túnica apresuradamente.

—Bien —dijo Tauro—. ¿Hablarás ahora?

Hermógenes se colocó de cara a él.

—¿Estoy arrestado, prefecto? Y si es así, ¿quién me ha acusado y de qué crimen, o quién me ha citado como testigo? Pues una de las dos cosas debe de haber ocurrido, si estoy arrestado y esto es una vista legal.

Tauro frunció el ceño.

—Si esto es una vista legal —prosiguió Hermógenes—, ¿dónde está el fiscal? Porque pienso que, por más «extraordinaria» que sea, el juez que instruye el caso no está autorizado a desempeñar al mismo tiempo esa función. Y ¿dónde está el abogado defensor? Y, ya puestos, ¿cuál es la causa que se sigue? Me gustaría saber todo eso, si

estoy arrestado.

—No estás bajo arresto —concedió Tauro.

—Pues entonces me marcho. —Hermógenes se encaminó resueltamente hacia el escritorio y recogió el estuche de plumas. Tomó las cartas de crédito que estaban debajo, las enrolló y las guardó dentro.

—¡No! —exclamó Tauro exasperado—. ¡Has dicho que habías venido a hablarme de esto!

—Y eso he hecho —replicó Hermógenes encarándose con él otra vez—, pero si te ha pasado inadvertido el pequeño detalle de que, por toda respuesta, has mandado que me desnudaran y me encadenaran a un poste para azotarme, te aseguro que a mí no. Y ahora resulta que me encuentro extrañamente poco dispuesto a ayudarte y, quién sabe por qué, recelo de tu buena voluntad y tu buena fe. Así que creo que me marcharé por donde he venido e intentaré encontrar el modo de resolver mis problemas sin tener que confiar en un romano.

—Estás muy enfadado —observó Tauro—, pero ten en cuenta que estás acusando a un hombre a quien durante muchos años he considerado mi protegido y amigo, y piensa que tengo motivos para creer que tú eres su enemigo y el agente de un hombre a quien desprecio.

—Ya lo he tenido en cuenta —contestó Hermógenes—. Contaba con tu desconfianza; temía que no me creyeras. Lo que no esperaba era la violencia y la amenaza de tortura como primer recurso, ¡primer recurso, antes de interrogarme siguiera! ¡Por Zeus! ¿De verdad pretendes que ahora me fíe de ti?

Tauro lo miró largamente y luego dijo despacio:

—Estoy dispuesto a escucharte, griego. Puedes hablar o satisfacer tu indignación marchándote.

Hermógenes permaneció inmóvil, esforzándose por controlar la respiración, que amenazaba estallar en jadeos de rabia y dolor. Se estremeció, dejó el estuche de plumas, se apretó el rostro con las manos y maldijo.

—Háblame de esa deuda que viniste a cobrar de mi amigo Lucio Rufo —le invitó Tauro, sentándose de nuevo al escritorio.

Hermógenes le contó el caso sucintamente guardándose mucho de revelar el paradero de los documentos y de la ficha que daba acceso a ellos. Refirió su reunión con Polión, que había acabado por retenerlo por la fuerza, el encuentro con Rufo en las termas, la decisión de Polión de comprarle la deuda, las sospechas que concibió y la fuga. Tauro escuchó en silencio, muy serio, echando un vistazo de vez en cuando a Cántabra, en cuyo semblante al parecer hallaba confirmación de los hechos relatados.

Cuando Hermógenes hubo terminado, el romano se quedó un buen rato mirando

fijamente el escritorio con aire taciturno. Hermógenes permaneció de pie delante de él, sosteniéndose el brazo maltrecho que ahora le dolía mucho y estaba muy caliente.

—Aun suponiendo que todo lo que afirmas es verdad —dijo Tauro por fin, levantando la vista—, no te consta que Rufo haya aceptado el trato.

—Polión me aseguró que me compraría la deuda —arguyó Hermógenes—. Si Rufo se hubiese negado se habría ofrecido a protegerme mientras demandaba al cónsul por impago.

—Cosa que habrías hecho —señaló Tauro con un arrebato de ira.

—¿Recomiendas una cancelación general de las deudas? —preguntó Hermógenes mordazmente—. Si es así, ¿cuentas con la aprobación de tu amigo el emperador? En Egipto existen leyes, aprobadas por los romanos, que definen semejante recomendación como traición. ¿O acaso opinas sencillamente que a los amigos del emperador les asiste el derecho de pedir dinero a quien les venga en gana sin estar obligados a devolverlo? Tenía la impresión de que este punto de vista no le gustaría más que el otro al emperador, puesto que ha proclamado la restauración de la República, y sospecho que al Senado aún le gustaría menos.

Tauro lo fulminó con la mirada, pero acto seguido hizo un gesto de claudicación.

—Rufo debería haber devuelto el dinero a tu tío. Estoy convencido de que ahora es consciente de ello.

—Te equivocas —repuso Hermógenes—. Está convencido de que tenía pleno derecho a quedarse con el dinero de un griego y me culpa de sus problemas por haber cometido la insolencia de negarme a aceptar eso, al igual que tú.

—¡Porque desde luego eres un hombre insolente y conflictivo! —replicó Tauro inclinándose hacia delante con el entrecejo fruncido en actitud amenazadora—. Entiéndelo: podría acusarte de traición. Has rezado por la destrucción de Roma. Tengo testigos. Has estimado conveniente recriminarme que te pegara por ello, pero podría ejecutarte legítimamente.

—Tus testigos también tendrían que declarar que maldije a los romanos durante un procedimiento que era a todas luces ilegal —dijo Hermógenes sin perder la calma—. No creo que te atrevas a llamarlos. En cuanto a mi opinión sobre Roma y los romanos, soy ciudadano romano y hasta que vine a esta ciudad estaba orgulloso de ello. Jamás he propugnado ni practicado la sedición. Nunca he reclamado la cancelación de las deudas ni he actuado como si las leyes promulgadas por el Senado y el pueblo no fueran válidas para mí y mis amigos.

—¡Basta! —gritó Tauro, golpeando la mesa.

Se hizo el silencio. Hermógenes notó un dolor renovado en el tobillo. Recordó que los guardias le habían quitado el vendaje y miró alrededor para comprobar dónde lo

habían dejado. La larga tira de lino estaba debajo del banco. Fue hasta allí, la recogió, se sentó, se quitó la sandalia y comenzó a envolverse el pie otra vez aunque muy despacio debido a la lesión del brazo.

—Has dicho —continuó Tauro— que Polión temía que hubieras adivinado lo suficiente de sus planes como para revelarlos. ¿Qué has adivinado de ellos?

Hermógenes se encogió de hombros. La venda estaba arrugada e intentó alisarla.

—Me parece que abriga la intención de provocar algún desorden público. Disturbios o un incendio. Algo que le permita ofrecer dinero y ayuda al emperador para congraciarse con él, apoyado por el fervor popular. Por tu forma de hablar de él deduzco que es tu enemigo, y presumiblemente él cree que si intentara semejante artimaña mientras tú sigues con vida, sospecharías de él al instante y tomarías las medidas necesarias para ponerlo en evidencia, cosa que, como prefecto de la ciudad, estarías en buena posición para hacer. Rufo, por su parte, estaría en posición de ayudarlo gracias a su cargo de cónsul.

Tauro gruñó.

—No me basta con tu palabra, griego —dijo después de otro silencio.

—En ningún momento he supuesto que te bastara. —Hermógenes anudó el vendaje y se puso la sandalia—. Habrás de hacer averiguaciones por tu cuenta, obviamente, y tal vez concebir el modo de descubrir qué intenciones tiene tu amigo. —Se incorporó, colocándose de nuevo frente al prefecto—. Descubrirás que todo lo que te he dicho se ajusta a la realidad.

Tauro gruñó otra vez.

—¿Cuándo recibirá tu carta Escipión?

—El primero de julio.

—Cuatro días —comentó el prefecto con fastidio—. No es mucho tiempo. Escipión es un hombre torpe y arrogante con más antepasados que cerebro; debemos mantenerlo apartado de un asunto tan delicado como éste a toda costa. Tendrás que recobrar la carta.

—No. —Hermógenes sostuvo la mirada indignada del prefecto—. Sin embargo, si tuviera un buen motivo y el convencimiento de que nadie me está espiando, podría posponer el envío.

Tauro apretó de nuevo los dientes.

—Pongamos que a cambio de mi ayuda te pido primero que me entregues la carta… y los documentos.

—No aceptaría —respondió Hermógenes sin vacilar—. No me has dado ninguna razón para confiar en ti. Tal como están las cosas, me parece poco probable que vayas a ayudarme.

—¿Incluso si aceptara la hipótesis de que me has salvado la vida?

—Mucho me temo que eres de la misma opinión que tu amigo: una deuda contraída con un griego es una deuda que puede pasarse por alto.

El semblante del romano se ensombreció.

—Te equivocas.

Hermógenes se encogió de hombros.

—Cuando demuestres tu buena fe, romano, no tendré inconveniente en admitir que me equivoqué al juzgarte y me alegrará reconocer que eres un hombre honorable. Hasta entonces me reservo mi opinión. ¿Soy libre de marcharme?

—No. Todavía no.

—¿Soy tu prisionero, entonces?

—¡No! —replicó el prefecto con impaciencia—. Eres un hombre a quien se le pide que aguarde en silencio mientras intento decidir qué voy a hacer.

Hermógenes se apoyó contra la pared y descansó el pie lesionado sobre el banco. Reparó en Cántabra, que permanecía callada en el otro extremo de la habitación, con la toga que le había prestado puesta a manera de mantón. La cadavérica palidez de su rostro hacía destacar la cicatriz de la mejilla, y su expresión delataba que se hallaba bajo los efectos de una fuerte impresión. Hermógenes le hizo sitio en el banco y le indicó que se sentara a su lado. Cántabra titubeó por un instante y negó con la cabeza.

Tras otro prolongado silencio, Tauro dijo despacio:

—Me has sugerido que conciba una forma de averiguar qué intenciones abriga mi amigo. Creo que la mejor manera de tantearlo sería ofrecerte a él.

Hermógenes bajó el pie del banco y se levantó sin prisas. Le sorprendió la serenidad que se había adueñado de él.

—Así es como pagan sus deudas los romanos honorables, ¿verdad? —preguntó.

Tauro levantó una mano con actitud intimidadora.

—He hablado de ofrecerte, griego, no de entregarte. Él sabe que el asunto de la casa de la vía Tusculana me ha llevado a hacer indagaciones sobre ti. Podría decirle que te he apresado para interrogarte y que he hallado en tu poder ciertos documentos relativos a cierta deuda pendiente contigo. Si se siente seguro, informará a Polión.

—Para sentirse seguro tendría que verme muerto y destruir los documentos —declaró Hermógenes indignado—. Y ni siquiera entonces admitiría que había acordado matarte.

—Podría arreglármelas para que Polión también se enterase de que te tengo preso. —Tauro esbozó una sonrisa—. Según tú, ninguno de ellos sabe que oíste mi nombre. Podría darle a entender a Rufo que Polión te busca. Sin duda hablará si teme que vuelvas a caer en manos de Polión. Incluso si todo lo que dices es verdad, no creo que

Rufo desee matarme. —Sus ojos comenzaron a encenderse—. Quizá también pudiera ofrecerte a Polión y ver qué tiene que decir al respecto. Sí. —Asestó un manotazo al escritorio y se levantó—. Necesito que cooperes conmigo en esto, griego. Es preciso que se convenzan de que te tengo y teman que me desveles algo o que yo te utilice en su contra.

—¡Ya te he dicho que no pienso entregarte los documentos! —Soltó Hermógenes, furioso.

—¡Pues no lo hagas! —le espetó Tauro—. Lo único que mi plan requiere de ti es que te presentes en mi casa el día que te convoque y que interpretes el papel de prisionero delante de Rufo y Polión.

—Prisionero —repitió Hermógenes con desconfianza—. ¿Por qué iba a ser yo tu prisionero?

—Porque eres una persona sospechosa que ha estado causando problemas en la ciudad —contestó el general—. Porque Polión te ha acusado de robo pero no ha presentado cargos. Porque te he interrogado y no me doy por satisfecho con lo que me has contado de ti. ¡Ja! Así conseguiré que ambos se preocupen, que ambos empiecen a hablar.

—¡Que empiecen a mentir! —objetó Hermógenes.

—Revelarán lo suficiente como para que yo sepa si son culpables —aseveró Tauro con confianza mostrando los dientes—. Y Lucio es incapaz de mentirme. Lo saqué de la tropa y lo promoví, y hemos luchado codo con codo. Si no estás dispuesto a colaborar en esto, griego, sacaré la conclusión de que eres tú quien miente.

Hermógenes guardó silencio por un momento. La idea de asumir el papel de prisionero lo llenaba de consternación: se le antojaba demasiado probable que su cautiverio acabara por ser algo más que un mero papel. Por otra parte, si Tauro quería tomarlo prisionero, nada le impedía hacerlo en aquel mismo instante. Había acudido a aquel hombre. Ahora le parecía un error, pero era demasiado tarde para enmendarlo. Tendría que llegar hasta el final.

—Estoy dispuesto a ayudarte —dijo en voz baja—. ¿Cuándo quieres que lo haga?

El prefecto lo contempló por un breve lapso y asintió con la cabeza.

—Dentro de tres días. Así dispondré de tiempo para realizar otras averiguaciones sobre este asunto. Aunque… sí, considero que debería ordenar que te arrestaran el día anterior. Públicamente y a la vista de los espías de Polión. Será la mejor manera de cerciorarnos de que se entere de que te tengo preso.

—En mi banco, pues —propuso Hermógenes con resignación—, o intentando visitar a Cayo Mecenas. Polión enviará a sus hombres a vigilar todos los bancos donde sea concebible emplear una carta de crédito alejandrina en los próximos días,

suponiendo que no lo haya hecho ya, y probablemente tenga vigilantes apostados en los alrededores de la casa de Mecenas desde ayer.

—En tu banco —decidió Tauro—. Preferiría dejar a Mecenas al margen de esto. Una intervención suya complicaría las cosas y sería más difícil resolverlas.

—Muy bien, pues. En el Banco de Gabinio pasado mañana a la hora tercera. Te ruego que mandes un contingente bastante numeroso a dicho lugar con antelación. Pienso que Polión preferiría capturarme de nuevo, si se le presentara la ocasión, pero sin duda habrá dado instrucciones a sus hombres de que me maten antes de que caiga en tus manos.

Tauro sonrió.

—Eres un zorro astuto, ¿verdad, griego? Nunca caes fácilmente en una trampa, ¿eh? ¿Cuál es tu precio?

—No soy un esclavo —declaró Hermógenes con orgullo. Tauro hizo otro gesto de concesión.

—¿Qué esperas ganar con esto, si se demuestra que estás diciendo la verdad y que me has salvado la vida?

—Quiero regresar a mi casa sano y salvo —respondió Hermógenes sin vacilar— y quiero que Rufo pague su deuda.

—Si estás diciendo la verdad, ambas cosas sucederán como resultado del curso natural de los acontecimientos. ¿Qué quieres de mí? —Nada.

Tauro se echó hacia atrás en su asiento.

—Te gusta el dinero. Eso queda claro a la vista de los riesgos que corres para obtenerlo.

—En ningún momento se ha tratado de una cuestión de dinero, romano, sino de comprobar si los funcionarios romanos pueden robar, engañar y asesinar impunemente.

Se produjo un silencio.

—Eres un hombre extraño —se admiró Tauro.

A Hermógenes se le escapó la risa.

—Eso me han dicho.

—¿Tienes un lugar seguro donde esconderte hasta pasado mañana?

—Creo que sí —contestó Hermógenes cautelosamente. Tauro dio un resoplido.

—Tu guardaespaldas llevaba dinero —observó—, y tú, sólo cartas de crédito por valor de… diez mil sestercios, si no recuerdo mal, y no vas a poder usarlas mientras estimes peligroso acercarte a los bancos. ¿Tu guardaespaldas guardaba tus fondos además de tus cartas, o necesitas dinero?

—El tuyo no —replicó Hermógenes con orgullo.

Tauro lo miró impasible por un momento.

—¿Tomarás prestado de tu guardaespaldas?

—Si sobrevivo se lo devolveré —aseguró—. Si me entregas a Rufo, confío en que se lo devuelvas tú mismo si de verdad eres, tal como sostienes y ella cree, un hombre de honor.

—¡Eres uno de los hombres más arrogantes y engreídos que he conocido en mi vida! —exclamó Tauro—. No te entregaré a Rufo: tienes mi palabra. Y si en efecto me has salvado la vida, sabré recompensarte.

Hermógenes se puso de pie.

—Todo lo que quiero de ti, Estatilio Tauro, es que honres las leyes de Roma y que veles por que se respeten mis derechos. Si cumples con eso, estaré más que contento. ¿Puedo marcharme?

Tauro, rojo de indignación, gruñó y señaló la puerta.

—El Banco de Gabinio —dijo en tono de advertencia—. Pasado mañana a la hora tercera.

—No faltaré. —Hermógenes se puso descuidadamente la capa, fue hasta el escritorio y cogió el estuche de plumas—. ¡La carta a mi hija! —le recordó al prefecto.

Tauro, con expresión malhumorada, echó una ojeada al escritorio, la encontró y se la dio. Hermógenes la guardó en el estuche, se lo entregó a Cántabra y salió de la habitación, cojeando pero con altivez.

Ahora había un grupo de hombres distinto corriendo y adiestrándose en el patio. Éstos también hicieron una pausa y gritaron sorprendidos el nombre Cántabra hasta que el Salvaje, que había seguido a los visitantes desde la oficina, le arreó con el látigo al que se hallaba más cerca y les ordenó que continuasen con lo suyo.

El lanista los acompañó hasta la verja. Mientras el Proxeneta descorría el cerrojo para abrirles la puerta, el Salvaje le comentó a Cántabra:

—Es todo un fenómeno este patrono que te has agenciado, chica. ¿Tienen que atarlo las noches de luna llena? La bárbara se volvió hacia él.

—Si eres tan listo, ¿por qué no tienes diez mil en el banco? Y ya que te crees tan valiente, ¡podríamos atarte al poste y ver qué dices!

—Eso no ha sido valiente —repuso el Salvaje negando con la cabeza—. Eso ha sido estúpido. —Lanzó una última mirada a Hermógenes y se apartó para dejarlos salir.

El alejandrino, ensimismado, caminó a ciegas alejándose de la escuela de gladiadores sin importarle hacia dónde se dirigía. Sólo se detuvo cuando llegó al Tíber, que discurría entre empinados muros de contención con poco caudal porque era verano. La hierba crecía en las orillas fangosas, y el aire apestaba a cloaca. El cielo se había nublado y el día se había tornado bochornoso. La margen del río estaba infestada de mosquitos y moscardas. Un murete bajo lo separaba de la calle.

Hermógenes se apoyó contra ese muro y acto seguido se sentó en él y se inclinó hacia delante, sujetándose el brazo que Tauro le había lastimado. Lo que acababa de ocurrir se le figuraba un bulto inmenso y pesado, difícil de acarrear, que de un modo u otro había conseguido llevar hasta el final de la crisis pero que ahora le resultaba imposible volver a levantar. La rabia que le había infundido fuerzas se había disipado, y el miedo que había aguardado detrás de ella se apoderó de él.

—¿Estás herido? —preguntó Cántabra con inquietud.

—Me ha golpeado debajo del brazo —dijo Hermógenes—. Cuando he maldecido a los romanos.

Cántabra comenzó a frotarle el brazo.

—Lo he oído… casi todo. Pero no he visto nada.

—No debería haber maldecido a los romanos —reconoció Hermógenes—. Tal como ha dicho el Salvaje, ha sido una estupidez.

Cántabra le miró a la cara, muy seria.

—Te ha creído. Casi has ganado.

Hermógenes meditó sobre ello. Por descontado, Cántabra no se refería a que el Salvaje creyera lo que había dicho de los romanos sino a que Tauro se había creído lo que le había contado acerca de Rufo.

—Probablemente sabía lo suficiente como para deducir que no le mentía —aventuró él—. No me extrañaría que ya estuviese al corriente de los problemas de dinero de su amigo; además, conoce bien a Polión y estaba pendiente de sus maniobras. Sí. Ha comprendido que le decía la verdad sobre Rufo en cuanto lo he acusado. —Intentó reír—. Y la carta a Mirina lo ha convencido de que no actúo como agente de Polión. Aun así, no tenía derecho a abrirla.

Cántabra le apartó cuidadosamente el cabello de la cara.

—En cuanto a lo de que ya casi he ganado… ¡Oh, Zeus! No me gusta haber accedido a que me tome prisionero; no me gusta nada. Tú lo conoces mejor que yo. ¿Puedo fiarme de él?

—Es honesto —afirmó Cántabra—. Siempre cumple sus promesas. Y ha prometido que no te entregará a Rufo y que te recompensará por salvarle la vida.

Hermógenes escupió.

—No quiero nada que venga de ese tratante de gladiadores. Su dinero está manchado de sangre. Sólo espero que no permita que Polión me aprehenda y que no me entregue a Rufo.

—Lo siento mucho —se disculpó Cántabra humildemente—. Sé que si has ido allí ha sido sólo porque insistí en ello y… y… —Al borde del llanto, le apretó el brazo lesionado con tanta fuerza que le hizo daño—. Oh, cuando les ha ordenado que te

encadenaran al poste he creído enloquecer.

—¡Cántabra! —exclamó Hermógenes, perplejo y conmovido.

Cántabra se enjugó las lágrimas.

—Y me han encerrado en la celda de castigo —prosiguió entrecortadamente—. Yo que pensaba que nunca más tendría que pasar por eso… Pero me han metido allí y he temido que me forzaran a oír cómo te azotaban, cuando era yo quien te había llevado allí. Creía que iba a volverme loca. —Le soltó el brazo—. ¡Y entonces has vencido, lo has obligado a echarse atrás y nos han soltado! ¿Te das cuenta de lo maravilloso que eres?

—¿Yo? —preguntó Hermógenes anonadado.

Cántabra le dedicó una sonrisa radiante y trémula y lo besó. Esto lo pilló tan por sorpresa que incapaz de moverse, permaneció sentado, asombrado ante la húmeda calidez de su boca y la recia flexibilidad del cuerpo pegado al suyo.

—Perdona —dijo Cántabra apartándose enseguida. Se había ruborizado—. No debería haber hecho eso. Sé que piensas que soy una fea vaquilla pelirroja pero…

—¡Yo no pienso eso! —protestó Hermógenes—. ¡Ésas no son mis palabras! ¡Son de Polión!

Cántabra frunció el ceño.

—¿No lo piensas?

—Yo… —balbuceó Hermógenes, consciente del abismo que se abría ante él. Trató de hallar con cuidado un camino para cruzarlo por el medio—. Yo… Si te dijera que te encuentro deseable, ¿te ofenderías y…? ¿Cómo lo has expresado antes? Ah, ¿me arrancarías los huevos?

—Pues claro que no —respondió Cántabra con impaciencia—. Nunca le haría nada a un hombre sólo porque no me guste lo que ha dicho.

—Ah. Bien. Bueno, pues es así. Indudablemente. Sin embargo, yo… Dejaste muy claro que no debía esperar nada de ti y lo acepté. El ofrecimiento de llevarte a Alejandría no era… fue… es decir, no voy a intentar forzarte ni chantajearte ni comprarte, créeme, por favor; le habría propuesto lo mismo a un hombre que hubiese hecho lo que tú. Fue, y sigue siendo, un ofrecimiento honesto.

Cántabra no desfrunció el ceño.

—¿Me deseas?

Hermógenes se encogió de hombros con ademán impotente.

—Sí. Si eso te molesta, puedes olvidarlo tranquilamente porque nunca pasará nada.

—¡Pero eres rico! Puedes contratar a las cortesanas más bellas, se lo dijiste al Salvaje y te creyó: se puso hecho una furia.

—Lo dije para pincharlo, pero es absolutamente cierto. Puedo contratar cortesanas

y lo he hecho. No entiendo por qué eso ha de ser impedimento para que te desee.

—No soy guapa.

Hermógenes vaciló por un instante y contestó con sinceridad.

—No te considero guapa pero me gusta tu aspecto. Me gusta tu pelo, y esa cara que pones cuando estás embebida en tus pensamientos, y tu manera de sonreír y tu manera de caminar y tu manera de reír. Me gustas, y como consecuencia además te deseo, quizá simplemente porque soy un hombre, pero eso no significa que espere que seas mi puta. No significa más que lo que tú quieras que signifique. —Apartó la vista de aquellos penetrantes ojos azules y agregó, procurando que sonara a broma—: No quiero que me arranquen los huevos.

Cántabra le acarició la mejilla y cuando él se volvió hacia ella lo besó otra vez. Él sintió como si en su interior una llave girase dentro de una cerradura, y lo embargó una profunda emoción al contemplar las mil posibilidades que se abrían ante él.

Sabía que no iba a ser fácil. Aquélla no era una mujer con la que conviniera tener un devaneo informal, sino que se trataba de una persona fuerte, valiente y apasionada, y había sufrido lo indecible. Una aventura con ella exigiría que consignara importantes recursos, reclamar otras deudas, invertir todo el capital de su ser. Y deseaba hacerlo. Eso era lo más desconcertante: lo deseaba de todo corazón. Aquella punzada de deseo no obedecía puramente a la proximidad física, después de todo. Advirtió la intensidad y la certeza de sus sentimientos con asombro.

—Creía que para ti yo no era más que una bárbara fea —dijo Cántabra con los ojos fijos en él—. Estaba convencida de que me encontrabas repulsiva.

—No —replicó Hermógenes con voz ronca—. Ni por asomo.

—Extendió el brazo para atraerla hacia sí.

Cántabra se quedó petrificada, al igual que unos momentos antes, cuando le apretó la mano, y le apartó el brazo. Hermógenes permaneció inmóvil, mirándola confundido, y ella bajó la vista pero no la mano que lo mantenía a distancia.

—Por favor —imploró con voz trémula—. Entiéndelo, por favor. No… no estoy… enfadada contigo, pero cuando me tocas, cuando un hombre me toca de esta manera, me vienen ganas de pegarle. Aunque en realidad no te quiero pegar, sólo que… ¡Ah, soy una estúpida! —Le soltó la mano y le dio la espalda.

—Lo entiendo —le aseguró Hermógenes retirando el brazo—. Has padecido cosas que nadie tendría que soportar y te has endurecido para aguantarlas y defenderte. Es normal que no puedas abandonar esa lucha así, por las buenas.

Cántabra volvió a mirarlo y Hermógenes se sintió conmovido hasta las entrañas una vez más. Sólo por sus ojos, pensó con incredulidad; ¡sólo por la expresión de sus ojos!

—Eres muy sabio —susurró Cántabra—. Me… gustas mucho. Ayer entré en tu

cuarto para despertarte y cuando te vi durmiendo… me di cuenta. Luego me recordé a mí misma que tú no me deseabas y me enfadé contigo y conmigo misma. He estado despierta toda la noche diciéndome lo estúpida que era, pues gracias a ti estaba consiguiendo todo lo que había estado deseando, que me contrataran, que confiaran en mí y me trataran con respeto, y era una estupidez esperar algo más. Ahora me dices que sí que me deseas, y una parte de mí está muy contenta pero otra parte está asustada. Cuando te miro, parece algo bueno, pero cuando me tocas, me siento enojada y confundida. ¡No me toques, por favor!

—No lo haré —prometió Hermógenes impulsivamente—. Nunca te tocaré sin tu permiso y sólo sucederá lo que tú quieras que suceda. No quiero hacerte daño. Nunca. Si alguna vez te lo hago, quiero que me lo digas y que me pares los pies.

Cántabra pestañeó, hecha un mar de dudas, luego posó la palma de la mano sobre su rostro y simplemente lo contempló durante un largo y doloroso momento. Luego lo besó de nuevo.

Hermógenes combatió el vivo deseo de estrecharla entre sus brazos. Los cruzó tras su espalda y se agarró las manos para impedir que se le escaparan. Se percató de que aquélla era una situación en extremo ridícula. ¿Qué demonios pensaba que iba a suceder a partir de aquel momento? ¿Acaso Cántabra dormiría con él sin permitir que la tocara? ¿Iba a despedirla como guardaespaldas y conservarla a su lado como su amada? ¿La llevaría a su casa? ¿Dónde la instalaría? ¿Tendría que ponerle otra casa en Alejandría? ¿Animarla a aprender otro oficio y contratarla? ¿Dejar que buscara empleo por su cuenta?

La verdad era que no le importaba. El corazón le latía acelerado, y su cuerpo maltrecho parecía haberse transformado, inundándose de vida y alegría. «Paso a paso —se dijo—. Sobrevive a los próximos días y luego ya decidirás qué hacer a continuación».

Regresaron a paso tranquilo a la casa de huéspedes, deteniéndose por el camino a comer pan y ensalada en un figón que hacía esquina. Cuando llegaron era casi mediodía.

—¡Vaya, mira quién está aquí! —exclamó Gelia alegremente dejándolos pasar—. ¡Oh, Herápilo, señor, qué toga tan bonita! No quiero ni pensar lo que debe de haber costado. ¿De qué es el tinte?

—Los tintes —la corrigió Hermógenes—. Alumbre de hierro y azafrán. —Estaba de muy buen humor, por lo que añadió—: Y está hecha precisamente para que pienses lo que cuesta. Para eso sirve: para impresionar a la gente con su suntuosidad de modo que esperen que el loco que derrochó el dinero en ella se desprenda de un poco más.

Gelia rió tontamente.

—¿Cómo han ido tus pesquisas?

—Al principio no muy bien pero después han mejorado. Tengo una cita para pasado mañana. Gelia, perdona que te importune con este tema otra vez, pero ¿has limpiado las habitaciones?

A la mujer se le demudó el semblante.

—Verás… —carraspeó—. A decir verdad, señor, como ayer celebramos aquella fiesta no me he levantado muy temprano y ahora mismo acabo de llegar de hacer la compra. Y ahora que habéis vuelto, no querréis que ande de aquí para allá incordiándoos…

—Dame los utensilios de limpieza que ya lo haré yo —le pidió Cántabra.

—¿De verdad? —Gelia respiró aliviada y corrió a buscarlos sin más dilación.

—No tendrías que haberle dicho eso —la reconvino Hermógenes—. Es su trabajo.

Cántabra se encogió de hombros.

—Odia limpiar y lo hace muy mal. A mí no me importa encargarme de eso. Cuando me instalé aquí tras salir de la escuela solía barrer el suelo y limpiar los postigos dos veces al día porque estaba muy contenta de tener una vivienda propia que cuidar en vez de estar encerrada.

Hermógenes hizo ademán de tocarla, movido por la lástima, pero se contuvo a tiempo.

—No me extraña que Gelia te apreciara —dijo en cambio, sonriéndole.

La aludida reapareció con una escoba, un recogedor y un cubo de agua templada en la que había disuelto un puñado de ceniza fina a modo de jabón. Cántabra lo subió todo a la habitación y procedió a limpiarla con mucho brío. Sacudió el colchón infestado de pulgas con el palo de la escoba, barrió el suelo de debajo de la cama y arrojó los desperdicios al callejón. Dio la vuelta al colchón y lo sacudió de nuevo. Hermógenes recordó de repente y con disgusto los gladiadores que había visto por la mañana, el vencedor obligado a ensañarse con su oponente derribado y medio ciego. Un escalofrío le recorrió la espalda. Cántabra le había contado que había combatido treinta veces en la arena. Al menos una parte de esos combates acabó necesariamente con la muerte de alguien. Se preguntó si no estaría centrando su nueva percepción de la vida y su alegría en la persona equivocada.

Cántabra terminó de sacudir el colchón y se puso a barrer de nuevo. Hermógenes se quitó de en medio, pensando que quizá debía ayudar. Al fin y al cabo, aquella tarea le correspondía tan poco a ella como a él: simplemente no había esclavos. Aunque sólo contaban con una escoba. Menos mal: si su padre hubiese estado vivo para ver a su hijo y heredero empuñar semejante utensilio, la impresión sin duda lo habría matado.

—¿Quieres que lave algo con el agua? —preguntó. Cántabra hizo una pausa, se apoyó en la escoba y sonrió—. ¿Has limpiado una habitación alguna vez en tu vida?

—No —reconoció Hermógenes—, pero he visto hacerlo.

Cántabra prorrumpió en carcajadas.

—Ya lo haré yo. Mejor siéntate: seguro que la cama está en mejores condiciones ahora.

Hermógenes obedeció. Cántabra barrió vigorosamente el suelo, las paredes, los rincones del techo. Él se acodó en el alféizar y se asomó a la ventana. El cielo encapotado empezaba a oscurecerse.

—¿En Roma llueve durante el verano? —preguntó esperanzado.

—A veces. —Cántabra se acercó para echar un vistazo—. Me parece que vamos a tener tormenta —dictaminó con cierta satisfacción—. No podrás salir para ir a las termas.

Hermógenes la miró sorprendido.

—¿Por qué no?

—Porque te mojarás.

—Uno ya cuenta con eso, cuando va a las termas.

—Te mojarás la ropa —precisó Cántabra, impacientándose—. Y luego tendrás que

taparte por la noche con la toga mojada. ¡Nadie sale mientras llueve si puede evitarlo!

—Me gusta la lluvia —dijo Hermógenes—. Si estalla una tormenta, ¿significa que habrá rayos y truenos?

Cántabra clavó en él la vista.

—¿No hay tormentas en Alejandría?

—Pocas —admitió Hermógenes.

—Vaya. —Cántabra llenó el recogedor y lo vació por la ventana. Se detuvo y se volvió hacia él con el ceño fruncido—. Pero ¿llueve?

—A veces. No mucho. Aunque he visto bastantes tormentas en Chipre. —Recordó que su tío Nicómaco se reía de él por su infantil entusiasmo ante los rayos y los truenos. Cobró conciencia de que ansiaba que cayera un chaparrón que refrescara el aire bochornoso y limpiase las calles apestosas, que aliviara la rabia contra los romanos que ni siquiera Cántabra había logrado aplacar.

—¡Poca lluvia! —exclamó Cántabra, extrañada—. ¿De dónde sacáis el agua, pues?

—Del río. Egipto vive del Nilo.

—¡Con razón lo consideráis sagrado! —Cogió el cubo de agua y se arrodilló para fregar el armazón de la cama. Sacudió la cabeza sin salir de su asombro—. ¡Ahora entiendo por qué quieres caminar bajo la lluvia! ¡Seguramente te parece divertido!

A Hermógenes le fastidió que presupusiese que no lo era.

—¿Llueve mucho en Cantabria?

—¡Sin parar! —Escurrió el trapo, se apoyó en los talones y comentó con añoranza —: Allí todo es verde, hasta en verano. No como aquí.

—Pensaba que Iberia era seca.

—¡Bah! Iberia seguramente lo es. Yo nunca he vivido allí.

Se levantó y se puso a restregar los postigos de la ventana.

—Creía que Cantabria formaba parte de Iberia.

—No. Iberia queda al sur de las montañas. Al norte están los galaicos, los astures y los cántabros. Todos somos celtas. Los íberos forman un pueblo diferente. Su lengua es diferente, al igual que sus costumbres y sus dioses.

—No sabía que hubiese celtas en Ibe… No sabía que fueses celta.

Aquello explicaba el tono rojizo de su cabellera, supuso Hermógenes, así como su naturaleza audaz y belicosa.

Cántabra, desde la ventana, le dedicó una mirada que distaba mucho de ser belicosa y en cambio destilaba afectuosa ternura.

—No sabes nada sobre los bárbaros, ¿verdad? Tú piensas que los romanos son bárbaros. Ojalá mi tío estuviera vivo para oírlo. Resultaba absurdo, decidió Hermógenes, que el corazón se le hinchiese de gozo simplemente porque ella lo mirase.

—Ojalá estuviera aquí —dijo.

Entonces se preguntó por primera vez si ella tendría algún pariente en Cantabria, una tía o una madre viudas, quizás, una hermana o unos sobrinos huérfanos, personas que se alegrarían mucho con su regreso, que volverían a proporcionarle una familia y un hogar.

—¿Te queda alguien con vida allí? —inquirió a bocajarro.

El semblante de Cántabra se tornó severo.

—¿Por qué?

—Si quisieras visitarlos, yo te pagaría el viaje.

Lanzándole otra de aquellas miradas que le cortaban la respiración, ella negó con la cabeza.

—No puedo volver allí. Después de dos años en la arena de Roma, me… No sería bien recibida. —A continuación agregó, en voz muy baja—: Gracias por el ofrecimiento.

—Lo siento mucho —se condolió Hermógenes con un ademán de impotencia.

—No debes ir a las termas —sentenció Cántabra recobrando de repente la seriedad —. Ni hoy ni mañana. Los hombres de Polión te andan buscando. Tienes que quedarte escondido.

Hermógenes puso los ojos en blanco.

—Cántabra, Roma es una ciudad muy grande. Buscar a un hombre aquí es como buscar una aguja en un pajar. Seguro que Polión es lo bastante rico para contratar a cientos de esbirros, pero ni siquiera así es posible que tenga hombres apostados en todas las termas. Ya sé que me preocupaban las barberías, pero eso era porque un solo hombre puede hacer averiguaciones en una docena de establecimientos en una hora. Cien personas bastarían para hacer indagaciones en suficientes barberías como para enterarse de algún dato relevante. Apostar hombres en un sitio determinado para atrapar a alguien es diferente.

—Pero te busca con tanto afán que hasta Tauro lo sabe —arguyó Cántabra con inquietud—. Te ha tachado de ladrón para inventarse una excusa. Quebrantó la ley al registrar la casa de tu amigo. Tal vez ya haya descubierto que ayer estuviste en las termas de Agripa y hoy haya mandado a sus hombres allí. Debe de morirse de ganas de apresarte. Sin ti no puede obligar a Rufo a plegarse a su voluntad, y además ahora sabe que eres muy listo: seguro que teme que hayas sacado conclusiones. Por favor, no salgas. Quédate aquí tranquilamente hasta pasado mañana.

«Pasado mañana», el día en que debía permitir que los hombres de Tauro lo arrestaran delante de los de Polión. Hermógenes soltó un gruñido y resolvió no pensar en ello.

Cántabra sin duda estaba en lo cierto respecto a las termas de Agripa, pero había otros baños en la zona. Las picaduras de pulga le producían una fuerte comezón y, por otra parte, le parecía vergonzoso esconderse en el apartamento como un ladrón cuando era un hombre libre e inocente.

—¡Por favor! —insistió Cántabra, apoyando una mano en la muñeca de Hermógenes—. ¡Por favor, ten cuidado! ¡Sólo son dos días!

Hermógenes volvió a gruñir pero se dio por vencido.

—¡De acuerdo! Supongo que me las apañaré sin bañarme durante dos días.

Cántabra sonrió y Hermógenes se sintió ridículamente satisfecho de sí mismo por haberla complacido. Analizó este sentimiento con cierto asombro y decidió que debía dejar de comportarse como un jovenzuelo con mal de amores.

La tormenta se desencadenó al cabo de una hora poco más o menos: un imponente fragor de truenos y luego, de repente, una lluvia torrencial que oscureció el cielo y repiqueteaba sobre los tejados. Hermógenes abrió los postigos de par en par y se asomó: las gotas le aplastaron el pelo contra el cráneo al instante. Observó cómo reventaban tachonando de salpicaduras blancas un tejado vecino más bajo. Estiró el cuello intentando ver los relámpagos, pero la calle era demasiado estrecha y la ventana estaba orientada en la dirección opuesta. El agua le entraba en la boca y los ojos y se le escurría por el cogote.

—Te estás mojando —comentó Cántabra con desaprobación.

—¡Y más que me voy a mojar! —exclamó Hermógenes.

Se despojó de la toga y comenzó a bajar la escalera. Cántabra lo siguió alarmada.

—¿Adónde vas?

—Sólo quiero verla —contestó Hermógenes—. Me gustan las tormentas. Mira, me he quitado la toga para que esté seca a la hora de dormir.

El estrecho callejón olía peor que nunca ya que el torrente arrastraba la mugre acumulada durante muchos días de caluroso verano. Hermógenes procuró sortearlo en lo posible sin mucho éxito y se detuvo en la esquina. Un rayo restalló en lo alto y Hermógenes se echó a reír, alzando la cara hacia la lluvia.

—¡Estás loco! —exclamó Cántabra a sus espaldas.

—No, pero me gustan las tormentas —dijo Hermógenes—. ¡No intentes hacerme creer que los hombres de Polión van a encontrarme precisamente ahora! ¿Adónde hay que ir? ¿Cuál es el mejor sitio desde donde contemplar el espectáculo?

Cántabra puso los ojos en blanco pero lo guió una manzana y media en dirección al río. Por cada calle corría un arroyo desbordado, y los truenos retumbaban ensordecedores. Pasaron por delante de varias personas que se guarecían en los portales, pero no había un alma a la intemperie.

En la ribera del Tíber se alzaba un teatro gigantesco rodeado por una explanada, y detrás de él la lluvia pintaba de blanco la superficie del agua. El aguacero comenzaba a amainar, no obstante, y la tormenta iba desplazándose hacia el norte, entre relámpagos y tronidos sordos. Hermógenes se paró al llegar a la orilla y la observó alejarse.

Cuando se abrió la primera brecha en las nubes, hacia el sur, Cántabra le tocó el brazo.

—¿Ya podemos volver? —preguntó.

Estaba tan empapada como si acabara de salir del río. La túnica se le adhería de tal modo al cuerpo que se distinguía la silueta de la vaina del cuchillo y el cabello se le había oscurecido y chorreaba. Hermógenes suspiró.

—Me figuro que sí.

Emprendieron el regreso.

—Lo siento —dijo él—. Pero es que me encantan las tormentas.

Cántabra se detuvo, lo miró de hito en hito y rompió a reír. Lo tomó del brazo y lo estrechó contra sí. El agua del pelo goteaba sobre su cicatriz, y sus ojos destellaban.

—Eres un hombre muy, muy extraño —señaló—. Si antes de conocerte alguien me hubiese dicho que existías, no le habría creído.

—No soy tan extraño —objetó Hermógenes aparentando indignación.

—¡Sí que lo eres! —insistió Cántabra con firmeza—. Volvamos. Tenemos que secarnos.

Había dejado de llover cuando llegaron a la *insula* de Gelia, quien, como de costumbre, tardó en abrir la puerta. Cuando por fin apareció y los vio soltó un chillido ahogado.

—¡Oh, pobrecillos, os ha pillado el chaparrón! Ni siquiera sabía que habíais vuelto a salir. Y ha sido un aguacero terrible; fijaos, las calles siguen inundadas.

—Le gustan las tormentas —le informó Cántabra, refiriéndose a Hermógenes, que la siguió escaleras arriba.

Una vez en la habitación, Cántabra cerró la puerta, la atrancó y se volvió hacia él, todavía con aquel brillo en los ojos. Le echó sus fuertes brazos al cuello y lo besó apasionadamente. Su cuerpo, húmedo, frío y oloroso a lluvia, se pegó al de él hasta que Hermógenes se sintió como un trozo de arcilla que ella estuviera modelando. Se forzó a agarrarse de nuevo las manos tras la espalda.

—Voy a quitarte esta túnica mojada —anunció Cántabra son riendo. Resultaba extraño tener que levantar la vista para mirar a una mujer a los ojos, pero Hermógenes descubrió que no había nada que objetar al respecto cuando los ojos en cuestión brillaban como los de Cántabra.

—¿Ah, sí? —preguntó esperanzado—. ¿Y yo qué hago?

—Exactamente lo que te diga.

—Pues muy bien. Estoy a tus órdenes.

Un rato después, tendido desnudo en el suelo, debajo de Cántabra, se le escapó una carcajada.

—¡Mujer, me estás matando! —protestó—. Por favor, ¿me dejas tocarte?

—¡No! —le respondió Cántabra—. Quédate como estás y agárrate a la cama.

Hermógenes se aferró al armazón de la cama con ambas manos.

—¡Oh, por favor!

—¡No!

—¡Me voy a morir!

—No vas a morir.

—¡Piedad! ¡Piedad!

—¡Ja! —exclamó Cántabra—. ¿Te rindes?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Me rindo sin condiciones!

—Entonces voy a empuñar tu espada.

Cuando terminó de empuñársela suspiró y se dobló sobre él, hacia un costado, relajando sus largos y estilizados miembros. Sus cabellos, todavía mojados por la tormenta, quedaron esparcidos encima del pecho de Hermógenes. Ella recorrió con las yemas de los dedos los puntos del corte parcialmente curado de su rostro, contemplándolo con expresión tierna y profundamente enamorada.

—¿Puedo tocarte ahora? —susurró Hermógenes—. ¿Sólo la cara?

—Mmm.

Hermógenes lo interpretó como un asentimiento, de modo que le retiró el cabello hacia atrás y deslizó el dedo por sus cejas, la nariz torcida, los labios, la cicatriz.

—Me equivoqué —le dijo—. Sí que eres guapa.

Cántabra lo besó.

—No me esperaba esto —prosiguió Hermógenes—. No tan pronto. Pensé que tal vez cuando llegáramos a Alejandría…

—Yo tampoco me lo esperaba —admitió Cántabra, radiante—. Pero tampoco esperaba que salieras corriendo a ver la lluvia. No sé por qué algo tan tonto ha hecho que te deseara tanto. Hermógenes.

Hermógenes estuvo a punto de contestar, pero en cambio musitó:

—En realidad no te llamas Cántabra, ¿verdad?

Algo pareció cambiar en ella, como si un pesar escondido en lo más hondo emergiese antes de diluirse en una sonrisa de inmensa felicidad.

—No —reconoció besándolo otra vez—. Me llamo Maérica.

—Maérica. Me gusta.

Maérica le besó el corte de la mejilla y luego apoyó la cabeza sobre su pecho.

—Eres un mago. Restaurar un nombre es magia… Puedes abrazarme.

Él lo hizo. Se sintió muy a gusto.

—Fue en la escuela de Tauro donde comenzaron a llamarme Cántabra. «Los temibles cántabros: ¡hasta sus mujeres son mortíferas!», solían decir cuando anunciaban mis combates. Yo lo detestaba. Pero luego… me convertí en eso, en «la temible Cántabra». Maérica había desaparecido. Pensaba que había muerto… pero entonces te conocí.

Hermógenes le plantó un beso en la frente.

—Te amo. —Lo dijo sin pensar pero era cierto.

Maérica levantó la cabeza y lo miró con severidad por unos instantes, antes de relajarse de nuevo entre sus brazos.

—Yo también te amo. No quiero que mueras. No quiero que mueras nunca. Si mueres, tendré que ser Cántabra otra vez.

—Haré todo lo posible por no morir. Maérica.

Siguieron tendidos, unidos en un estrecho abrazo. El agua al secarse sobre la piel desnuda les dio frío. Hermógenes alargó el brazo, alcanzó la toga que se había quitado antes y ambos se taparon con lino de Escitópolis. Al otro lado de la ventana el sol bañaba las calles y los ruidos de Roma se reanudaron. Él pensó despreocupadamente que de haber estado en compañía de esclavos que lo obligaran a comportarse como amo no habría salido a gozar de la lluvia tal como lo había hecho. Se alegró de encontrarse allí, a solas con ella. En aquel momento le parecía posible pasar el resto de su vida sin más compañía que la de ella, encerrado en aquella habitación entre sus brazos, perfectamente contento.

—¿Qué haré en Alejandría? —inquirió Maérica rompiendo el hechizo—. ¿Seguiré custodiándote?

—Harás y serás lo que tú prefieras —le dijo con satisfacción—. Dispondremos de tiempo y dinero, tanto como necesites. No es preciso tomar decisiones ahora.

—Ya. ¿Le caeré bien a tu hija?

Hermógenes pensó en cómo se tomaría Mirina la llegada de una exótica bárbara exgladiadora a la casa y se echó a reír. Cántabra —o, mejor dicho, Maérica— se incorporó alarmada.

—¡No pasa nada! —le dijo Hermógenes enseguida—. Pero no vayas a enseñarle a mi hija a luchar con la espada. Prométeme que no le enseñarás el manejo de la espada por más que ella te lo suplique. Oh, por Isis, ¿qué he hecho?

—¿Me lo suplicará? —preguntó Maérica, tan inquieta como confundida.

—Serás objeto de su admiración incondicional —contestó Hermógenes

categóricamente—. ¡Oh, dioses inmortales! Ya os veo a las dos conspirando, cuando sólo una de vosotras ya es demasiado para mí. Estoy perdido. ¡Prométeme que no le enseñarás a luchar con la espada!

—Prometido —respondió Maérica, todavía insegura—. ¿Qué edad tiene? ¿Cómo es?

—Tiene diez años. Es menuda y delgada, con una larga melena negra y los ojos muy grandes. Quiere ser acróbata.

—¿Acróbata? Pero una niña rica…

—No, claro que no puede ser acróbata. Se lo he dicho mil veces pero…, bueno, hace oídos sordos y sigue practicando y yo no se lo impido, aunque sé que debería. Reconozco que cuando me pide que la mire, aplaudo. Mi tía se horrorizó cuando se enteró de eso. —Frunció el entrecejo—. Me temo que se horrorizará aún más cuando te la presente. En fin, ya afrontaremos ese problema en su debido momento.

Maérica se tendió y volvió a abrazarlo.

—Tengo ganas de conocer a tu hija. ¿Cómo se llama? Hermógenes cayó en la cuenta de que jamás la había nombrado delante de Maérica. Lo embargó la dichosa sensación de que el tiempo se dilataba delante de ellos, repleto de todas las cosas que irían descubriendo el uno del otro.

—Mirina. Os llevaréis muy bien. Estoy convencido.

—Mi-ri-na —repitió Maérica en voz baja—. Mi-ri-na. Harmógenes. Me gusta cómo suena el griego.

—Tendrás que aprenderlo.

—¿Cómo se llamaba tu esposa?

—Eudaimonis. Significa «afortunada», aunque no lo fue, pobrecilla.

—¿No?

—Murió muy joven y sufriendo mucho…

La recordó tendida en el lecho que habían compartido, agonizando con el rostro blanco y demacrado, los ojos hundidos y asustados. Le vino a la mente su delicada mano, ardiendo de fiebre entre las suyas, su respiración trabajosa y aquel terrible olor.

—La amabas —dijo Maérica, observando su rostro con detenimiento.

—Sí —admitió Hermógenes. Al cabo de una pausa añadió—: Fue un matrimonio concertado, por supuesto. No sé cómo funcionan esas cosas entre los cántabros, a lo mejor os enamoráis y os dais a la fuga…

Maérica dio un bufido.

—Por lo general nuestros padres conciertan las bodas. —Vaciló por un instante—. La mía la organizó mi tío.

—Debía de ser un hombre importante, tu tío.

—No. Sólo en nuestra aldea. —Soltó otro resoplido—. Había cinco familias en nuestra aldea, y mi tío era el cacique. Mi padre murió durante una guerra contra los astures, así que pasé a formar parte de la familia de mi tío. Cuando cumplí los dieciséis concertó mi casamiento con Deivórix, que era el hijo del jefe de la aldea vecina.

Al ver que ella no decía nada más, Hermógenes prosiguió con su relato personal.

—Bueno, pues mi padre y el de Eudaimonis pactaron nuestro matrimonio. Hacían negocios juntos. Aún tengo trato con él. Yo contaba veinte años, ella quince. Yo no estaba muy contento con el arreglo porque tenía otra chica y mi padre la apartó de mí, pero sabía que no era culpa de Eudaimonis. Lo lamenté mucho por ella en cuanto la conocí; era tan pequeña y estaba tan asustada… En nuestra noche de bodas se acurrucó en la cama y lloró. Añoraba a su madre y a su hermana pequeña, y temía que yo le hiciera daño.

—¿Y qué hiciste tú?

—Le di unas palmaditas en la espalda y le dije que podía visitar a su familia cuantas veces quisiera. No me acosté con ella entonces. Estaba demasiado aterrada. Digamos que… fuimos dando largas al asunto… durante casi un mes. —Sonrió al rememorar cómo habían aumentado el placer y el deseo poco a poco, cómo el dormitorio se había llenado gradualmente de tensión erótica: ¿ocurrirá esta noche? ¿Ocurrirá mañana?—. Me hacía sentir listo y fuerte —reconoció—. Quería protegerla. Cinco años es un abismo a esa edad.

Maérica resopló de nuevo.

—Deivórix tampoco me folló en nuestra noche de bodas, pero fue porque estaba borracho. Me senté a esperarlo en nuestra cabaña nueva pero el festín de los hombres no se terminaba nunca y cuando por fin vino vomitó por todo el suelo y perdió el conocimiento. Tuve que ponerme a limpiar. Aunque no fue culpa suya. Tenía mi edad y no había tomado hidromiel hasta entonces, y además estaba nervioso. A la mañana siguiente se mostró terriblemente avergonzado. Le arrojé agua a la cabeza y me dijo que estaba en mi derecho. Eso me gustó.

—¿Cómo era?

Maérica se encogió de hombros.

—Alto. Delgado. Tenía un pelo precioso, del color del trigo separado de la paja. Lo llevaba muy largo y por las noches se lo peinaba y mataba los piojos que encontraba. Nuestros hombres siempre llevan el pelo largo. Para las batallas se lo enroscan alrededor de la cabeza.

—Te he visto hacer eso.

—Sí. Porque soy una guerrera. Deivórix era guerrero. Bueno, cuando no había guerra era pastor y cazador, pero cuando llegó la guerra, demostró ser un guerrero muy

valiente. Alardeaba un montón y bebía más de la cuenta siempre que se presentaba la ocasión, y perdía los estribos con facilidad, pero así es como se supone que tienen que comportarse los guerreros. Los jóvenes son unos tontos. —Guardó silencio por un momento y luego añadió despacio—: Él nunca intentó siquiera usar la inteligencia. En cierto modo habría considerado deshonroso combatir con las palabras y el ingenio en vez de con la espada. Si Tauro lo hubiese encadenado a un poste, él lo habría insultado y habría muerto valientemente. En nuestro pueblo nadie luchaba con la mente. Es una de las razones por las que perdimos la guerra.

—Nosotros también perdimos la guerra —murmuró Hermógenes. Intentó imaginarse a Deivórix, el joven guerrero alto y valiente con cabellos del color del trigo, el último hombre con quien Maérica se había acostado de buen grado. Se preguntó con inquietud si él resistiría la comparación con el cántabro.

—¿Combatiste? Tenías edad suficiente para ello.

—Tenía la edad pero no, no luché. ¡Ay, Zeus! La verdad es que la reina nunca se fió de los alejandrinos y desde luego no iba a permitir que tomáramos las armas. Habíamos luchado contra ella en el pasado y seguramente no le faltaban motivos para pensar que nos habríamos vuelto contra ella de nuevo si hubiese aparecido alguien que prometiese expulsar a los romanos. Sabíamos que ella jamás haría eso. Así que apenas intervinimos en la guerra que supuso nuestra conquista. Todas las tropas que combatieron en Actium, en ambos bandos, eran romanas. Sólo la flota era egipcia pero hasta ésta estaba comandada por oficiales romanos. Ya lo sé, ya lo sé: los romanos dicen que fue una guerra contra la reina de Egipto, pero eso es porque exponerlo así suena mejor que reconocer que se trató de una guerra entre dos nobles romanos por el dominio del mundo. —Suspiró—. La realidad es que Egipto ya había sido conquistado a todos los efectos excepto formalmente mucho antes de Actium. El padre de la reina compró su trono sobornando al Senado romano y tomó prestado el dinero de un financiero romano para luego poner a ese mismo prestamista codicioso al cargo de los impuestos de Egipto. La reina no fue mejor: siempre tuvo un general romano en la cama y ladrones romanos en la administración. Cuando llegó el emperador, la mayoría de la gente pensó que las cosas nos irían mejor como provincia romana: así al menos podríamos acogernos a las leyes del Imperio para exigir reparación cuando nos robasen. Y en muchos aspectos llevaban razón.

—Pero lamentas no haber combatido.

Maérica no lo formuló como una pregunta.

—Sí —reconoció Hermógenes—, es verdad. —Tras una pausa agregó—: Mi padre comenzó a enseñarme latín siendo yo muy joven. Eso es muy poco corriente, pero lo cierto es que mi padre era un hombre poco corriente. Quería que comprendiera cómo

nos veían nuestros gobernantes. Por desgracia, no tardé mucho en comprenderlo. Los oía hablar de nosotros cuando creían que nadie los entendía. «Estos degenerados que se creen griegos —decían—, este hatajo de cobardes alejandrinos: dirigidos por una mujer y un puñado de eunucos, no es de extrañar que no lucharan ni para defender su propio país».

Maérica le acarició el pelo.

—¿Y ahora estás luchando para que te vean de otra manera?

Hermógenes se rió.

—Supongo que sí. ¿Cómo hemos llegado a hablar de esto?

—Por mi marido.

—Ah, sí.

Cántabra hizo caso omiso de su falta de entusiasmo por el tema y prosiguió con su cautelosa investigación.

—Has dicho que tu esposa murió hace cinco años. Pero no te has vuelto a casar.

—No. Llegué a un acuerdo con un par de cortesanas. No con las dos al mismo tiempo, por supuesto…, con una después de la otra. Yo… en realidad no quiero casarme de nuevo. La pobre Eudaimonis sufrió tanto al final que todavía me duele recordarlo. Murió de parto después de alumbrar un niño muerto. Todo el mundo le decía que tenía que darme un hijo varón, insistían en ello por más que yo aseguraba que estaba la mar de contento con mi hija. Ella deseaba ese crío con toda su alma pero él la mató. Me senté a su lado, le administré todo el opio que pude y le hice compañía hasta que falleció. Mi madre murió de la misma manera cuando yo contaba nueve años, y también tuve que presenciar su final. Me parece que no sería capaz de soportarlo otra vez. Las cortesanas usan anticonceptivos.

—¿Y si yo tengo un hijo? —preguntó Maérica con un hilo de voz.

A Hermógenes ni siquiera se le había pasado por la cabeza pero desde luego era perfectamente posible. Más aún: era muy probable. Y supo, sin necesidad de que ella se lo dijese explícitamente, que Maérica deseaba un hijo. Nada le devolvería a los que los soldados habían asesinado, por supuesto, pero si concebía un hijo recuperaría plenamente su identidad arrebatada: volvería a ser Maérica, una mujer capaz de amar y ser amada, nunca más una gladiadora.

Se consideraba absolutamente respetable que un caballero que había perdido a la esposa tomara a una concubina, pero los bastardos eran otra cuestión, sobre todo cuando el caballero tenía hijos legítimos y suegros que con toda seguridad se sentirían insultados. Los anticonceptivos se empleaban con normalidad y, cuando fallaban, se practicaban abortos o, en caso de que esto no fuese posible, se abandonaba al bebé no deseado en un lugar público para que muriera o se criase en casa de otro hombre en

calidad de esclavo. Hermógenes comprendió que no podía exigir algo así a aquella mujer. Lo decidió entre dos respiraciones entrecortadas: no podía y no iba a exigírselo. Había prometido que nunca le haría daño.

—Tendrás que esforzarte mucho para no morir —se obligó a decir.

Maérica lo abrazó con tanta fuerza que Hermógenes hizo una mueca.

—No me moriré —le susurró Maérica al oído—. Soy fuerte y te daré un hijo fuerte. Pero tú también debes seguir con vida.

Hermógenes notó un delicioso cosquilleo en la entrepierna.

—Si te prometo no morir —dijo, esbozando otra sonrisa—, ¿dejarás que te toque?

El resto de la tarde transcurrió en un aturdimiento de intoxicación erótica. En un momento determinado, Maérica se levantó, se puso la túnica húmeda y fue a comprar algo para cenar. Luego se sentaron en el suelo e intercambiaron bocados de puerros y salchichas mientras conversaban sobre Roma y Alejandría. Hermógenes comenzó a enseñarle griego.

La mañana trajo consigo a un visitante. Se habían levantado tarde y Maérica estaba preparándose para salir a buscar comida y agua cuando alguien llamó a la puerta. Ella abrió con cierto fastidio y encontró a Gelia en el rellano.

—Perdona que os moleste —dijo la casera con una mirada socarrona—, pero Calvo querría hablar con tu «patrono», je, je, si es que puedes prescindir de él un momento…

Maérica se puso roja: el rubor se extendió hasta el cogote y las orejas, que era todo cuanto Hermógenes alcanzaba a ver de su rostro. No habían tenido en cuenta lo delgados que eran los tabiques. Probablemente todo el edificio lo había oído suplicar piedad a gritos.

Avergonzado pero ansioso por mostrarse solidario con su abochornada amante, acudió al umbral con presteza. En el rellano, detrás de Gelia, aguardaba un tanto nervioso el anciano de la fiesta, el aficionado a la música marido de Sentia.

—¡Ah! —exclamó el anciano aliviado—. Estás aquí, señor.

Hermógenes sonrió cortésmente.

—Saludos, Calvo. —Se alegró de que Gelia hubiese mencionado su nombre: de no haberlo oído no lo habría recordado—. ¿Quieres hablar conmigo?

Calvo asintió con la cabeza y sorteó a Gelia para entrar en el apartamento. Su nerviosismo era patente. Hermógenes anticipó una posible petición de dinero y se armó de valor para rechazarla.

Maérica miró de arriba abajo al anciano y, al no percibir amenaza alguna, tomó el ánfora y se fue a hacer sus recados. Puso cara de pocos amigos cuando Gelia, ávida de cotilleos, la siguió escaleras abajo.

—Vengo a verte porque… —murmuró Calvo en cuanto se cerró la puerta—. No sé cómo decir esto, señor. Ese socio que mencionaste, el que crees que te ha engañado…, creo que anda buscándote.

Hermógenes pestañeó desconcertado.

—Verás, estaban hablando de ello en la barbería adonde suelo ir para que me afeiten —prosiguió Calvo ante el silencio de Hermógenes—. Decían que Vedio Polión ha corrido la voz de que un griego que se llama Hermógenes robó algo en su casa, y ya sé que dijiste llamarte Herápilo, pero aludieron a un hombre bajo con un corte en la cara y un pie lastimado. Ofrecen una recompensa de un denario para quien informe sobre su paradero.

—¿Ya la has cobrado? —inquirió Hermógenes con acritud.

El anciano negó con la cabeza.

—Me acordé de lo que Gelia nos contó, que sospechabas que tu socio se había apropiado del dinero que le habías entregado como regalo para ese Tito sobre el que preguntabas, y que te echó de su casa en plena noche cuando lo interrogaste al respecto. Me dije que quizá no nos habías contado toda la historia, que quizás en realidad te referías al villano de Polión. Siempre he oído decir que ese sinvergüenza está metido en asuntos de dinero en Oriente. Y me pareció que si es a ti a quien Polión buscaba, no sería por nada relacionado con un robo; no, tenía que ser porque sabía que ibas a ponerlo en evidencia ante Estatilio Tauro y quería matarte antes de que tuvieras ocasión de hacerlo. Así que no dije esta boca es mía y advertí a mis amigos que tampoco se fueran de la lengua. Pero pensé que seguramente te gustaría saberlo.

—Sí —asintió Hermógenes con gravedad—. Te lo agradezco mucho. —Contempló por un momento al anciano con respeto y luego agregó—: Me gustaría darte el denario que has perdido por tu silencio. Mi guardaespaldas está al cuidado del dinero, pero si aguardas a que regrese…

—No te preocupes, señor —lo interrumpió Calvo sonriendo—. No podría aceptarlo de ti, sobre todo después de que te robaran en la calle, de que ese bribón te echara de su casa y de que te acusara en falso. Además, gracias a ti mi Sentia volvió a cantar. No lo hacía desde que murió nuestro chico, y oírla entonar cánticos otra vez vale más para mí que cien denarios. Simplemente pensé que debías saberlo. ¿Estarás bien?

—Sí —contestó Hermógenes, asimilando aquella lección de humildad—. Gracias. Tengo una cita para entrevistarme con Estatilio Tauro mañana y espero que al asunto quede zanjado.

—¡Ah, se portará bien contigo! —manifestó Calvo con satisfacción—. Todo el mundo dice que es un hombre de honor, y nunca le ha caído bien ese Polión. Jamás deberías haber acudido a ese bribón de entrada, pero supongo que siendo extranjero no

podías saberlo. Tú trata de pasar inadvertido hasta mañana y todo irá bien. —Le estrechó la mano con digna formalidad y se marchó.

Cuando Maérica regresó con el agua y una hogaza, Hermógenes le refirió lo que el anciano le había contado.

—¡Vaya! —exclamó disgustada soltando con brusquedad el ánfora en el rincón—. ¡Te lo dije!

—Es verdad —reconoció Hermógenes—. Tenías razón.

Maérica no dio muestras de calmarse. Se acuclilló en el suelo, arrancó un pedazo de la hogaza como si de un enemigo mortal se tratara y clavó los ojos en él con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa? —preguntó Hermógenes sorprendido.

—¡Gelia! —espetó. Dejó el pedazo de pan a un lado, levantó la vista hacia él angustiada y gritó—: ¡Ayer la gente nos oyó! Gelia me ha felicitado: ¡piensa que me he propuesto pescarte!

Hermógenes se quedó sin palabras.

—Sabes bien que no es así —consiguió decir por fin—, y yo también lo sé. ¿Qué importa lo que piense Gelia?

—¡Importa porque no será la única! —gruñó Maérica—. Un hombre como tú, un hombre rico que ha perdido a su esposa… Seguro que un montón de mujeres ha intentado pescarte. Y yo soy una bárbara fea…

—¡De fea nada!

—… Una bárbara fea que dormía en los pórticos de los templos y comía sobras cuando me contrataste. He sido gladiadora, lo que de cara a la ley me deja en una posición equiparable a la de puta. Soy infame. ¿Sabes lo que significa eso?

Hermógenes lo sabía vagamente. Como término del derecho romano, la infamia consistía en una degradación del estatus legal. Una persona infame no podía presentarse normalmente como testigo ante un tribunal ni tampoco casarse, heredar ni firmar la mayor parte de los contratos legales. Le constaba que las prostitutas eran infames pero no sabía que esa categoría se aplicara a los gladiadores, aunque en realidad no le sorprendía en absoluto.

—Podemos intentar elevarte de categoría —sugirió tras un prolongado silencio—. Al fin y al cabo, ya no eres gladiadora.

—¿Y qué soy, pues? —inquirió Maérica con abatimiento—. Dijiste que podría ser lo que quisiera, pero no es verdad. Es imposible que vuelva a ser una mujer respetable. Nadie se creerá que no me propuse pescarte en cuanto te cruzaste en mi camino, y a todos les parecerá un escándalo que lo consiguiera. Hasta tus cortesanas me mirarán con desprecio y dirán: «¿Cómo puede amarla, después de habernos tenido a nosotras?».

Todos tus amigos se escandalizarán. Tu tía se pondrá furiosa, y la familia de tu esposa también. ¡Todos pensarán que soy una puta desgraciada!

Hermógenes recordó con cuánta desesperación se había resistido Maérica a vender su cuerpo y comprendió parte de su angustia. Se acercó a ella y se sentó a su lado. Estuvo a punto de abrazarla pero cambió de parecer.

—Convenceré a mis amigos de que no eres nada de eso —prometió—. Si en verdad son mis amigos me creerán y si no lo son estaré mejor sin ellos.

—¡Bah! Ninguno de ellos te creerá, pero tus verdaderos amigos te lo dirán, mientras que los que no lo son se comportarán con educación delante de ti y se reirán a tus espaldas. Todas las personas que te aprecien te aconsejarán que me alejes de ti. Y lo que más les horrorizará será que permitas que tu hija y yo nos hagamos amigas.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó Hermógenes con impaciencia—. No será fácil, y lo siento mucho, pero sobrellevaré la desaprobación de las demás opiniones si tú también la aguantas. Con el tiempo se percatarán de que estaban equivocados.

—Quizás acabes por darles la razón —susurró ella.

—No lo haré —dijo Hermógenes—. Maérica, por favor.

Tendió las manos hacia ella pero ella no las tomó entre las suyas, aunque lo miró a los ojos.

—¿Qué diría tu padre si te viera ahora mismo? —preguntó con amargura.

Aquello le dolió. Bajó las manos.

—Era un hombre importante, ¿verdad? —prosiguió ella—. Te convirtió en lo que eres, un caballero y un hombre de negocios que habla latín; siempre le hiciste caso, ¿no? Y yo le produciría tanto rechazo como a tu tía, ¿me equivoco?

Hermógenes suspiró entrecortadamente.

—Está muerto —señaló.

—Si estuviera vivo, te obligaría a apartarme de ti.

—No le obedecería. —En cuanto pronunció estas palabras cayó en la cuenta de que hablaba en serio. No recordaba haber desafiado nunca a su padre, pero lo habría hecho sin dudarlo si se hubiese interpuesto entre Maérica y él—. Por favor. No será tan espantoso como piensas. Soy un respetable hombre de negocios, no un jovencito atolondrado, y tú eres una mujer sobria, no una bailarina extravagante o una actriz escandalosa. La gente quizás arquee las cejas ante mi elección, pero si anuncio que serás mi concubina seguro que…

Maérica se quedó boquiabierta.

—¿Que seré tu qué?

—Mi concubina.

—¡No! ¡Nunca aceptaré eso!

Hermógenes vaciló, desconcertado por la ferocidad de su reacción, y luego recordó que casi todo el latín que ella sabía lo había aprendido en la escuela de gladiadores.

—¿Sabes lo que significa esa palabra? —preguntó afablemente.

Maérica arrugó el entrecejo con desconfianza.

—Es una clase de puta, ¿no?

—No —replicó Hermógenes con firmeza—. Es una clase de esposa. No es infrecuente que los hombres de mi rango se enamoren de mujeres con las que por una razón u otra no se les permite contraer matrimonio. Puede que él sea alejandrino y ella egipcia, o él ciudadano romano y ella no, existe un impedimento legal, o puede tratarse de algo tan simple como que ella sea una esclava y él un hombre rico y de buena familia: en fin, por la razón que sea, el matrimonio es inviable. Si aun así se establecen juntos, a ella se la llama concubina. Es un título muchísimo más respetable que el de «puta» o incluso que el de «amante». El único que se considera más honorable es el de esposa.

—Vaya —dijo Maérica mirándolo inquisitivamente.

—No te miento —insistió Hermógenes—. Tú no eres ciudadana, de modo que el concubinato es lo mejor que puedo ofrecerte. Aunque hay cosas que cabe hacer para mejorar tu posición. Podemos solicitar que te concedan la categoría de residente libre de Alejandría y conseguirte algún título de propiedad. Quizá deberías intentar regentar un negocio. Eres una mujer inteligente y tan fuerte que ni siquiera la escuela de Tauro consiguió aplastarte. Por más malo que sea esto, siempre será mejor que la arena. ¡No te rindas ante la opinión de los necios!

Maérica se mordió el labio.

—Esta palabra, «concubina»… ¿Quiere decir que te casarías conmigo si las leyes lo permitieran?

Hermógenes permaneció callado un momento, impresionado ante la evidencia de sus sentimientos.

—Sí —respondió escuetamente.

Maérica se quedó tan impresionada como él.

—No… no me lo esperaba.

—¡Estabas hablando de tener hijos!

—Sí, pero… no sé lo que esperaba. Esto, desde luego, no.

—No cesas de repetirme lo extraño que soy, pero ¿crees que hay otra mujer como tú en todo el mundo? El Imperio romano cayó sobre ti con todo su peso y tú no sólo has sobrevivido sino que has preservado la integridad de tu alma. ¿No ves lo extraordinaria que eres? El cruel Tauro piensa que ha sido tu amo, que tú fuiste su esclava en la escuela, que le pertenecías. Se equivocó: ni siquiera llegó a saber tu nombre. Nunca te

vendiste, nunca contaron con tu consentimiento para una sola de las vejaciones a las que te sometieron, nunca te viniste abajo. Y todo lo que el poder de Roma no fue capaz de arrebatarte me lo has dado a mí. ¿Acaso crees que no sé que eso es una joya que no tiene precio y que guardaré como un tesoro?

Para su asombro y horror, Maérica rompió a llorar. Hermógenes soltó una exclamación de impotencia e imprudentemente le rodeó los hombros con el brazo. Por una vez ella no retrocedió, sino que se le echó al cuello sollozando ruidosamente. Él la besó y murmuró ternezas en griego hasta que poco a poco ella se serenó.

—Perdona —consiguió balbucir al final—. Oh, querido mío. Pensaba que nadie volvería a amarme.

—¡Ya te he dicho que te amo!

Maérica hizo un gesto vago, acurrucada entre sus brazos.

—Sí, pero eso fue en la cama.

—¿Se supone que debo mostrarme menos cariñoso cuando estoy en la cama contigo?

Lo miró a los ojos y le dio un beso.

—No, se supone que debes mostrarte menos cariñoso cuando te levantas.

—Bueno, pues resulta que no es así. Vida mía, te lo aseguro: la gente no te despreciará tanto como temes. Conseguiremos que te abras camino en Alejandría, aunque nos costará algún esfuerzo.

—¿Dices que debería llevar un negocio? —inquirió Maérica incrédula.

Hermógenes meditó sobre ello.

—Sí —concluyó—. Será importante que tengas alguna propiedad a tu nombre, ante todo porque una mujer propietaria adquiere de inmediato mayor respetabilidad y, en segundo lugar, porque no quiero que dependas de mis herederos si me sucede algo.

—Pero… ¿Llevar un negocio?

Hermógenes se encogió de hombros.

—Podría comprarte una granja, si lo prefieres. El problema que presenta esta alternativa, no obstante, es que no sé nada sobre agricultura. En cambio, podría ayudarte a dirigir un negocio.

—¡No entiendo de negocios! ¡En Cantabria apenas usábamos dinero!

—Bueno… ¿Qué te parece la peletería? Me parece que de eso sí entiendes y hay muy pocos egipcios que conozcan ese oficio.

—Puedo remendar mis zapatos pero nadie me pagaría por remendar lo suyos.

—¡En ningún momento he sugerido que te establezcas como zapatero remendón! No. ¿Eres capaz de determinar si una piel está bien o mal curada, si servirá para calzado, para pespuntes o para algo más fino?

—Sí, pero…

—¡Pues ahí lo tienes! Sabes más sobre esto que buena parte de la gente de Alejandría. No se trabaja mucho la piel en Egipto, y la que allí se curte tiende a ser de poca calidad. Lo sé porque la mayoría de los capitanes de barco con los que trato se niega a emplear cuero egipcio en sus naves. Conozco a un hombre que es un entusiasta del cuero ibérico, mientras que otro prefiere el numidio. Alguien que posea algunos conocimientos de peletería, que sepa escoger el mejor cuero y venderlo a los usuarios más apropiados, que sea capaz de negociar con los capitanes, alguien así podría ganar un montón de dinero. Yo te ayudaría a establecerte, te buscaría un buen escriba, te presentaría gente. Seguro que tendrías mucho éxito.

Maérica permaneció un momento callada. Luego rió con picardía.

—¡Querrás decir que alguien como tú podría ganar mucho dinero!

Él estrechó más el abrazo.

—No. Yo no sé lo suficiente sobre pieles. —Sin embargo, estaba comenzando a entusiasmarse con la idea que había dejado caer al azar, de modo que prosiguió—: Aunque con tus conocimientos sobre el cuero y mis contactos sin duda conseguiríamos montar una empresa muy rentable.

Ella fijó en él la vista, muy seria.

—¿Vuestras leyes permiten que las mujeres dirijan sus propios negocios?

Hermógenes suspiró.

—Lo habitual es que una mujer tenga un tutor que la represente legalmente. Sin embargo, hay muchas mujeres que manejan sus propios asuntos y simplemente piden a un hermano o un testaferro que firme en su lugar. Tendremos que conseguir una autorización legal para que yo firme en tu nombre o, si lo prefieres, puedes contratar a otro.

Maérica no dijo nada.

—No tienes por qué hacerlo si no quieres —añadió Hermógenes, aunque cada vez le gustaba más su plan—. Puedes elegir un negocio distinto. O una granja, si te apetece más.

—¿Y no crees que tus amigos se disgustarán aún más al ver que eres tan espléndido… conmigo?

Hermógenes restó importancia a esa posibilidad con un ademán.

—Si fueras un hombre que me ha salvado la vida y te montara un negocio o te comprara una granja a modo de recompensa, todos lo aceptarían sin rechistar. De acuerdo, me reprenderían por ser demasiado generoso pero también lo considerarían apropiado. Puesto que eres una mujer, se sorprenderían, al menos al principio. Pero no creo que vaya a ser un trago tan amargo como imaginas… Además, si nuestra

asociación rinde fruto, todos me felicitarán por el acierto de juntarme contigo. El dinero, me temo, es el dios supremo de los alejandrinos.

Maérica seguía callada, acariciándole el rostro.

—¿Es verdad que ni siquiera usáis dinero en Cantabria? —quiso saber Hermógenes.

Maérica se llevó un dedo a los labios.

—Hablas demasiado y lo preguntas todo.

—Pues claro: soy griego.

—Ahora no quiero hablar.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Hermógenes: la crisis ya estaba superada.

—¿Y qué quieres que haga, pues?

Pasaron el resto del día sumidos en la misma embriaguez que se había adueñado de ellos la tarde anterior. Al anochecer bajaron el colchón de la cama al suelo como solución intermedia entre el suelo y el lecho y se durmieron abrazados.

Hermógenes abrió los ojos al amanecer y recordó al instante dónde estaba y quién yacía a su lado, pero también tomó conciencia de lo que iba a suceder aquel día, un pensamiento molesto e insistente como el dolor de muelas. Maérica ya estaba despierta, tendida inmóvil con la cabeza a escasos centímetros de la suya, observándolo con serenidad.

—He soñado con las montañas esta noche —comentó cuando sus miradas se cruzaron.

Él se desperezó.

—¿Y eso es un buen o un mal augurio?

Maérica se encogió de hombros.

—No lo sé. Hacía mucho tiempo que no soñaba con mi tierra. Eso es todo. Aunque ahora creo que sé por qué he tenido ese sueño.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Tú eres como la montaña con la que he soñado.

Hermógenes soltó una carcajada.

—En ese caso, me figuro que será una montaña pequeña.

Maérica sonrió y negó con la cabeza.

—Estaba cerca de casa y la llamábamos el Buitre debido a su forma. En la falda hay buenos pastos. Son prados extensos, cubiertos de flores. Corren muchos arroyos de agua pura y cristalina, y la hierba crece espesa y exuberante. Es un lugar muy hermoso. Todo el mundo apacentaba las ovejas y las reses allí en verano, y el monte las alimentaba y les daba el sustento.

—¿Y esto te ha hecho pensar en mí? Me halagas.

—No he terminado. Eso es sólo la falda de la montaña. En lo alto se alza una peña dura y escarpada, demasiado empinada hasta para las cabras. Sólo la alcanzan los reyes del aire, las grandes aves: los buitres que llamábamos grifos por su tamaño, los quebrantahuesos y las águilas. Pero en mi sueño yo tenía alas y subía volando junto a la pared del precipicio, viendo que la piedra sostenía aquellos pastos tan agradables, y al despertar he comprendido que en realidad había soñado contigo. Porque la gente te conoce y piensa que eres amable y educado, un hombre muy agradable, y no ve que debajo de eso eres de piedra. No estoy diciendo que finjas, porque a ti te gusta agradar a la gente y quizás al Buitre le gustaba alimentar a nuestros rebaños, pero era un monte, no un campo que pudiera labrarse con el arado. —Apoyó la palma de la mano en su pecho—. Si me amas, creo que es porque soy la única mujer que ha subido más allá de la falda y te ha encontrado en lo más escarpado, aquí, en tu corazón, donde sólo había piedra y nieve y silencio.

Hermógenes se percató de que estaba conteniendo el aliento y lo expulsó lentamente antes de volver a respirar con normalidad.

—Eso es muy poético —logró decir finalmente. En su fuero interno se encogió de miedo al constatar que, tanto si era una montaña como si no, ella ciertamente había penetrado hasta una parte de su ser que nadie antes había siquiera intuido, una faceta mucho más dura y fría que el carácter con el que él mismo estaba familiarizado. Se trataba de la parte de su ser que había insistido en intentar humillar a un cónsul romano aun si dicho intento le costaba la vida e incluso la ruina de las personas que amaba. Piedra y nieve, sí, y los escarpados precipicios de su orgullo. Resultaba extraño saber que había alguien más allí dentro. Era como si de súbito ella hubiese descrito en voz alta un sueño secreto que él no había divulgado a nadie, un sueño al mismo tiempo dolorosamente dulce y espantosamente íntimo.

Maérica bajó la vista y apoyó la cabeza sobre el hombro de Hermógenes.

—Estoy asustada —susurró—. Todo es demasiado bueno. Eso significa que va a suceder algo terrible.

—No digas eso —musitó Hermógenes a su vez, acariciándole el pelo—, o me faltarán arrestos para seguir adelante.

—No nos queda alternativa —se lamentó Maérica, abatida, y luego, con más decisión, agregó—: Tauro es honesto. Prometió recompensarte.

—Si tú le crees, me fiaré de ti —le dijo Hermógenes.

Hicieron el amor una vez más, con vehemencia, y se levantaron. Hermógenes se lavó lo mejor posible con agua fría del ánfora y se vistió con la túnica limpia que había reservado para la ocasión. Se puso la toga y se tomó su tiempo para drapearla cuidadosamente. Cuando hubo terminado, ayudó a Maérica con la suya. Ella se sujetó al

cinturón el estuche de plumas que contenía las cartas de crédito y se marcharon.

Era sólo la hora segunda de un luminoso día de sol y las calles estaban muy concurridas. Remontaron lentamente el Clivus Argentarius y Hermógenes constató con alivio que apenas cojeaba. Dejaron a un lado el Tabularium y entraron en el foro. Una vez allí consultaron la hora en el reloj de sol público instalado delante del Senado e hicieron una pausa para comprar panecillos de sésamo para el desayuno. Hermógenes mostró a Maérica el mojón que Jacinto le había enseñado hacía ya toda una vida, en el que constaban las distancias hasta las grandes ciudades del imperio: Alejandría y Antioquía, Cartago y Cirene. Maérica mencionó un puñado de ciudades íberas pero Hermógenes sólo encontró una de ellas: Tarraco.

—El puerto —dijo Maérica asintiendo con la cabeza—. El barco que me llevó a Roma zarpó de allí.

Tocó la inscripción con los dedos, luego los pasó por las letras que componían el nombre de Alejandría y sonrió.

La mañana parecía haberse detenido en la hora segunda, de modo que se sentaron en la escalinata de la basílica Emilia y se comieron los panecillos de sésamo contemplando la multitud. Hermógenes pensó en ir a buscar un consignatario para confiarle la carta que había escrito a Mirina pero luego cambió de parecer: con un poco de suerte no haría falta enviar aquella carta.

Continuaron observando el gentío durante un rato más. Entonces un nutrido grupo de togados llegó para dirimir una causa legal en la basílica y la pareja hubo de levantarse para dejarlo pasar. Cruzaron de nuevo el foro hasta el reloj de sol próximo al Senado y advirtieron que la aguja señalaba exactamente el límite entre la hora segunda y la tercera. Ambos miraron y luego intercambiaron miradas.

—Es la hora —declaró Hermógenes. Se alisó la toga y emprendió la marcha.

El Banco de Gabinio estaba en el barrio etrusco, al sur del foro, a los pies del Palatino. Hermógenes había tomado nota de su ubicación durante la visita que había hecho a la ciudad en compañía de jacinto puesto que sus cartas de crédito estaban dirigidas a sus directores: aquella institución llevaba mucho tiempo establecida en Egipto. Pasaron por un lado del templo de Cástor y fueron a dar a la estrecha calle comercial. Se detuvieron a pedir indicaciones y prosiguieron su camino.

Aún se hallaban a cien pasos del banco cuando los hombres de Polión salieron de un figón situado detrás de ellos.

La primera señal que captó Hermógenes fue cuando Maérica se paró en seco y giró en redondo sin que él supiera qué había visto u oído. Para entonces, no obstante, los tres hombres se habían acercado a sólo una docena de pasos de distancia: tres figuras altas y delgadas con las túnicas rojas características de los guardias de Polión, sin sus

espadas pero esgrimiendo largos puñales que despedían destellos. Uno de ellos era el reciario Áyax, que había demostrado tantas ganas de luchar. La muchedumbre que los rodeaba se apartaba asustada e inquieta ante su avance rápido y amenazador.

Maérica llevó la mano a la parte trasera de su toga y se la soltó formando un remolino de lino blanco mientras empujaba a Hermógenes detrás de sí con el codo.

—¡Huye! —le ordenó.

Por un brevísimo instante Hermógenes vaciló, resistiéndose a abandonarla. La razón le recordó de repente que era a él a quien querían capturar: si huía al menos algunos de ellos correrían tras él y, con un poco de suerte, encontraría a los hombres de Tauro. Dio media vuelta y arrancó a correr. Sólo había dado unas pocas zancadas, no obstante, cuando las piernas se le enredaron con algo y él cayó despatarrado sobre las piedras del pavimento. Detrás de él la gente chillaba y delante alguien prorrumpió en chillidos. Tenía las piernas liadas con algo y mientras pataleaba para liberarlas descubrió que ese algo era una pequeña red redonda con pesos en los bordes: el *retius* que daba nombre a los reciarios. Finalmente logró aflojarla y se apoyó sobre una rodilla, pero alguien llegó corriendo por detrás y lo agarró por la toga y por el brazo. Hermógenes lanzó patadas contra las piernas de aquel hombre pero falló, y en un abrir y cerrar de ojos tenía a su rival encima de él, sujetando un puñal contra su cuello. Era Áyax, el gladiador.

—¡Levántate! —ordenó éste en voz baja.

El reciario le retorció el brazo izquierdo bajo la toga detrás de la espalda y tiró de él con fuerza para dar más énfasis a la orden. Hermógenes se puso en pie despacio, mirando desesperadamente alrededor en busca de ayuda. Sólo vio tenderos y compradores que se alejaban a la carrera. Áyax lo obligó a darse la vuelta con un movimiento brusco y se quedó quieto.

Maérica estaba luchando con los otros dos, una mujer desarmada contra dos hombres con puñales, y los mantenía a raya sirviendose sólo de una toga. Se había enrollado la pesada prenda de lino en torno al brazo dejando que colgara una parte que ahora agitaba ante los rostros de sus oponentes mientras esquivaba sus avances y giraba, parando los golpes con aquel frágil protector de tela.

Uno de sus oponentes apartó por un instante la vista de ella con impaciencia y vio que su compañero había atrapado a la presa. Profirió una exclamación de alivio.

Fue una equivocación. Maérica no se había permitido la menor distracción, y en cuanto la atención del oponente se desvió arremetió contra él. La toga de lino voló por encima de la cabeza del hombre del cuchillo, y ella alzó un pie para descargar su patada favorita. El hombre gritó y comenzó a lanzar cuchilladas a ciegas; Maérica le propinó otra patada, y el hombre soltó un alarido y se desplomó. Ella dejó que cayera y

rodó por el empedrado para esquivar la embestida del otro asaltante. Éste corrió tras Maérica, pero perdió el equilibrio cuando ella le echó la zancadilla desde debajo de él mientras aún estaba tendida de espaldas. El esbirro de Polión hizo un quiebro al caer y la apuñaló.

Hermógenes notó que el cuchillo de Áyax se despegaba un poco de su cuello y aprovechó la oportunidad. Asió la muñeca del gladiador intentando ponerle un traspié al mismo tiempo para derribarlo. Era una llave de lucha que recordaba a medias de la época del colegio. No surtió efecto contra un adversario entrenado: Áyax soltó un taco y se hizo a un lado, pero Hermógenes había logrado apartar la mano que empuñaba el cuchillo. El reciario retorció de nuevo el brazo izquierdo de su cautivo. Hermógenes se inclinó hacia delante, presa del dolor, pero no soltó la muñeca del otro, pugnando por mantener el puñal lejos de su cuello. Áyax comenzó a zarandearlo por el brazo torcido. El alejandrino estiró el cuello y consiguió morder la mano que agarraba el arma. Áyax profirió otra maldición y empujó a Hermógenes con violencia. Éste trató de aprovechar la caída para liberarse, pero el gladiador se echó encima de su espalda al instante y se puso a aporrearle la cabeza y a insultarlo.

Los golpes cesaron de súbito en un remolino de lino blanco y Áyax se arrojó al suelo para alejarse rodando. Hermógenes se apoyó en el codo derecho, ya que el izquierdo no daba muestras de responder, e intentó incorporarse. Parte de la toga de lino blanco estaba arrebujada encima de él y parte colgaba en la alcantarilla.

Maérica estaba de pie a su lado con un puñal ensangrentado en la mano izquierda, apretándose el costado con el otro brazo. El lado derecho de su túnica estaba empapado en sangre.

—Cántabra —dijo Áyax poniéndose de pie—. Sabía que acabaríamos luchando.

—Lárgate —espetó Maérica. Le faltaba el aliento y hablaba enronquecida por el dolor.

—No puedo —contestó Áyax sonriendo—. El jefe quiere a tu novio. Es más valioso vivo pero supongo que ahora tendré que matarlo.

Acto seguido, giró a la derecha procurando alcanzarla en el costado herido.

—No sé cuánto te ofrece Polión —jadeó Hermógenes—, pero te daré el doble si te marchas.

Nadie le prestó atención. Áyax continuó desplazándose hacia la derecha mientras Maérica se volvía para no dejar de darle la cara. Hermógenes recogió la toga y buscó algo que le sirviese de arma.

Áyax atacó de repente con ímpetu, pero por la izquierda, con todas sus fuerzas, impulsando la mano del cuchillo de abajo arriba con el otro brazo extendido y la mano libre abierta. Se oyó un chirrido al deslizarse el metal contra el metal; Maérica emitió

un gruñido de dolor. El reciario retrocedió de nuevo y Hermógenes le arrojó la toga a los pies haciéndole trastabillar y venir a tierra.

Mientras Áyax caía, Maérica avanzó hacia él con aquella fiera determinación que había demostrado en la Subura. No se agachó ni usó su cuchillo: en cambio, le arreó una patada, no en la entrepierna, por una vez, sino en las costillas. El gladiador rodó por el suelo pero Maérica fue tras él, más deprisa ahora, propinándole un puntapié tras otro, obligándolo a mantenerse a la defensiva y sin concederle la menor oportunidad de volver a ponerse de pie. Áyax dio vueltas hasta topar con la pared de un edificio e intentó hincarse, pero entonces Maérica le asestó una patada alta y demoledora en la cabeza. El hombre se desplomó y Maérica le estampó el talón en la cara. Áyax se convulsionó soltando un alarido y arqueando la espalda por el dolor, llevándose las manos a los ojos instintivamente. Maérica hizo una breve pausa. Luego se arrodilló y lo degolló.

Hermógenes se levantó tambaleándose y se acercó a ella. Maérica levantó la vista hacia él con el semblante pálido bajo el cabello rojizo y los ojos, que apenas parecían humanos. Seguía presionándose el costado con el codo derecho, y la mancha de sangre ya le había teñido media túnica de rojo.

—¡Maérica! —gimió Hermógenes, dejándose caer de rodillas a su lado—. ¡Estás herida, estás herida!

La expresión inhumana se esfumó de sus ojos. Soltó el puñal, dio la espalda al cuerpo de su oponente y se dejó caer entre los brazos de Hermógenes.

—¡Mi querida niña! —exclamó él, sin saber siquiera en qué idioma estaba hablando—. Estás herida… déjame ver…

La llevó hasta una extensión de suelo despejada, se quitó la toga de lino de Escitópolis, la colocó bajo su cabeza a modo de almohada y le apartó el brazo derecho intentando echar un vistazo a la herida. Había demasiada sangre. Miró desesperadamente en derredor, avistó el cuchillo que había usado Áyax y fue a recogerlo.

—¿Eres Marco Elio Hermógenes? —preguntó una voz desconocida. Hermógenes alzó la mirada deslumbrado y vio un grupo de soldados con cotas de malla plantados en medio de la calzada que conducía al banco.

—Sí. Mi concubina está herida —respondió y regresó a su lado. Maérica parecía estar semiconsciente, pero sus ojos se clavaron en él—. Tengo que detener la hemorragia. Ayudadme.

—Quedas arrestado —le comunicó el soldado.

Hermógenes no le hizo caso. Necesitaba vendas. Quedaba la otra toga. Fue a buscarla pero uno de los soldados lo agarró del brazo.

—Debes venir con nosotros —dijo el soldado frunciendo el ceño mientras le quitaba el puñal.

—Mi concubina está herida —insistió el alejandrino con incredulidad—. Está perdiendo mucha sangre. Necesita ayuda. El soldado la miró con desdén.

—No nos han dado instrucciones respecto a la puta. Hermógenes le atizó un puñetazo.

Fue un craso error, y más tarde se maldeciría por haberlo cometido. El soldado le devolvió el golpe y lo mismo hicieron sus compañeros. Lo tumbaron de una patada en los tobillos y le ataron las manos a la espalda. Luego lo obligaron a ponerse de pie y le ordenaron que echara a andar. Hermógenes les gritó que atendieran a Maérica y por toda respuesta lo abofetearon. Intentó zafarse, y algo impactó violentamente contra su sien. El mundo se oscureció.

Hermógenes recobró el sentido a medias para descubrir que lo estaban transportando en volandas por una calle. La cabeza le dolía terriblemente y estaba muy mareado. Le dieron arcadas, y sus captores lo tiraron al suelo sin miramientos y lo rodearon mientras vomitaba en la alcantarilla. Todavía tenía los brazos atados, y notaba un dolor lacerante en el hombro izquierdo, de modo que cada espasmo era un suplicio para él. Cuando hubo terminado, lo pusieron otra vez de pie y lo empujaron hacia delante, sujetándolo por los brazos y llevándolo casi a rastras ya que apenas se sostenía por sí mismo y no paraba de dar traspiés. Estaba tan debilitado que ni siquiera sabía dónde estaba. Subieron unos escalones para entrar en un edificio, donde lo soltaron y él se tendió hecho un ovillo. Oía unas voces furiosas y estridentes que sonaban por encima de su cabeza pero no logró concentrarse lo suficiente para entenderlas. En cierto momento alguien le preguntó si era Marco Elio Hermógenes, el alejandrino, y él respondió que sí.

Al cabo de un rato dos hombres volvieron a levantarlo y lo arrastraron por un pasillo para luego bajar por una escalera. Era oscura y fresca, lo que contrastaba con el soleado día de junio que hacía en la calle. Alguien descorrió el cerrojo de una puerta y los hombres que lo llevaban lo hicieron pasar por ella y lo dejaron en el suelo. Se quedó tumbado allí observándolos con la vista nublada mientras salían y cerraban la puerta a sus espaldas.

De repente la habitación se oscureció aún más. El suelo estaba frío. Le vino a la mente la imagen de Maérica tendida en el barrio etrusco con la túnica manchada de sangre y los ojos vidriosos y apenas conscientes fijos en él. Intentó levantarse, pero el dolor y el mareo le obligaron a permanecer acostado y bien quieto. Se palpó con cuidado la cabeza donde más le dolía y descubrió un chichón húmedo y pegajoso en el cráneo justo encima de la oreja derecha. Cayó en la cuenta de que en algún momento le habían desatado las manos y se enorgulleció de ser capaz de sacar tantas conclusiones. Moviéndose con mucho cuidado, echó un vistazo alrededor. Estaba solo en una habitación pequeña y apenas iluminada, tendido sobre un suelo de piedra sin pulir. La

única luz procedía del montante con barrotes que había en la única puerta de la habitación, y era mortecina y gris.

Intentó erguirse de nuevo, con más cuidado esta vez, y consiguió ponerse de pie. Fue trastabillando hasta la puerta y la golpeó débilmente. Nada ocurrió. Buscó un picaporte: no había. Quiso gritar, pero sintió que el esfuerzo le haría estallar la cabeza y se aferró al marco de la ventana, mareado y aturdido.

Comprendió que se hallaba en una celda: lo habían detenido y encerrado en una prisión. ¿Dónde estaría Maérica? ¿La habrían dejado tirada en la calle?

Comenzó a maldecirlos y luego se maldijo a sí mismo. ¡Qué estúpido, que vergonzosamente estúpido había sido al golpear a un soldado romano! ¡Tendría que haber ofrecido dinero a los guardias, por todos los dioses inmortales! Si hubiese dicho «¡cien denarios para el hombre que la ayude!» se habrían desvivido por curarle la herida, pero no, le había faltado la presencia de ánimo necesaria, había recurrido a los puños, le habían asestado un garrotazo y habían abandonado a Maérica sobre el empedrado, condenándola a morir desangrada.

Pensó en su amada, agonizante y sola en las calles de Roma. Se apoyó en la puerta y se deslizó hasta el suelo, llorando. La pena nació en su interior como un diminuto agujero en el alma y de pronto se hinchó tanto que, incapaz de soportarla, profirió un aullido a pesar del dolor de cabeza.

De repente, algo obstruyó el paso de la luz que se colaba por la ventana de la puerta y una voz preguntó:

—¿Qué te pasa?

Hermógenes hizo un esfuerzo por reprimir otro alarido de angustia. No podía darse el lujo de cometer otra estupidez. Ignoraba cuánto habían tardado en llevarlo hasta allí y cuánto tardaba una mujer en morir desangrada: tal vez aún estuviese a tiempo de enmendar su equivocación.

—Por favor —dijo jadeando, poniéndose otra vez de rodillas—. Mi concubina está herida y necesita atención urgente. Soy un hombre rico y pagaré cien denarios a quien vaya en su ayuda.

Se produjo un silencio y luego la voz de la puerta inquirió:

—¿Qué concubina?

—Se llama Maérica. Estaba conmigo cuando me detuvieron. Lamento haber golpeado al soldado, sólo quería asistirla. Está herida, sangraba mucho y se marcharon dejándola tendida allí. Tengo dinero; pagaré a quien la ayude. Por favor. Es urgente.

—Conmigo no cuentes —replicó la voz.

—¡No, por favor! —Hermógenes se puso trabajosamente de pie para mirar a través de los barrotes. Ante él había un rostro sin afeitar y con la nariz aguileña, tocado con un

casco—. ¡Por favor, si envías a alguien a socorrerla también te pagaré a ti! Soy rico, me lo puedo permitir. La dejaron en el barrio etrusco, cerca del Banco de Gabinio. ¡Estaba herida, yo sólo quería detener la hemorragia, de lo contrario me habría ido con ellos en cuanto me lo pidieron y no habría golpeado a nadie!

—¿Estás diciendo que los guardias pretorianos hirieron a tu concubina? —preguntó el carcelero, indignado.

—¡No, no, no! —protestó Hermógenes pugnando por no perder el control e incurrir en otro error garrafal—. No fueron los pretorianos. Fueron los hombres de Polión. Nos atacaron los hombres de Polión antes de que llegaran los guardias. Por favor, ¿no puedes enviar a alguien a socorrerla? ¡Es una mujer buena y noble, no merece morir así! ¡Te pagaré lo que quieras!

—No sé nada de todo esto —repuso el carcelero con cautela.

—Por favor. No te estoy pidiendo que abandones el puesto, sólo que informes de este asunto a tu superior. Cuanto antes. Estatilio Tauro conoce a mi concubina, él no querría que muriera desangrada. Prometió recompensarme por salvarle la vida y…

—¡Yo no sé nada sobre esto!

—¡Sí, sí, ya me lo has dicho! Pero teníamos un plan que ha salido mal y no le gustará nada enterarse de que estaba herida y nadie la socorrió. Por favor, por favor, ¡sólo tienes que avisar a tu superior! Dile que estoy dispuesto a pagar un montón de dinero si consigue evitar que muera mi concubina. Seguramente no va contra las reglas que hables con tu superior y te pidas que envíe un médico al barrio etrusco.

—¿Dices que tienes dinero?

Hermógenes se apoyó contra la puerta, respirando pesadamente.

—Puedo conseguirlo. Tengo cartas de crédito para el banco, mejor dicho las tenía, ahora están en poder de mi concubina. Cuento con un amigo en Roma, además, Tito Fiducio Crispo, un acaudalado hombre de negocios: me prestará el dinero que haga falta si se lo pido. Puedo conseguir dinero. Soy un hombre rico.

—Bien —dijo el carcelero tras meditar un momento—. Iré a preguntar.

Se marchó. Hermógenes se desplomó. La cabeza y el hombro le dolían, al igual que la rodilla derecha. Estaba desfallecido. Evocó la imagen de Maérica tendida sobre las losas del pavimento, dirigiéndole una mirada confusa con sus ojos azules. «¡Oh, amor mío —pensó desconsolado—, lamento mucho no haber sido más prudente!».

Se despertó temblando y comprendió que se había dormido. Necesitaba usar la letrina. Se hincó y llamó a la puerta. Al no obtener respuesta llamó unas cuantas veces con un hilo de voz. Por fin oyó ruido de pasos, se obligó a ponerse de pie y otro rostro con casco apareció en la ventana. Era un rostro distinto del de la última vez.

—¿Qué pasa? —inquirió el carcelero.

—Necesito ir a la letrina —dijo Hermógenes entrecortadamente.

—Hay un cubo en el rincón —señaló el carcelero y dio media vuelta.

—¡Espera! ¡Por favor!

El rostro se volvió con el ceño fruncido.

—Pedí al hombre que estaba aquí antes que enviara a alguien a socorrer a mi concubina —explicó jadeando—. Le prometí dinero. Dijo que iba a preguntar. ¿Sabes… sabes qué ha sucedido?

—No —respondió el carcelero de manera cortante y le dio la espalda de nuevo.

—¡No, espera! ¡Por favor! También te pagaré a ti…

Las pisadas del carcelero se alejaron. Hermógenes apretó la cara contra los barrotes y vislumbró la espalda con armadura del hombre que se retiraba por un corredor de piedra que rodeaba un pozo tapado con una reja. El carcelero giró a la derecha y desapareció.

Hermógenes inspeccionó su celda, un recinto diminuto con paredes de ladrillo basto, y divisó un maloliente rincón frío y húmedo con un cubo encastrado que utilizó, tal como le habían indicado. Luego se acurrucó en el suelo en el rincón opuesto, temblando. El rostro de Maérica apareció de nuevo en su imaginación, y él se apretó los ojos con las manos. Tras debatirse durante unos minutos entre el pesar y el sentimiento de culpa, se dio por vencido y prorrumpió en llanto.

Después de pasar otro rato prolongado a oscuras, y con la cabeza cada vez más dolorida, se dirigió de nuevo al rincón sucio y vomitó aire y bilis del estómago vacío. Luego regresó al rincón limpio y rezó a Isis y a Serapis, y a Apolo y a Asclepio, dioses de la curación, para que ayudaran a la mujer que amaba.

Al cabo de otro interminable silencio una luz de una lámpara penetró por el montante, con lo cual cayó en la cuenta de que ya era noche cerrada. Se incorporó sobresaltado e hizo una mueca por la punzada que sintió en la cabeza. El cerrojo emitió un chasquido y la puerta se abrió. Entró un guardia con una jarra y una hogaza en una bandeja; otro hombre aguardaba en el umbral detrás de él, sosteniendo un farol en alto. La luz le mostró la celda claramente por primera vez: un cubículo con las paredes manchadas y el suelo de piedra. El primer guardia depositó la bandeja en el suelo y se dispuso a salir.

—¡Espera! —gimió Hermógenes—. Por favor, he estado preguntado por mi concubina, que resultó herida…

Los guardias salieron y cerraron la puerta. Hermógenes se levantó y fue tambaleándose hacia la puerta mientras corrían el cerrojo.

—¡Por favor! —suplicó—. Estaba herida. Estatilio Tauro la conoce, él querría que la ayudarais. Tengo dinero, puedo pagar…

—¿Tienes dinero aquí? —preguntó el hombre del farol. Volvía a ser distinto de los otros dos que había visto antes.

—No, pero poseo propiedades, dinero en el banco, y tengo amigos aquí, en Roma. Puedo pagar a quien me ayude.

—No es romano —observó el hombre que había traído la bandeja. Parecía sorprendido.

—Por aquí ha habido de todo —comentó el hombre del farol—. Hasta reyes extranjeros.

El hombre de la bandeja escrutó entre los barrotes a Hermógenes.

—Éste no tiene pinta de rey.

—No sé quién es —murmuró el del farol con indiferencia.

—Por favor —imploró Hermógenes, aferrándose a los últimos restos que le quedaban de autocontrol—. Soy un hombre de negocios alejandrino. Lo único que quiero es saber qué ha sido de mi concubina. He pedido a uno de vuestros compañeros que le enviara ayuda pero no sé si lo ha hecho. Le prometí dinero. Estaré encantado de pagarle si regresa y me cuenta qué ha sucedido, y también os pagaré a vosotros por la información. Estoy muy preocupado por ella.

—No sabemos nada sobre eso, griegote —contestó el del farol, no sin cierto pesar —. Hace sólo una hora que ha empezado nuestro turno. Si hablaste con alguien esta mañana, pertenecía a otra unidad. Nada que ver con nosotros. Pregúntaselo al magistrado durante la vista.

Hermógenes golpeó la puerta.

—¿De qué se me acusa? —preguntó—. ¿Cuándo se celebrará esa «vista»? ¿Dónde estoy?

—¿Ni siquiera estás enterado de eso? —Se asombró el hombre que había traído la bandeja.

—Estás en la prisión Mamertina, griego —le informó el del farol—. Donde encierran a los enemigos del Estado. —Señaló con el pulgar hacia el pozo que se abría en el suelo—. Allí abajo está el Tullianum, donde matan a los enemigos del Estado. Quizá llegues a verlo, quizá no. En cuanto al resto, no tenemos idea. Nuestra unidad está encargada de proporcionar guardias para el turno de noche hasta fin de mes, y eso es cuanto sabemos. No somos responsables de lo que la ley haga contigo: sólo nos aseguramos de que no te escapes antes de que lo haga.

—¡Por favor! —Comenzó Hermógenes de nuevo, pero los dos hombres se echaron a reír y se marcharon.

El alejandrino se quedó en penumbra, aferrado al marco de la ventana, siguiendo con la vista el farol que se alejaba. La luz desapareció enseguida, y él recordó que lo

habían hecho bajar por una escalera para llevarlo hasta aquel calabozo, o eso creyó recordar. El Tullianum. Había oído ese nombre con anterioridad. Frases como «murió de inanición en el Tullianum» y «los estrangularon en el Tullianum», pero nunca había sabido dónde estaba. En algún sitio céntrico, pensó. Eso era sin duda una buena noticia: significaba que no se encontraba demasiado lejos del barrio etrusco y que si el primer carcelero había enviado a alguien con presteza, ese alguien quizás había llegado a tiempo. A no ser que Maérica ya hubiese muerto desangrada. Se preguntó qué gravedad revestía su herida, y el recuerdo de la sangre lo hizo estremecer.

Regresó a su rincón. Al cabo recordó la bandeja que le habían traído los guardias y la buscó a tientas. Faltó poco para que volcara la jarra pero la sujetó a tiempo. Estaba llena de agua, y se la llevó consigo al rincón. Todavía tenía el estómago revuelto y no le apetecía el pan, pero estaba muy sediento.

Se preguntó si la prisión Mamertina sería muy grande y si en aquel momento habría otros presos o estaría solo. Intentó imaginar si habría alguien agonizando dentro del Tullianum. El agua que acababa de beber le sentó mal en el estómago.

Volvió a acercarse a la puerta y llamó sin fuerzas, mas no obtuvo respuesta. Todo estaba en tinieblas; ni siquiera distinguía la reja que tapaba el oscuro pozo. Probablemente estaba solo en aquella cárcel. Los guardias habían regresado arriba después de llevarle la bandeja, y no los había oído visitar otras celdas, aunque quizá se debiera a que estaba demasiado atolondrado. Aquel golpe en la cabeza le había afectado mucho. Supuso que era una buena señal que alcanzara a comprender aquello, si es que aún quedaba alguna señal que pudiera considerarse buena.

Aunque hubiera algún pobre infeliz agonizando en el Tullianum, no estaba en su mano ayudarlo. Ni siquiera había sido capaz de socorrer a Maérica. Quizá no hubiese logrado salvarla aunque hubiese obrado con más sensatez y sobornado a los guardias desde un principio.

Recordó que ella había presagiado que sucedería algo terrible y que él había dado alegremente por sentado que en tal caso le sucedería a él. Se deshizo en lágrimas otra vez. Aunque no hubiese podido salvarla, por nada del mundo habría debido permitir que muriese sola.

Hubo otro prolongado intervalo de oscuridad. Su mente se negaba a desterrar la imagen de algún desdichado enemigo de Roma agonizando en la vecina negrura. Comenzó a apoderarse de él la impresión de que realmente veía al reo tendido desnudo en la inmundicia de la cárcel, y luego vislumbró a varios hombres más, con los cuerpos marcados por la tortura, los rostros claramente visibles pese a la oscuridad, hinchados por el garrote que los había estrangulado. Se apiñaron alrededor de él, murmurando entre sí sin quitarle el ojo de encima.

«¿Es uno de los nuestros? —Se preguntaban unos a otros con voces que sonaban como los chillidos de los murciélagos—. ¿Es uno de los nuestros?».

Hermógenes intentaba contestarles pero se había quedado sin habla, y entonces cayó en la cuenta de que ignoraba la respuesta. Llegaron más de ellos, y después otros más, hasta que creyó tener ante sí a todos aquellos que Roma había masacrado en su ascensión al poder. Luego Maérica apareció de pie encima de él, pálida como el lino blanqueado, con la túnica empapada en sangre.

Se despertó temblando y asfixiado. Maérica no estaba allí. Todo había sido un sueño. Usó el cubo letrina y luego se aovilló en su rincón y consiguió dormirse otra vez. Se despertó de nuevo y apuró el agua de la jarra. La luz gris volvía a colarse por la ventana de la puerta, por lo que coligió que ya era de día.

Por fin oyó ruido de pasos. Entrevió un rostro que lo contemplaba con ojos escrutadores desde la ventana. A continuación, la puerta se abrió y otros dos guardias entraron con pasos pesados. Eran perfectos desconocidos, ambos con armadura, uno con la cimera del casco que lo identificaba como centurión. El guardia ordinario llevaba una lanza, el centurión unas pesadas esposas de hierro.

—¡En pie! —ordenó éste.

Hermógenes se apoyó a la pared para levantarse.

—Por favor… —Comenzó.

—¡Media vuelta!

Se puso de cara a la pared y el centurión le encadenó las manos a la espalda.

—Por favor —probó de nuevo—. Mi concubina resultó herida justo antes de que me arrestaran. He estado intentando…

—¡Silencio! —rugió el centurión—. Ahora vamos a llevarte a ver al prefecto de la ciudad y esperamos que te comportes. Si nos causas algún problema te arrepentirás, ¿entendido?

—Entendido.

Al menos lo conducirían ante Tauro.

—Bien. Ni una palabra. Mantén la boca cerrada excepto si el prefecto te pide que hables. ¿Me has oído?

—Sí.

—Bien.

El centurión lo asió del brazo y lo hizo salir de la celda. En la Mamertina sólo había unos pocos calabozos dispuestos alrededor de unos muros de ladrillo que conformaban un trapecio en cuyo centro se hallaba el pozo del Tullianum. Hermógenes echó una ojeada a su interior al pasar junto a la siniestra abertura: le pareció que abajo había una estancia de proporciones considerables, pero estaba lóbrega como boca de

lobo y no alcanzó a distinguir si albergaba alguna víctima. Apestaba a mugre y sufrimiento.

Un poco más adelante había una especie de vestíbulo y un breve tramo de escaleras. El hombre de la lanza subió primero, seguido por Hermógenes y finalmente por el centurión. Salieron por una puerta y Hermógenes hubo de pestañear, deslumbrado por la luz del día. Notó el aire deliciosamente templado. Los dos pretorianos guiaron a su prisionero por un corredor hasta una sala más amplia donde otros cuatro guardias aguardaban de pie.

—¡Por Júpiter, va hecho un desastre! —señaló uno de ellos mirando a Hermógenes de arriba abajo con repugnancia—. ¿No habría que lavarlo antes?

—No hay tiempo —replicó el centurión—. El general quiere verlo ahora mismo.

Hermógenes supuso que saldrían a la calle y atravesarían la ciudad pero en cambio se vio escoltado por otro pasillo y otro tramo de escaleras para luego cruzar un espléndido rellano de mármol y entrar en una habitación.

Había frescos en las paredes, cristal en las ventanas y una alfombra en el suelo. Tito Estatilio Tauro estaba sentado en un sillón de respaldo alto debajo de la ventana del otro extremo de la sala, luciendo su toga escarlata y un peto dorado con un relieve que representaba a la loba de Roma. En un diván, a su derecha, se encontraba Lucio Tario Rufo, ataviado con la púrpura consular, junto a su liberto Macedo, vestido de carmesí. Los guardias escoltaron a Hermógenes hasta el centro de la sala y se cuadraron con un taconazo.

—¡Por Júpiter! —exclamó Tauro tal como había hecho el guardia, mirando a Hermógenes de hito en hito—. Centurión, ¿por qué está en semejante estado el prisionero?

—Se vio envuelto en el incidente del barrio etrusco antes de su detención, señor —respondió el centurión enérgicamente—, y se resistió a la autoridad.

—Yo… —Comenzó Hermógenes.

—No —lo cortó Tauro sin levantar la voz, y el centurión, que se disponía a golpear al prisionero, bajó la mano enseguida. El general se inclinó ligeramente hacia delante en el sillón, con una expresión implacable en sus ojos negros—. Que te quede claro —dijo en griego—. Guardarás silencio hasta que te autorice a hablar. De lo contrario, serás amordazado.

Hermógenes permaneció callado por un momento, temblando de rabia y desesperación.

—Tus hombres dejaron a mi concubina tirada en la calle para que muriera desangrada —soltó por fin en el mismo idioma—. ¡Una mujer a quien tú conocías, cuyo coraje admirabas, que te consideraba honorable!

A una señal de Tauro, los guardias intercambiaron miradas y, tras rebuscar un poco, uno de ellos sacó un pedazo de tela que metió en la boca del prisionero. Sabía a ceniza y aceite: limpiametales para armaduras. Otro hombre se acercó con un cordel y aseguró la mordaza antes de que Hermógenes pudiera escupirla.

—Acercadle un asiento —ordenó Tauro—. Parece a punto de caerse.

Dos de los hombres fueron a buscar una banqueta que estaba junto a la pared, la colocaron detrás del prisionero y lo obligaron a sentarse. Hermógenes quedó allí, esposado, amordazado, apaleado y mugriento, con la boca escocida por la ceniza. En silencio, maldijo a Roma.

—Bien —dijo Tauro volviéndose hacia su amigo Rufo y hablando de nuevo en latín —, ¿es éste el hombre que tantos problemas te ha estado causando?

—Sí —asintió el cónsul, sonriendo abiertamente—. Sí. Nunca te lo agradeceré bastante.

—Mi secretario tiene los documentos que he mencionado.

Opina que son auténticos.

La sonrisa del cónsul se desvaneció levemente y una mirada avergonzada asomó a sus ojos.

—Bueno…

—Explícame qué ha hecho este hombre para merecer la detención que ordené.

—Me amenazó —declaró Rufo con el semblante ensombrecido—. Intentó hacerme chantaje.

—¿Con qué? —preguntó Tauro sin alterarse.

Rufo se volvió con inquietud hacia los guardias. Tauro levantó una mano hacia ellos.

—Centurión, quédate. Los demás esperad fuera.

Los guardias salieron en tropel dejando solo al centurión, que custodiaba la puerta.

—Amenazó con demandarme por una deuda —contestó Rufo enojado—. ¡Yo, un vencedor de Actium, obligado a levantarme de mi escaño curial por un egipcio! ¡Y me aseguró que enviaría una carta a ese idiota engreído de Cornelio Escipión si yo hacía algo al respecto!

—¿Si hacías «algo»? —inquirió Tauro—. ¿A qué te refieres? Hubo un momento de silencio.

—¡No iba a rebajarme a acatar las órdenes de un prestamista alejandrino! —declaró Rufo con vehemencia.

Tauro carraspeó, observando a su amigo con ecuanimidad.

Rufo, incapaz de sostenerle la mirada, se rebulló incómodo en su asiento.

—¡Deshonraría al consulado! —protestó. Tauro volvió a carraspear.

—Polión lo estaba buscando —dijo—. ¿Sabes por qué?

—Sí. El sujeto intentó vender la deuda a Polión cuando comprendió que iba a costarle lo suyo cobrarla. Y ya conoces a Polión: está dispuesto a todo con tal de deshonrarnos.

—Me consta que está dispuesto a todo con tal de deshonrarme a mí —replicó Tauro fríamente—. Nunca me ha parecido que tú le cayeras especialmente mal. ¿A cuánto asciende la deuda?

Rufo, incómodo, posó los ojos en su liberto.

—A cuatrocientos mil sestercios, señor Estatilio Tauro —terció Macedo en un tono de lo más respetuoso—. Más algo de interés.

—Cuatrocientos mil sestercios —repitió Tauro—. Sin duda no es una suma importante para un hombre con tus recursos, Lucio. ¿Por qué no la pagaste sin más? Los documentos son auténticos: el hombre está en su derecho.

—¿Por qué he de pagar a un egipcio? —espetó Rufo, henchido de orgullo.

—Porque eres romano —señaló Tauro—, y no sólo eso, eres un cónsul romano, autorizado a portar los emblemas del Estado romano, los símbolos de su poder para hacer cumplir las leyes. Si quebrantas esas leyes, deshonras algo más que a tu persona, Lucio: deshonras a Roma.

Rufo bajó la vista, irritado pero también abochornado. Macedo fulminó a Tauro con una mirada de indignación.

—He investigado a este alejandrino —prosiguió Tauro sin prisas—. De acuerdo con los archivos, durante la conquista de Egipto su familia figuraba en la lista de simpatizantes del emperador o, por lo menos, de quienes eran hostiles a la monarquía, postura que habían mantenido desde los tiempos del reinado del padre de Cleopatra. Su padre proporcionó apoyo financiero a Elio Gallo para la expedición contra Arabia y fue recompensado por ello con la ciudadanía. Mi hombre de negocios personal me informa de que se lo disputan como inversor los sindicatos navieros de Alejandría puesto que su fama de negociante honesto, así como su sagacidad y discernimiento a la hora de colocar su dinero, resultan determinantes para asegurar el éxito de una empresa. Esta deuda que intentaba reclamarte la heredó de un tío suyo, un destacado hombre de negocios de Chipre, cuya ruina el año pasado fue muy lamentada en la isla. El hijo de mi amigo Quirino, a la sazón procónsul del lugar, llegó incluso a decir que este suceso había perjudicado la reputación de Roma, ya que estuvo claramente provocado por tu mora. Lucio, te lo pregunto otra vez: ¿por qué no pagaste tu deuda?

—¡Tenía intención de hacerlo! —se quejó Rufo con resentimiento—. Devolví una parte. Pero luego hallé mejores usos para mi dinero y entonces… Sabes de sobra que mis tierras no han resultado rentables, Tito; sabes el terrible esfuerzo que ha supuesto

para mí alcanzar la púrpura.

—¿Y por eso he arrestado a un hombre inocente y lo he encerrado en la Mamertina, una cárcel destinada exclusivamente a los enemigos del Estado? —inquirió Tauro.

Rufo se removió, nervioso, e hizo una mueca.

—El egipcio —murmuró Macedo— es un hombre deseoso de hacer daño a tu amigo, señor Estatilio Tauro, y a cubrir de ignominia el consulado de Roma. Está claro que es un enemigo del Estado.

—Estaba hablando con mi amigo, liberto —recalcó Tauro fríamente—, no contigo. Lucio, si te entrego a este hombre, ¿qué harás con él?

Se impuso un silencio embarazoso.

—Entiendo —dijo Tauro—. Deberías saber, Lucio, que Polión está al corriente de su detención y que también me lo ha reclamado. De hecho, Polión sostiene que este hombre es un ladrón común que robó una valiosa estatuilla de su casa y que necesita interrogarlo para determinar qué hizo con ella.

—Polión sólo quiere deshonrarme —repuso Rufo con presteza—. No me extrañaría que el egipcio fuese un ladrón, pero la razón por la que Polión lo andaba buscando es que quiere utilizarlo para perjudicarme. Es el último hombre a quien debería confiarse la custodia del reo.

Tauro le dirigió una mirada indescifrable y acto seguido se volvió hacia el centurión.

—Di a los hombres que hagan pasar a Publio Vedio Polión.

El centurión saludó y salió.

—¡No! —protestó Rufo, horrorizado.

—¿No? —repitió Tauro—. ¿Sostienes que probablemente este griego robó en casa de Polión y en cambio pretendes negarle al propio Polión el derecho a interrogarlo acerca del robo? ¿Y esto, después de haber admitido tácitamente que albergas la intención de matar al prisionero por haber cometido el crimen de ser tu acreedor? Vas a tener que esmerarte más si deseas mi ayuda, Lucio.

—No puedes… —Comenzó Rufo sudando pero se interrumpió. Perturbado, clavó los ojos en su liberto.

—Señoría —dijo Macedo—, seguro que no deseas ver a un cónsul romano demandado por deberle dinero a un prestamista egipcio.

—¡Por supuesto que no quiero presenciar un espectáculo tan vergonzoso! —replicó Tauro con energía—. ¡Si el cónsul romano hubiese pagado su deuda esto no estaría sucediendo! Tienes tierras, Lucio, fincas que valen muchísimo más de cuatrocientos mil sestercios: ¿qué te impide vender alguna?

—Yo… —Rufo titubeó y entonces los guardias franquearon el paso a Polión.

El anciano llevaba una toga cuyos pliegues estaban drapeados holgadamente sobre una túnica que parecía hecha de oro. Se adentró en la sala bamboleándose como un pato entre el centurión y otro soldado, con una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes puntiagudos.

—¡Lucio! —saludó a Rufo, dedicándole una inclinación de cabeza—. ¡Tito! Gracias por atrapar a mi ladrón. ¡Por Hércules, no negaréis que no tiene aspecto de villano! ¿Por qué lo habéis amordazado?

—Porque no se callaba —respondió Tauro—. No pienso escuchar ninguna calumnia, al menos hasta que sepa toda la verdad.

Rufo comenzaba a mostrar cierta angustia, mientras que Polión no dejaba de sonreír. Tauro hizo chasquear los dedos e indicó a los guardias que acercaran otra silla de las que había arrimadas a la pared de la sala.

Polión tomó asiento agradecido y cruzó las manos sobre su vientre.

—Dime pues, ¿has encontrado mi estatua?

—¿De qué estatua hablas? —preguntó Tauro con expresión de desagrado.

—La que el tipo robó, por supuesto. Una estatuilla de Hermes de oro y marfil que se llevó de mi comedor mientras estaba hospedado en mi casa, el muy granuja. Mi gente ha estado buscándolos a los dos por toda la ciudad.

—No presentaste cargos ante ningún tribunal —dijo Tauro con serenidad—. De haberlo hecho, podría haber ordenado a mis hombres que se encargaran de la búsqueda.

Polión se encogió de hombros.

—No quería molestarte, Tito. Sé que nunca has dispuesto de mucho tiempo para mí.

—Forma parte de los deberes del prefecto de la ciudad molestarse por estos asuntos. Tus hombres registraron un domicilio particular pese a la disconformidad del propietario, un tal Tito Fiducio Crispo. Se ha quejado de tu conducta, con toda razón, puesto que era absolutamente ilegal.

—No causamos daño alguno a la vivienda ni a sus habitantes —afirmó Polión con soltura—. Sabía que el ladrón se había alojado allí y tenía que asegurarme de que no seguía en esa casa.

—¿Te parece una explicación aceptable? Enviaste a una cuadrilla de veinte de tus bandidos, que amenazaron con prender fuego a la casa si no los dejaban entrar y aterrorizaron a sus ocupantes al registrarla. El propietario de la casa, un respetable hombre de negocios, insiste en que tus hombres no buscaban una estatuilla sino a un hombre, a ese hombre de ahí. Debo decirte, Polión, que mi amigo Lucio opina que este supuesto robo es sólo un pretexto. Te ha acusado de querer utilizar al alejandrino para deshonrarlo. Te exijo una explicación detallada si quieres que te entregue al reo.

Polión guardó silencio por un momento y luego sonrió malévolamente.

—¿Y Lucio también te ha explicado por qué el alejandrino está en posición de deshonrarlo?

—No del todo —dijo Tauro—. Sin embargo, prosigamos contigo antes de volver a él. En casa de Fiducio Crispo no encontraste ni al hombre ni la estatua, de modo que, sin haber presentado todavía un solo cargo ante un magistrado, mandas a tus hombres a la ciudad. Ayer tres de ellos participaron en un asalto contra el prisionero en el barrio etrusco. Hay varias decenas de testigos, y todos declaran que tus hombres salieron de un escondite y atacaron al prisionero y a su guardaespaldas con puñales.

—Ésos no eran mis hombres —replicó Polión enseguida—. Los despedí de mi cuerpo de guardia hace tiempo. No sé para qué querrían al prisionero. Quizá pretendían quedarse con la estatua. Es una pieza extremadamente valiosa.

—Ayer recibiste al superviviente en tu casa —señaló Tauro fríamente— cuando mis hombres lo presentaron a los guardias de tu verja. Esos mismos guardias se hicieron cargo de los cadáveres de los otros dos, y tengo testigos que han identificado a uno de los fallecidos, un antiguo gladiador, como miembro de tu personal hasta hace sólo unos días.

—Mentiras —dijo Polión encogiéndose de hombros y luego desplegó una sonrisa.

—Dos incidentes —insistió Tauro—, dos delitos cometidos bajo el pretexto de recuperar esa estatua, sin haber presentado cargos ni aportado pruebas de que la pieza existiera o de que el alejandrino la hubiese visto. Estoy convencido de que si ordeno a mis hombres que registren el alojamiento del prisionero no encontrarán ninguna estatua. Si tus hombres se ocuparan de ello las cosas serían distintas, naturalmente, pero ya han efectuado suficientes registros ilegales. Alguien podría denunciarte por esas acciones, y te recuerdo, Polión, que tengo derecho a juzgar el caso.

Polión dejó de sonreír.

—También lo tiene Lucio Rufo —contestó con malevolencia. A continuación, Tauro se dirigió a Rufo.

—Lucio. Al parecer piensa que tu sentencia sería más benévola que la mía. ¿A qué se debe?

Rufo, que tenía el rostro congestionado, no abrió la boca.

—Me gustaría oír por qué este alejandrino está en posición de deshonrar a mi amigo Lucio —declaró Tauro volviéndose de nuevo hacia Polión—. Y me gustaría saber por qué estabas tan ansioso por dar con él.

El acaudalado Polión vaciló por un instante y adoptó un aire despectivo.

—Tu amigo Lucio le debe una considerable cantidad de dinero e intentó mandarlo asesinar para librarse de la deuda. Se me ocurrió la posibilidad de aprovechar esto para convencerlo de que le hablara de mí al emperador en términos favorables. Eso es

todo.

—No me digas. ¿Lucio?

Rufo asintió con la cabeza sin osar mirarlo.

—Sí. Se ofreció a pagar la deuda por mí. Tito, ya sé que lo detestas, pero…

—Así pues, ¿niegas que Polión te prestó dinero?

Rufo levantó la cabeza de golpe y lanzó una mirada de pánico a su liberto.

Polión soltó una carcajada.

—¿El alejandrino te dijo eso?

—Contesta a mi pregunta, Lucio.

—Yo… yo… yo…

—¡Lucio! —lo apremió Tauro con un grito retumbante que hizo vibrar las ventanas—. ¿Aceptaste dinero prestado de Polión?

—Sí —admitió Rufo a media voz.

Se hizo un largo silencio. Al cabo Polión se echó a reír y se dio una palmada en el muslo.

—¡Vaya, pues lo has descubierto! Cuatro millones, al cinco por ciento, no son tan fáciles de ocultar. Y no está en condiciones de devolverlos, ¿verdad, Lucio? Así que ya ves por qué el alejandrino era tan…

—¡He pagado los intereses! —gruñó Rufo—. Podría haber seguido pagando, incluso tras acceder al consulado, si ese inmundo egipcio no hubiese…

—¿Cuál era el trato, Lucio? —lo interrumpió Tauro. Su grave vozarrón resonó a través de la sala como sin duda había resonado a través del campo de batalla—. La lamprea te había hincado bien el diente. Si pretendes persuadirme de que se avino a soltarte a cambio de tan poca cosa como la promesa de hablar favorablemente de él, no te creeré. Jamás te soltaría tan fácilmente.

El regocijo de Polión se esfumó tan deprisa como había aparecido.

—¿Qué mentiras te ha estado contando el alejandrino?

—Quizá vale más que las oigas por ti mismo —contestó Tauro—. ¡Centurión! Deja hablar al prisionero.

El centurión dio un paso al frente. En ese preciso instante, Macedo se levantó del diván sacando una pequeña daga de un bolsillo oculto en su túnica y se abalanzó hacia Hermógenes.

El centurión gritó e hizo ademán de desenvainar su espada, pero Tauro reaccionó aún más rápidamente. Se apoyó en los brazos del sillón y se propulsó con las piernas extendidas hacia delante. Alcanzó al liberto en plena arremetida, y ambos hombres cayeron juntos al suelo, a los pies de Hermógenes, que los observaba atontado. Macedo se apartó rodando e intentó levantarse.

Tauro ya se había puesto de rodillas con los ojos encendidos de euforia y odio. Juntó las manos, las lanzó hacia arriba y asestó un tremendo puñetazo a la mandíbula de su adversario. La cabeza de Macedo salió disparada hacia atrás y el liberto cayó de espaldas al suelo con el cuello torcido. Tauro se puso de pie y le propinó una patada en el vientre, y luego otra. Macedo no se movió, y Hermógenes advirtió que se había roto el cuello. Los ojos del liberto, cuyos dedos seguían cerrados en torno al mango del puñal, miraban fijamente hacia arriba con expresión atónita.

Tauro escupió encima del cadáver y luego se volvió hacia Rufo, que estaba paralizado y se había puesto blanco como la cera.

—¿Por qué ha intentado tu liberto matar a mi prisionero, Lucio? —inquirió—. ¿Podría ser que, con la sagacidad que lo caracterizaba, finalmente hubiese caído en la cuenta de que el alejandrino habla latín con fluidez y por tanto entendió cierta observación imprudente que hiciste cuando te topaste con él en las termas de Polión?

—¿Qué observación? —preguntó Polión.

Tenía el rostro salpicado de motas rojas y se apretaba el pecho con ambas manos.

—«No puedo matar a Tito —citó Tauro con una sonrisa despiadada— pero ya sabes lo que sucederá si intentamos vender». Rufo se tapó la cara.

—¡Perdóname! —suplicó—. ¡No lo habría hecho, Tito, nunca habría llegado a hacerlo! ¡Sólo quería ganar tiempo!

Polión se dobló en dos, boqueando como si le faltara el aire.

—¡Escoria! —le espetó Tauro al anciano—. ¡Ladronzuelo inmundo y lascivo! Me odiaste desde que puse fin a ese negocio tuyo en Bitinia. Sabía que me matarías si alguna vez se te presentaba la ocasión. ¡Pero tú, Lucio…! Si había dos hombres en los que confiaba más que en ti, no había tres.

—¡No pensaba hacerlo! —gimió Rufo.

—Oh, no pensabas hacerlo, del mismo modo que pensabas pagar tu deuda. Pero si puedes encontrar cosas mejores en las que gastar tu dinero que en mantener la palabra dada, ¿por qué he de creer que no habrías encontrado cosas mejores que hacer con tu fortuna que sacrificarla por amistad? ¿Sabes lo que contestó el alejandrino cuando le pregunté qué recompensa quería por salvarme la vida? Me pidió que honrara las leyes de Roma. —Descargó otra patada en el cadáver de Macedo—. Eres cónsul romano, Lucio, y demuestras menos respeto que él por las leyes de nuestra gloriosa ciudad. ¡Centurión! Libera al prisionero. Es el único hombre inocente de esta sala.

El centurión se acercó, enfundando la espada. Forcejeó con el nudo de la mordaza hasta que se dio por vencido y cortó el cordel con su daga. A continuación abrió las esposas.

Hermógenes se quitó el trapo de la boca con manos temblorosas. Bajó la vista al

cuerpo de Macedo, que yacía a sus pies, luego la dirigió a Polión, que continuaba jadeando y boqueando con la tez ahora gris, y por último a Rufo, que sollozaba amargamente con el rostro entre las manos. De repente el alejandrino deseó estar en su casa del distrito portuario jugando con su hija, deseó haber condonado la deuda desde Alejandría y nunca haber pisado Roma.

—Tenía una concubina —murmuró como atontado, como si nada de todo aquello hubiese ocurrido—. Resultó herida cuando los hombres de Polión me atacaron en el barrio etrusco. No sé qué ha sido de ella.

—Si te refieres a Cántabra —dijo Tauro—, está en el hospital militar de la puerta Colina.

Por un momento aquellas palabras carecieron por completo de sentido para Hermógenes, que no sintió nada. Al cabo, la emoción comenzó a adueñarse de él, sacudiéndole el cuerpo y haciendo que se le saltaran las lágrimas aun cuando no era consciente de experimentar emoción alguna.

—¿Está viva? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí. —Tauro fijó una mirada de desaprobación en Lucio Tario Rufo.

Hermógenes se puso de pie, despacio y vacilante.

—¿Soy libre de ir a verla? —musitó.

Tauro ladeó la cabeza. Sus ojos negros se entrecerraron por unos instantes.

—Puedes ir al hospital —respondió—. Quédate allí hasta que te conceda permiso para irte y comunica a los médicos que tienen orden de atenderte a ti también. Volveré a hablar contigo más tarde. Centurión, consíguele una litera o una silla de manos y proporciónale escolta.

El centurión saludó. Hermógenes se encaminó cojeando lentamente hacia la puerta y antes de salir se volvió.

—Señor Estatilio Tauro —dijo, y el general se volvió una vez más hacia él—. Reconozco que te juzgué mal —dijo con llaneza— y me alegra constatar que eres un hombre honorable.

El general torció el gesto, asqueado, y agitó la mano para indicar a su prisionero que se marchase.

El centurión condujo de nuevo a Hermógenes a través del rellano y escaleras abajo. Él lo seguía, aturdido. Una parte de su mente se preguntaba si Polión moriría de aquel ataque de asfixia y qué haría Tauro con Rufo, pero casi todo su pensamiento giraba en torno a la noticia de que Maérica estaba viva. Como las estrellas al amanecer, todas las demás preocupaciones se desvanecían ante la tremenda necesidad de confirmar que aquella noticia era cierta.

En la gran estancia a la que lo habían llevado tras sacarlo del calabozo había varios

guardias aguardando. El centurión destacó a uno de ellos para que organizara el transporte y la escolta hasta el hospital y acto seguido enfiló de nuevo hacia la escalera para regresar junto a Tauro. Antes de comenzar a subir se volvió hacia sus hombres.

—Tratadlo bien —les ordenó—. Ha salvado la vida al general.

Y en efecto, lo trataron con enorme respeto a partir de ese momento aunque él estaba demasiado trastornado para apreciarlo. Un soldado le arrimó una silla para que se sentara; otro le ofreció vino; un tercero se alejó y regresó enseguida anunciando que la litera lo estaba esperando. Hermógenes dejó que lo ayudaran a levantarse, a salir del edificio y a bajar la escalinata. Se percató, pese al estupor, de que estaba en el rincón nordeste del foro, apenas a unas manzanas del lugar donde lo habían atacado.

La litera era de las pequeñas, con cuatro porteadores. Los cuatro se fijaron en él, horrorizados, y Hermógenes se preguntó qué aspecto debía de ofrecer para que la gente se impresionara tanto. Se sentó en el vehículo, corrió las cortinas y se examinó. La túnica estaba llena de mugre de la calle y la prisión y profusamente manchada de sangre. Tenía un corte bastante profundo en la rodilla derecha que no recordaba haberse hecho, aunque cabía suponer que era producto de la caída que había sufrido durante la persecución. También presentaba rasguños en los codos y todo él estaba cubierto de suciedad y magulladuras. Se palpó varias costras de sangre seca pegadas al pelo. No era de extrañar que los porteadores no se alegraran de llevarlo en su litera: probablemente la lavarían en cuanto se apeara. Sí, desde luego tenía una facha de villano bastante espectacular; semejaba la clase de persona que él habría evitado en un mercado.

Pero no importaba. ¡Maérica estaba viva!

El viaje a través de Roma transcurrió sin que se diera cuenta; le parecía que acababa de subir a la litera cuando los porteadores la posaron en el suelo y un soldado descorrió las cortinas para informarle de que ya habían llegado.

El hospital militar era una casa anticuada que se alzaba cerca del límite de la ciudad, un edificio de dos plantas construido alrededor de un patio central con un jardín. No estaba adosado a campamento alguno: las tres cohortes de la guardia pretoriana estacionadas en Roma no vivían en cuarteles sino que se alojaban con los ciudadanos. Sin embargo, el soldado al cargo de la escolta parecía conocer el lugar: acompañó a Hermógenes hasta la puerta y sostuvo una breve conversación a media voz con el guardia apostado allí. Ambos levantaron la vista bruscamente.

—¿Has dicho que buscabas a tu concubina? —preguntó el escolta.

—Sí —contestó Hermógenes, apoyado contra la pared.

—Hay una mujer que trajeron ayer por orden del prefecto —le informó el portero —, pero nos dijeron que era guardaespaldas.

—Eso también. ¿Dónde está?

Ambos lo miraron fijamente.

—¡Es Cántabra! —se extrañó el escolta—. Fue gladiadora. La he visto combatir. ¡Según tú, era tu concubina!

El portero soltó una risilla burlona.

—No me extraña que esté en ese estado.

—¡No, no! —se apresuró a aclarar el escolta—. Las heridas se las infligieron los hombres de Vedio Polión y el general ha dispuesto que lo atienda un médico.

—¿Vais a decirme dónde está? —inquirió Hermógenes, irritado.

El portero soltó un resoplido de mofa.

—Sala de heridos. Ala sur. ¿Seguro que estás preparado para otro asalto?

—Avisa al médico —ordenó el escolta de mal talante y corrió a reunirse con Hermógenes, que ya había cruzado el zaguán dando tumbos y había torcido a la izquierda hacia el lado sur del patio.

La sala de heridos era un corredor largo y amplio con grandes ventanas que se abrían al patio, todas ellas con los postigos cerrados para impedir que entrase el calor del sol de mediodía. En un extremo yacían tres o cuatro pretorianos que se recobraban de accidentes o heridas; en la otra punta, sólo una cama ocupada. Hermógenes recorrió la sala a toda prisa hacia ella pasando por alto las miradas impresionadas y curiosas que atraía y se detuvo con el corazón palpitando aceleradamente.

Era ella. Yacía de espaldas a la habitación, pero Hermógenes reconoció la línea de su cadera bajo la gastada túnica de esclava, por no mencionar el cabello esparcido sobre la almohada, oscuro a la luz amortiguada de la tarde. Estaba inmóvil; daba la impresión de que ni siquiera respiraba y, por un terrible instante, lo inundó la certeza de que había llegado demasiado tarde. Entonces Maérica percibió sus ojos clavados en ella y volvió la vista atrás.

El semblante se le iluminó e intentó girarse hacia él pero se detuvo con una mueca de dolor. Hermógenes corrió hacia ella, vaciló impotente mientras Maérica procuraba incorporarse y finalmente rodeó la cama para situarse delante de ella. Se agachó junto a la cama apoyándose en la rodilla sana y tendió las manos hacia ella pero volvió a titubear, temeroso de hacerle daño u ofenderla. Maérica sacudió la cabeza con impaciencia, agarró los brazos de Hermógenes, los atrajo hacia sí y puso uno sobre su hombro y el otro en la parte baja del tronco, lejos del bulto que formaban las vendas debajo de su brazo derecho. Entonces lo abrazó, con sumo cuidado en atención a la sangre y las magulladuras, y lo besó.

—¡Pero mira cómo estás! —exclamó Maérica cuando pararon para respirar. Le pasó las puntas de los dedos por las costras del pelo y se estremeció al tocar el chichón —. Pobre amor mío, ¿qué sucedió?

—Tenía tanto miedo de que hubieses muerto —dijo Hermógenes sin aliento, estrechándola con fuerza sin rozar siquiera el vendaje—. Fui tan estúpido que ni siquiera intenté sobornarlos, y te abandonaron allí… ¿Estás bien? —Le entraron ganas de llorar, o de gritar, pero lo que más deseaba era abrazarla, notar la forma de su cuerpo contra el suyo, huesuda y desgarbada pero indiscutiblemente viva.

—Herida de arma blanca en el costado derecho —expuso Maérica con absoluta naturalidad—. Fue el segundo hombre. Pero me apuñaló en plena caída, así que el puñal se hundió poco y torcido, rompió una costilla pero no alcanzó las tripas. Cortó una vena que sangró mucho, pero el médico de aquí la cosió. —De nuevo le acarició el cabello—. Ese chichón es espantoso. ¿Quién te lo hizo?

—Uno de los pretorianos. —Apoyó la cabeza sobre su pecho. El olor a mirra de los vendajes era muy intenso, pero debajo de él percibió su olor corporal—. Me resistí al arresto, porque quería quedarme a socorrerte, y actué como un idiota, le pegué un puñetazo a un soldado en lugar de ofrecerle dinero. ¡Oh, vida mía!

—Chisss —siseó Maérica jugueteando con su pelo con los ojos radiantes de alegría —. Amor mío, ¿qué ha ocurrido? He estado muy preocupada desde que me desperté. Aquí nadie sabe nada: lo único que dicen es que Tauro ha ordenado que cuiden de mí.

Estatilio Tauro llegó al hospital a última hora de la tarde. Para entonces, el médico ya había examinado a Hermógenes y éste se había aseado en las termas del hospital. Estaba sentado en un cojín en el suelo junto a la cama de Maérica, con la cabeza y la rodilla vendadas, vestido con una túnica militar que le habían prestado, y sujetaba la mano de su amada contemplando con satisfacción su semblante. Ahora Maérica estaba tendida de cara a la puerta, de modo que avistó a Tauro antes que él: se puso tensa y Hermógenes se volvió para ver qué ocurría.

El prefecto de la ciudad avanzó lentamente por la sala hacia ellos, flanqueado como de costumbre por sus guardias. Todavía llevaba el peto dorado y la toga larga escarlata que luciera en la reunión de aquella mañana. Se detuvo a un par de pasos de la cama y bajó la mirada hacia ellos con una expresión impasible en su rostro moreno.

—Señor prefecto —lo saludó Hermógenes. No había alternativa: tenía que realizar el enorme esfuerzo que conllevaba ponerse de pie. Se agarró a la cama e hizo fuerza con los brazos para incorporarse.

Tauro carraspeó.

—Marco Elio Hermógenes. —Pronunció el nombre romano completo como si tuviera un sabor desagradable y luego echó una ojeada a Maérica—. Y tu concubina. Confieso que esto me desconcierta.

—No es por dinero, señoría —aseveró Maérica con orgullo.

Para sorpresa de Hermógenes, Tauro sonrió al oír esto. Fue una sonrisa más bien amarga pero una sonrisa al fin y al cabo.

—En ningún momento he pensado que fuera así. Me alegro por ti, chiquilla. Permíteme decir, además, que lamento que resultaras herida. Había impartido instrucciones a mis hombres para que estuvieran en el Banco de Gabinio antes de la hora tercera pero interpretaron que debían acudir allí a la hora segunda y sentarse en la trastienda a jugar a los dados mientras aguardaban vuestra llegada. Han sido debidamente sancionados.

—Abandonaron a Maérica desangrándose en plena calle —se quejó Hermógenes,

con serenidad pero enojado. Tauro lo miró con desaprobación.

—Te equivocas. Después de tu detención, cuatro de ellos te llevaron a la prisión y otros cuatro se quedaron allí. Asistieron a los heridos, recogieron los cadáveres e interrogaron a los testigos acerca de lo ocurrido. Si no hubieses ofrecido resistencia al arresto, lo habrías presenciado todo.

—¡No habría opuesto resistencia si me hubiesen dejado claro que estaban dispuestos a prestarle auxilio! —objetó Hermógenes levantando la voz y con el mismo enojo.

—¿Esperabas que te detuvieran educadamente? —replicó Tauro con sarcasmo—. Eso habría hecho sospechar a los hombres de Polión. No: se les había dicho que te buscábamos para interrogarte a propósito de una conspiración contra el Estado y te trataron en consecuencia.

Los ojos de Hermógenes relampaguearon de ira.

—¿Les advertiste que Polión me andaba buscando y que seguramente había enviado hombres al banco?

Tauro frunció el ceño pero asintió.

—¿Y fueron a sentarse en la trastienda? ¿Le contaron al personal del banco lo que habían ido a hacer allí y luego se limitaron a matar el tiempo allí dentro? ¿Ni siquiera apostaron a un hombre fuera para que montara guardia? —Ahora comprendía perfectamente qué era lo que había ido mal. Con toda seguridad a los hombres de Polión los había puesto sobre aviso un contacto que tenían en el interior del banco. Tender una emboscada en una calle atestada a plena luz del día había constituido un acto extremo y arriesgado pero obviamente preferible, desde el punto de vista de Polión, a permitir que un testigo potencialmente tan peligroso cayera en manos de su enemigo Tauro.

—Estoy de acuerdo en que tendrían que haber sido mucho más cuidadosos —admitió Tauro con brusquedad.

—¿Más cuidadosos? —Hermógenes soltó un resoplido—. Eso es quedarse muy corto, señor prefecto. Y tampoco me parece muy sensato asestar un garrotazo a un hombre a quien se busca para interrogarlo. Un golpe como ése podría silenciarlo para siempre. Me parece que deberías plantearte la posibilidad de que estuviesen a sueldo de Polión.

—Cometieron una negligencia criminal —dijo Tauro poniendo mala cara—. Sin embargo, no creo que fueran deshonestos sino meramente descuidados, poco estrictos y estúpidos. Como he dicho, han sido sancionados.

—Ya, pero resulta que sí fueron deshonestos —le informó Hermógenes—. Maérica llevaba consigo un estuche de plumas con mis cartas de crédito y cerca de cincuenta

denarios en monedas. Cuando he preguntado por sus efectos personales, el hospital ha logrado localizar el estuche, pero todo el dinero había volado. Sospecho que la única razón por la que las cartas continúan en su sitio es que tus hombres no saben leer griego. Mi mejor toga, que dejé junto a ella, también ha desaparecido y me costó más de trescientos dracmas en Alejandría: su valor en Roma debe de ser de un cincuenta por ciento más en denarios.

Tauro suspiró.

—Abriré una investigación y si no consiguen encontrar la toga, te indemnizarán por su importe. Ahora hay ciertas cosas que necesito discutir contigo. Ven, hablaremos en el despacho del médico.

Hermógenes lo miró fijamente durante un buen rato. ¿Aquello era todo? Los soldados habían faltado a su deber, herido a un testigo esencial, robado dinero y una valiosa toga a una mujer mientras yacía herida e inconsciente en la calle… ¿Y aquello era todo lo que Tauro iba a hacer al respecto? ¿Asegurar que habían sido «sancionados» y que «abriría una investigación»?

Pensó con resentimiento que los guardias pretorianos, por descontado, eran romanos de pura cepa y hombres de confianza de Tauro, y pese a todo éste no soportaba la idea de censurarlos delante de una bárbara y un griego. La rabia y la aflicción ante esta nueva injusticia se sumaron a todo su resentimiento acumulado provocándole tal nudo en la garganta que se quedó sin habla, de modo que se limitó a contemplar con hostilidad al prefecto, incapaz de moverse.

Maérica le apretó la mano. Hermógenes posó la vista en ella, percibió el amor y la preocupación que irradiaba, y la tirantez de su garganta remitió. Ella estaba viva: comparado con eso, ¿qué importaba lo demás? Debería alegrarle que al menos no se hubiese exculpado a los soldados de lo sucedido. Eso, para una bárbara y un griego, representaba toda una victoria. Le devolvió el apretón y siguió a Tauro fuera de la sala.

El despacho del médico, o su consulta, se hallaba en el rincón sudeste del hospital, justo después de la sala de heridos. El médico, un valeroso joven oriundo de Campania que se había formado en Alejandría, estaba en el despacho pero se marchó a toda prisa cuando le informaron de que el general quería ocuparlo. Tauro hizo salir a sus guardias. Se sentó en el sillón del médico con el ceño fruncido, y Hermógenes se acomodó en la camilla de exploración.

—Perdona que no permanezca de pie —dijo—. Gracias al «descuido» de tus hombres, me resulta un poco difícil en estos momentos.

Tauro emitió un gruñido.

—Lo primero que debo decirte es que Lucio Rufo se ha avenido a pagar su deuda.

Hermógenes se preguntó por qué no lo embargaba una sensación de triunfo.

—¿Cuándo?

—En cuanto decida el mejor método para reunir la suma que te debe. Será en los próximos días. Confío en que recojas la carta dirigida a Cornelio Escipión mañana.

—Pospondré su entrega siempre y cuando tenga la certeza de que podré hacerlo sin que nadie me espíe —dijo Hermógenes fríamente—. No pienso recogerla hasta que Rufo haya pagado. La última vez que prometió pagarme me tendió una trampa para torturarme y asesinarme, así que supongo que comprenderás que me cueste fiarme de él.

—Esta vez te pagará —insistió Tauro sin acalorarse—. Le he ordenado que te envíe el efecto bancario a casa de tu amigo Fiducio Crispo. Espero que este arreglo te resulte satisfactorio.

Hermógenes no había pensado en ello. La perspectiva de regresar a la casa de la vía Tusculana, de convertirse de nuevo en un amo entre esclavos, se le antojaba insoportablemente extraña, casi como un regreso a la infancia. Experimentó una súbita aversión ante ella y al mismo tiempo se dejó llevar por el pánico al cobrar conciencia de la profunda fisura que lo desgarraba por dentro.

—He causado un montón de problemas a mi pobre amigo —respondió despacio—. No sé si debo regresar allí ni si seré bien recibido en caso de presentarme allí.

—El problema está zanjado —afirmó Tauro en tono categórico—. Seguro que tu amigo te recibirá con los brazos abiertos. Me ha enviado una carta a propósito de este asunto proclamando tu inocencia, protestando por el trato que has recibido y ofreciéndose a hacerse cargo de ti si estás herido.

—¡Vaya! —exclamó Hermógenes sorprendido. A pesar del decidido apoyo de Tito Fiducio no había esperado un gesto como aquél por su parte. Sintió una punzada de culpabilidad por haber juzgado a su amigo demasiado cobarde como para presentar quejas ante cónsules y prefectos—. Muy bien, pues —masculló avergonzado—. Me alojaré en casa de Tito Fiducio, y Rufo puede enviar el dinero allí.

Tauro asintió satisfecho y permaneció sentado con gesto ceñudo y la mirada torva.

—De este asunto, ni una palabra a nadie —le indicó Tauro rotundamente—. El chismorreo sobre esta clase de conducta en un hombre como Tario Rufo, cónsul y amigo del emperador, sería perjudicial para la imagen del Estado. He resuelto la cuestión y no quiero que se comente.

Hermógenes no daba crédito.

—Señor prefecto, Polión me tildó de ladrón en todas las barberías de la ciudad. La casa de mi amigo ha sido puesta bajo vigilancia por Rufo y registrada por Polión, cosa que, tenlo por seguro, ha llegado a oídos de todos sus amigos, que a su vez se lo habrán contado a otros. ¿Cómo puedes pretender que todo el asunto quede tapado? Si le digo a la gente que tengo prohibido hablar de ello lo único que ocurrirá es que sacarán sus

propias conclusiones.

—Muy bien: ¡coméntalo en la intimidad y sólo con quienes no te exijan una explicación! —Le soltó Tauro—. No quiero que esto se convierta en la comidilla de las barberías.

—¿A diferencia de mi carrera como ladrón?

Tauro levantó una mano amenazadora.

—Una acusación sin fundamento en boca de un hombre como Vedio Polión no deteriorará tu reputación. Mandaré colgar carteles en las prefecturas para divulgar el hecho de que nunca formuló cargos ante la autoridad ni presentó pruebas de que se hubiese cometido delito alguno. Si aun así alguien va a verlo para informarlo sobre tu paradero, se le dispensará un recibimiento que probablemente bastará tanto para persuadirlo de tu inocencia como para disuadir a sus amigos de intentar lo mismo. —Advirtió que Hermógenes lo escuchaba con indignación y agregó—: Estoy convencido de que serás perfectamente capaz de hallar alguna versión de la realidad que mantenga a tus colegas con la boca cerrada. —Le sostuvo la mirada con expresión terminante e implacable—. Tendrás que hacerlo.

Hermógenes suspiró e inclinó la cabeza con aquiescencia.

—¿Puedo preguntarte cómo has resuelto la cuestión, señor prefecto?

—¡Qué educado te has vuelto de repente! —se mofó el romano con desdén—. Polión ha aceptado condonar la deuda de Rufo a cambio de que yo no intervenga más en el asunto. —Torció el gesto asqueado—. Está enfermo. Esta mañana creía que le había llegado la hora, pero por desgracia se ha recuperado y ha regresado a su casa. Aun así, me parece que no va a durar mucho más: se ha deteriorado mucho desde la última vez que lo vi. El emperador sin duda optará por dejarlo morir por causas naturales sin promover más escándalos.

—¿Y por eso le pediste que cancelara la deuda de Rufo? —preguntó Hermógenes con rabia—. ¿Los cuatro millones? Tengo la impresión, señor prefecto, de que aún estás intentando salvar a Tario Rufo.

Tauro se encogió de hombros, a la defensiva.

—Lucio ha servido bien al Estado y conducido a nuestros ejércitos a la victoria muchas veces. Fue designado para el consulado por el emperador. Cultivó mi amistad durante muchos años. —Pronunció esta última frase con sincero pesar. Tras un momento de silencio prosiguió—: Está… muy cambiado… desde aquel asunto con su hijo.

—¿Qué asunto? —inquirió Hermógenes con cautela.

Tauro pareció ofenderse.

—Su hijo y heredero tramó su asesinato hace algunos años —le explicó con acritud—, o al menos eso cree Lucio. Le mostraron las pruebas en privado, durante un consejo

familiar, y luego él envió al muchacho lejos, exiliado hasta que muriese su padre. Obviamente, algo así hace mella en un hombre, socava su confianza en sus amigos… Por otro lado, estaba ese liberto suyo, Macedo, dándole malos consejos. Nunca me gustó ese títere: siempre creyó que su patrono tenía derecho a hacer cualquier cosa que le viniera en gana y así se lo decía. ¡Me alegra haberle partido el cuello a ese sucio parásito! —barbotó.

Hermógenes procuró mantener el rostro inexpresivo.

Tauro se acomodó de nuevo en el sillón como un águila con las plumas erizadas.

—No estás de acuerdo, ¿verdad?

—Opino que Macedo decía a Rufo lo que Rufo quería oír —contestó Hermógenes —. Y cuando esta mañana me ha atacado, con toda seguridad sabía que iba a morir por ello. Sin duda creía que si me acallaba, Rufo estaría a salvo. Ha sacrificado su vida por su patrono. Sólo cabe admirar su lealtad. —Se encogió de hombros—. Aunque debo admitir que te estoy agradecido por habérselo impedido.

Tauro resopló, divertido.

—A veces, griego, casi pienso que podrías caerme bien. —Se miraron de hito en hito por un momento y luego el general agregó, molesto—: Pero entonces recuerdo que maldijiste a Roma.

—A veces casi pienso que también tú podrías caerme bien, romano, si no fueras tan sanguinario —replicó Hermógenes—. En cuanto a la maldición, no sabía lo que decía en ese momento. Tengo amigos romanos y lo último que querría es verlos destruidos por los dioses. Creo que hasta tú admitirás que me sobraban motivos para estar fuera de mí.

Tauro soltó otro resoplido.

—Pues te convendría aprender a controlar tu lengua. Bien, acepto que eres honesto. He advertido tanto a Polión como a Lucio que te dejen en paz, y he ordenado a Lucio que te devuelva tu dinero. Ahora dime qué recompensa quieres de mí.

—Ya te dije en su momento que no quiero nada de ti.

—Eres un hombre muy orgulloso, ¿verdad?

—Sí —convino Hermógenes sin alterarse—. Vine a Roma a reclamar lo que me corresponde según las leyes de Roma. Si me «recompensaras», no cabría considerar lo que he obtenido como un derecho sino como un favor concedido por un amo del Estado a un esclavo que le ha prestado un servicio. Sería degradante para el gobierno y para mí.

Tauro sonrió amargamente.

—Un hombre muy orgulloso —repitió, aunque esta vez con aprobación—. Voy a decirte una cosa más. Cuando esa mujer, Cántabra, era esclava en mi escuela, le pedí

que se acostara conmigo. Emana cierta magnificencia, ¿no te parece? Y posee un gran coraje, cosa que admiro. La había visto ganar un combate a pesar de haber pasado los tres días anteriores en una celda de castigo: venció gracias a su rotunda negativa a ser derrotada y entonces descubrí que la deseaba.

Hermógenes permaneció muy quieto, consciente de que Maérica había omitido aquel detalle al referirle la historia y recordando su insistencia en que Tauro era un hombre honesto y honorable.

—Te agradezco —dijo despacio—, tal como me consta que hizo ella, que respetaras su negativa.

Tauro soltó un bufido.

—La conoces muy bien, ¿no es cierto? Sí, claro que me rechazó: detesta a los romanos incluso más que tú. ¿Cómo la has llamado antes?

—Maérica. Es su verdadero nombre. Y yo no detesto a los romanos, señor prefecto. Acabo de decírtelo. En cuanto al Imperio, gobierna el mundo y no hay futuro en oponerse a él. Simplemente deseo que sea un Imperio donde todos los ciudadanos gocen de derechos, no sólo aquellos que han nacido en Italia y son poderosos.

—En otras palabras, deseas un Imperio romano gobernado por griegos en su propio provecho —dijo Tauro en voz baja—. Eso es lo que Marco Antonio y vuestra reina Cleopatra habrían hecho con nuestra república. Eso fue contra lo que luchamos en Actium, y gritamos de alegría cuando conquistamos la victoria.

Sus palabras estaban cargadas de sentimiento aunque también encerraban una auténtica amenaza.

—Nunca fui partidario de Cleopatra —precisó Hermógenes con sumo cuidado—, tal como te revelaron tus averiguaciones.

—Cuando ocupamos Egipto, nuestros informadores dieron por sentado de buena gana que cualquiera que se opusiera a la monarquía era amigo del emperador —contestó Tauro—. Pero en Alejandría, según recuerdo, casi todos los que se oponían a la monarquía lo hacían porque creían que ésta estaba al servicio de Roma. Apoyaban a cualquiera que prometiera expulsar a todos los romanos.

—Ya no queda nadie que prometa esas cosas —le dijo Hermógenes con cautela—. Se libraron cuantas batallas había que librar, y Roma venció. Señor prefecto, lo mío no es la política. Antes de este último mes, nunca me había visto envuelto en asuntos de Estado, y te aseguro que me alegraré en sumo grado de volver a los círculos navieros.

Ante tal declaración, Tauro se rió.

—Y de presentarles a tu gladiadora. Seguís pareciéndome una pareja de lo más inusual, una guerrera cántabra y un hombre de negocios alejandrino, pero os deseo suerte. —Se puso de pie—. Confío en que te ocupes de esa carta mañana por la

mañana. Daré instrucciones a los responsables del hospital de que dispongan una litera para llevaros a ti y a tu concubina a casa de tu amigo cuanto antes. ¡Buena salud!

Cuando el general se hubo marchado, Hermógenes se sentó de nuevo junto a Maérica y tomó su mano entre las suyas.

—¿Y bien? —inquirió ella.

Hermógenes le besó una herida que tenía en el pulgar.

—Dice que ha ordenado a Rufo y a Polión que me dejen en paz y que Rufo me enviará el dinero a casa de Fiducio Crispo durante los próximos días.

Una sonrisa se dibujó lentamente el rostro de Maérica. Tomó el mentón de Hermógenes con la mano libre y levantó la cabeza para darle un beso.

—Victoria —susurró. Hermógenes hizo una mueca.

—También ha prometido a Polión que no emprenderá acciones contra él si condona toda la deuda de Rufo, y Polión ha accedido.

¡Cuatro millones de sestercios! Si le perdona esto, no es de extrañar que de repente Rufo se encuentre en condiciones de pagarme. Y Tauro quiere echar tierra al asunto para proteger a Rufo. Está dispuesto a culpar al liberto de casi todos los problemas de su amigo.

—Vaya. —Maérica permaneció callada por un momento—. Rufo era su amigo —dijo finalmente—. Quizás hayan tenido sus propias deudas. Lo principal es que has vencido. Has conseguido lo que querías. Un cónsul romano se ha visto obligado a humillarse y a acatar la ley. Y el malvado Polión también ha recibido su castigo. Su plan ha fracasado, sigue sin gozar del favor del emperador y además ha perdido dinero.

Hermógenes hizo otro mohín.

—Tal vez. Pero no tengo la sensación de haber alcanzado una victoria. Más bien parece… ¿Cómo lo llaman en la arena, cuando un combate acaba sin un claro vencedor?

—Decimos que los luchadores han quedado en tablas —respondió Maérica—. Corazón mío, créeme, esto no es un empate, es una victoria. Que los perdedores hayan salvado el pellejo no significa que no hayas vencido.

Hermógenes comenzó a creérselo. Aun así emitió un gruñido, insatisfecho pues seguía sin experimentar la emoción del triunfo.

—Tauro me ha dicho otra cosa —anunció—: que cuando eras su esclava te pidió que te acostaras con él. —Entrelazó sus dedos con los de ella y la miró a la cara—. ¿Por qué no me lo habías contado?

La expresión de Maérica se endureció.

—¿Te ha dicho que me acosté con él?

Hermógenes negó con la cabeza.

—Creo que quería ver si yo sacaría esa conclusión, pero no se ha sorprendido cuando ha comprobado que no. En ningún momento ha dado a entender que no lo rechazaras. Aunque no sé por qué no me dijiste que estaba dispuesto a respetar tu decisión. Al fin y al cabo, eras su esclava. La mayoría de los hombres se habría indignado ante el rechazo de una esclava de su propiedad. Muchos te habrían hecho sufrir por ello. Me habría tranquilizado saber que no intentó forzarte.

—Me asustaba la posibilidad de que creyeras que accedí —arguyó Maérica con un hilo de voz—. Que era un segundo plato.

Hermógenes negó con la cabeza y volvió a besarle el pulgar sonriendo.

—Aunque hubieses accedido…, eras su esclava. Podría haberte matado… y también podría haberte sacado de la arena y haberte manumitido. ¿Quién no elegiría la vida y la libertad antes que la esclavitud y la muerte?

—Jamás habría podido acostarme con él —declaró ella con fiereza—. Estuvo al mando de las fuerzas romanas al principio de la guerra que nos destruyó. Le dije que combatiría para él pero que nunca le amaría. Lo comprendió.

—Entiendo.

—Y… en cuanto a por qué no te lo dije…, tenía miedo de que si me creías llegaras a pensar que quería protegerlo —prosiguió Maérica en voz baja aunque más confiada —. Entonces no me habrías hecho caso y habrías ido a ver a Mecenas. Era el que querías, y temía que Polión te atrapara si lo hacías. Era el movimiento que él esperaba.

—¿Y querías protegerlo?

Maérica se encogió de hombros.

—Ante todo quería protegerte a ti. Pero sí, a él también.

Hermógenes recordó la animadversión hacia Roma que Maérica había demostrado tan claramente desde el principio: *Sabía que no eras romano* y *sabía quiénes eran tus enemigos*. Reflexionó sobre el sueño que había tenido en la prisión Mamertina.

—¿Por qué? —preguntó en voz muy baja.

Maérica tardó un poco en contestar y lo hizo muy despacio.

—Cuando Estatilio Tauro capitaneaba las fuerzas del enemigo era feroz y brutal, pero también lo eran muchos hombres de nuestro pueblo. Además de eso era valiente y honorable, así que se ganó nuestro respeto. Pero entonces lo reemplazaron. Primero luchamos contra el emperador y Marco Agripa y luego, cuando nos derrotaron, la paz quedó a cargo de un hombre llamado Publio Carisio. Era un carnicero, un hombre que sólo codiciaba el oro. Fue entonces cuando comprendimos que no tenían nada que ver con nosotros, que muchos de ellos carecían de sentido del honor.

»Existen hombres peores que Estatilio Tauro. Él cree que los romanos tienen derecho a gobernar el mundo pero también cree en el deber, la disciplina y la imparcialidad. Si hubiese permanecido al mando y Carisio se hubiese quedado en Roma… —Se calló y tras unos instantes prosiguió—. Durante mucho tiempo odié a todos los romanos. Pero eso fue en mi propio país. Una vez aquí, en Roma, incluso en la arena, conocí a algunos que se portaron bien conmigo, que se granjearon mi respeto, que me cayeron bien. Y Roma gobierna el mundo. ¿Qué sería del mundo si permitiésemos que los romanos que son honorables mueran a manos de gente de la ralea de Rufo y Polión?

—¿Quieres decir que el Imperio no va a desmoronarse —apuntó Hermógenes—, y que, por tanto, nuestra única alternativa reside en apoyar a aquellos de sus miembros que lo convierten en algo soportable para nosotros?

—Sí —convino Maérica relajándose—. Así es como lo veo.

Hermógenes rememoró todo lo que su amada había sufrido, y sus palabras, su capacidad de dejar atrás el sufrimiento y el odio y pensar en un futuro mejor, lo llenaron de un respeto casi reverencial. La besó.

—Entonces estamos de acuerdo.

De pronto, el médico irrumpió en la sala sumamente indignado.

—Me comunican que el general ha dado órdenes de que os lleven a los dos en litera a no sé qué sitio de la vía Tusculana esta misma tarde —dijo en tono acusador.

—Así es —asintió Hermógenes—. ¿Hay algún problema?

—¡Sí! —declaró el joven irguiéndose—. Tu, esto… tu concubina resultó herida de gravedad y ha perdido mucha sangre. He suturado el corte pero apenas ha comenzado a cicatrizar. Debo recomendar encarecidamente que no sea trasladada a ninguna parte durante dos días como mínimo.

—Gracias —contestó Hermógenes con presteza—. No vamos a correr ningún riesgo con la vida de mi concubina, de modo que no se marchará de aquí hasta que tú decidas que está en condiciones de viajar.

—¡Vaya! —exclamó Maérica con desdén mientras el médico pestañeaba sorprendido ante la facilidad con que se había impuesto.

—Yo tengo que hacer varios recados importantes mañana —continuó Hermógenes —. ¿Crees que el hospital podría proporcionarme una silla con porteadores a primera hora?

Maérica le apretó la mano.

—¡Por supuesto! —respondió el médico—. ¿Tienes la intención de quedarte a pasar la noche con ella, entonces? Me parece muy sensato: las heridas que tienes en la cabeza precisan observación. Pediré a los camilleros que te preparen una cama en este extremo

de la sala. Esto… aunque desde luego considero que conviene que os quedéis más tiempo, en realidad no hemos recibido órdenes al respecto, así que ¿puedo preguntaros si podéis, eh…?

—Uno de mis recados será ir al banco —se adelantó Hermógenes—. Pagaré con mucho gusto.

Por la mañana reclamó su túnica, que un camillero había lavado, recogió sus cartas de crédito y se dirigió cojeando hasta la silla de manos. Los porteadores, dos lugareños fornidos a quienes la guardia pretoriana había abordado de improviso en la calle y que evidentemente no esperaban recibir pago alguno por sus servicios, lo recibieron con cara de pocos amigos y lo llevaron al centro de la ciudad sumidos en un hosco silencio. El trayecto fue de unas dos millas.

Primero se dirigió al banco. Cuando se presentó ante el empleado del mostrador, el hombre dejó caer la pluma y lo contempló con horror.

—No te preocupes —dijo Hermógenes malhumorado—. Los pretorianos me detuvieron anteayer y ni ellos ni Publio Vedio Polión están interesados en mí hoy.

El empleado tartamudeó, pestañeó y fue a consultar a su superior. El superior apareció, todo sonrisas, y lo hizo esperar un buen rato mientras —Hermógenes estaba convencido de ello— alguien corría a la prefectura a comprobar que en efecto nadie siguiera interesado. Finalmente, no obstante, aceptaron las cartas de crédito y él retiró dinero por valor de cincuenta denarios, que era cuanto le cabía en el monedero. Avisó al empleado que querría más al cabo de unos días.

¡Qué sensación tan maravillosa volver a tener el monedero lleno! Confería la facultad de recompensar, incitar y adquirir, y hasta ese momento no se había dado cuenta de cuánto la echaba de menos. Aunque sabía muy bien que seguía ofreciendo un aspecto impresentable, el dinero hizo que volviera a sentirse rico y respetable, y en cuanto salió a la calle pagó a los porteadores del hospital añadiendo una generosa propina. Los hombres se deshicieron en sonrisas y cuando los despidió protestaron, insistiendo en que estarían encantados de llevarlo a donde quisiera durante el resto de la jornada. Declinó su ofrecimiento educadamente y les dio las gracias. Le pareció más prudente asegurarse de que ningún funcionario fuera a interrogarlos y se enterase así de adónde iba a continuación.

El sótano del templo de Mercurio estaba cerrado, pero tras preguntar en el templo principal localizó al sacerdote, que recibió a Hermógenes aliviado y a la vez preocupado por la acusación de robo, además de horrorizado ante los vendajes y heridas. Hermógenes le aseguró que no había motivo para preocuparse, le explicó que en efecto se había peleado con el bien conocido Vedio Polión pero que el prefecto de la ciudad había intervenido y el asunto ya estaba zanjado, al igual que la disputa con Tario

Rufo, de modo que confiaba en dar por concluidas satisfactoriamente sus gestiones en Roma en cuestión de días.

—Así pues, ¿quieres recuperar la carta? —preguntó el sacerdote como si esto le quitase un peso de encima.

—Estoy prácticamente convencido de que querré recuperarla —contestó Hermógenes—, pero… no sé, tengo cierto temor supersticioso de que si lo hago antes de haber llevado el asunto a buen puerto algo saldrá mal. ¿Podría dejarla en tu custodia unos pocos días más?

Al sacerdote no acabó de gustarle aquella petición pero aun así accedió. Hermógenes lo tranquilizó con un donativo para comprar incienso y lo acompañó al sótano para efectuar la ofrenda y rezar una plegaria de agradecimiento.

Si llevó a cabo aquel gesto fue principalmente para apaciguar al joven religioso, pero una vez en el santuario se encontró de repente con el corazón rebosante de gratitud, no tanto hacia la diosa en su hornacina con las cortinas descorridas sino hacia el Destino, o el mundo, o el misterioso dios de los filósofos, y no obstante Isis le pareció un objeto tan digno de su emoción como cualquier otro. Contra todo pronóstico, había sobrevivido a la lucha. Más aún, había vencido. La sensación de triunfo que la víspera brillaba por su ausencia penetró de súbito en su corazón como el agua de la crecida del Nilo en una acequia de riego seca. Había sobrevivido; había vencido; ¡había encontrado a una mujer que amaba!

—Derribé el gobierno de los tiranos —cantó el sacerdote levantando la voz con fervor al entonar la conocida salmodia de Isis.

Puse fin a los asesinatos.
Hice al Bien más fuerte que el oro y la plata.
Ordené que la Verdad *fuese considerada buena.*

Hermógenes se vio incapaz de cantar. La letra del salmo le hizo un nudo en la garganta por más que intentó evitarlo. Se sentó y se le saltaron las lágrimas.

El sacerdote terminó el himno y sonrió a su congregación de un solo hombre.

—Grande es la diosa —dijo calurosamente.

—Grande es Isis —convino Hermógenes con un hilo de voz.

Hecho aquello sólo le quedaba enfilar la cuesta de la vía Tusculana hasta casa de Tito Fiducio Crispo. Hermógenes recorrió las últimas manzanas lentamente. La mañana ya

estaba bastante avanzada y hacía calor. Le dolía la cabeza, y la rodilla también; hasta en el tobillo volvía a notar molestias. A medida que se aproximaba a la casa, más aumentaba su deseo de dar media vuelta y marcharse a una posada o a unas termas y descansar un rato antes de regresar al hospital.

Se detuvo delante de la puerta tratando de razonar consigo mismo. Se había comportado mal en su última visita, cierto. Había acarreado toda suerte de problemas a aquella casa, cierto… Veinte matones de Polión, según había dicho el prefecto, habían irrumpido con amenazas de incendio y violencia, por si no hubiese habido bastante con los trastornos causados por Rufo y sus bárbaros. Sin embargo, tenía sobrados motivos para creer que los habitantes de la casa lo recibirían con muestras de cariño, que Tito exclamaría «¡Mi querido Hermógenes!» y le daría un fuerte apretón de manos, que Menéstor estaría rebosante de alegría…

Tratar con Menéstor sería embarazoso, cierto. No obstante, aquélla no era la razón por la que estaba plantado en la calle bajo el tórrido sol mirando fijamente la puerta sin decidirse a llamar. No: durante un puñado de días había sido libre, libre de las ataduras de la dignidad, sin actuar como amo de nadie, y le había gustado. A pesar del peligro y las privaciones, incluso a pesar de las pulgas, le había gustado.

De hecho, había cambiado. Recordó el sueño de la montaña que le había relatado Maérica. Ahora lo dominaba la impresión de que había pasado toda su vida fingiendo que no había una cima rocosa en su corazón, que su ser se reducía a los plácidos prados de la falda, que él era, como había dicho Tito, el hijo intachable de Filemón que respetaba a su padre y manejaba sus asuntos con prudencia sin meterse nunca en líos. Ahora sabía que no era así. Dudaba que los escarpados precipicios que había descubierto en su interior fueran una faceta loable de su ser, pero no podía seguir fingiendo que no estaban allí, y asimilar ese descubrimiento a su viejo estilo de vida no sería tarea fácil.

Así pues, ¿qué hacer? ¿Marcharse por su cuenta con Maérica y no ser el amo de nadie sino un alocado e indecoroso… financiero?

No pudo por menos de reír ante semejante idea. El único comercio que conocía era aquél con el que se había criado, y le gustaba. Le gustaba la capacidad movilizadora del dinero, el modo en que permitía que las cosas sucedieran: que se cortara madera, que se construyeran barcos, que se fundasen ciudades en los confines del desierto, ciudades que florecían con el intercambio de dinero. Le gustaba la emoción de tomar decisiones, determinar si merece o no la pena correr cierto riesgo. Le gustaba aguzar la perspicacia para cerrar tratos. No, tenía un negocio que deseaba retomar.

Y una casa y una hija. No le quedaba más remedio que asumir de nuevo el papel de hombre digno y agradable. Llamó a la puerta.

Kyon abrió la ventana de la portería, soltó un chillido y la cerró de nuevo. Un instante después se descorrió el cerrojo y el portero salió corriendo a la calle.

—¡Oh, señor! —dijo estrechando la mano de Hermógenes—. ¡Señor! ¡Estás a salvo!

—Sí —contestó Hermógenes sonriendo—. Y me parece que todo ha terminado, Kyon. Ya sé que no es la primera vez que lo digo, pero creo que esta vez es verdad. ¿Puedo pasar?

Todo sucedió de forma muy parecida a como había previsto: Tito efectivamente lo recibió con un «¡Mi querido Hermógenes!» y Menéstor lloró de alegría. Hermógenes sonrió, les dio las gracias, se disculpó, aceptó una copa de vino aguado y se acomodó en uno de los triclinios tapizados de rojo. Refirió una versión simplificada de lo ocurrido y les comunicó las restricciones de Tauro sobre los chismorreos. Habló en griego para evitar que la información llegara a oídos del personal de la casa.

—¿Y crees que esta vez pagará y todo habrá concluido? —preguntó Tito con inquietud.

Hermógenes evocó la imagen de Rufo llorando con el rostro hundido entre las manos.

—Sí —asintió—. Pienso que esta vez pagará, aunque no daré nada por hecho hasta que tenga el dinero en mis manos.

—¡Alabados sean todos los dioses! —exclamó el romano con mucho sentimiento—. Este asunto ha sido… Vaya, iba a decir que ha sido espantoso pero lo cierto es que en algunos aspectos ha sido la cosa más maravillosa que me ha sucedido jamás. —Sonrió encantado a Menéstor, que bajó la vista con modestia. Entonces frunció el ceño—. Y cuando tengas el dinero, ¿regresarás a Alejandría?

—En cuanto Maérica esté en condiciones de viajar.

Tito volvió a mirar con preocupación a Menéstor, que clavó los ojos en Hermógenes torciendo el gesto.

—¿Maérica? —repitió. La bárbara apenas había aparecido en la explicación ya que ésta se había centrado en las intrigas de los romanos.

—Cántabra —le informó Hermógenes—. Es su nombre verdadero. Una de las cosas que no os he contado es que los hombres de Polión intentaron matarme y que ella resultó herida al defenderme. Ahora está en el hospital militar de la puerta Colina y pienso regresar allí para pasar la noche con ella, aunque la traeré aquí en cuanto el médico lo considere oportuno.

—Vaya, esto… me alegra que te sirviera tan lealmente —comentó Tito con educación—. Er… ¿Qué pasará cuando te vayas a Alejandría? Con la mujer, quiero decir.

—Vendrá conmigo —dijo Hermógenes con firmeza—. En calidad de mi concubina.

Menéstor se puso rojo y le lanzó una mirada dolida. Tito simplemente se mostró horrorizado.

—¿Esa mujer? —inquirió—. ¿Esa mujer y tú…? Pero si es… es…

—¡Tito, te lo ruego, no lo digas!

Tito se calló y pestañeó.

—Por favor, no la critiques —le rogó Hermógenes— ni intentes persuadirme de que sólo va detrás de mi dinero. No es verdad y, como lo digas, me enfadaré, y no quiero enfadarme contigo, después de toda la generosidad con que me has tratado y del valor y la decisión con que me has apoyado. Estoy profundamente enamorado de esta mujer, Tito, al margen del hecho de que me ha salvado la vida tres veces. Cuando creí que había muerto, me asaltó la sensación de que mi alma me abandonaba. Por favor, ¡ni una palabra contra ella!

Tito abrió la boca, la cerró y luego abrió las manos en un gesto de impotencia.

—Muy bien —dijo—. Como quieras.

Menéstor se levantó y salió de la estancia.

Tito lo siguió con la vista mientras se alejaba y se volvió hacia Hermógenes, súbitamente esperanzado.

—¡Quizás ahora querrá quedarse aquí! —señaló ansiosamente.

—Es posible —convino Hermógenes entre divertido y consternado.

—¡Ay, rezo para que así sea! Es un muchacho tan maravilloso: sensible, inteligente, honesto, hermoso… ¡Oh, dioses, cuánto lo amo! ¡No comprendo cómo puedes no amarlo! Te adora.

Hermógenes se encogió de hombros.

—Tito, seguro que cuando eras joven la gente intentó encarrilarte para que te interesaras por las chicas. Te has quejado de que todavía te insisten en que busques esposa. Sin embargo, nunca te has casado porque no te gustan las mujeres. Pues bien, me temo que a mí no me gustan los chicos, al menos no de ese modo.

—Pobre Menéstor —murmuró Tito, aunque no parecía muy apenado. Carraspeó antes de proseguir—. Si… si Menéstor finalmente decide que no quiere regresar a Alejandría, necesitarás un ayuda de cámara, ¿no es cierto?

—Supongo que me las arreglaré sin él —respondió Hermógenes con cautela.

—¡No, no, un caballero de tu prestancia no puede hacer eso! Lo que intento decirte es que mi último chico…, bueno, ahora atraviesa ciertas dificultades aquí y al parecer te admira, de modo que si lo quisieras…

—¿Te estás ofreciendo a venderme a jacinto? —A regalártelo, si es que lo quieres.

Hermógenes escrutó el rostro ansioso de Tito y de nuevo se debatió entre la risa y

el desdén. Estaba bastante claro que era a Tito a quien le resultaba difícil de sobrellevar la presencia de su anterior amante bajo el mismo techo, y quizá pensaba que si se libraba de jacinto sería menos probable que Menéstor se marchara.

Pero de repente se preguntó si no lo estaba juzgando injustamente otra vez. Tal vez aquel entusiasmo por alejar a jacinto de allí fuese ante todo un mensaje dirigido a Menéstor: *Sólo te quiero a ti*. Quizás estuviera dirigido a Jacinto: *Perdona que te haya hecho sufrir; voy a regalarte al amo que prefieres*. Quizás incluso al propio Hermógenes: *A partir de ahora voy a intentar fijarme en si mi gente es infeliz y hacer algo al respecto*.

—Me avergonzaría permitir que me lo regalaras después de lo generoso que has sido conmigo —dijo—. Aunque no me importaría comprártelo. Es un buen muchacho y me resultaría muy útil contar con los servicios de un esclavo que hablase latín. Deja que antes hable con él. Alejandría está muy lejos y no quiero llevármelo conmigo si eso significa amargarle la vida.

—No, claro que no —se apresuró a decir Tito. Tras un momento de vacilante silencio, agregó—: Me ha sorprendido mucho verte aparecer sin una toga siquiera.

—La buena me la robaron los guardias pretorianos —contestó Hermógenes.

—¡No!

—Sí. Se lo conté a Tauro…

—¿Que hiciste qué? —chilló Tito aterrado.

—Son sus hombres. Si andan robando por ahí, conviene que él lo sepa. No obstante, me parece que en realidad no quiero recuperarla. Últimamente, cada vez que me la pongo alguien me golpea o me amenaza o intenta matarme. Tal vez sean supersticiones, tal vez sólo malos recuerdos, pero creo que no querría volver a ponérmela aunque la recobrara. Compraré una nueva. —Se encogió de hombros sonriendo—. Al fin y al cabo, se supone que pronto dispondré de medio millón de sestercios, y las deudas de Nicómaco no se llevarán más de un tercio de esa suma, ahora que sus acreedores han devorado su patrimonio y le han pegado algunos bocados al mío.

—¡Ay, querido amigo! —rió Tito—. ¡No les digas eso a los sindicatos o te asediarán!

—Deberíamos plantearnos efectuar algunas inversiones juntos antes de que me vaya —dijo Hermógenes sonriendo—. No hemos charlado de negocios en este viaje y me gustaría tener más relación contigo, si es que aún me toleras.

Tito se ruborizó.

—Pues… claro que me gustaría tener más trato contigo. Siempre te he admirado mucho. A tu padre también, por supuesto, pero… siempre se me figuró que buscaba la manera de causar impresión, mientras que tú apenas pareces consciente de la que

causas. Cuando estabas en el colegio, seguro que eras el chico que ganaba todos los premios, el que sobresalía en todo sin esforzarse. Cuando entras en una habitación, de repente todo el mundo te presta atención. Yo nunca he sido… es decir, en el colegio era el chico gordo del que todos se burlaban y ahora soy un hombre ridículamente obeso y todo el mundo me toma por un idiota…

—Yo no —aseguró Hermógenes, conmovido—. Para mí siempre has sido un hombre de negocios astuto y sensato. Eres injusto contigo mismo, Tito.

Tito sonrió.

—Le conté a Esténtor lo que dijiste —le confió—, aquello de que mi personal en realidad desea complacerme pero que no les explico bien cómo. Se mostró de acuerdo contigo. De hecho, se entusiasmó al oírlo.

—Te profesa una gran devoción —observó Hermógenes. Tito asintió con la cabeza.

—Quizá tengas razón —murmuró—. Quizá la gente me apreciaría más si les diera oportunidad de hacerlo. —Miró a Hermógenes, más seguro de sí—. ¿Dices que tienes previsto regresar a ese hospital militar esta noche?

—Sí. El médico prescribió reposo total para mi concubina hasta mañana por lo menos, y no quiero dejarla sola allí.

—¿Y luego os instalaréis aquí?

—Siempre y cuando seamos bien recibidos. Soy muy consciente de todos los problemas que te he causado.

—Pues claro que seréis bienvenidos. ¿Quieres recoger alguna cosa de tus aposentos antes de irte? —Tito frunció el entrecejo—. Lamento comunicarte que los hombres de Polión destrozaron la cerradura de tu baúl y desparramaron tus cosas por toda la habitación, pero mandé a los esclavos que lo pusieran todo en orden.

—Gracias —dijo Hermógenes—. Sí, me gustaría llevarme algunas cosas. ¿Podría tomar prestada tu litera, además?

No encontró las Habitaciones del Nilo muy diferentes de como las recordaba. Los hombres de Polión al parecer habían roto una o dos chucherías pero por desgracia la horrible réplica del faro que servía de soporte de lámparas seguía intacta. El baúl estaba en el mismo lugar junto a la pared, y la cerradura rota y unos arañazos en el cuero eran el único rastro del asalto de que había sido objeto. Tercia y Erotion se hallaban en la alcoba haciendo la cama.

—Bienvenido, señor —dijo Tercia tras salir a la sala para recibirlo con una tímida sonrisa—. Todos nos hemos alegrado de verte a salvo.

—Se ha hecho daño en la cabeza —señaló Erotion preocupada agarrándose a las faldas de su madre.

—Y en la rodilla —agregó Hermógenes mostrándole el vendaje—. Me caí. Pero me

pondré bien. Tercia, lamento que hayas tenido que trabajar en balde. Esta noche no me quedaré aquí. Maérica, es decir, Cántabra, está en un hospital militar cerca de la puerta Colina y voy a hacerle compañía hasta que esté en condiciones de trasladarse aquí. Espero que eso suceda mañana pero habrá que acomodarse a lo que diga el médico. —Al notar que la esclava lo miraba con recelo, le aclaró—: Resultó herida defendiéndome. Estoy muy enamorado de ella y me la llevaré a Alejandría conmigo como mi concubina.

—¡Oh! —exclamó Tercia sumamente desconcertada. Al cabo de un momento dijo con una suspicacia aún mayor—: Sin duda es muy afortunada, señor, y espero que seas muy feliz.

—¿Qué es una concubina? —preguntó Erotion.

—¡Chitón! —la reconvino su madre—. Esto… señor, ¿dormirá aquí?

—Sí —contestó Hermógenes sin vacilar—. Aunque prefiere un colchón en el suelo que una cama. Según parece los cántabros no usan camas.

—Entonces puede usar el de Menéstor —respondió Tercia, ruborizándose de repente.

—Deduzco que Menéstor ha seguido durmiendo en la habitación de tu amo —dijo Hermógenes con filosofía.

—Sí, señor. —También había un deje de resignación en su voz.

Hermógenes titubeó.

—Tu amo me ha hecho una propuesta respecto a tu hijo. Tercia adivinó de inmediato de qué se trataba la propuesta. Los labios le temblaron mientras se debatía entre emociones que Hermógenes no acertó a identificar.

La esclava se humedeció los labios.

—Has… o sea…

—Le he dicho que antes quería hablar con Jacinto. Alejandría queda muy lejos de aquí. Por descontado, no pienso llevármelo allí contra su voluntad y me interesa tu opinión al respecto. ¿Qué pensáis su padre y tú que será lo mejor para él?

—Eres muy amable, señor. Yo… Yo creo que irse contigo sería lo mejor para él, sí. En esta casa, ahora… Bueno, su padre está furioso, piensa que el chico ha desperdiciado la mejor oportunidad que se le va a presentar en la vida, y el amo es amable, pero aun así el ambiente está enrarecido. Estoy convencida de que serías un amo muy bueno para él, y te respeta mucho.

—¿De qué estáis hablando? —inquirió Erotion.

—Cállate, cariño. Luego te cuento —dijo Tercia—. ¿Quieres que llame a Jacinto para que venga a hablar contigo, señor?

—Por favor. —Antes de que ella saliera, Hermógenes añadió impulsivamente—:

Tu amo y yo también hemos hablado de hacer más negocios juntos. Si eso sucede, probablemente visitaré Roma en el futuro…

Tercia entendió el mensaje: *Volverás a ver a tu hijo bastante a menudo*.

—Me alegra oír eso, señor —dijo sonriendo de oreja a oreja—. Gracias.

Cuando la esclava hubo salido, el alejandrino reflexionó consternado sobre lo que acababa de decirle. ¿Volver a Roma? ¿Poner el pie de nuevo en aquella terrible ciudad?

El sentido práctico le dijo que sí. La corriente de los negocios de Alejandría iba desbordándose progresivamente hacia el Tíber, y al cabo de pocos años sería difícil que un hombre de negocios de cualquier talla pudiera eludir los viajes esporádicos a Roma. Y, por supuesto, era innegable que él tenía una clara ventaja sobre la mayoría de los alejandrinos debido a su dominio del latín. Sería muy poco sensato desperdiciar semejante ventaja. Y si en efecto realizaba inversiones de cierto calibre en Italia, tal como le había medio prometido a Tito, obviamente tendría que regresar para supervisarlas de vez en cuando.

Soltó un resoplido de hastío, se acercó al baúl y lo abrió. Todo su contenido estaba meticulosamente ordenado. Extrajo una túnica limpia, eligió un peine y se preguntó si debía llevarse la única toga que le quedaba o prescindir de ella. La prenda en cuestión ni siquiera era un himatión sino una clámide, una capa corta para montar a caballo o viajar, más apropiada para un joven gallardo que para un sobrio hombre de negocios. Sólo se la llevaría por si se veía en la necesidad de cabalgar.

La sacó del baúl y la añadió al montón de cosas para llevarse. Cayó en la cuenta de que ignoraba por completo qué había sido de la toga de lino que le había prestado a Maérica: ni siquiera había preguntado por ella. Bueno, qué más daba: de todos modos la habían agujereado con un puñal. Decidió comprarle una toga nueva, azul como sus ojos. Y una túnica a juego, y algunas joyas y unas sandalias bien caras, de modo que cuando desembarcara en Alejandría todo el mundo viera al instante que era una mujer importante, y así ya no tendría que oír más sandeces como «¡esa mujer!» y «seguro que es muy afortunada». Sonrió ante tal perspectiva.

Jacinto se personó, ansioso y sonriente.

—¡Saludos, señor! —dijo observando los vendajes con interés—. Estoy muy contento de que hayas vuelto a salvo. Mi madre me ha comunicado que querías hablar conmigo.

—Así es. —Hermógenes se sentó al escritorio—. Tu amo considera que necesito un ayuda de cámara para emprender el viaje de regreso a Alejandría y me ha propuesto que te lleve conmigo. No quiero aceptar sin conocer tu opinión al respecto.

El chico abrió mucho los ojos y lo miró fijamente durante un buen rato.

—Me gustaría mucho, señor —respondió al cabo, entrecortadamente.

Hermógenes levantó la mano con un gesto de advertencia.

—Alejandría está muy lejos de aquí. Probablemente efectuaré viajes esporádicos a Roma, pero aun así eso significaría decir adiós a tu familia.

—Me gustaría, señor —insistió Jacinto—. Quiero marcharme de aquí. Me encantaría ver Alejandría. Y navegar en un barco y… y tú haces negocios en Chipre y en el mar Rojo, ¿verdad? ¡Tendría la oportunidad de ver el mundo! —Los ojos comenzaron a brillarle—. En la cocina comentaban ahora mismo que has tomado a esa mujer cántabra como tu concubina: ¡a lo mejor me enseña a manejar la espada!

Hermógenes no supo qué decirle.

—Sufrió una herida —murmuró al fin.

Jacinto asintió enérgicamente con la cabeza.

—Sí, también he oído eso, que te salvó la vida, sólo que nadie estaba seguro de si fueron los matones de Polión o los bárbaros de Rufo los que intentaron matarte. Pero sé que está en un hospital militar y que esta noche irás a hacerle compañía. Se pondrá bien, ¿verdad?

—El médico piensa que si —contestó Hermógenes con cautela.

—Estupendo. Me cae muy bien. Es como una de esas amazonas de los cuentos. Los demás están escandalizados de que un caballero como tú y una bárbara seáis pareja, pero a mi no me ha sorprendido en absoluto. Me parece lógico que un hombre como tú no quiera casarse con una niña tonta, necesita a alguien heroico a su lado.

Hermógenes lo miró en silencio.

—Me gustaría que me llevaras contigo, señor —repitió jacinto con entusiasmo—. Me gustaría mucho. Si Cántabra me instruyera en el manejo de la espada, quizá la próxima vez que te metas en una pelea con algún personaje importante yo podría defenderte y…

—¿La próxima vez? —lo cortó Hermógenes, horrorizado—. Ten por seguro que no albergo la menor intención de entrometerme en otra disputa entre los soberanos del mundo. Con una vez basta y sobra.

—De acuerdo, pues —dijo jacinto jovialmente restando importancia al asunto—. Contra los piratas, entonces, en el mar Rojo…

—Chico, yo no me dedico a viajar en barcos, sólo a invertir en ellos. Me temo que te has formado una idea equivocada sobre mí. Soy un hombre de negocios, no una especie de héroe. Estaba considerando la posibilidad de tomarte como ayuda de cámara, no como… como… ¡lo que sea que al parecer quieres ser!

El semblante de jacinto dejó traslucir su amarga decepción.

—¿Significa eso que no vas a llevarme contigo?

Hermógenes contempló al chico durante un rato más y se echó a reír.

—No, significa que más vale que te olvides de heroicidades. De lo contrario, terminarás aburrido y decepcionado. Soy un hombre de negocios bastante parecido a tu amo actual.

—Eso no es verdad, señor —repuso jacinto sin levantar la voz pero enérgicamente —. Eres completamente diferente.

—Por lo que respecta a ciertas inclinaciones, supongo que si. Puedes pedirle a Maérica que te enseñe a manejar la espada pero que te complazca o no dependerá sólo de ella: quizá prefiera olvidar todo eso.

—¿Entonces me llevarás a Alejandría? —preguntó jacinto ansioso.

—Puesto que lo deseas, lo arreglaré con Tito Fiducio. Si cambias de parecer…

—¡No lo haré!

—Si lo haces, dímelo enseguida. Una cosa más.

—¿Si, señor? —Jacinto estaba sonriente otra vez.

—Normalmente no cambio los nombres de mis esclavos pero… el tuyo tiene ciertas connotaciones que no resultan apropiadas y me pregunto si…

—¡Detesto mi nombre! —Saltó el chico apasionadamente adoptando una expresión seria—. El amo me lo puso hace seis meses, cuando decidió… ya sabes, cuando decidió que quería follarme. Antes me llamaban Tercio, por mi madre. —Hizo una mueca—. Aunque en realidad ese nombre tampoco me gusta. Es soso. ¡Creo que me gustaría llamarme Aquiles!

Hermógenes negó con la cabeza.

—Eso equivaldría a invitar a la gente a reírse de ti.

El chico se mostró alicaído.

—De momento te llamaré Tercio —propuso Hermógenes—. Si se te ocurre algún nombre mejor, lo adoptaremos siempre y cuando sea sensato.

—Si, señor. ¿Puedo hacer algo por ti ahora?

—No. O mejor dicho, sí. Avisa a Esténtor que estoy listo para regresar al hospital y que usaré la silla de manos.

Tercio salió. Un instante después se oyó una exclamación de alegría en la columnata. Hermógenes negó con la cabeza, preguntándose en qué lío se estaba metiendo.

Agarró la clámide y se la echó sobre los hombros; a diferencia del himatión, se sujetaba con un alfiler. Hizo un atado con la ropa limpia y se aproximó al baúl en busca del recado de escribir. No había despachado aquella última carta a Mirina y ahora se sentía lo bastante seguro y confiado como para escribir otra que enviar en su lugar.

Llegó al hospital a media tarde. Maérica estaba dormida pero se despertó cuando él se sentó a su lado.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—He pospuesto el envío de la carta por espacio de diez días. He hablado con mi amigo Tito y hemos acordado que nos trasladaremos a su casa mañana, si el médico lo permite. He conseguido algo de efectivo.

—¿No has visto a Gelia? Debe de estar preocupada.

—Mañana —prometió Hermógenes con firmeza—. Iré a verla mañana y le daré un poco de dinero para que monte otra fiesta con sus amigos.

Maérica sonrió.

—¡Llevas una toga con alfiler! —Maérica tocó el broche, de bronce con un camafeo engastado—. Pensaba que habías dicho que los griegos no llevaban este tipo de togas.

—Jamás he dicho eso. Yo normalmente llevo el himatión pero algunos griegos llevan una toga como ésta. Muchachos gallardos, por lo general.

—Te favorece mucho.

Hermógenes le dio un beso.

—Cuidado, no vaya a ser que acabe por sentirme heroico. ¿Te acuerdas de ese chico, jacinto, esclavo de Tito?

—El hijo de Tercia.

—El mismo. En realidad se llama Tercio, aunque me parece que quiere cambiarse el nombre por uno más marcial. Tito Fiducio me ha propuesto cedérmelo o vendérmelo como ayuda de cámara, dado que Menéstor ahora es libre y probablemente se quede en Roma. El chico está encantado con la idea y quiere que lo adiestres en el manejo de la espada para matar piratas en el mar Rojo, cosa que al parecer supone que le pediré tarde o temprano. He intentado explicarle que las cosas no funcionan así pero no estoy seguro de haberlo convencido.

Maérica rió con ganas, apretándose el costado con una mano.

—¡Qué tontos son los jóvenes!

—No te lo discutiré. Bien, Jacinto te considera toda una heroína y te admira de todo corazón, de modo que opino que las cosas le irán muy bien, una vez que supere su decepción conmigo. Maérica sonrió.

—No se decepcionará.

—Ay, mujer, tengo que volver a ser un respetable hombre de negocios dócil y sosegado. A lo mejor tú también te desilusionas. Ella negó con la cabeza.

—No.

—Te amo —le dijo Hermógenes. Cuanto más lo repetía, más natural e inevitable le parecía. Maérica le dedicó una sonrisa radiante.

—Vida mía, no sabes las ganas que tengo de verte sin magulladuras.

—Creo que apreciarás una mejoría. —Hermógenes dejó el fardo a un lado y sacó

los utensilios de escritura—. Voy a escribirle otra carta a Mirina.

—¿Para hablarle de mí?

—Para hablarle de ti, sí, y para decirle que estoy sano y salvo.

—Así que por fin empiezas a creer que has vencido.

Hermógenes asintió con la cabeza.

—He ido al templo de Isis y… bueno, he comenzado a creerlo. —De súbito se le ocurrió preguntar—: ¿Qué dioses veneras tú? Maérica se encogió de hombros.

—Adorábamos a varios dioses en las montañas. Rendíamos culto a Bandua y Netón, los dioses de la guerra, y a Endovélico, señor del Averno, y a Lug, el radiante. Ninguno de ellos nos ayudó.

En la escuela casi todos los gladiadores rezaban a Fortuna, a Némesis y a Mercurio, el guía de las almas. Tampoco les fueron de mucha ayuda. Me sorprendió que encontraras a ese sacerdote de Isis para el funeral. En la escuela de gladiadores me dijeron que el culto a Isis estaba prohibido en Roma.

—Al parecer lo está pero sigue teniendo adeptos.

—Quizá le rinda culto a ella, entonces.

—Las hay peores —reconoció Hermógenes. Tras una pausa, musitó la letra del salmo:

Derribé el gobierno de los tiranos.
Hice al Bien más fuerte que el oro y la plata.
Ordené que la Verdad *fuese considerada buena.*

—¡Vaya! —exclamó Maérica impresionada—. ¿Ésa es Isis?

—Sí. —Hermógenes se puso muy serio—. Fue al oír al sacerdote cantar este himno cuando comencé a creer que había vencido. Extrajo una pluma, la mojó en el tintero y escribió con esmero:

MARCO ELIO HERMÓGENES SALUDA A SU ADORADA HIJA, ELIA MIRINA

Queridísima mía, me parece que mis asuntos en Roma ya están a punto de concluir y que a principios del mes que viene emprenderé el regreso a casa, de modo que llegaré en agosto si los vientos son favorables. Ha sido muy difícil, mucho más de lo que esperaba. Rufo envió a unos hombres a atacarnos y mataron al pobre Formión. Hubo un momento en que temí por mi propia vida pero el Destino, los dioses y mis amigos me

protegieron, y ahora está casi todo resuelto y cuento con recibir el dinero dentro de pocos días.

Una cosa muy importante que ha ocurrido es que he conocido a una mujer que se llama Maérica y que se ha convertido en mi concubina. Es una mujer bárbara, una cántabra de las montañas que se alzan más allá de Iberia. Es valerosa e inteligente y me ha salvado la vida. Estoy seguro de que te caerá bien.

—¿Qué has escrito? —preguntó Maérica frunciendo el ceño ante el texto redactado en griego.

Hermógenes se lo tradujo.

—¡Vaya! —Maérica negó con la cabeza—. No deberías poner eso de «estoy seguro de que te caerá bien». Hará que la chiquilla sospeche justo lo contrario.

—Bueno, demasiado tarde, ya lo he escrito —contestó Hermógenes.

—¿Será capaz de leerlo por sí misma o tendrá que leérselo algún sirviente?

—Sabe leer.

—¡Vaya! Pues debe de ser una niña muy lista. Ahora apunta lo que yo mando decirle.

Hermógenes asintió y mojó la pluma en el tintero.

—«Maérica dice —le dictó ella— que ama a tu padre más que a su propia vida y que por él te querrá, seas como seas». Hermógenes tragó saliva y escribió:

> Maérica está conmigo mientras escribo esto y me pide te diga que me quiere mucho y que por eso te querrá a ti también, seas como seas.

—Ahora pon: «Pero también cree que le caerás muy bien, porque tu padre habla de ti y dice que eres inteligente y que quieres ser acróbata, y ella piensa que pareces una niña muy simpática».

> Dice que también cree que le caerás bien por ser como eres, porque cuando le hablo de ti le digo que eres inteligente y que quieres ser acróbata, y ella piensa que pareces la clase de niña con quien mejor podría llevarse. *¡Por favor no menciones el tema de las acrobacias a la tía Eukleia!* Temo que mi relación con Maérica nos causará algún problema con ella, así que más vale no echar más leña al fuego…

—¿Por qué has subrayado ese trozo? —preguntó, Maérica recelosa.

—Le he pedido que no mencione a mi tía el hecho de que tú apruebas sus acrobacias —contestó Hermógenes con aire de culpabilidad.

Maérica sonrió.

—Bien. Ahora seguro que le gustaré.

Nota de la autora

Como de costumbre, tengo dos razones para escribir un epílogo. La primera es cordial: precisar algunos datos históricos relacionados con el relato. La segunda es defensiva: protegerme contra la acusación de que me equivoco cuando sostengo algo contrario a la creencia popular.

El sistema monetario romano de los primeros tiempos del Imperio era el siguiente: cuatro teruncios equivalían a un as, cuatro ases a un sestercio, cuatro sestercios a un denario y veinticinco denarios a un áureo. Las cantidades importantes solían expresarse en sestercios.

El horario se fundamentaba en la división del día y de la noche en doce horas respectivamente; dado que el día se medía del amanecer al ocaso, las horas diurnas eran más largas en verano que en invierno. En Roma a mediados de verano una «hora» duraba aproximadamente una hora y cuarto, y la primera comenzaba hacia las cuatro y media de la madrugada.

La cita de la p. 219 procede de la *Odisea*, XII, 256-259; la de la p. 349, de la versión de Syme del *Himno a Isis*.

La acción de este libro se desarrolla exactamente en Roma durante el verano de 16 a. C. Probablemente refleje una visión poco positiva de la época (o tal vez simplemente de la naturaleza humana) el que los villanos sean personajes históricos mientras que los héroes son inventados. Lucio Tario Rufo, Publio Vedio Polión y Tito Estatilio Tauro existieron y ocupaban la posición que les asigno; Rufo, en efecto, se arruinó al invertir en tierras, y la leyenda de las lampreas de Polión desde luego era harto popular en la Antigüedad. Sin embargo, no existen pruebas de que Polión prestara dinero a Rufo, como tampoco de que fuera enemigo declarado de Tauro. Al fin y al cabo, ésta es una obra de ficción.

Publio Vedio Polión murió en 15 a. C. tras legar todos sus bienes al emperador Augusto con la esperanza de que dicho gesto sirviese para preservar su memoria. Augusto frustró esa esperanza: no sólo arrasó la casa de Polión en el monte Esquilino sino que construyó un centro comercial en su lugar, el pórtico de Livia, llamado así en honor de su esposa. Es probable que Tito Estatilio Tauro falleciera poco tiempo después, aunque dejó descendientes: su nieta, Estatilia Mesalina, fue la tercera esposa de Nerón. Es posible que Lucio Tario Rufo sobreviviera para ejercer de *curator aquarum* de 23 a 4 d. C. (aunque esto ha sido puesto en tela de juicio y parece improbable al ser Rufo un hombre lo bastante mayor como para asumir el mando en Actium en 31 a. C.).

En esta ocasión los argumentos en mi defensa son:

1). Las gladiadoras no son un invento feminista. En la literatura antigua abundan las referencias a ellas, y también hallamos algunas representaciones en el arte. Está claro que no eran tan comunes como los gladiadores pero en ningún caso constituyeron un fenómeno aislado.
2). Sí, había celtas en Hispania. El norte de la península ibérica era, y sigue siendo, un mundo diferente del sur.
3). Los romanos prohibieron el «culto egipcio» en la ciudad de Roma: contrariamente a la creencia de que toleraban a todo el mundo salvo a los cristianos, lo cierto es que tomaban medidas para suprimir los cultos que consideraban indeseables, aunque por lo general sólo de forma esporádica y en el ámbito local.
4). Los comentarios de Hermógenes sobre Cleopatra y la guerra de Actium constituyen un intento de imaginar las opiniones de un alejandrino de la época pero son exactos en cuanto a los hechos referidos.
5). Augusto, en efecto, definió la fundación del Imperio como la restauración de la república. (¡Estos políticos…!).
6). Recuérdese, por favor, que la acción de este libro transcurre en 16 a. C. La mayor parte de las descripciones que se conservan de la ciudad la retratan tal como era un siglo después.

Para quienes deseen saber más acerca del reinado de Augusto, las fuentes principales son Dión Casio, Suetonio y el principio de *los Anales* de Tácito. Los lectores familiarizados con la historia del Alto Imperio romano probablemente hayan reconocido la influencia de dos fuentes secundarias clásicas de la historiografía romana: la *Vida cotidiana en Roma en el apogeo del Imperio*, de Jerome Carcopino y *La revolución romana*, de Ronald Syme. Recomiendo a los lectores que no conozcan estas obras pero estén interesados en ampliar sus conocimientos que les echen un vistazo (Carcopino tiene un estilo sumamente ameno; el de Syme es aforístico y brillante pero más difícil de digerir).



GILLIAN BRADSHAW (Falls Church, Virginia, 14 de mayo de 1956). Es una de las escritoras de narrativa histórica más importantes de habla inglesa. Cursó estudios en la Universidad de Michigan, en donde obtuvo por dos veces premios por sus trabajos sobre la Grecia Clásica. Es licenciada en Literatura e Historia Clásica en la Universidad de Cambridge. Actualmente reside en Inglaterra. Sus novelas destacan por el riguroso trabajo de documentación e investigación que realiza antes de escribirlas. Se encuadran dentro de los géneros de la ficción histórica, la fantasía histórica, la ciencia ficción, la literatura juvenil e infantil y ficciones contemporáneas con gran componente científico. Sus novelas históricas no fantásticas están situadas tanto en la Antigüedad Clásica (Egipto y Grecia) como en períodos posteriores como el Imperio Bizantino o la Gran Bretaña romana. Entre ellas destacan: *El heredero de Cleopatra, El contador de arena* y la trilogía sobre Bizancio compuesta por *Teodora, emperatriz de Bizancio, El faro de Alejandría* y *Púrpura imperial*.